

Carmen Sereno

Azul Estocolmo

Serie Estocolmo 2



CHIC 

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Nota

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo

Glosario

Agradecimientos

Sobre la autora

AZUL ESTOCOLMO

Carmen Sereno

Serie Estocolmo 2

Principal Chic



AZUL ESTOCOLMO

V.1: febrero, 2019

© Carmen Sereno, 2019

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2019

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-55-3

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

AZUL ESTOCOLMO

«Él y yo volveríamos a encontrarnos en cualquier otra vida.»

Ana Luna ya no trabaja en Laboratorios Grau. Es hora de buscar un nuevo empleo y sacarse a Eric de la cabeza. Y del corazón.

Pero ¿cómo se puede olvidar a alguien que se ha metido en lo más profundo de tu ser?

Cuando por fin empieza a ver la luz al final del túnel y a recuperar el control de su vida, la repentina aparición de Eric y su inesperada propuesta pondrán a prueba su voluntad.

¿Aceptaré Ana que su síndrome de Estocolmo nunca se irá?

De la ganadora del I Premio Chic de novela romántica

Qué han dicho sobre *Maldito síndrome de Estocolmo*:

«Una de las mejores novelas que he leído este año.»

ESCAPARATE LITERARIO

«Un debut fabuloso, me ha sorprendido por completo. Es pura adicción.»

CON AROMA A LIBROS

«Una novela inteligente, irreverente y diferente.»

A LIBRERÍA

«Carmen Sereno ha compuesto una ópera prima fresca, vital e inteligente que sorprende por su brillantez.»

ALGUNOS LIBROS BUENOS

A mis chicos, por llenarme la vida de azul

«La mitad de los días no soporto no poder tocarte. El resto del tiempo tengo la sensación de que no me importaría no volver a verte. No es cosa de moralidad, sino de capacidad de resistencia».

El paciente inglés, Michael Ondaatje

Nota

Al final de este *ebook* hay un [glosario](#) con la traducción de términos en sueco e inglés empleados en el texto. (*N. de la E.*)

Capítulo 1

Otra noche más sin dormir.

Eso quiere decir que estoy un paso más cerca de padecer estrés, fatiga crónica, depresión, envejecimiento prematuro o alguna enfermedad cardiovascular. Así de bien. El insomnio es muy jodido para la salud; lo leí en un artículo el otro día. Para que nos entendamos, es como estar en mitad de un temporal que no tiene visos de amainar sin ningún refugio a la vista. Si no duermes, el cerebro no se resetea y las neuronas pueden llegar a freírse; no es coña. Vale, quizá estoy exagerando, pero lo que sí es cierto es que es desesperante. Durante el día, no eres capaz de pensar, no te concentras a causa del cansancio y tu cabeza acaba convertida en un jardín en el que ya no crece nada. Y, por la noche, cuentas los minutos que faltan para salir de la cama porque las bestias que se alojan en tu mente gritan demasiado fuerte. Es un insoportable bucle de tiempo sumado al tiempo.

Entre suspiros, extendiendo el brazo para coger el móvil de la mesita de noche y compruebo la hora. Las cinco. Resoplo y me doy la vuelta. Otra vez. Y otra. Me destapo. Me vuelvo a tapar. Las cinco y diez. Bostezo. Me froto los ojos. Me rasco el cuello. Las cinco y cuarto. ¿Todavía? «Venga, Ana, intenta dormir. Dilo en voz alta, repítelo. Si lo repites muchas veces, al final lo conseguirás».

—Voy a dormir. Voy a dormir. Voy a... Nada, no funciona.

«Pues cuenta ovejitas, yo qué sé».

—Una... Dos... Tres... A la mierda.

Así no se puede. Con tanto ruido en la cabeza es imposible conciliar el sueño.

Resignada, enciendo la lámpara y me dispongo a hacer lo que he hecho sin parar durante la última semana de mi vida: buscar «Laboratorios Grau» en Google.

A pesar de que la noticia ha inundado la red, no hay nada nuevo en la primera página de resultados del buscador. Entre la abundante catarata informativa figuran los mismos artículos de opinión que denuncian lo inmoral del asunto, los mismos tuits incendiarios agrupados bajo el *hashtag* #elincientivodelavergüenza, la misma nota de prensa firmada por el CEO llena de palabras huecas y el mismo vídeo en que el director de Ventas y Finanzas, con el entrecejo partido por dos arrugas hoscas y la mirada transida de dignidad, se enfrenta a varios periodistas en la calle. *¿Qué responde a las voces críticas contra su plan de incentivos? ¿Cree que es ético que los visitantes médicos cobren primas tan elevadas? ¿Quién ha filtrado las cifras? ¿Se trata de un ataque externo? ¿O ha sido alguien de dentro de la compañía? ¿Qué razones cree usted que han motivado al culpable a revelar datos confidenciales? ¿Piensan emprender medidas legales contra esa persona?* Y una ristra de amenazas e insultos acompañados de un violento manotazo a uno de los reporteros por respuesta. El resultado: cerca de medio millón de reproducciones en YouTube en apenas unos días y una irreparable fisura en la imagen pública de Eric Grau y su compañía farmacéutica.

Que se joda. Se lo ha buscado.

Supongo que un comportamiento tan inapropiado en mitad de una crisis de reputación corporativa tan grave no solo le habrá costado la reprobación de buena parte de la sociedad. Sé muy bien que la relación con esa familia disfuncional a la que pertenece está marcada por las carencias afectivas, así que intuyo de dónde habrán salido los reproches más duros. «Tú eres el culpable de todo esto», le habrán dicho. «Así que tú y solo tú vas a solucionarlo». Y él habrá agachado la cabeza y habrá hecho, una vez más, lo que se espera de él. Lo que su padre, el inflexible Salvador Grau, espera de él. Aunque, en su interior, arda una hoguera de angustia. Él nunca irá en contra de los intereses familiares; es demasiado leal a los suyos. Mejor dicho, demasiado cobarde. Un dolor incesante me golpea las tripas cada vez que lo pienso. Y luego siempre me pasa lo mismo: las redes sinápticas se me llenan

de un montón de imágenes que no puedo borrar porque los recuerdos que las acompañan permanecen intactos en el habitáculo oscuro de mi memoria reciente. Las caras largas de la gente en aquella fría sala de reuniones. Los dedos acusatorios. El aire extraño, como de espesura triste. Aquel sabor, seco y arenoso, que aún no se me ha ido de la boca.

El sabor a injusticia.

A última vez.

¡Cuánto me gustaría enviar todos esos recuerdos para siempre a la papelera de reciclaje!

Hoy hace justo una semana que perdí mi trabajo en Laboratorios Grau. Me culparon de haber revelado información estrictamente confidencial y me despidieron sin concederme al menos la oportunidad de probar mi inocencia. No tuvieron compasión; para ellos, las pruebas eran concluyentes e irrefutables. Desde entonces, me he preguntado una y otra vez quién es el verdadero culpable y qué motivos tendría para hacer algo así. Pero, a pesar de que tengo mis sospechas, no he logrado hallar una explicación convincente. ¿Quién podría ser tan canalla? De todos modos, eso no es lo que más me duele.

Ni de lejos.

Hoy también hace una semana que Eric me arrancó de su vida a traición. Siete días. Ciento sesenta y ocho horas. Diez mil ochenta minutos. Seiscientos cuatro mil ochocientos segundos sin noticias tuyas. El tiempo es un concepto relativo. Puede que todas esas horas, todos esos minutos y todos esos segundos sean demasiado para que una libélula sobreviva. O para que un trozo de queso aguante fuera de la nevera sin llenarse de moho. Pero, para mí, es insuficiente. Porque una herida como la mía no puede cicatrizar en una semana. Una herida como la mía tal vez no cicatrice nunca, por mucho que los días, los meses y los años se sucedan en el calendario. Odio pensar en él y sé que no debería hacerlo porque es demasiado doloroso. Tampoco debería buscarlo en Internet ni mirar sus fotos y lo hago constantemente, pero es que no puedo evitarlo. Creo que necesito algo que me mantenga unida a él, una prueba que certifique que lo nuestro, aunque fue breve, existió de verdad. A veces, me imagino que está aquí, junto a mí, con su pelo rubio sedoso cayéndole en cascada sobre el rostro y el lento parpadeo de sus felinos ojos azules. Sin embargo, cuando alargo la mano para tocarlo, su imagen se deshace entre mis

dedos igual que un castillo de arena desfigurado por las olas del mar. La certeza del vacío al otro lado de la cama siempre acaba arrancándome una lágrima, otra más, y otra, y no puedo evitar preguntarme si estas ganas de llorar a todas horas se irán alguna vez.

Me hago un ovillo bajo la sábana y me abrazo para entrar en calor. No sé qué me pasa; de un tiempo a esta parte, tengo mucho frío. Es raro, porque esta primavera está siendo inusualmente calurosa. En la tele han dicho que es la más cálida de los últimos veinte años. «Es por el cambio climático», me digo, «aunque algunos politicuchos se empeñen en negar su existencia».

Se oyen ruidos en el pasillo; Dani se habrá levantado ya. Vuelvo a comprobar la hora. Ya son las siete. Me apresuro a apagar la lámpara de la mesita de noche y escondo la cabeza como un avestruz. Si Dani ve luz bajo la puerta, entrará. Y si lo hace, me mirará con esa insoportable expresión de ojos consternados que no se le quita de la cara y volverá a sermonearme. «¡Espabila, coño, que das pena!». La verdad es que no me apetece nada escucharlo. No entiendo ese empeño suyo en que bloquee el dolor a toda costa. Tengo todo el derecho del mundo a no querer reponerme nunca de esta catástrofe, le pese a quien le pese. Aunque, en realidad, sé que tiene toda la razón del mundo.

Doy mucha pena.

He pasado los últimos siete días convertida en una especie de detrito humano. Cuando el viernes pasado llegué a casa hecha un mar de lágrimas, me encerré en mi cuarto y bajé las persianas. No he vuelto a subirlas desde entonces. Alberto tuvo que contarle a Dani lo que había sucedido porque de mi garganta solo brotaban sollozos desesperados. Creo que tuve una crisis de ansiedad. Al principio, se mostró compasivo conmigo, pero enseguida empezó a quejarse de que mi actitud, además de dramática y poco práctica, era infantil. Según dijo, no entendía que se me pudiera ir tanto la olla por un tío. «Claro, qué vas a entender tú, que no haces más que follar con unos y con otros porque no eres capaz de comprometerte», le espeté. Y le sentó fatal. Así que ahora apenas nos hablamos y, si lo hacemos, terminamos discutiendo.

Por su parte, Alberto estuvo llamándome toda la tarde del viernes. Y después del viernes, el sábado. Y, luego, el domingo. Pero no contesté a ninguna de sus llamadas porque no podía hablar sin ponerme a llorar. Bueno, por eso y porque quería mantener la línea despejada por si Eric se decidía a

dar señales de vida, ingenua de mí. El lunes, por suerte, el teléfono dejó de sonar. Desde entonces, no he hecho otra cosa que ir del sofá a la cama y de la cama al sofá como un alma atormentada. Lamentable, sí. Me he alimentado a base de café, bolsas de patatas fritas y una vergonzosa cantidad de bollería industrial que he engullido de forma voraz y persistente. Y si me he molestado en ducharme y cambiarme de ropa es porque he acabado hasta las narices de las pullas de Dani. Pero es que no tengo fuerzas para nada. Es como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa y mi mundo se hubiera convertido en un marasmo del que no puedo salir. Hasta las ejecuciones mecánicas del cuerpo se me hacen cuesta arriba. Doblar una rodilla. Pestañear. Respirar. Dios, cómo me duelen los pulmones cada vez que lo intento. Me siento física y emocionalmente incapaz de poner en marcha una nueva rutina que me saque del agujero negro al que me han empujado. Y me duele todo. De arriba abajo y vuelta para atrás.

¿En qué parte del cuerpo se pone la tirita cuando lo que está dañado es lo de dentro?

Al oír que la puerta de la calle se cierra, me levanto de la cama sin ganas y arrastro los pies hasta el cuarto de baño. Unos minutos más tarde, mientras me preparo el primer café del día —el primero de muchos— en la pequeña cocina americana de mi viejo piso compartido, me da por pensar en cómo ha cambiado el rumbo de mi vida en tan poco tiempo. Sin trabajo, sin amigos, sin amor. Y no puedo evitar preguntarme una y otra vez cuál es la razón de que las cosas se hayan torcido así. Por qué, si todo era perfecto. Por qué dio crédito a las acusaciones. Por qué no me ha llamado. Por qué no ha venido a buscarme. Por qué no me ha dado ninguna explicación todavía. Por qué, por qué, por qué.

Tal vez debería empezar a asumir que no le importo, porque no hay nada más frustrante que vivir esperando algo de alguien que ya no va a darte nada. Unos instantes después, enjugadas ya las primeras lágrimas del día —las primeras de muchas—, el timbre suena de forma inesperada y derramo el café sobre el mármol.

Me dirijo a la puerta temblando y con el corazón vuelto del revés. «¿Y si ahí detrás estuviera la respuesta a mis preguntas? ¿Y si...? ¿Y si...?», me repito a medida que avanzo por el estrecho pasillo. La esperanza es una droga sorprendente. Pero, como ocurre con todas las drogas, las alucinaciones se

desvanecen una vez han desaparecido sus efectos. Porque, al abrir, me encuentro con un mensajero que trae la maleta que me llevé a Roma. La había dejado en casa de Eric a petición suya y casi lo había olvidado. Entonces, todas las luces del universo se apagan a la vez y vuelve a soplar el mismo viento gélido de antes. «Imbécil, más que imbécil. Ahí tienes tu respuesta. Has dejado que te engañara como a una puñetera cría enamorada», me recrimino. Y la evidencia del engaño permeabiliza en mi herida como un líquido corrosivo.

—Oye, tengo un poco de prisa. ¿Me puedes decir tu nombre y firmar aquí, por favor? —pide el chico mientras señala el dispositivo digital con aire estresado.

—Claro, perdona.

No me molesto en abrirla. Para qué, si ya sé lo que hay dentro. Mis cosas. El vestido verde de Armani que me regaló y que me puse la noche del laberinto. El corsé de su sueño. Los recuerdos de la Ciudad Eterna. Un montón de palabras y de promesas. Besos. Sexo. Y su olor. Seguro que su olor está esparcido por todas partes como si fuera metralla. Así que arrastro la maleta por el suelo hacia mi habitación y la empujo hasta encajarla bajo la cama de una patada. «Uno de estos días, cuando tenga fuerzas, tiraré a la basura todo lo que hay en esa jodida maleta. Uno de estos días». Después, haciendo acopio del poco valor que me queda, tomo aire y subo la persiana.

—Se acabó. No puedes seguir así —le digo a la chica pálida de ojos tristes que veo reflejada en la ventana.

Capítulo 2

Pertenezco a esa generación que algunos se empeñan en llamar «milenial». Nací en 1990, en un entorno político, económico y social mucho más próspero que el de mis padres. No sé lo que es vivir una guerra o una posguerra y nunca me ha faltado de nada. He tenido una buena educación, un plato de comida caliente tres veces al día, ropa nueva cuando la he necesitado y regalos por Navidad. Podría decirse que mi vida, como la de tantos otros, ha sido fácil. Sin embargo, somos muchos los que pensamos que el sistema nos la ha jugado. Los que mueven los hilos llevan décadas vendiéndonos la falsa promesa de un futuro brillante. Todo lo que teníamos que hacer a cambio era prepararnos. Y eso es lo que hemos hecho, nos hemos preparado a conciencia para ser los mejores. Los mejores ingenieros. Los mejores médicos. Los mejores periodistas. Pero nadie nos avisó de que nuestras expectativas se truncarían en cuanto llegáramos a la edad adulta y nos encontráramos inmersos en un terreno pantanoso llamado mercado laboral. No hay futuro que valga para los jóvenes como yo y, por eso, dicen de nosotros que somos el colectivo de los sueños rotos. Algunos, los más valientes, lo dejan todo y se van al extranjero. Puede que les vaya bien. O puede que terminen sirviendo copas en algún bareto cutre de los suburbios de Londres para devolver el préstamo personal con el que pagaron un máster que, a la postre, no les ha servido para nada. Los demás escogemos quedarnos. Sabemos que nos espera un trabajo por debajo de nuestra titulación, un contrato basura y un sueldo exiguo, y eso si tenemos suerte. Pero nos resignamos.

Es lo que hay.

La jodida frase de marras de esta generación de frustrados a la que

pertenezco.

—¿Cómo llevas el funcional, Ana? Me gustaría revisarlo antes de que se lo envíes al cliente.

Este es Óscar Buendía, mi nuevo jefe. Piel fina, ademanes finos, voz fina. Demasiado fino para mi gusto, aunque me consta que hay muchas chicas en la empresa a las que no les importaría averiguar si también lo es por dentro de los pantalones. Óscar no es un milenial; más bien, responde al perfil de uno de esos jóvenes ambiciosos que llegan a ocupar un puesto de directivo antes de los treinta y cinco. Un perfil que, por lo demás, suele abundar en empresas como esta. No parece un tipo excepcional, la verdad, pero me da en la nariz que goza de una habilidad asombrosa para chupar culos. Y me juego el cuello a que eso ha tenido algo que ver con su rápido ascenso.

—Descuida, me daré prisa —contesto fingiendo que me hago cargo de lo importante de la situación.

—Perfecto. Ya sabes cuál es el lema de CTT —dice con un entusiasmo corporativo que me resulta de lo más empalagoso—: «Resultados extraordinarios para gente extraordinaria».

CTT son las siglas de Consultancy, Technology & Transformation, una de las muchas consultoras con nombre similar que se ubican a lo largo de la bulliciosa avenida Diagonal de Barcelona. No fue difícil que me contrataran; en este tipo de empresas siempre andan necesitados de personal. A ellos les gusta decir que eso es porque se encuentran en pleno proceso de expansión, pero la verdad es que la altísima rotación de empleados de una consultora a otra se debe a las pésimas condiciones que ofrece el sector en general.

«Son dieciocho mil euros brutos al año», comentó con voz desabrida la encargada de Recursos Humanos que me entrevistó hará cerca de un mes. Yo la miré con cara de póker y ella se apresuró a aclarar que la empresa se comprometía a revisarme el salario pasado un tiempo, siempre y cuando, matizó, cumpliera con los objetivos marcados. Y vistió sus palabras con una sonrisa forzada que no logró convencerme. Luego, en un último intento desesperado por su parte, reconoció que les urgía cubrir el puesto. «Es que estamos en pleno proceso de expansión, ¿sabes?». Desde luego, aquel no iba a ser el trabajo de mi vida. «Yo no me he pasado cinco años en la Facultad de Ingeniería para terminar documentando aburridos procesos técnicos», estuve tentada de soltarle. «¡Y a ese precio! Pero ¿qué os habéis creído, panda de

explotadores? Los milenials no trabajamos por amor al arte».

Obviamente, no lo hice. Me mordí la lengua y fingí que sopesaba la oferta, cuando en realidad no había nada que sopesar. Lo cierto es que cualquier cosa que me sacara del caos absurdo en el que se había convertido mi vida habría servido. Porque, en ese punto, y gracias en parte al revulsivo que había supuesto el episodio de la maleta, ya no aguantaba más. Necesitaba trabajar. Tener una rutina que implicara salir de casa y mantener la mente ocupada en algo. Convertir a Eric Grau en pasto del olvido. Y pagar mi parte del alquiler, que, dicho sea de paso, empieza a ser desorbitado por culpa de la feroz especulación inmobiliaria que prevalece en Barcelona desde hace algunos años. Así que puede que no fuera el empleo soñado, pero, de todos modos, acabé aceptando la oferta. Que tuvieran prisa para que me incorporase jugó a mi favor. La urgencia era tal que a la entrevistadora ni siquiera se le pasó por la cabeza preguntarme por qué la última experiencia laboral que figuraba en mi currículum había sido tan fugaz. Y menos mal. Al final, el trabajo en una consultora es similar al de una cadena de montaje: si falta un solo peón, todo el proceso se va a tomar viento, así que es vital sustituirlo por otro lo más rápido posible para que eso no ocurra. No les importa quién eres o qué experiencia tienes, sino qué puedes hacer para satisfacer las necesidades del Dios-cliente cuanto antes. Y si encima les cuestan menos dinero que el peón anterior, mucho mejor. Los trabajadores del sector llamamos «cárnicas» a las consultoras porque se dedican a malvender carne humana —mano de obra barata— a otras empresas. Este tipo de compañías viven de forma parasitaria de las grandes multinacionales, a las cuales se supone que les ofrecen servicios y soluciones profesionales; aunque, en realidad, lo único que hacen es colocarles personal y más personal, que, muchas veces, ni siquiera está lo bastante cualificado, y llevarse una pasta a cambio. Hay casos sangrantes: la cárnica se queda hasta con un setenta y cinco por ciento del contrato mientras paga al empleado una auténtica miseria. Por eso, cuando una gran multinacional ve cómo su sistema informático se cae en hora punta, por poner un ejemplo, hay que buscar el origen del problema en la perversión contractual que se esconde detrás de esta red de explotación y abuso laboral.

—No puedo más. Voy a fumarme un cigarro. ¿Me acompañas?

Esta es Amanda, mi nueva compañera de trabajo. Alta, morena y delgada como un palo. Amanda es una estresada. Todo la estresa. La fecha de entrega

de este o aquel proyecto, la reunión con este o aquel cliente, la preparación de la susodicha reunión, la subida salarial, que el total de horas extras que hace a la semana sea el suficiente para causar buena impresión a Óscar Buendía... Oírla quejarse todo el rato de lo estresada que está es un auténtico suplicio.

—Qué va. Tengo que finiquitar esto cuanto antes —le respondo.

Ella se rehace la larga coleta con un movimiento diestro, coge su enorme bolso Michael Kors de imitación y enfila hacia el ascensor al borde de la hiperventilación, dejando tras de sí una nube tóxica de perfume y el eco de sus tacones.

—Qué coñazo de tía.

Y este del tic en el ojo es Jota, mi otro nuevo compañero. Jota de Javier. Gordinflón, tendente a la sudoración profusa y con una pinta terrible de matarse a pajas a todas horas. Aunque decir compañero quizá es pasarse porque en las casi cuatro semanas que llevo trabajando aquí apenas se ha molestado en dirigirme la palabra. Creo que un par de gruñidos y un reprobatorio «Eh, tú, que ese es mi ratón» resumen toda su interacción conmigo. Amanda me aconsejó que no me lo tomara como algo personal. Por lo visto, a Jota, lo de comunicarse con los demás no se le da muy bien.

—Perdona, ¿has dicho algo? —pregunto.

Pero él, ganándose a pulso su fama de tío rarito, se limita a emitir un sonido gutural ininteligible y vuelve a concentrarse en la pantalla del ordenador.

Así que esta es mi nueva vida. Un trabajo aburrido y mal pagado, un jefe cuyo espíritu corporativista en exceso me resulta indigesto y unos compañeros de mesa con los que no tengo afinidad ninguna. Fantástico. La parte positiva es que, por lo menos, ya no estoy confinada en un sótano húmedo y sombrío como el de la planta menos uno de Laboratorios Grau.

Capítulo 3

He llegado a casa agobiadísima. El metro estaba atestado de gente y he tenido que hacer todo el trayecto de pie y apretujada. Encima, se les ha debido de estropear el aire acondicionado y el calor era sofocante. Todo un clásico. Y, para colmo de males, me ha venido la regla. ¿Qué más se puede pedir? Después de tomarme el ibuprofeno de rigor, me dejo caer sobre la cama con indolencia y me saco las zapatillas Converse rojas por los talones, sin molestarme en desatarlas, antes de lanzarlas de cualquier forma a la otra punta de la habitación. Me masajeo las plantas de los pies y suspiro de placer. Es una suerte que en mi nuevo trabajo no haya un código de vestimenta impuesto y los empleados podamos ir como nos dé la gana. No me quiero ni imaginar lo que pasaría en Laboratorios Grau si a alguien se le ocurriese ponerse la camiseta extragrande de Anonymous con la palabra «*Disobey*» que llevaba hoy Jota. Estallaría la Tercera Guerra Mundial, vamos. Y eso como mínimo.

Dani se asoma a la puerta de mi habitación y anuncia con tono misterioso:

—Mira quién ha venido.

Levanto la vista y le dedico una mirada con el ceño fruncido, que se destensa en cuanto veo aparecer a Alberto por detrás. Me incorporo de un bote y me lanzo a sus brazos con una espontaneidad que me sorprende incluso a mí. Creo que hasta este preciso momento no he sido consciente de lo mucho que lo echaba de menos. Y ahora me siento culpable por no haberle devuelto las llamadas ni haberme esforzado por salvaguardar nuestra amistad. Al fin y al cabo, Alberto es lo único bueno que conservo de mi paso por Laboratorios Grau. Lo único de verdad. Aunque supongo que si no lo he hecho es porque, de alguna manera, representa un doloroso punto de unión con todo lo que he

dejado atrás.

O, mejor dicho, con todo lo que intento dejar atrás.

—Yo también me alegro de verte —dice abrazándome con fuerza.

Dani nos deja a solas con el pretexto de ir a preparar algo de picoteo y Alberto y yo nos sentamos en la cama para ponernos al día. Lo veo tan cambiado que me parece imposible que solo haya pasado un mes y poco desde la última vez que nos vimos. Ha perdido esos kilitos de más y se ha estilizado; se nota que las cosas le van bien. Al principio, la conversación versa sobre temas indoloros y neutros. Lo bien que le sienta su corte de pelo; esa serie de Netflix de la que todo el mundo habla; el calor asfixiante que está haciendo este junio; mi nuevo trabajo, que parece interesarle mucho, por cierto.

—¿Qué tal es?

Me encojo de hombros con indiferencia.

—Pse, nada del otro mundo. Me dedico a redactar documentos técnicos para distintos clientes.

Alberto resopla sin poder ocultar su indignación.

—Pues menuda forma de desperdiciar tu talento, chica. Espero que por lo menos te paguen mejor que en IT Professional Solutions —dice, lo que me provoca una carcajada amarga que no necesita palabras—. Vale, no he dicho nada. Como si yo no supiera cuál es la política salarial de las empresas de consultoría —añade entre dientes. Y, después de una pausa que anticipa la dimensión superior que está a punto de adquirir la conversación, la pregunta sale disparada de su boca, como si le quemara en los labios—. ¿Y tú cómo estás?

Podría decirle que estoy bien.

Que me despierto cada mañana ilusionada ante la perspectiva de un nuevo día y que por fin puedo dormir por las noches.

Que mi historia con Eric forma parte de un pasado lejano, hueco, guardado entre paréntesis.

Podría, pero entonces estaría mintiendo.

Me estaría mintiendo a mí misma.

Porque la realidad es muy diferente.

La realidad es que me sigue doliendo todo. Y que, por mucho que intente racionalizar el dolor, mi cuerpo se niega a dejar que la herida cicatrice.

Así que tomo aire y lo expulso de forma sonora y lenta.

—Estoy. Que ya es mucho —respondo por fin, con la voz cargada de emoción.

Tras un premonitorio espacio en blanco, posa la mano sobre mi hombro y me dedica una mirada de ojos compasivos.

—Ya sé que has estado muy jodida. Dani me lo ha contado todo.

Su confesión me toma un poco por sorpresa. Últimamente, mi compañero de piso y yo no hablamos mucho, que se diga. Ambos estamos muy cansados el uno del otro. Yo, de que me meta tanta caña; él, de sentir la obligación moral de darme un guantazo tras otro, imagino. Así que no tenía ni idea de que él y Alberto seguían viéndose, lo cual supone un auténtico hito en el historial de relaciones afectivas de Dani, que no acostumbra a enrollarse más de un par de veces con el mismo tío. Se cansa enseguida, padece de obsolescencia emocional programada.

—Siento mucho no haberte llamado en todo este tiempo, Alberto. De verdad que lo siento. Soy una amiga pésima —me lamento.

Él sonrío con franqueza.

—Anda ya, no digas chorradas. Además, no te lo he dicho para reprocharte nada, sino para que sepas que me preocupo por ti.

Le devuelvo la sonrisa. La amabilidad de sus palabras consigue permear en mi estado de ánimo.

—Y no tienes que pedirme perdón, ¿vale? Sé muy bien por lo que estás pasando.

—¿Lo sabes?

Entonces, se pone serio de golpe. Frunce los labios y me mira con detenimiento, como si estuviera a punto de anunciar algo muy importante.

—Lo que te hizo Eric fue una putada —reconoce sin venir a cuento.

La inesperada mención de su nombre me cae encima como un pesado bloque de acero. De forma instintiva, le aparto la mano de mi hombro, encojo las piernas y me abrazo por las rodillas para mitigar el frío fortuito que ha traído consigo este giro en la conversación.

—No quiero hablar de él.

—Vale, no hablaremos de él. Pero...

—Pero ¿qué?, Alberto. ¿Qué? —replico entre suspiros de amiga sufrida.

—Está muy arrepentido, Ana.

Enarco las cejas y le dedico una mirada de incredulidad.

—Tienes que saber algo —prosigue, con tono resuelto—. Eric no ha contratado a nadie para que te sustituya todavía. Está todo parado. Desde que te fuiste, no se han tocado los incentivos, y ya ha pasado más de un mes.

—Querrás decir desde que me echaron —matizo con un dejo de algo parecido al despecho en la voz.

—No parece el mismo. Está muy desmejorado. Y más irascible que nunca.

—¿Y? No veo qué tiene eso de particular. Siempre ha sido un borde de mierda, ya lo sabes.

—Pero, vamos a ver. ¿Es que acaso no te dice nada todo esto? Piensa un poco, tía.

Libero todo el aire de los pulmones en una larga exhalación y me levanto despacio, tanto que casi siento cómo se me ensamblan las vértebras una a una. Me siento más fuerte en cuanto estoy de pie.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Tenéis que hablar, Ana.

—Mira, Alberto, no me jodas, ¿eh? Ese hombre y yo ya nos lo hemos dicho todo.

—Ese hombre sigue enamorado de ti hasta las trancas. Y es obvio que tú también.

Una espesa niebla de sentimientos contradictorios se mueve en mi interior al oír sus palabras. Siento que me tiemblan las comisuras de la boca como suele pasarme cuando estoy a punto de estallar de ira. Aprieto los labios con fuerza y decido contar mentalmente hasta cinco antes de soltar alguna burrada de la que pueda arrepentirme.

Uno.

Dos.

Tres.

A la mierda.

—Vaya. Así que ahora eres el abogado defensor de *Iceman*, mira qué bien —le espeto con acritud—. ¿Y qué ha pasado con lo de no dejar que el gen idiota me confunda? Fuiste tú quien me aconsejó que no me hiciera ilusiones con él, ¿te acuerdas? En el Schilling, antes de que me fuera a Roma. «Los

hombres como Eric Grau se dedican a joder a las mujeres, en todos los sentidos de la palabra», dijiste. No entiendo por qué te pones de su parte, con todo lo que me ha hecho ese cabrón.

Alberto suspira y se abstrae mirando al techo.

—Cuando te dije eso no conocía bien a Eric.

Me río con amargura, soltando el aire por la nariz. Eric, Eric, Eric. ¡Estoy hasta las narices de oír su nombre! Todo sería mucho más sencillo si pudiera borrar cualquier huella de su existencia.

—Ahora tampoco lo conoces, te lo aseguro.

Hay cosas que Alberto no sabe y estoy convencida de que, si se las contara, se llevaría una decepción enorme. Por ejemplo, que, entre los planes a corto plazo de su nuevo mejor amigo, figura la eventual deslocalización de todos los servicios externos de Laboratorios Grau. Dicho de otra manera, que él y todo el personal subcontratado de la compañía tienen los días contados. Me encantaría decírselo. Así, sin paños calientes, para que se enterase de una vez por todas de que los hombres como Eric Grau son el enemigo. Me encantaría, pero no lo hago. Al fin y al cabo, no me corresponde a mí darle la noticia.

Alberto se incorpora y me sacude por los hombros con suavidad.

—Escúchame, Ana.

—No, escúchame tú a mí, porque estoy empezando a hartarme. Solo voy a decírtelo una vez, Alberto. No quiero que me vuelvas a hablar de él nunca más. ¿Lo pillas?

—Ana, te equivocas mucho con Eric.

—Que si lo pillas —insisto levantando la voz.

Y, tras un silencio tenso que pone de manifiesto nuestro desacuerdo, levanta las manos con un gesto de resignación y mueve la cabeza con aire abatido.

—Vale, vale, ya lo pilló. No volveré a sacar el tema —masculla sin mirarme a los ojos.

Capítulo 4

Cuarto día consecutivo saliendo tarde del trabajo. Genial. El reloj de la esquina inferior derecha de la pantalla del ordenador acaba de marcar las nueve; hace casi tres horas que debería haberme marchado. Tres horas hoy, dos y media ayer, dos más anteayer y otras dos el día de antes suman muchas horas. Y, encima, no me serán compensadas de ninguna manera dado que CTT, como la mayoría de empresas del gremio, no contempla la retribución de las horas extra.

Hay que joderse.

—Ya puedes darte con un canto en los dientes —repuso Amanda cuando abordé el tema en una de las múltiples pausas que se autoconcede a lo largo del día para fumar y hablar de su estrés—. Aquí lo normal es salir pasadas las diez de la noche. Pero tú ya sabes lo que significa trabajar en consultoría, ¿verdad?

Desde luego que lo sé: problemas de última hora, urgencias, clientes insatisfechos proclives a creerse que lo saben todo, gerentes de ceño amenazante y jornadas interminables que ni se pagan ni se agradecen. Siempre es lo mismo en esta profesión de sadomasoquistas. La de veces que, al echar la vista atrás, me he arrepentido de haberme metido en esto. Si me hubiera dedicado a otra cosa, ahora sería una persona más feliz. Y no esta especie de versión borrador de mí misma cuya existencia parece girar única y exclusivamente en torno a la puñetera fecha de entrega de este o aquel proyecto. Para satisfacer a este o aquel cliente. Y que este o aquel gerente se lleve el mérito y se cuelgue la medalla.

Menuda mierda.

Pero seamos justos. La razón por la que llevo cuatro días sin ver la luz del sol no es solo que el cargante de mi jefe haya decidido sepultarme bajo una montaña de papeles que crece de forma exponencial para sacar tajada de mi nueva incorporación. Convengamos que yo también necesito estar metida hasta las cejas en esto. De un tiempo a esta parte, mi vida se ha convertido en una aburrida sucesión de actos rutinarios que ejecuto de forma indeliberada. Cada día es una fotocopia del anterior. Nunca me pasa nada interesante. O, mejor dicho, nunca me pasa nada. Así que supongo que, en el fondo, estoy usando mi trabajo como una válvula de escape. Para mantener la mente ocupada o algo así. Ya ni siquiera me divierten las frivolidades de Dani y eso que, por suerte, las cosas entre nosotros han empezado a ir un poco mejor desde la visita de Alberto del otro día.

Alberto.

De Alberto mejor ni hablo, porque me pongo frenética. Si no hubiera intentado llenarme la cabeza de pajaritos, yo no llevaría desde entonces dando vueltas a una hipótesis absurda.

¿Y si Eric está realmente arrepentido?

Qué gilipollez. Prefiero pasarme doce horas diarias redactando funcionales soporíferos antes que malgastar un minuto más de mi tiempo pensando en él.

No. Pensar en él es lo que menos necesito.

Tras las últimas notas de «I'll try anything once», de The Strokes, cierro mi cuenta de Spotify y me quito los auriculares. Estiro los brazos para librarme del entumecimiento, apago el equipo y recojo mis cosas. Desde el exterior llega el sonido amortiguado de una inesperada tormenta primaveral que impacta contra el techo del edificio. «Y yo sin paraguas», me digo con resignación. Después de un trayecto en metro que se me hace más largo de lo habitual, llego a casa exhausta, hambrienta y calada hasta los huesos. Me detengo frente al portal y rebusco las llaves en el bolso. Ya es de noche y apenas se ve nada; el alumbrado público en algunas calles de mi barrio es de risa. Tras varias tentativas estériles, decido llamar al interfono.

—Me parece que no hay nadie.

La voz me produce una descarga eléctrica tan intensa que me quedo paralizada. No puedo mover ni un solo músculo. No puedo hablar. Ni pestañear. Ni respirar. Es como si alguna clase de fuerza mayor hubiera

asaltado todo mi cuerpo. Me doy la vuelta con cautela, como si estuviera caminando sobre un campo plagado de minas, y su imponente figura aparece bajo un gran paraguas negro, iluminada por la luz de los faros de un coche. Su olor es lo primero que me golpea en la cara sin que lo vea venir. Después, la belleza salvaje de sus rasgos, que escaneo con cierto desorden apreciativo. Su pelo rubio y sedoso. Su boca afrutada. El hoyuelo de su barbilla. Su mandíbula tensa y bien definida. Sus cejas inquietas. Su mirada azul de pestañas espesas y pupila felina. Dios mío, esa mirada. Todo sigue ahí, inalterable. Demasiado hermoso para mi pobre corazón torturado. Sin embargo, una insólita barba rubia de desidia atestigua el aspecto visiblemente desmejorado que Alberto había comentado. Está algo demacrado, sí; diría que incluso ha perdido peso. Y nunca le había visto unas ojeras tan oscuras. Pero lo más llamativo de todo es su actitud. Hay mucho cansancio en su actitud, como si llevase media vida luchando para que el mundo no se le cayera encima. Suena muy egoísta por mi parte, pero me reconforta constatar que no soy la única que está sufriendo.

Aunque dudo mucho que sus razones sean las mismas que las mías.

—Hola, Luna —dice al cabo, con un temor expectante en los ojos.

Solo él me llama así: «Luna». Y el sonido de la palabra pronunciada por sus labios estalla en algún lugar de mi cerebro, como una bomba.

—¿Qué haces tú aquí? —consigo preguntar al fin, sin poder disimular mi sorpresa.

—Esperarte. He llamado al timbre, pero tu compañero de piso no está en casa. Estás empapada —observa mientras me dedica una mirada de algo parecido a preocupación.

—Qué perspicaz.

—No te pongas sarcástica.

—Y tú no me digas lo que tengo que hacer —rebato, desafiante.

Eric suspira con impotencia. De modo que así estamos otra vez, atrapados en la eterna ratonera del tira y afloja. Estupendo.

—¿Me vas a decir ya qué quieres o lo tengo que adivinar?

—Vamos al coche y hablamos.

—Ni de coña.

—Pero ¿no ves que está diluviando? Y necesitas entrar en calor cuanto antes —apunta con ese irritante tono suyo entre impaciente y paternalista.

—Tú y yo no tenemos nada más que hablar, *Iceman*. Así que déjame en paz y lárgate de una vez.

—Escucha lo que he venido a decirte. Solo será un momento. Luego me iré, te lo prometo.

—No te lo mereces.

—Ya lo sé. Pero solo te estoy pidiendo que me concedas cinco minutos de tu tiempo. Por favor, Luna —insiste con un dejo de súplica en la voz. Después, cambia el peso de la pierna un par de veces, como si estuviera nervioso e inseguro.

Y eso basta para derribar el dique de contención que llevo semanas construyendo.

No tengo remedio.

No lo tengo, no.

Aunque él no tiene por qué saberlo.

—Cinco minutos —le espeto con toda la frialdad de la que soy capaz.

Eric me escolta con su paraguas y los pocos pasos que distan del portal al coche me resultan insoportablemente dolorosos. La lluvia tiene un influjo demasiado melancólico sobre mí, me trae recuerdos de la primera vez que estuvimos juntos. Me abre la puerta del copiloto de su espectacular Audi R8 gris metalizado y me deslizo hacia el interior temblando y con el corazón desbocado. «En este coche hay tanta historia», pienso en cuanto mis dedos entran en contacto con el cuero del asiento. Confesiones. Música. Lágrimas. Encuentros y desencuentros. Besos. Y, entonces, todos los momentos vividos en este pequeño espacio con olor a ambientador de cítricos irrumpen como un furioso torrente en mi cabeza.

La primera vez que me llevó a casa, después de haberme quedado trabajando hasta tarde.

Aquella mañana en que la casualidad quiso que nos encontráramos en la playa de la Barceloneta tras la fiesta en casa de Oliver y se empeñó en que me marchara con él.

Y, luego, esa misma noche, cuando fue a buscarme a la sala Metro y yo terminé borracha y vomitando por la ventanilla. Qué vergüenza.

Esa noche conocí al otro Eric. Al hombre sensible que se esconde bajo la máscara de hielo y que aflora en contadas ocasiones.

Un momento.

Pero ¿qué carajo estoy diciendo?

Eric Grau no es ningún hombre sensible.

Eric Grau es un cabrón *destrozacorazones*.

Y, sin embargo, aquí estoy. Otra. Puta. Vez.

Solo de pensarlo me tengo que sujetar a los bordes del asiento para no sentir que caigo en picado a un abismo.

—¿A qué has venido? —pregunto con acritud.

Bajo la luz cálida del techo de su deportivo, observo unos gestos que conozco de memoria: sus grandes manos desfilan sobre su pelo, que cae en cascada hacia un lado de la frente. Después, aflojan el nudo de la corbata de forma mecánica y acaban desplomándose con lasitud sobre el volante.

Y yo no puedo dejar de mirárselas.

Esas manos enormes y masculinas que me lo dieron todo para quitármelo después. Contengo un suspiro y agarro mi bolso con fuerza para ocultar el nerviosismo de las mías.

«Basta. Para ya, joder».

—Primero necesito saber que estás bien —dice tras una sonora exhalación.

¿Qué? A mí me va a dar algo. Juro que me va a dar algo.

Más de un mes, cabronazo. Me has tenido más de un mes entero sufriendo día y noche, sin dormir, sin dejar de llorar y preguntándome a todas horas por qué me abandonaste, por qué no confiaste en mí, y ahora que empezaba a acostumbrarme a la vida sin ti, te presentas en la puerta de mi casa con tus puñeteros ojos azules, tu puñetero perfume y esa puñetera barba que ni siquiera te queda mal y me dices que necesitas saber que estoy bien. Oh, sí, muy bien, gracias. Todo lo bien que se puede estar cuando el amor de tu vida, que es un miserable, un traidor y un cobarde, te apuñala por la espalda.

Me gustaría decirle todo eso. Pero no pienso hacerlo porque he tomado la firme determinación de mostrarme fría e indiferente con él. No se merece otra cosa.

—Estoy perfectamente —respondo tajante.

Su mirada de párpados inquietos se posa en mí.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que ponga la calefacción?

—Haz lo que te salga de las narices.

Le giro la cara y me dedico a observar las gotas de lluvia que se deslizan por la ventanilla.

—Luna...

—A ver cuándo te enteras de que me llamo Ana.

Eric exhala cansado. Su imagen se refleja en el cristal. Tiene los ojos clavados en mí, aunque han perdido el brillo de antes y todo su rostro parece haberse endurecido.

—Tú no eres la única que lo está pasando mal, ¿vale? —me reprocha—. La empresa está atravesando la peor crisis de reputación de su historia y la prensa no deja de acosarme. Por si eso fuera poco, la fuerza de ventas se me ha echado encima porque hace un mes que no les pago los incentivos. No sé si lo sabes, pero aún no he encontrado a nadie lo bastante competente como para que te sustituya. Mi padre apenas me dirige la palabra y la relación con mis hermanos va de mal en peor. Así que ya ves, yo también estoy «perfectamente» —añade con sarcasmo.

A medida que las palabras salen de su boca, siento un malestar intenso por todo el cuerpo. Luego, la sensación se desvanece y da paso a una especie de rabia sorda. No me explico cómo es posible que, después de todo lo que me ha hecho, se atreva a ir de víctima conmigo. Desde luego, hay que ser cínico. Le devuelvo una mirada hostil y espeto:

—Si has venido para contarme lo mal que te van las cosas, puedes ahorrártelo. Lo que te pase a ti no es mi puto problema.

La nuez le sube y le baja varias veces antes de contestar.

—En realidad he venido para pedirte que vuelvas.

Su confesión reverbera en mis oídos con cierto desorden; no estoy segura de haberlo entendido bien.

—¿Que vuelva a dónde? —exijo saber, desconcertada.

La intensidad de su mirada es punzante. Sin darme cuenta, incremento la presión de mis manos sobre las asas del bolso.

«Ese hombre sigue enamorado de ti hasta las trancas. Y es obvio que tú también».

—Mira, los visitantes amenazan con boicotearme si no les pago lo que les debo antes de la semana que viene, y créeme, lo último que necesito ahora

mismo es otro conflicto. No hay tiempo para contratar a otra persona y formarla, es demasiado tarde para eso. —Hace una breve pausa e inspira profundamente—. Necesito tu ayuda, Luna. Tienes que volver a la empresa.

Escucho con estupor lo que dice y un puñal de hielo se me clava muy adentro. Habla de forma estudiada, como si lo hubiera ensayado delante del espejo mil veces para convencerme. Incluso su tono de voz aterciopelado resulta persuasivo. Y yo que pensaba que todo el sufrimiento de las últimas semanas me habría dejado reseca. Que sería imposible que mi corazón pudiera sangrar más. Qué equivocada estaba. Eric todavía es capaz de hacerme más daño si se lo propone.

Pero ¿cómo he podido ser tan estúpida?

No está aquí por mí, sino por su jodida empresa.

No soy yo lo que quiere recuperar, sino el control de su jodida empresa.

Siempre se trata de su jodida empresa.

Trago saliva y, apelando a todas mis fuerzas para no descomponerme, replico con displicencia:

—No, gracias, ya tengo trabajo.

Él deja ir una risa amarga.

—Sí, un trabajo mal pagado y que no te hace feliz.

—¿Y a ti qué coño te importa?! —le grito, a punto de perder el dominio sobre mí misma. Entonces, me doy cuenta de que el control sobre mis emociones es tan quebradizo que no puedo o no sé cómo mostrarme fría e indiferente con él. Así que dejo que las máscaras caigan y me muestro desarmada—. Puede que tú te hayas olvidado de las circunstancias en las que tuve que marcharme, pero yo no. Yo me acuerdo todos los días de mi vida de cómo me trataste.

No dice nada. Me escruta con ojos vagamente melancólicos y se recluye en uno de sus largos silencios impenetrables. Lo miro con fijeza y me pregunto qué estará ocurriendo bajo esa fría superficie. Solo se oye la lluvia del exterior. Su respiración. Y mi corazón herido, que me pide a gritos que huya de aquí.

—Adiós, Eric. Espero no tener que volver a verte nunca más —pronuncio con la voz áspera.

Abro la puerta del coche y, haciendo un sobreesfuerzo para que no se me

doblen las piernas, corro a cobijarme bajo el portal de casa sin ceder a la tentación de volver la vista. Después, oigo cómo el ruido bronco del motor se desvanece en la noche.

Capítulo 5

Estoy hecha un cromo. El día ha amanecido tan apagado que me da pereza hasta mover los párpados. He pasado una noche terrible, con pesadilla incluida. Cuando el despertador ha sonado a las siete en punto, no tenía fuerzas para salir de la cama. Y, como consecuencia, he llegado a la oficina cuarenta y cinco minutos tarde, casi sin aliento y con la frente cubierta por una pátina de sudor. Detesto las prisas. Sobre todo por la mañana. Solo pueden presagiar el día de mierda que me espera.

Amanda levanta la vista de la pantalla de su ordenador y una arruga se le forma en la frente al mirarme.

—Y a ti ¿qué? ¿Se te han pegado las sábanas? —pregunta con un tono que, aun pretendiendo sonar simpático, resulta bastante desagradable.

Pues sí que empezamos bien. En circunstancias normales, le habría soltado algo ingenioso a la par que hiriente para ponerla en su sitio. «Y a ti, ¿se te ha pegado el palo que tienes metido por el culo?» podría ser un ejemplo. Ese afán obsesivo suyo por controlar todo lo que ocurre a su alrededor me saca de quicio. ¿Es que nunca se relaja? A veces tengo la sensación de que se está sometiendo a una especie de prueba espartana para demostrar que es la mejor en todo. La más puntual. La más resolutiva. La que trabaja más duro. La favorita de Óscar Buendía. Y la está superando con creces, por lo visto. Es público y notorio que el jefe la tiene en muy alta estima. Aunque ya veremos si a largo plazo tanto sacrificio le sirve de algo.

—Mejor no preguntes —me limito a responder con gesto ausente mientras me siento y enciendo el equipo.

Saludo a Jota con la mano, pero, como de costumbre, él permanece ajeno a todo lo que ocurre fuera de los límites de sus enormes auriculares inalámbricos.

Pronto, las escasas horas de sueño de anoche comienzan a pasarme factura, lo que me obliga a ir en busca de un café bien cargado antes de poder considerarme en condiciones de empezar a trabajar. No quiero entretenerme mucho. Tengo un montón de tareas pendientes y me gustaría sacármelas de encima antes de que Óscar se dé una vuelta por mi mesa y me suelte con aire afectado eso tan recurrente de que «el cliente se ha interesado por el estatus del proyecto». «Menuda patraña», me digo poniendo los ojos en blanco. El cliente nunca se interesa por el estatus del proyecto porque siempre da por hecho que se le entregará a tiempo, que por algo paga. Por eso me fastidia la falsa aura de premura y preocupación que lo envuelve todo el tiempo y que, dicho sea de paso, utiliza para presionarme sin miramientos. De forma diplomática, sí, pero sin ninguna consideración.

Cuando mi café está listo, lo retiro con cuidado de la máquina, vierto un sobre de azúcar en el interior y lo remuevo varias veces. No sé por qué, después del primer sorbo me viene al paladar el recuerdo gustativo de aquel brebaje que había en la planta menos uno del edificio de Laboratorios Grau. Esbozo una sonrisa. Uf, qué malo estaba. Y, entonces, me digo a mí misma, como si tuviese que convencerme de algo, que he salido ganando con el cambio. Es verdad que mi trabajo actual es cualquier cosa menos estimulante y está aún peor pagado que el anterior. Pero, por lo menos, el café es el mismo para todos. Aquí no hay separación entre internos y externos ni privilegios para unos pocos. En CTT no existen las fronteras. Los gerentes ni siquiera tienen despacho propio porque sus escritorios están integrados con los nuestros en un único espacio diáfano en el que unos y otros trabajamos en armonía. Y no hay ninguna Lidia Fortuny ni ningún Johan Grau que puedan humillarte con total impunidad. Pero, sobre todo, no hay un Eric del que vayas a enamorarte perdidamente para luego terminar con el corazón hecho añicos.

«Tienes que volver a la empresa».

En cuanto su nombre aterriza en mi mente, no puedo evitar volver a pensar en lo de anoche y me sorprendo cogiendo aire y expulsándolo por la nariz muy despacio, como si así fuera a poner orden al hervidero de preguntas que se aglomeran en mi cerebro. ¿Por qué no ha pagado los incentivos todavía?

¿Cómo es posible que no se haya encargado de buscar a alguien que me sustituya en todo este tiempo? Es extraño que un hombre como él, que vive por y para su empresa y que presume con orgullo de haber diseñado la estrategia financiera que la ha mantenido a salvo de la crisis económica de los últimos años, sea el causante de que ahora esa solidez se esté debilitando. No sé, hay demasiadas piezas en este puzle que no encajan. Para empezar, ¿cómo narices sabe que tengo un trabajo mal pagado y que no me gusta? Y luego está lo de esa barba caótica que se ha dejado. No le pega. Eric Grau siempre se ha distinguido por dar una imagen de perfección acorde a la posición que ostenta.

¿Y si...?

«Y si nada. Lo que le pase por la cabeza a *Iceman* no debería importarte».

Doy otro sorbo al café.

Ya, pero ¿y si...?

«¿Y si qué?».

¿Y si Alberto tuviera razón? ¿Y si estuviera arrepentido de verdad? Quizás pedirme que vuelva a Laboratorios Grau sea su manera de reparar el daño que me hizo, por muy descabellado que suene.

«No seas ingenua, Ana. Eso supondría una confrontación directa con su padre y sus hermanos y, por si todavía no te has dado cuenta, su familia ejerce una poderosa influencia sobre él. La explicación es muy simple: el tema se le ha ido de las manos y necesita ayuda. Punto. Ha recurrido a ti porque tiene prisa por solucionarlo y cuenta con que le digas que sí, como de costumbre. Así que no le busques razones románticas a su aparición estelar de anoche porque no las hay».

Dani tiene otra teoría.

—No te extrañe que el vikingo haya vuelto a por más mandanga — diagnosticó anoche mientras cenábamos.

Mi compañero de piso es así. Para él, todo se reduce a una mera cuestión de sexo.

Lo cierto es que no pensaba contárselo. No me apetecía que me echara una reprimenda por enésima vez que pudiera hacer tambalear el acercamiento que habíamos logrado en los últimos días gracias, intuyo, a la mediación de Alberto. Pero cuando llegó a casa y me encontró en el portal temblando como un flan, suspiró como si hubiese anticipado la respuesta a una pregunta que ni

siquiera necesitó formular. No me quedó otro remedio que explicárselo. Al fin y al cabo, Dani es una de las pocas personas de este mundo que me conocen bien. Para mi sorpresa, esta vez su reacción fue algo más distendida, lo cual es de agradecer.

—Anda ya. Solo ha venido a que le saque las castañas del fuego —aclaré fingiendo una calma adulta y desengañada.

Dani soltó una carcajada teatral.

—Sí, seguro que es eso lo que quiere que le saques —apuntó con malicia mientras introducía un dedo de la mano derecha en el agujero que había formado con el índice y el pulgar de la izquierda.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo ahora? —pregunté, solo porque tenía la sensación de que callar hubiera sido peor.

—Ni se te ocurra caer otra vez en sus garras, ¿estamos? Zorrón y cuenta nueva, cariño. El universo está lleno de pollas nuevas que probar, así que a tomar por saco el drama y a otra cosa.

El estómago se me cerró de golpe. Aparté el plato de ensalada y me refugié en mi habitación alegando un cansancio extremo; no sé si coló, aunque tampoco me importa. No estaba de humor para frivolidades y no quería seguir hablando de Eric. Su inesperada aparición me había desestabilizado demasiado y temía que pudiera volver a quebrarme. Que el sexo fuera lo que lo había motivado a venir, como sugería Dani, no me parecía una hipótesis plausible. Eric no me necesita a mí para echar un polvo; tiene donde elegir. Con la cabeza obnubilada por una maraña de pensamientos irritantes, me metí en la cama. Apagué la luz y respiré profundamente con la esperanza de caer en un sueño insondable. Pero lo que ocurrió a continuación fue que todo mi cuerpo se sacudió pensando en él. Y, como tantas otras veces, tuve la sensación de que la noche no desembocaría en un nuevo día, sino que permanecería suspendida para siempre en algún abismo temporal.

El discreto carraspeo de una chica a mi espalda me devuelve al presente.

—Perdona, ¿puedo usar la máquina de café? —me pregunta cuando me doy la vuelta.

—Claro, toda tuya.

Lanzo el vasito de cartón desechable a la papelera y vuelvo a mi sitio con la firme determinación de no volver a pensar en Eric nunca más.

Capítulo 6

El teléfono de mi mesa suena alrededor de las cinco. Al otro lado de la línea, Óscar, que lleva todo el día desaparecido, me pide que vaya a la sala de reuniones.

—¿Ahora? —pregunto con cierta reticencia.

—Ya sé que es tarde —dice con su habitual estilo conciliador—. Pero te necesito aquí, estoy con un cliente nuevo.

—¿Un cliente nuevo?

—Ajá. Y tiene un proyecto muy interesante, ya lo verás. No tardes, por favor.

Cuelgo extrañada. No tengo ni la menor idea de por qué reclama mi presencia y no la de Amanda, por ejemplo, pero prefiero no hacer especulaciones. Que sea lo que tenga que ser.

Desde su sitio, mi compañera me clava una mirada incendiaria.

—¿Era Óscar? —inquire, enredándose un mechón de pelo en los dedos.

Asiento con aire ausente, tratando de repeler su curiosidad mientras desenchufa el portátil de la corriente y me preparo para la reunión.

—¿Qué quería?

Decido ignorar el matiz de exigencia que destila su tono de voz y respondo con naturalidad.

—Que vaya a reunirme con él y un cliente nuevo.

—Ya. ¿Y por qué te lo ha pedido a ti, si puede saberse?

—Ni idea, Amanda. Yo estoy tan sorprendida como tú —contesto entre suspiros y con un poco de brusquedad; ya me he hartado de su estúpido

cuestionario.

Ella parece perder el hilo durante una décima de segundo, pero lo recobra enseguida, se yergue activa en su silla y dice como si hablara consigo misma:

—Seguramente querrá que tomes nota de los requerimientos iniciales del proyecto antes de asignármelo a mí.

En general, las empresas como CTT están formadas por una mayoría de gente joven, entre los veintidós y los treinta años, con estudios superiores y docenas de certificaciones que contrarrestan su falta de experiencia. Y, por supuesto, muy competitiva. Ni que decir tiene que es la propia filosofía corporativa, basada en la eterna promesa de una eventual promoción, lo que incita a una rivalidad salvaje y por demás hostil entre los trabajadores. Por eso, una nunca da un paso hacia delante sin que alguien saque los colmillos y amenace con darle una dentellada a la yugular.

Acabo de comprobarlo.

—Sí, seguramente —dejo caer sin demasiadas ganas de polémica. Ya he pasado por esto antes.

Cojo mis cosas y me dirijo a toda prisa a la sala de reuniones. La puerta está cerrada. Dentro se oyen las carcajadas condescendientes de mi jefe y no puedo evitar resoplar de forma ruidosa. «Así que ha sacado la artillería pesada», me digo. «Tendrá que ser un cliente muy importante, entonces». Sofoco un par de toses y llamo a la puerta con los nudillos. A los pocos segundos, un Óscar Buendía de sonrisa y maneras impostadas me invita a pasar.

Lo que veo entonces me deja de una pieza.

Ahí está, sentado con extrema rectitud corporal al fondo de la pequeña sala sin ventanas. Ataviado con uno de sus impecables trajes a medida, camisa azul cielo y el borde de un pañuelo a juego asomando del bolsillo de la americana. El pelo engominado hacia un lado como de costumbre, una ceja alzada con arrogancia, las grandes manos cruzadas sobre la discreta mesa de melamina, junto a un vaso de agua todavía intacto y el terminal CISCO para audioconferencias, el cegador destello de su reloj metálico Patek Philippe, los clásicos ademanes graves de los hombres importantes. Y ni rastro de esa barba caótica con la que me sorprendió anoche. Ni rastro de ese aire de fatalidad y derrota que parecía haberse adueñado de su espíritu. No sé qué ha podido cambiar en estas pocas horas, pero hoy sí es el Eric Grau que conozco.

Iceman. El hombre autoritario de gesto amenazante y mirada endurecida.

Y no se me cae el portátil al suelo de milagro.

De forma instintiva, me llevo una mano a la boca para amortiguar un grito. Pero ¿qué hace aquí?

Eric se levanta de la silla haciendo gala de su elegancia innata, se abrocha el primer botón de la americana de forma distinguida y se acerca a mí con la calma seductora de un jaguar. Yo soy incapaz de decir nada, me siento demasiado abrumada. Es como si las palabras se me hubieran quedado atascadas en la garganta.

—Tengo entendido que ya os conocéis, así que no hace falta que os presente —apunta Óscar.

Eric esboza una sonrisa de soslayo y extiende la mano. Me tomo más tiempo del que las normas de cortesía aconsejan, pero acabo estrechándosela, urgida por el alarmante escrutinio al que me somete el idiota de mi jefe. Su enorme mano aprisiona la mía con brutalidad y el aire se vuelve eléctrico; da calambre hasta respirarlo. Tiene la piel tan caliente que no puedo evitar sentir que me quemo.

—Sí, nos conocemos muy bien —dice, observándome con sus magnéticos ojos de lapislázuli.

Por un instante, dirige la mirada a mis labios y yo llevo la vista a los suyos de manera inconsciente. «Ay, señor». Noto cómo me voy debilitando cada vez más y tengo que apelar a todas mis fuerzas para aguantar el tipo. Trago saliva. Pestañeo una, dos y hasta tres veces seguidas. «Vamos, Ana, sé fuerte». Él afloja la presión y me roza los nudillos con la yema del pulgar. No se me escapa la cara de circunstancias de Óscar, así que me apresuro a retirar la mano y trato de disimular mi turbación. Mi jefe nos insta a sentarnos y yo me sitúo a su lado. Eric ocupa la silla de enfrente y, a pesar de que evito a toda costa sus ojos, siento que me acechan.

—El señor Grau quiere contratar los servicios de CTT para que llevemos a cabo una importante tarea con la que tú ya estás familiarizada, por lo visto —anuncia Óscar dirigiéndose a mí sin poder disimular cierto aire de asombro—. Como te imaginarás, se trata de calcular los incentivos económicos que recibe mensualmente la fuerza de ventas de Laboratorios Grau...

Pero.

Qué.

Cojones.

De pronto, me invade un coraje de cejas hoscas y dientes apretados que me obliga a fijar la vista en él y a dispensarle una caída de párpados furiosa. No me lo puedo creer. Así que, no contento con mi negativa de anoche para volver a su empresa, el muy cabrón se las ha ingeniado para averiguar dónde trabajo, reunirse con mi jefe y proponerle un trato. Y todo esto en un tiempo récord. Sabía que *Iceman* no es de los que aceptan un no por respuesta, pero no contaba con que fuera capaz de llegar tan lejos solo para demostrar su poder. Tendría que haberme imaginado que no iba a quedarse de brazos cruzados.

—... y necesita que procedamos con la mayor celeridad posible.

—De hecho, tienen que estar listos antes del próximo fin de semana —puntualiza Eric, enarcando una ceja a modo de aviso.

—Comprendo. ¿Lo ves factible? —me pregunta Óscar.

Es una pregunta retórica. A mi jefe le importa un carajo si lo veo factible o no porque, en cualquier caso, voy a tener que plegarme a los intereses, o, mejor dicho, a los caprichos de su puñetero nuevo Dios-cliente.

Pero ahora mismo estoy tan enfadada que no pienso ponérselo fácil a *Iceman*.

—La verdad es que no —respondo con rotundidad mirando a uno y a otro alternativamente.

Una repentina mueca de sorpresa mezclada con disgusto tensa la expresión de Óscar.

—Mujer, qué taxativa eres. Tal vez, haciendo un pequeño esfuerzo...

—Sí, pues no sé cómo esperas que lo haga, la verdad. Hoy es jueves, Óscar. Eso quiere decir que dispongo de muy pocos días para entregar los resultados. —Hago una pausa y miro al techo—. Cuatro, para ser exactos, teniendo en cuenta que de aquí a una semana es San Juan y que el viernes que viene es puente. Es decir, que tendrían que estar listos el miércoles. Para poder cumplir con ese *timing*, necesitaría el plan de incentivos mañana como muy tarde y...

—Te garantizo que lo tendrás —me interrumpe Eric—. Mañana a primera hora.

Le dedico una mirada cargada de rencor e ignoro su comentario.

—... y, conociendo a los gerentes de Laboratorios Grau, eso me parece

bastante improbable.

—Insisto, lo tendrás. Yo mismo me aseguraré de que sea así.

En otras circunstancias, no me lo habría tragado. Los gerentes de ventas de Laboratorios Grau acostumbran a anticipar el fin de semana al jueves por la tarde. De hecho, a estas horas, la mayoría de ellos ya habrán abandonado el despacho dejando a su colección de sacrificadas secretarias a cargo del teléfono y el correo electrónico con la clara consigna de que no hay urgencias que valgan hasta el lunes. Salvo que el tenaz y autoritario director de Ventas y Finanzas ordene lo contrario, claro está. Y esta situación tiene toda la pinta de excepcionalidad.

—Por supuesto, señor Grau. No dudamos de su palabra —tercia Óscar, inquieto, con la clara intención de calmar los ánimos.

—¿Y qué pasa con mis demás proyectos? No puedo dejarlos sin terminar. Tengo entregas pendientes.

Mi jefe me dedica una sonrisa diplomática que no deja ningún resquicio a la duda.

—Tú no te preocupes por eso.

Hago un amago de réplica, pero él ataja enseguida.

—Lo más importante ahora es cumplir con la tarea que nos ha encomendado el señor Grau.

Claro, cómo no. Siempre se trata de la voluntad del señor Grau. Lo que él quiere. Cuando él quiere y como él quiere. ¡Estoy hasta las narices del señor Grau! Pero a mí aún me queda una bala en la recámara y tengo toda la intención de disparar.

A quemarropa.

Dejo volar sobre Eric una caída de párpados pesada e, interrumpiendo la conversación paralela en la que ambos se han sumergido, le suelto:

—¿Cómo piensas justificar esta contratación? ¿No se suponía que ibas a deslocalizar todos los servicios externos?

O, lo que es lo mismo: ¿cómo vas a explicar a tu sanguinaria familia que la traidora que ha llevado a vuestra compañía a la peor crisis de reputación de su historia vuelve a trabajar para ti?

Eric tensa la mandíbula y me mira de una forma siniestra, dando a entender que no se le escapa la intención encubierta de mi pregunta. Después, sin

titubear, dice:

—De momento, eso ha quedado paralizado. Podrás trabajar desde estas oficinas, si eso es lo que te preocupa. Y te recuerdo que soy uno de los accionistas mayoritarios de Laboratorios Grau. No tengo por qué justificar nada ante nadie.

Imbécil.

Chulo.

Prepotente.

Ojalá no te hubiera conocido nunca.

Observo el rictus soberbio de sus labios y la seguridad que derrocha su mirada, fija en mí. «Es increíble cómo algunos se las arreglan para convencer al resto del mundo de las más extraordinarias imposturas», pienso asqueada. Pero a mí ya no puede engañarme. He sido testigo de su farsa. Eric Grau no es más que un hombre a medio acabar cuya vida se cimenta sobre la mentira de una fortaleza que no ha existido ni existirá jamás. Y mientras pienso en todo esto, algo se quiebra en ese pozo oscuro y profundo donde habita el alma humana. ¿Es odio lo que siento con cada átomo de mi ser? Me gustaría decirle muchas cosas. Soltarlo todo, soltarlo ahora. Masticar mi resentimiento muy despacio y escupírselo a la cara. Pero, de forma muy oportuna, su teléfono comienza a vibrar en el bolsillo interior de su americana, acudiendo en sufragio de mi garganta envenenada. Mejor callar, recapacito; ni el lugar ni el momento son los más apropiados para dar comienzo a una batalla.

—Lo siento, pero tengo que atender esta llamada —se excusa mirando la pantalla de su iPhone.

Se levanta y abandona la sala con pasos resolutivos antes de que a mi jefe o a mí nos dé tiempo a decir nada. Cuando nos quedamos a solas, la cara de Óscar cambia de manera radical.

—No me gusta nada tu actitud.

Abro los ojos fingiendo sorpresa.

—Estás tirando piedras contra tu propio tejado. ¿Cómo se te ocurre cuestionarle la contratación del servicio? ¿Y cómo es que yo desconocía hasta esta mañana que habías trabajado en Laboratorios Grau?

«Si te hubieras molestado en mirar mi currículum, capullo...», quiero responderle. Pero, en vez de eso, opto por una respuesta políticamente correcta.

—Se te habrá olvidado, Óscar. Es imposible que te acuerdes de la experiencia laboral de todo el personal a tu cargo.

Se mesa la barbilla y frunce los labios como si el argumento le hubiese convencido. Yo aprovecho que el ambiente parece algo más distendido y me armo de valor para decirle:

—¿Te puedo pedir una cosa? Busca a otra persona para este proyecto. No tengo ningún inconveniente en enseñar a Amanda o a quien sea a calcular los incentivos, pero, por favor, no me obligues a trabajar para ese hombre otra vez. No me sentiría cómoda.

Óscar esboza una mirada contrariada que anticipa la negativa.

—Pues lo siento, pero me temo que eso no es posible —contesta sin demorarse en circunloquios—. Es condición *sine qua non* que seas tú quien se encargue de la tarea. Si no, CTT perderá la oportunidad de negocio. Hay una cláusula en el contrato que lo especifica.

—Pero ¿cómo es posible que ya hayáis firmado un contrato y todo?

Mi jefe se toca el cuello de la camisa con orgullo.

—Por lo visto, el señor Grau es un hombre muy expeditivo.

Un controlador es lo que es. Y el cabrón lo tiene todo pensado.

—Lo siento, Óscar. No voy a hacerlo.

De pronto, se inclina sobre mí, invadiendo mi espacio personal, y me dice con cierta exigencia:

—Mira, no sé qué te pasa con él ni quiero saberlo, pero aquí estamos para satisfacer las necesidades de nuestros clientes. Y si el señor Grau te quiere a ti para desempeñar este trabajo, no seré yo quien le lleve la contraria.

Eso, traducido al lenguaje de consultoría/cárnica, significa algo así como: *Me importa una mierda que tu experiencia en esa empresa haya sido desagradable. A mí lo único que me interesa es lo que voy a facturarle a ese tío. Que no es poco, créeme. Y tú, o haces lo que se te ordena o te vas directa a engrosar las listas del INEM. Puedes elegir.*

Podría elegir largarme ahora mismo de aquí.

Evitar la catástrofe que se me viene encima.

Buscar otro empleo. Total, estoy segura de que no me costaría mucho encontrarlo, a juzgar por el elevado nivel de contratación que se da en el sector.

—¿Algún problema?

Eric le clava a Óscar una mirada furibunda desde la puerta y este se incorpora de inmediato cuadrando los hombros.

—No, no. Todo en orden, señor Grau. —Su tono de voz y la expresión de su cara recobran el talante conciliador habitual—. Solo estábamos ultimando algunos detalles de calendario. La chica está ansiosa por empezar con este proyecto, ¿verdad que sí? —Una mueca de sonrisa bastante cínica se asoma a sus labios y a mí me entran arcadas.

Sí, claro, la chica está ansiosísima.

Menudo gilipollas.

—Bien. Ahora tengo que irme. Ha surgido un asunto del que debo ocuparme lo antes posible —dice Eric con seriedad—. Adiós, Luna. Espero que volvamos a vernos muy pronto. —Y deja caer sobre mí una mirada tan intensa y penetrante que al punto noto que el rubor se apodera de mis mejillas.

Desvío la vista y aprieto la mandíbula.

«No, no y mil veces no. No dejes que haga eso. No dejes que te ponga nerviosa ni que se crea que todavía ejerce algún tipo de control sobre ti», me repito como si fuera un mantra.

Óscar se ofrece con diligencia a acompañarlo a la salida y los dos hombres abandonan la sala sin volver la cabeza atrás. Entonces, al quedarme sola, se cierne sobre mí un sentimiento de fatalidad. La certeza de que, después de este día tan funesto, vendrán otros aún peores.

Podría haber elegido bien.

Pero he vuelto a equivocarme.

Capítulo 7

El plan de incentivos y las credenciales de Citrix para acceder a la red de Laboratorios Grau están en mi bandeja de entrada a primera hora de la mañana, tal y como Eric me aseguró ayer. Es sorprendente. No sé cómo lo habrá hecho, pero lo ha conseguido. Y en unas pocas horas. Doy una ojeada rápida al documento y me dejo invadir por una brutal inapetencia. Antes me gustaba esto, cuando de alguna manera yo constituía una pequeña —pequeñísima— parte del engranaje de su empresa. Pero ahora este baile de cifras obscenas, nombres de visitantes médicos y líneas comerciales divididas en áreas terapéuticas se me hace muy cuesta arriba. Preferiría continuar documentando aburridos procesos. Yo no quería esto, joder. Yo no lo he buscado. Estoy muy frustrada porque, de nuevo, mi propia voluntad me ha sido expoliada por el todopoderoso *Iceman*. Cabreada conmigo misma porque no he tenido lo que hay que tener para decirle que no alto y claro. Y, sobre todo, muy cansada por la tensión de haberme enfrentado a él en los dos últimos días.

¿Por qué ha tenido que aparecer precisamente ahora? Justo cuando empezaba a hacerme a la idea de que no volvería a verlo nunca más.

Son solo las nueve y cuarto y ya tengo un dolor de cabeza punzante. Perdida en el dédalo de mis reflexiones, me masajeo el puente de la nariz con suavidad y, acto seguido, me dirijo al cuarto de baño del vestíbulo principal, donde sé con seguridad que hay un botiquín de primeros auxilios. Cojo un par de analgésicos de un blíster a medio empezar y me los trago con la ayuda del agua del grifo. Me miro en el espejo y suspiro. Acuso un grado de palidez preocupante, tengo ojeras, el pelo sin brillo y mis ojos castaños lucen

apagados. Estoy hecha un puto desastre, soy la viva imagen del agotamiento físico y mental. Cuando regreso a mi sitio, observo con inquietud que Eric acaba de enviarme otro correo.

De: eric.grau@laboratoriosgrau.com

Para: ana.luna@cttconsultancy.es

Asunto: Plan de incentivos

¿Piensas contestarme algún día al *e-mail* de los incentivos?

Sabes muy bien que no me gusta que me hagan esperar.

Dime algo ya.

Eric Grau

Director de Ventas y Finanzas de Laboratorios Grau

No puedo evitar que se me escape un bufido. «Sabes muy bien que no me gusta que me hagan esperar». ¡Cómo me fastidia esa soberbia suya! Amanda me atraviesa con una mirada de párpados pesados. Odia que hable en voz alta o haga ruido cuando está concentrada. Dice que la estresa; es así de tiquismiquis. Esbozo una mueca de sonrisa a modo de disculpa y me centro en redactar mi respuesta.

De: ana.luna@cttconsultancy.es

Para: eric.grau@laboratoriosgrau.com

Asunto: RE: Plan de incentivos

Buenos días, Eric:

Acabo de llegar a la oficina. Empezaré enseguida a revisar los datos y...

No, no, ni hablar. No pienso ir de buenas ni dar mi brazo a torcer. Selecciono el texto con el ratón y lo suprimo. Una curvatura maliciosa me asoma a los labios y empiezo a teclear de nuevo.

De: ana.luna@cttconsultancy.es
Para: eric.grau@laboratoriosgrau.com
Asunto: RE: Plan de incentivos

Lo primero, tú a mí ya no me das más órdenes. Y lo segundo, ¿cómo te atreves a escribirme desde tu cuenta corporativa? Ya sabes lo aficionados que son en tu empresa a monitorizarlas. Joder si lo sabes. Sacia mi curiosidad: ¿qué les has contado a los gerentes? Supongo que no se te habrá ocurrido decirles que has tenido que recurrir a tu caballo de Troya, ¿verdad? ¿Te imaginas lo que pasaría si papá y los abominables mellizos se llegasen a enterar?

Ana Luna
Consultant
CTT Consultancy

Es posible que en otras circunstancias pensara que me he pasado un huevo. Pero:

- a) Eric Grau ya no es mi jefe. Ni mi jefe ni nada mío
- y
- b) él se lo ha buscado.

Así que, después de releer satisfecha todo el veneno que acabo de soltar, pulso «Enviar» embargada por una repentina sed de venganza. Tal y como me había figurado, su respuesta no se hace esperar. *Iceman* es un hombre imprevisible, pero acostumbra a devolver los golpes con rapidez.

De: eric.grau@laboratoriosgrau.com
Para: ana.luna@cttconsultancy.es
Asunto: RE: RE: Plan de incentivos

¿A qué estás jugando?

Eric Grau
Director de Ventas y Finanzas de Laboratorios Grau

De: ana.luna@cttconsultancy.es
Para: eric.grau@laboratoriosgrau.com
Asunto: RE: RE: RE: Plan de incentivos

El único que tiene la costumbre de jugar con las personas eres tú.

Ana Luna
Consultant
CTT Consultancy

De: eric.grau@laboratoriosgrau.com
Para: ana.luna@cttconsultancy.es
Asunto: RE: RE: RE: RE: Plan de incentivos

Déjalo ya, Luna. Te dije que necesitaba tu ayuda.

Eric Grau
Director de Ventas y Finanzas de Laboratorios Grau

De: ana.luna@cttconsultancy.es
Para: eric.grau@laboratoriosgrau.com
Asunto: RE: RE: RE: RE: RE: Plan de incentivos

Y yo te dije bien clarito que NO quería volver a verte. ¿Entiendes el significado de la palabra NO? Igual es que no lo pillas y te lo tengo que decir en sueco: [NEJ](#). ¿Mejor así? Si te empeñas en joderme, yo también te joderé a ti. Te devolveré los incentivos mal calculados a propósito. Puedo llegar a ser un auténtico grano en el culo si me lo propongo.

Ana Luna
Consultant
CTT Consultancy

De: eric.grau@laboratoriosgrau.com
Para: ana.luna@cttconsultancy.es
Asunto: RE: RE: RE: RE: RE: RE: Plan de incentivos

Aquí nadie está intentando joder a nadie. Todo está en tu cabeza. Respecto a tu amenaza, permítame que la ponga en duda. Ambos sabemos que tú nunca harías algo así porque eres demasiado buena.

P. D.: Te he dicho muchas veces que tengas cuidado con lo que dejas por escrito, pero veo que sigues sin aprender.

Eric Grau
Director de Ventas y Finanzas de Laboratorios Grau

Fijo la vista en la pantalla mientras intento estructurar mis pensamientos. La sangre me hierve a borbotones. Odio que tenga razón, pero la tiene. Para empezar, no creo que fuese capaz de entregar ningún proyecto si sé que contiene errores. Ni este ni ningún otro. Tendría remordimientos de conciencia porque, además de ser demasiado buena —lo que explica que todavía no le haya retirado la palabra a este cretino—, soy demasiado responsable. Y por supuesto que no debería enviar por *e-mail* nada que luego pueda ser usado en mi contra. ¿Acaso se me ha olvidado ya que por cosas mucho más triviales que esta fui víctima de una especie de conspiración familiar en mi empleo anterior?

«Que pareces nueva, idiota», me aprieta mi Pepito Grillo interior.

Resoplando, borro todos los mensajes —como si eso sirviera de algo— y trato de autoconvencerme de que debo parar antes de que esto se me vaya aún más de las manos.

Lo malo es que ahora estoy demasiado encendida para recular.

De: ana.luna@cttconsultancy.es

Para: eric.grau@laboratoriosgrau.com

Asunto: RE: RE: RE: RE: RE: RE: RE: Plan de incentivos

Que te jodan.

Que.

Te.

Jodan.

Ana Luna

Consultant

CTT Consultancy

Una de las cosas que más odio de Eric son sus repentinos silencios administrativos. Me fastidia tanto tener que especular... «¿Dónde está?», «¿Por qué no dice nada?», «¿Le habrá surgido algo o finalmente se ha cumplido mi deseo de tocarle las narices?» son algunas de las preguntas con las que no puedo evitar devanarme los sesos. La situación es surrealista. Y yo, una ridícula de campeonato, lo reconozco. Mientras espero embobada como una mema frente a la pantalla una respuesta que no llega, pulso la tecla F5 un par de veces seguidas para actualizar la bandeja de entrada, convencida —o tal vez esperanzada— de que se encuentra flotando ahí fuera, en algún agujero negro del ciberespacio. Pero esa hipótesis no es más que una mera sugestión azucarada.

Resoplo y me desperezo.

Me deshago el moño y me lo vuelvo a hacer.

Miro el reloj.

Compruebo otra vez la bandeja de entrada.

Me muerdo las uñas de la mano derecha y, luego, las de la izquierda.

Después, el tapón de un boli.

Ordeno mi escritorio.

Vacíó la papelera en el contenedor de reciclaje que hay junto a las impresoras. Es increíble la cantidad de residuos que llegan a generarse en una oficina.

Voy a por un café, el tercero de la mañana. (Nota mental: Debería empezar a plantearme de forma seria la reducción del consumo de cafeína).

Un chico que aguarda frente a la máquina con aire aburrido me da conversación sin que yo se lo pida. Es la primera vez que me dirige la palabra, y eso que nos hemos visto bastante por aquí.

—Ey, ¿qué tal, cómo lo llevas? —dice con indolencia—. Yo de puto culo. Cinco incidencias y solo son las doce y media.

Lo más probable es que solo esté tratando de ser agradable. Pero no sé por qué, la verdad. No deja de sorprenderme el hecho de que haya compañeros de trabajo incapaces de saludarte cuando se cruzan contigo, pero lo suficiente hipócritas para hablarte sobre alguna mierda insustancial cuando tú eres su única opción.

Vaya. Las doce y media y yo aún sin hacer nada de nada.

—¿Y a ti qué te pasa hoy, que no paras quieta? —me pregunta Amanda bastante alterada cuando regreso a mi sitio.

Me encojo de hombros y me pongo los auriculares, una manera elegante de decirle que se meta en sus asuntos. Empujo el ratón ligeramente para que la pantalla del ordenador salga del reposo, abro mi cuenta de Spotify y busco música acorde a mi estado de ánimo, es decir, de pena. Y sé que no debería, pero como mi tendencia a la autoflagelación acostumbra a aflorar en los momentos más críticos de mi vida, me decido por una selección de canciones de Michael Kiwanuka.

El puñetero cantante que tanto le gusta a Eric.

La lista empieza con «Cold little heart», la canción que sonaba la primera vez que me subí a su coche. Los recuerdos que brotan de cada acorde desencadenan una tristeza vaga y persistente que hace que el ambiente y el momento se vuelvan irrespirables. Después, le toca el turno a la oportuna «Love & Hate». Joder, si es que parece que la hayan escrito pensando en nosotros. Cuando se acaba, el dolor que siento es tan punzante que me tengo que arrancar los auriculares de cuajo. No puedo. Si escucho una sola canción más de Kiwanuka, volverá a abrirse esa herida invisible que habita en el centro de mi pecho y se colará por ella una especie de nostalgia áspera, que pica en los ojos y en la garganta. A veces, las cosas más sencillas son las que más daño hacen.

Tengo tantas, pero tantas ganas de llorar ahora mismo...

Por suerte, un fogonazo en el cerebro me salva a tiempo de la catástrofe. Algo así como un instante de lucidez. La nostalgia se transforma en una rabia que se extiende como un virus por todo el cuerpo y me infecta los huesos. Los músculos. Las terminaciones nerviosas. El cerebro. El corazón y los pulmones. Los dedos de las manos que están unidas a ese cuerpo y que quieren, no, que necesitan seguir vomitando cianuro.

De: ana.luna@cttconsultancy.es

Para: eric.grau@laboratoriosgrau.com

Asunto: RE: RE: RE: RE: RE: RE: RE: Plan de incentivos

Ya veo que sigues siendo el mismo cobarde de siempre.

Ana Luna

Consultant

CTT Consultancy

Y después de eso, nada.

* * *

A mediodía, todo el mundo abandona su puesto para ir a comer. Amanda me pregunta si quiero ir con ella a L'Illa, el centro comercial de aquí al lado, pero no me apetece nada oírle quejarse de lo estresada que está. Es una plasta. Y yo odio a los plastas que hablan de trabajo fuera del trabajo, cuando, a estas alturas de la película, todo el mundo ya debería saber que, fuera del trabajo, solo está permitido hablar de trabajo si es para criticar al personal. Además, se me ha cerrado el estómago y ni siquiera tengo hambre. Me excuso aludiendo al exceso de tareas pendientes y ella se marcha con una nota de disconformidad en el rostro. Enseguida me quedo sola en la oficina. Apenas unos minutos después, mi teléfono móvil vibra encima de la mesa. Un subidón de adrenalina me recorre el cuerpo cuando veo su nombre iluminado en la pantalla, como si las cuatro válvulas de mi corazón se hubieran puesto a bombear sangre a la vez.

—Baja —me ordena con brusquedad.

—¿Qué dices?

—Que bajas. Estoy en la puerta. Ahora.

Cuelga antes de que me dé tiempo a contestar.

Al principio, me cuesta un poco reaccionar. Sus palabras me han sentado igual que un mazazo en mitad del plexo solar. Pero ¿quién se ha creído que es para darme órdenes? ¿Y qué quiere ahora? ¿Para qué narices ha venido a CTT? Que yo sepa, no estaba previsto que hoy tuviera que hacerlo y, la verdad, a Eric no le pega nada improvisar. Su existencia es una sucesión de planificaciones que rara vez se salen del guion. Lo único que tengo claro es que está mosqueado. Mucho. Y aunque tengo la tentación de pasar de él y fingir que esta llamada no acaba de tener lugar, acabo moviendo el culo de la silla y haciendo lo que dice. Como de costumbre. Es curioso; con lo valiente que he sido antes por *e-mail* y lo cobarde que soy ahora. Por lo visto, el universo sigue girando en torno a él. Solo tiene que chasquear los dedos para conseguir tenerme comiendo de su mano. Qué tonta, por Dios. Mis intenciones de mantenerlo a raya no sirven de nada mientras no se conviertan en acciones. Inspiro profundamente y me monto en el ascensor nerviosa y con las palmas de las manos empapadas de sudor. Cuando salgo a la calle por la puerta giratoria y el aire contaminado de la avenida Diagonal penetra en mis pulmones, siento que me falta el oxígeno. Fuera de la barrera protectora del aire acondicionado, el calor es asfixiante. Y eso que solo estamos a 17 de junio.

Pero nada comparado a lo que me provoca que él esté aquí ahora mismo.

Y para nada bueno, intuyo.

Me espera de pie junto a su coche, que ha aparcado de cualquier manera en la zona de carga y descarga cercana a la entrada del edificio de hormigón. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada oscurecida, la mandíbula apretada y la frente partida en dos por una vena furiosa. La suya es a todas luces la apariencia de un hombre a punto de perder los estribos. Me acerco a él con pasos titubeantes, pero antes de que pueda pronunciar una sola palabra, se inclina sobre mí como expelido por un resorte y agacha la cabeza hasta que nuestras frentes prácticamente se tocan.

—¿Por qué cojones no puedes hacer lo que te pido ni una sola vez en tu vida?! —me grita fuera de sí en mitad de la calle.

—¡Tú no pides, tú impones, que es muy diferente!

—*Helvete!* ¡Deja ya de ponérmelo todo tan difícil!

Trago saliva. Un par de transeúntes se detienen en seco y contemplan la escena alarmados, pero Eric les lanza una mirada entre homicida y paralizante y no les queda otro remedio que huir despavoridos. La verdad es que su metro noventa y cuatro de altura y sus ojos de felino enjaulado intimidarían a cualquiera.

Chasquea la lengua con irritación y retrocede apenas un par de pasos. Se ahueca el flequillo rubio con un gesto cansado.

—Pierdes el tiempo, Eric. No quiero volver a trabajar para ti, ¿o es que no lo ves?

Él exhala y las notas de café que percibo en su aliento me acarician el olfato. Un mechón de mi pelo se desprende y observo cómo lo sigue con la mirada.

—Lo siento, pero no tienes alternativa.

—Tú ya no eres mi jefe, no puedes obligarme.

—Sí, sí que puedo. Claro que puedo. —Sonríe con cinismo—. He pagado muchísimo dinero por tus servicios.

—¡Por mí puedes metértelo por donde te quepa! ¡Y si no dejas de acosarme, me buscaré otro trabajo!

Entonces estalla la tormenta. Eric se abalanza de nuevo sobre mí, pero esta vez me sujeta la barbilla ejerciendo una fuerte presión hacia arriba con los dedos para obligarme a mirarlo.

—¡Pues yo volveré a buscarte! Y ¿sabes qué? Compraré esa empresa. Compraré cualquier empresa en la que trabajes —me amenaza, imprimiendo una agresiva sonoridad en cada sílaba—. Si no quieres hacerlo por las buenas, lo haremos por las malas. No me pongas a prueba. —Tensa la mandíbula y me escudriña con una mirada furibunda—. No se te ocurra hacerlo porque llevas las de perder.

Me cuesta muchísimo no derrumbarme. No sé cómo lo hace, pero siempre consigue tenerme en sus manos. En sentido literal y figurado. Y lo peor de todo, lo que me mantiene en un permanente estado de ebullición por dentro, es que me sigue volviendo loca.

Lo sigo necesitando como una puta droga.

No sé cómo lo haré, pero tengo que arrancármelo de dentro como sea. Mi

vida es una auténtica montaña rusa emocional desde que él apareció.

—Es curioso que te dediques a vender medicamentos para aliviar el sufrimiento ajeno cuando está claro que te importa una mierda que los demás suframos con tus decisiones.

A pesar de que intento imprimir firmeza a mi voz, no puedo evitar que me tiemble. Eric me mira como si lo acabara de atravesar con un puñal y se separa de mí de inmediato.

—Céntrate en tu trabajo si no quieres que le presente a Buendía una queja formal sobre ti —me espeta acusando ahora un tono gélido y distante.

—Te odio, Eric Grau. No sé cómo pude fijarme en ti.

Suspira resignado y se da la vuelta sin decir una sola palabra más. Se monta en el coche con determinación y sale disparado, quemando asfalto. Y yo me siento igual que si me estuviera deshaciendo por dentro, inestable como un castillo de naipes.

De vuelta en el interior del edificio de CTT, no me percató de la presencia de Jota hasta que me doy cuenta de que se ha subido al ascensor detrás de mí. Lleva entre esas manos rechonchas y sudorosas con las que se la menea sin parar una caja de fideos chinos precocinados que baja a comprar religiosamente cada día y que se come en soledad frente al ordenador, mientras echa una partida en línea al Grand Theft Auto 5.

—Menudo cochazo tiene tu novio —me suelta de pronto.

—No es mi novio —puntualizo entre suspiros.

Y, por primera vez en todo el tiempo que llevo trabajando con él, creo observar en Jota algo parecido a una sonrisa suspicaz.

—Sí, lo que tú digas.

Capítulo 8

—Deja eso y arréglate, va —me ordena Alberto cerrándome de golpe el grifo del fregadero.

Chasqueo la lengua y vuelvo a abrirlo.

—Que no, que no, que ya os he dicho que yo me quedo en casa.

Salir de fiesta con mis dos amigos gais no es lo que más me apetece ahora mismo. Estoy tan agotada que lo único que quiero es terminar de fregar los platos cuanto antes para meterme en la cama y dormir todo el fin de semana seguido. Ha sido un día excepcionalmente largo para tratarse de un viernes. Y raro. Un día raro en una semana rara en un mes más raro todavía.

No esperaba encontrarme a Alberto poniendo la mesa para la cena al llegar a casa.

—Vaya cara traes —observó con preocupación después de saludarme con los dos besos reglamentarios—. Y qué tarde vienes, tía. ¿Has tenido algún pollo en el curro?

—Pero de los gordos —le contesté mientras me desplomaba sobre el sofá como un peso muerto—. ¿Dónde está Dani?

El ruido de la ducha despejó la incógnita. Alberto sirvió un par de copas de Lambrusco rosado y se sentó junto a mí.

—Cuéntamelo.

No estaba muy segura de querer hacerlo. Hablar de ello significaba recapitular todo lo que me había pasado en los últimos días, que no era poco. Remover sentimientos que sigo tratando de enterrar. Exponerme de nuevo a sus palabras condescendientes con Eric. Di un pequeño sorbo y el vino se deslizó

por mi garganta. Era flojucho, tirando a malo, pero estaba fresco y entraba bien, justo lo que necesitaba en una noche en la que el calor estaba resultando sofocante en extremo. Me deshice de las zapatillas con despreocupación y dejé ir un suspiro aliviada. Un par de tragos después me arranqué a explicárselo todo, desde la fortuita aparición de Eric de la otra noche hasta la discusión de hoy en la puerta de la oficina. Era como si el líquido rubí hubiese deshecho los nudos que me impedían hablar al principio. Cuando terminé el relato, Alberto, que extrañamente no parecía sorprendido por las novedades, dejó la copa sobre la pequeña mesa de madera del comedor y aseveró:

—Todo esto demuestra que mi teoría es cierta. Eric está arrepentido.

—Joder, Alberto. ¿Otra vez con lo mismo? —protesté—. Me dijiste que no volverías a mencionar a *Iceman*.

Él chasqueó la lengua repetidas veces.

—De eso nada. Yo te dije que no volvería a sacar el tema y el tema lo has sacado tú.

Touchée.

Resoplé y me terminé de un trago el vino que me quedaba en la copa.

—Pues si es verdad que está arrepentido, tiene una forma muy peculiar de demostrarlo.

—Tú dale tiempo y verás.

—¿A qué te refieres? —pregunté con un tono que destilaba ansiedad.

Una sombra le oscureció el semblante de repente.

—A nada. No me hagas caso —se desentendió él con un gesto desmayado de la mano antes de ocultarse tras su copa.

—De todas formas, paso de él.

Aunque la inmediata irrupción de mi compañero de piso en escena dio por zanjada la conversación, una pregunta ha seguido planeando desde entonces en el aire como una cometa sin rumbo.

¿Por qué tengo la sensación de que Alberto sabe algo que no me está contando?

Dani se me acerca por detrás y se dedica a hacerme una trenza mientras yo termino de aclarar los platos.

—Tía, haz el favor de no ser tan sosa. Que viene un DJ australiano a pinchar.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¿Tú sabes la cantidad de maromos que habrá en esa sesión?

Suspiro entrecerrando los ojos.

—Y ya sabes lo que dicen... —Y añade en plan teatral—: Un falo quita otro falo.

Los tres nos echamos a reír a carcajadas y, a pesar de mis reticencias iniciales, acabo accediendo. «Me vendrá bien divertirme un rato», me digo para convencerme. Como hace muchísimo calor, me pongo una sencilla camiseta azul de tirantes, unos *shorts* vaqueros y unas sandalias planas de color rojo que le arrancan a mi compañero de piso un aullido de horror que ignoro, como de costumbre.

Aproximadamente una hora más tarde, Alberto, Dani y yo nos bajamos en la estación de metro de Paralelo y callejamos por el barrio del Raval en dirección al hotel Barceló. Su terraza circular es legendaria no solo por las sesiones nocturnas de música electrónica, sino también por unas espectaculares vistas panorámicas de la ciudad. Por el camino, compramos unas latas de cerveza barata en un badulaque y nos las bebemos deprisa y corriendo al grito de «¡Maricón el último!». Luego nos hacemos un montón de selfis chorras junto a la mítica escultura del gato de Botero. De repente, me invade un sentimiento de euforia. «¡Bravo, Ana!», exclama la voz de mi conciencia. «Por fin estás haciendo lo que toca a los veinticinco años. Salir y pasártelo bien. Reír. Saltar. Emborracharte. ¡Vivir, joder, vivir! Que la vida es de un solo uso para que andes malgastándola en túneles subterráneos». Y no sé si tiene que ver con el hecho de que me estoy divirtiendo como hacía mucho que no me divertía, o tal vez porque, gracias a la cerveza y a las copitas de ese Lambrusco tan malo que me he tomado mientras cenaba, empiezo a notarme achispada. Pero, sea como sea, me siento bien. Más yo misma. Más relajada. Y eso ya es mucho.

Alberto y Dani enfilan hacia la barra en cuanto subimos a la azotea del hotel y yo me dedico a inspeccionar el lugar mientras tanto. Son poco más de las once de la noche, pero la terraza ya está llena hasta los topes de gente. La mayoría son treintañeros a los que Dani clasifica como «*hipsters* de mierda» porque tienen un *look vintage* y en apariencia despreocupado, aunque en realidad está estudiadísimo. Beben cócteles sofisticados —al menos, más que

mi clásico *gin- tonic*—, y dado que su objetivo no es ponerse ciegos, sino hablar de cosas trascendentes con otros modernos como ellos, no acostumbran a tomarse más de uno. Dos, a lo sumo. Aunque yo creo que, en el fondo, es porque no les llega el presupuesto. También hay algún que otro tío de más edad —de bastante más, a decir verdad—, pero gracias a las gafas de montura supersónica que llevan para ocultar las patas de gallo de forma estratégica, la inabarcable colección de tatuajes y una barba espesa y, en general, bien cuidada, muchos pasan por milenials. Y bastantes guiris. A esos se los distingue sobre todo por el color de piel rosa-quemado-por-el-sol de la cara y los antebrazos, y porque a estas horas, a diferencia del resto, ya están completamente pasados de rosca. Los más entonados incluso se atreven a darse un chapuzón en gayumbos en la pequeña piscina con forma de rectángulo situada a un lado de la terraza. Qué visión tan desalentadora. El calor es terrible. Húmedo, pegajoso. Incluso aquí arriba, el aire se adhiere a la garganta y provoca una permanente sensación de sed. Por suerte, mis amigos no tardan en volver con las bebidas y, después de un largo y balsámico trago de *gin- tonic*, decidimos mezclarnos entre la gente. El *disc-jockey* australiano al que había hecho referencia Dani pincha una mezcla veraniega de *house* y *chill out* cuyo nivel de decibelios nos permite hablar como personas civilizadas y no a voces. Charlamos de trivialidades, en general. Que si qué ambientazo, que si cómo mola el sitio. Criticamos la ropa de esta y el peinado de aquella; nos fijamos en el culo de uno; alabamos los pectorales de otro. Luego, cada cual hace un breve resumen de su semana. Dani está harto de currar doce horas diarias en la pelu y de que su jefa, que es una agarrada, no le suba el sueldo. Alberto, de lidiar con incompetentes incapaces de solucionar los problemas a los que se enfrenta su equipo. Y yo... en fin, yo he tenido una semana de lo más peculiar. Dejémoslo ahí.

—Voy a por otra —me excuso después de acabarme de un trago lo que me queda en la copa.

Mientras espero apostada en la barra a que la atractiva y bronceada camarera me atienda, alguien me toca el hombro. Al girarme me encuentro cara a cara con la última persona que esperaba ver aquí.

—¡Oliver! —exclamo sin poder disimular mi sorpresa.

Observo a mi antiguo compañero de trabajo de arriba abajo como si fuera un apetecible caramelo. No lo recordaba tan alto. Ni tan mono. El pelo

castaño revuelto y el aro de madera que lleva en una oreja le otorgan un aire de *enfant terrible* de lo más *sexy*. Diría que ha estado haciendo ejercicio a juzgar por cómo se le ajustan a los hombros, más anchos que antes, las mangas de su camiseta negra de Superdry.

Vaya con Oliver.

Quién lo diría.

Esboza una encantadora sonrisa y, sin pensárselo, me estrecha entre sus brazos con tanta fuerza que por poco me desencaja la espalda. Huele a juventud. A uno de esos desodorantes deportivos que suelen usar los chicos de nuestra edad. Y de su cuerpo emana un calor que me resulta reconfortante. La verdad es que me alegro de verlo. Las cosas no terminaron de cuajar entre nosotros cuando trabajábamos juntos en Laboratorios Grau y fue culpa mía. Digamos que nunca fui demasiado receptiva con Oliver porque el momento no era el adecuado. Pero quién sabe si el destino me está brindando ahora la oportunidad de reconectar con él.

Tiro de tópicos.

—¿Qué hace un chico como tú en un sitio como este?

—Me gusta mucho este DJ. ¿Y tú?

—He venido con mi compañero de piso. Y con Alberto.

—¿Nuestro Alberto? —Compone un gesto de extrañeza—. No tenía ni idea de que os seguía viendo.

Trato de reconducir la conversación hacia otros derroteros. Al fin y al cabo, que yo sepa, Alberto aún no ha salido del armario de forma oficial.

—Sí, bueno, a veces. Pero ya irás a saludarlo después. Ahora tenemos que ponernos al día —decido.

—Claro. —Asiente satisfecho—. ¿Qué tomas?

Encontramos una mesa vacía al otro lado de la terraza circular, en una zona algo más íntima y tranquila, y nos sentamos. Después de brindar por el reencuentro, Oliver me pregunta por mi nuevo trabajo y le hablo de CTT de forma bastante sucinta y sin entrar en detalles. Sobre todo, los que conciernen a lo acaecido en los últimos días.

—¿Qué tal tú? —me intereso.

—¿Yo? Hasta los huevos. Cada vez tengo más curro. Eso sí, el salario es el mismo. Son unos explotadores de mierda y quieren hacernos creer que, por

culpa de la crisis, el trabajo no siempre se puede recompensar y que los recursos se acaban agotando. Y una polla, así de claro te lo digo. Encima, hablas con Alberto y, ¿sabes lo que te dice? Que son tiempos difíciles y que hay que esforzarse el doble por el cliente. ¡Por mí el cliente —remarca en tono de burla— puede irse a tomar por el culo! No sé qué cojones le pasa a ese tío últimamente, pero parece que se ha puesto de parte de *Iceman*.

Trago saliva.

Así que no soy la única que se ha dado cuenta.

Oliver continúa desahogándose.

—La verdad es que estoy al límite. Sin ti y sin Marga en el departamento, Sergio y yo no damos abasto. Si las cosas siguen así, me buscaré otra cosa.

Marga. La primera imagen que me viene a la cabeza es la de un trozo de pizza *Capricciosa* que vuela por los aires y termina aterrizando en la cara de una chica. Pobre. Era bastante idiota, pero me pasé demasiado con ella.

Un momento.

—¿Marga se ha ido?

Oliver deja ir un resuello de indignación.

—Qué va, mucho peor aún: la han hecho interna. Resulta que ahora es la nueva secretaria de Lidia Fortuny. —Una mueca de hastío le asoma a los labios—. Por fin ha conseguido lo que quería. Llevaba años obsesionada con tener un puesto en Laboratorios Grau.

Vaya. Esto sí que no me lo esperaba. No tendría por qué, pero reconozco que la noticia me ha sentado como un jarro de agua fría. ¿Marga, interna? Habría apostado antes por Sergio, cuyo perfil encaja mejor con la imagen corporativa, los valores y las necesidades de Laboratorios Grau. Pero ¿Marga? ¿En serio? ¿Y por qué Alberto no me ha dicho nada? Aquí hay gato encerrado. Esa chica nunca ha destacado especialmente y, como el cerdo de Johan Grau se encargó de dejarme bien claro en el pasado, ser interno en Laboratorios Grau es un privilegio limitado a unos pocos. Lo que me recuerda que yo misma estuve a punto de correr la misma suerte.

Pero eso es otra historia.

Decido que ha llegado el momento de cambiar de tema.

—¿Has estado haciendo ejercicio? Te veo mucho más fuerte.

Charlamos de forma distendida de esto y de aquello. Oliver es genial.

Divertido y hablador. Nunca se le acaban los temas de conversación y yo me siento cada vez más a gusto con él. El tiempo se esfuma con rapidez y el alcohol también. Cuando se nos vacían las copas, se excusa para ir a la barra en busca de otro par. Yo aprovecho para ponerme de pie y me encaramo a la baranda de cristal doble que bordea la terraza. Contemplo las vistas panorámicas. «Qué bonita es Barcelona de noche; parece un *collage* de luces y de infinitas posibilidades», me digo dejando que el aire caliente me acaricie las mejillas. Levanto la cara hacia el cielo y observo el nutrido enjambre de estrellas que brillan en el espeso cielo nocturno. Entonces, un recuerdo fugaz como la llama de una cerilla acude a mi cabeza y me sume en una nostalgia ineluctable.

Roma.

Eric.

Ay, Eric. Cómo echo de menos lo que tuvimos.

Enseguida me arrepiento de haber permitido que vuelva a colarse en mis pensamientos, así que me abofeteo una y otra mejilla y me obligo a volver al presente.

Ya basta.

—Acabo de ver a Alberto —anuncia Oliver a su vuelta. Me giro y le cojo una de las copas de las manos antes de llevármela a la boca—. Y me imagino que el tío que le estaba metiendo la lengua hasta la tráquea es tu compañero de piso, ¿no?

No puedo evitar reírme soltando el aire por la nariz y unas pequeñas burbujas se forman en el líquido.

—Sí, pero tú... —Le pongo el dedo índice en los labios con una espontaneidad insólita—. *Shhhhh...*

Él se ruboriza al punto y, tras un breve silencio, me confiesa con nerviosismo que ha pensado mucho en mí y que tenía ganas de verme.

—Haberme llamado —le reprocho como una cría que tiene una rabieta.

—Es que no quería entrometerme.

—¿Entrometerte en qué?

—No sé, en lo que fuera. Entre *Iceman* y tú, supongo.

Me pongo tensa y exhalo.

—No hay nada entre *Iceman* y yo, Oliver. Lo que hubo, si es que hubo

algo, se terminó en cuanto salí por la puerta de Laboratorios Grau escoltada por un segurata como si fuera una delincuente.

Un rictus de labios apretados se le dibuja en la cara.

—A todos nos supo muy mal lo que pasó. Incluso Marga parecía afectada el día que te despidieron, y eso que no os llevabais bien. Si te sirve de consuelo, todo el mundo sabe que no tuviste nada que ver con la filtración de los incentivos. Fuiste un chivo expiatorio y punto. —Menea la cabeza y chasquea la lengua—. Puto *Iceman*... Menos mal que no tienes que verlo más.

No sé muy bien cómo describir la sensación que me embarga entonces porque es una mezcla de muchas cosas. De dolor, de miedo, de resignación y de esperanza.

Eric se fue, pero ha vuelto.

Aunque ojalá no lo hubiera hecho.

—Sí, menos mal —miento, dibujando una sonrisa sin fuerza.

Y, de pronto, hago algo de lo que nunca me habría creído capaz. Dejo las copas en la mesa y me lanzo a su cuello con resolución. Lo abrazo con una fuerza desmedida, como si le debiera un favor, y él, aunque se muestra un poco torpe y cohibido al principio, me corresponde rodeándome la cintura y apretándome contra su cuerpo.

—Me gustas mucho, Ana. Siempre me has gustado. Lástima que tú no estuvieras por la labor. Si la noche de la fiesta en mi casa te hubieras quedado conmigo, yo...

—Cállate y bésame —lo interrumpo.

Sonríe y hace lo que le ordeno como si fuera un alumno aplicado. Me besa de forma suave, apenas rozándome los labios, y me observa como si evaluara mi reacción.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer?

No le doy tiempo a que me conteste. Entierro los dedos en su pelo y me abalanzo a morderle la boca con exigencia. Sus manos inquietas no tardan en descender hacia mis nalgas. Las mete con timidez dentro de los bolsillos de mis *shorts* vaqueros y me atrae hacia sí un poco más, haciéndome partícipe del volumen de su excitación.

Yo, en cambio, no siento absolutamente nada.

No me excitan sus besos.

No me excitan sus manos.

Ni su olor.

Nada.

«Igual es que necesito algún estímulo para acabar de desinhibirme del todo», me digo. Decidida a poner un poco más de mi parte, me separo de Oliver y recupero mi *gin-tonic*. Me bebo la mitad del tirón.

—Eh, despacio —dice sonriente mientras me lo arrebató de las manos.

Tengo que esforzarme para devolverle la sonrisa. Pero ¿qué puñetas pasa conmigo? Con lo mono que es y lo cachas que se ha puesto... De repente, me descubro a mí misma tirándole de la mano para colocarla sobre uno de mis pechos. Oliver me mira como si hubiera sido testigo de una visión. Tiene las mejillas enrojecidas y los labios entreabiertos. Su respiración comienza a ser irregular. Guío su mano hacia el interior de mi camiseta de tirantes y la poso sobre el sujetador. Él me acaricia con avidez.

—Joder, Ana. Me pones un montón.

Pero yo sigo sin sentir nada.

—¿Y si vamos a tu casa? —pregunto de pronto, sonando tal vez demasiado impaciente.

Al principio se queda un poco parado, pero enseguida me responde que sí con la voz teñida de excitación. Enfilamos hacia la salida atravesando la terraza. De camino, veo a Dani saliendo del baño y me limito a decirle adiós con la mano. Él deja volar la mirada sobre mi acompañante y antes de desaparecer, levanta el pulgar hacia arriba y me tira un beso. En la calle, Oliver me pasa el brazo por los hombros de forma protectora y caminamos hacia la parada de metro de Liceo sorteando todo tipo de criaturas nocturnas. Él comenta algo acerca de que el capitalismo ha corrompido a la sociedad hasta convertirla en víctima de una estructura cuyos pilares están podridos y bla, bla, bla. Asiento sin prestarle demasiada atención. De repente, empiezo a sentirme mareada, como si flotara en el aire húmedo y caliente. El alcohol ingerido a lo largo de esta noche —que no es poco— se me está subiendo a la cabeza. Al llegar a la Rambla, me sobreviene una sensación muy extraña. Es como si hubiera salido de mi propio cuerpo y me observara a mí misma desde fuera. Y lo que veo no me gusta, me hace sentir vergüenza. Porque no me reconozco. Esta no soy yo.

Hay quien lo llama experiencia extracorporal.

Para mí son remordimientos.

—Espera, Oliver —digo, separándome de él antes de bajar las escaleras de la boca del metro.

—¿Qué pasa?

Pasa que no quiero hacer lo que estamos a punto de hacer.

Pasa que no puedo quitarme a Eric de la cabeza.

Y pasa que tú no te mereces que piense en él mientras me acuesto contigo.

Todo eso pasa.

Agacho la cabeza y me repliego sobre mí misma apoyando las manos en las rodillas, tratando de aguantar el equilibrio. La cabeza me da vueltas; me siento un poco aturdida.

—No me encuentro muy bien. Creo que he bebido demasiado.

Oliver me acaricia un hombro con suavidad.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo y así te despejas un poco?

Me esfuerzo por componer una expresión que pueda interpretarse como de malestar y lo miro con los ojos medio cerrados.

—Me parece que me voy a ir a casa.

—Te acompaño entonces.

—Es que...

Una sombra de decepción le transmuta el rostro. Lo intuye. Intuye que, en el fondo, no es más que una excusa barata para no irme con él.

—¿Es que qué, Ana? —pregunta entre suspiros.

Expulso todo el aire de los pulmones y me yergo despacio.

—Pues que me he precipitado un poco, Oliver.

Él frunce el ceño, parece confundido.

—Pero ¿yo a ti te molo o...?

No contesto, pero no hace falta. Supongo que mi silencio y la mirada de culpabilidad que le ofrezco son lo suficiente elocuentes.

—Vale, ya lo pillo. —Asiente arrugando los labios—. No pasa nada. Pero a ver si te aclaras un poco antes de ir por ahí utilizando a la gente. Ya es la segunda vez que me dejas tirado.

La voz le emerge de la garganta cargada de resentimiento. No hay ni rastro del chico agradable y divertido que me he encontrado al llegar a la fiesta, solo veo desprecio en sus ojos. Y antes de que pueda decirle nada, da media vuelta

y desaparece escaleras abajo en la boca del metro.

Capítulo 9

A esta hora de la noche, la calle más emblemática de Barcelona es también lo más parecido al circo de los horrores. En los escasos cinco minutos que llevo caminando por la Rambla en dirección a la plaza de Cataluña he tenido que esquivar a:

- Tres vendedores ambulantes de comida que haría saltar todas las alarmas en un control de sanidad.
- Cuatro charcos de vómito y una tentativa que, por suerte, ha quedado retenida en el estómago del individuo.
- Un puñado de prostitutas nigerianas inquietantemente jóvenes.
- Un camello de poca monta que presumía de tener el mejor hachís de Marruecos a un precio inmejorable.
- Un grupo de policías de paisano arrestando a un carterista al que han pillado con la mano en el bolsillo de un turista demasiado confiado.
- Algún que otro salido dispuesto a acompañarme y lo que surja.
- Y no sé cuántos repartidores de *flyers* promocionando los garitos aledaños. Chupito gratis si entras antes de las dos, cariño. Di que vas de parte de Michael, guapa.

No, Michael. Gracias, pero no.

«Ya es la segunda vez que me dejas tirado».

Las palabras de Oliver repiquetean en mis oídos. Soy tonta. No sé por qué he permitido que se marchara así. Con Oliver, todo sería más sencillo. Le

gusto, siempre le he gustado, él mismo me lo ha dicho. Tendría que haberme ido con él. Joder, yo quería irme con él.

Mentira.

Si hubieras querido irte con él, lo habrías hecho y no estarías andando sola en medio de esta jungla urbana un viernes a las dos de la madrugada.

Mañana lo llamaré y le pediré una oportunidad.

Otra mentira.

Las suelas de mis sandalias resuenan en el pavimento con frecuentes cambios de ritmo. Todo me da vueltas ya. La cabeza. El estómago. El corazón. Si cierro los ojos, veo puntos negros detrás de los párpados. El bochorno es insoportable y cada vez estoy más mareada. Me detengo y me apoyo en una farola para descansar un momento. No mucho rato; si tardo demasiado perderé el último metro y todavía me quedan unos cuantos pasos hasta llegar a la estación más cercana de la línea roja. Mi móvil vibra en el fondo del bolso; es un WhatsApp de Alberto.

No hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

Supongo que, a estas alturas y gracias a Dani, ya sabrá que me he largado de la fiesta acompañada. Lo que no entiendo es a qué viene ese tono moralizante. Como si no tuviera ya bastante con la machacona voz de mi conciencia. ¿Y por qué iba yo a arrepentirme de haberme enrollado con Oliver? No tengo ningún motivo.

Y, de nuevo, otra mentira.

La sangre me ruge en las venas. Me masajeo las sienes y la imagen de Eric explota en mi cerebro como una bomba. Sé que es ridículo, pero me siento culpable, como si lo hubiera traicionado, y no me gusta pensar así. No es justo. Tenía la esperanza de poder pasar página, de dejar el pasado en el pasado. Pero, por lo visto, la esperanza era tan frágil que venía con rasguños. Y, entonces, a pesar del creciente estado etílico que amenaza con arruinarme lo que queda de noche, asumo algo de golpe: es inútil que siga tratando de mentirme a mí misma, porque a la verdad no se la puede engañar. La verdad se adhiere tenazmente a la piel como este insoportable calor de junio. Es imposible huir de ella. Te escupe en la cara en cualquier momento, en cualquier lugar. En esta madrugada surrealista. En la descorazonadora soledad de esta bulliciosa calle. Y mientras caminas hacia alguna parte, te muestra quién eres en realidad, qué quieres. Y te das cuenta de que no puedes hacer

nada para cambiarlo.

Los rasguños de mi esperanza se acaban de convertir en grietas.

—¡Te odio, Eric Grau!

El grito se abre paso a través de mi garganta sin que lo haya planeado y, de forma instantánea, me tengo que agarrar a la farola para no perder el equilibrio y acabar en el suelo. Unos ingleses se acercan peligrosamente formando escándalo y yo, que no estoy en condiciones de aguantar las tonterías de un puñado de guiris mucho más borrachos que yo, me pongo en marcha antes de que sea demasiado tarde. Llego a la estación al cabo de unos minutos, con la lengua fuera, justo a tiempo para coger el último metro. Pero, de pronto, algo se activa en mi cabeza. Una especie de clic que se convierte en un impulso poderoso e incontrolable que anula mi voluntad para imponerme la suya. No quiero ir a casa. No puedo ir a casa. Ahora no. Así no. Me doy la vuelta casi tambaleándome, subo a la calle, me acerco a la calzada y paro al primer taxi que se cruza en mi camino. Cuando el conductor me pregunta por mi destino, ni siquiera lo pienso. Las palabras salen de mi boca de forma mecánica.

Capítulo 10

—Esa. Es esa de ahí.

Señalo la colosal cancela negra, presa de la ansiedad.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

El taxista suspira aliviado y detiene el coche. Llevábamos alrededor de media hora larga dando vueltas por la lujosa urbanización residencial en busca de una casa de cuya existencia, intuyo, comenzaba a dudar. Y eso que le he garantizado que, a pesar de no conocer el nombre de la calle, sabría reconocerla en cuanto la viera.

—¿Quieres que te espere? —me pregunta mientras me dedica una mirada compasiva a través del retrovisor.

No sé por quién me ha tomado, pero por la cara de pasmo que se le ha quedado al escudriñar la portentosa fortaleza frente a la que nos hemos parado, diría que cree que soy la chica de compañía de algún tío con pasta. No puedo evitar que se me escape una risa floja. Tal vez pedirle que me espere aquí sería lo más sensato. Para empezar, ni siquiera sé si está en casa. Puede que esté de viaje, o en alguna cena de negocios que se ha alargado hasta las tantas; en su mundo, esas cosas pasan constantemente. O puede que esté durmiendo y no oiga el timbre. O peor aún, que no esté solo.

Dios. Me hierve la sangre al imaginármelo entre las piernas de alguna rubia despampanante.

—No, no hace falta —le contesto con la lengua de trapo.

¿Quién ha dicho que yo sea sensata?

Le pago unos dolorosos cuarenta y nueve euros por la carrera y me apeo del taxi con suma dificultad. El hombre masculla algo que no logro entender y enseguida desaparece por donde hemos venido. Ahora hace menos calor. Supongo que es por la altitud. Si fuera de día, desde aquí arriba se vería cómo se extiende la ciudad de Barcelona a lo largo de kilómetros y kilómetros. El silencio a mi alrededor resulta inquietante. Solo se oye el canto de los grillos pululando alrededor de las luces blancas que iluminan la cancela. Con pasos torpes, me acerco y llamo al portero automático, provisto de una cámara que sigue mis movimientos. Contengo el aliento y cuento. Uno. Dos. Tres. Nada. Vuelvo a llamar, esta vez con mayor insistencia. Uno. Dos. Antes de llegar a tres, el macizo portón comienza a resbalar sobre su riel y yo expelo todo el aire retenido. Bien. Por lo menos sé que hay alguien en casa. Nada más entrar en el recinto, me topo con un viejo conocido, el vigilante de seguridad, que deja volar una mirada de extrañeza sobre mí desde la garita.

—Avíselo.

Es todo lo que digo.

Me encamino hacia la pasarela de madera que se eleva sobre un jardín de grava y la recorro con el ritmo cardíaco embravecido como una tempestad marina.

«Tú estás loca perdida».

Pum pum.

«Y borracha».

Pum pum.

Subo los escalones que llevan a la puerta principal con mucha dificultad para mantener el equilibrio.

«Pero ¿cómo pierdes el norte de esta manera?».

Pum pum.

«Venga, date la vuelta y vete».

Pum pum.

«Lárgate antes de que te vea».

Pum pum.

Demasiado tarde.

La puerta se abre de par en par y yo, no sé si a causa de la impresión o de mi ya innegable estado etílico, doy un traspié en el último escalón, me

tambaleo hacia delante y voy a parar a los brazos de un Eric boquiabierto, que, de un modo muy oportuno, me salva de la vergonzosa caída.

—*Fan!* Luna, ¿estás bien? —me pregunta sujetándome por la cintura.

Ahora sí.

O no.

Yo qué sé.

Ay, qué bien hueles.

Lo primero en lo que me fijo es en sus enormes pies. En casa siempre va descalzo, es una costumbre muy sueca. Después, recorro con la vista sus largas y robustas piernas de corredor enfundadas en unos vaqueros algo sueltos; a continuación, el torso que se adivina firme bajo una cómoda camiseta blanca; continúo hacia su pelo sin engominar, como a mí me gusta más porque parece de seda y oro; y, finalmente, me detengo en esos ojos de animal salvaje ocultos tras unas gafas de pasta que les confieren un aire un poco más civilizado.

Esos ojos azules son mi perdición.

Entonces, presa de una enajenación transitoria, logro zafarme de sus brazos y lo empujo hacia el interior de la casa con una violencia inusitada. Cierro la puerta a mi espalda dando una estruendosa patada y él me observa contrariado.

—Pero ¿qué...? ¿Has bebido?

Me abalanzo sobre él y comienzo a golpearlo en los brazos secuestrada por el alcohol y la rebeldía.

—¡Aquí las preguntas las hago yo, ¿te enteras?! ¿Por qué mierda has tenido que aparecer otra vez? ¿Por qué, a ver? ¡Dime por qué! ¿No me has hecho ya suficiente daño? ¿Por qué no me dejas en paz para que pueda recuperar mi vida? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

—Cálmate, por favor —dice con el rostro desencajado al tiempo que retrocede e intenta repeler los puñetazos.

Yo continúo ensañándome con él como una fiera. Lo araño. Lo golpeo. Lo insulto y le grito las cosas más ofensivas que se me ocurren. Él me pide que pare y trata de inmovilizarme agarrándome de las muñecas, pero, por una vez en la vida, soy más rápida y escurridiza. Forcejamos con agresividad durante un rato; no sabría precisar cuánto. En mitad de la lucha, me doy cuenta de que

estamos en el salón. El templado resplandor de una lámpara baña el inmenso sofá de piel. Me fijo en el montón de papeles y la copa de vino blanco medio vacía que hay encima de la mesa baja de madera contigua. Hasta ahora no me había percatado de que suena una música suave desde algún lugar de la estancia. Reparo en que su portátil MacBook Pro está en el suelo, sobre la alfombra de pelo rojizo, encendido. La pantalla muestra lo que desde mi posición parece una hoja de cálculo. «Así que esto es lo que estaba haciendo», me digo. Estaba trabajando. Un viernes de madrugada. Solo. Sin ninguna rubia despampanante que lo ayude a recuperar el tiempo perdido. Y no sé por qué, porque no debería ser así, pero la constatación de ese hecho aplaca de golpe la ira. El agotamiento no tarda en hacer mella en mi resistencia, así que acabo relajando la presión que ejerzo sobre sus brazos.

—¿Qué quieres de mí, Eric? —le pregunto entre suspiros, algo más calmada.

Permanecemos en silencio un instante, calibrándonos las miradas. Tras ese efímero momento de conexión, me doy cuenta de que ya ni siquiera espero que me responda. Sin pensármelo, me arrodillo frente a él, deslizo las manos hacia los botones de sus vaqueros y comienzo a desabrochárselos con torpeza. El alcohol dificulta la coordinación de mis movimientos.

—Luna... ¿Qué haces?

Su tono de voz denota una profunda incomodidad.

—¿No es esto lo que quieres? —pregunto mirándolo desde el suelo—. Puedo hacer que te corras muy rápido, ya lo sabes.

Eric me sujeta con firmeza por debajo de los brazos y me obliga a incorporarme de un bote.

—*Snälla!* Para, por favor.

De puntillas, y agarrándome a sus hombros para mantener el equilibrio, le muerdo por debajo de la barbilla, que es lo más alto que puedo llegar sin que se tenga que inclinar sobre mí.

—¿No quieres follarme, Eric?

Con cada palabra, las sílabas se aturullan en mi boca.

—No, Luna... No quiero...

Sus labios dicen no, pero todo su cuerpo me dice otra cosa.

Su garganta, que sube y baja.

Su corazón cercano a la propulsión.

La tensión floja de sus manos sobre mis brazos.

La tensión dura de su bragueta, que aprisiono con la mano sin vergüenza alguna.

—Sí, sí que quieres. —Le paso la lengua por el cuello, por la nuez y por la vena yugular, que le late a flor de piel. Suelto un gemido involuntario. Su piel huele y sabe tan bien como siempre—. Y yo también quiero. Quiero que me folles como tú sabes, Eric. Duro y muy fuerte. Venga, fóllame. Fóllame ahora mismo —insisto.

Pero él me aparta con brusquedad y extiende el brazo hacia delante para impedir que vuelva a acercarme.

—¡He dicho que no, Luna! Así no.

Y creo percibir en su rostro una clara nota de tormento y desesperación.

De repente, el suelo parece oscilar bajo mis pies y el salón da un vuelco inesperado. Una violenta arcada me sacude entera. Las rodillas se me doblan, incapaces de sostener el peso, y me desmorono como la arena bajo el agua.

—Mierda. Creo que voy a vomitar —anuncio desde el suelo, con la vista fija en sus grandes pies descalzos.

Y, luego, me fundo a negro.

Capítulo 11

Una luz cegadora entra a través de la ventana y se desparrama por toda la habitación. El sol se refracta con intensidad sobre las sábanas blancas y me obliga a taparme la cara para protegerme. No sé qué hora es, pero, a juzgar por la claridad, diría que mediodía como mínimo. Me destapo y abro los párpados, que me pesan como el plomo. Tengo la boca pastosa y muchísima sed, pero la cabeza me da vueltas, así que permanezco un rato tumbada mirando el techo. Aunque hay algunas lagunas espacio-temporales en mi cerebro a causa del alcohol, sé perfectamente dónde estoy. Esta enorme y confortable cama de suaves sábanas con olor a limpio es *su* cama. Estoy en *su* habitación. En *su* casa. Creía que nunca más volvería a dormir aquí, claro que ahora las circunstancias son otras. Me froto los ojos con ímpetu y las yemas de los dedos se ennegrecen con los restos del maquillaje de anoche. Uf. Mejor no pensar en lo de anoche. Bostezo y ruedo con cierta dificultad hacia el otro lado de la cama.

Frío.

Está frío.

Exhalo con toda la fuerza de mis pulmones y me obligo a salir. Cuando me doy cuenta de que lo único que llevo puesto es una camiseta gris del Instituto Karolinska de Medicina dos o tres tallas más grandes, las imágenes se desmoronan en mi cabeza como un montón de fichas de dominó. Algunas son tan confusas y caóticas que ni siquiera sé si forman parte de la realidad o de los sueños. ¿Acaso él me quitó la ropa? ¿Me metió en la cama? Otras, por desgracia, son dolorosamente nítidas. Sí, supongo que tuve que ponerme perdida de vómito.

Joder, qué puto asco.

Y qué vergüenza.

Un acceso de cólera me despeja la mente al instante. ¿Cómo es posible que tenga tanta facilidad para humillarme a mí misma?

Tras hacer una parada técnica en el baño, bajo descalza las odiosas escaleras flotantes de peldaños irregulares que conducen al piso inferior y me dirijo con sigilo al salón, donde la luz es tan deslumbrante que durante unos segundos no veo nada. Por Dios. Había olvidado lo molesta que puede ser la arquitectura minimalista, sobre todo cuando se tiene resaca. La estancia entera huele a café recién hecho y, aunque no tengo apetito, un agujero en el estómago me advierte que necesito ingerir líquido con urgencia.

—Buenos días.

Eric aparece detrás de mí, sonriente y despejado. Cuando sonrío, aparenta menos edad. Se le borran las líneas duras en torno a los ojos y parece más relajado. Tiene el pelo húmedo, oscurecido gracias al efecto del agua. Me quedo mirándolo ensimismada más tiempo del que me habría gustado, pero es que la ropa informal que lleva esta mañana le sienta de escándalo y es imposible resistirse. Me da la sensación de que ha recuperado algo del tono saludable que le faltaba unos días atrás. Y huele muy bien, como si acabara de salir de la ducha.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta sin abandonar su encantadora sonrisa de dientes blancos y bien alineados.

—He estado mejor —respondo con sequedad. Como siempre me pasa al día siguiente de una borrachera, la culpabilidad me convierte en una persona bastante más circunspecta—. Por cierto, ¿qué has hecho con mi ropa?

—Ya debe de estar seca. Ven.

Lo sigo hasta el interior de la ultramoderna cocina de acero. Eric abre la portezuela de la secadora y saca los *shorts* vaqueros y la camiseta de tirantes que llevaba anoche. Al dármelos, las puntas de sus dedos rozan los míos de forma accidental y me estremezco.

—El bolso y las sandalias están en la entrada. Por suerte, no se mancharon —dice, y se ríe soltando el aire por la nariz.

La verdad, no entiendo cómo puede estar de tan buen humor con el espectáculo que di anoche. Yo estaría cabreadísima. De hecho, lo estoy.

—No has dormido conmigo.

Mierda, he vuelto a pensar en voz alta.

Él se pone tenso y frunce el ceño hasta juntar las cejas rubias.

—No creo que eso hubiera sido lo más conveniente.

Trago saliva.

—Ya, claro —musito. ¿Acaso es decepción lo que destila mi tono de voz?

Un fortísimo influjo melancólico me azota de pronto y me veo embargada por la necesidad acuciante de salir de este sitio—. En fin, me voy. No sé ni qué hago aquí. Gracias por lavarme la ropa y por prestarme tu camiseta.

—No te vayas —dice, y me coge de la mano. La ropa se me cae al suelo. Eric me mira de una forma tan reveladora que no puedo evitar sentir que todos los engranajes de mi cuerpo se ponen a funcionar a la vez—. Al menos, desayuna antes. Por favor.

Procurando sacudirme el temor que me inflige su proximidad, desvío la mirada.

—Solo un café y porque lo necesito, no porque quiera quedarme. Luego me marcho.

Voy arriba a vestirme. Vuelvo apenas diez minutos después con la cara lavada, borrados todos los restos del maquillaje y el pelo recogido, algo más presentable. Me siento en uno de los altos taburetes de diseño que circundan la gran barra que hay en medio de la cocina mientras Eric me sirve una humeante taza de café con leche. Doy un sorbo y el cremoso líquido caliente se desliza por mi garganta proporcionándome un bienestar instantáneo.

—¿Qué te apetece comer? Puedo prepararte unos huevos o un poco de avena con *filmjolk* y fruta, si prefieres algo más ligero.

—No, gracias. No tengo hambre.

—Pero tienes que comer, Luna. Estás muy pálida. Y necesitas restituir los minerales que ha perdido tu cuerpo con el exceso de alcohol —insiste con un tono apremiante.

Suspiro y fijo la vista en la taza que sostengo entre las manos. Había olvidado lo obstinado que puede llegar a ser el doctor Grau.

—Ya sé —anuncia como si se hubiera iluminado de pronto.

Del interior de uno de los armarios de acero saca un paquete de bollos y lo vacía sobre un plato que mete a continuación en el microondas. Y en cuanto el olor a canela inunda la cocina, una agrisulce sensación de *déjà vu* se apodera

inexorablemente de mi ánimo. El olfato es un sentido poderoso. Puede hacer que se esté más alerta, reducir o aumentar la ansiedad e, incluso, influir sobre la confianza en uno mismo. Para bien o para mal. La mera exposición a un estímulo olfativo desencadena de forma automática un recuerdo intenso del pasado. A Marcel Proust, el escritor, le ocurría con el olor de una magdalena mojada en té. A mí, acaba de pasarme con los *kanelbullar*.

¿Es posible que haya vuelto al mismo punto en que empezó lo nuestro después de todo lo que ha pasado?

Amaneciendo en su casa.

Con sus deliciosos bollos de canela suecos.

¿Será que mi historia con Eric está condenada a repetirse?

—A esto no vas a poder resistirte —dice risueño mientras deja el plato con los *kanelbullar* calientes encima de la barra.

«En realidad, no puedo resistirme a nada que tenga que ver contigo», reconozco con pesar.

Eric se sienta a mi lado y, al atisbar la calamitosa profusión de marcas y arañazos que asoman bajo las mangas de su camiseta, sofoco un grito con el dorso de la mano.

—¿Yo te hice eso? —le pregunto, esbozando una mueca de horror.

—¿Esto? —Vuelve la cabeza hacia el brazo y se pasa la mano por encima —. Bueno, digamos que llegaste un poco alterada.

La parte de mí que lo odia piensa:

«Que se fastidie. Por una vez, es él quien sale magullado».

La que lo adora, en cambio, se hunde en un océano de culpabilidad y vergüenza.

—No debí haberme presentado aquí anoche —musito.

Él se acerca más a mí en su taburete y me dice:

—Oye, no tengo ningún problema con que estés en mi casa. Pero me gustaría saber por qué, al menos.

La luz solar que se cuele a través de los grandes ventanales impacta de lleno en su rostro dotándolo de una especie de aura brillante. El pelo rubio parece ahora más rubio; los ojos claros, más claros.

Esquivo su mirada y jugueteo con la cucharilla del café.

—¿Y bien?

Me muerdo el interior de los carrillos tratando de ganar tiempo mientras sopeso una respuesta convincente. No sé qué le voy a contar, la verdad. No hay argumento en el mundo que pueda justificar la estupidez tan grande que cometí anoche.

—Yo qué sé, Eric. Me emborraché y me subí a un taxi, no era consciente de mis actos —acabo contestando, sin coraje para mirarlo.

—Sí, eso me quedó bastante claro. —Su tono suena a reproche—. Mira, Luna, creo que ya eres mayorcita para andar comportándote como una cría desbocada.

Será idiota.

Levanto la vista y le clavo una mirada rebosante de hostilidad.

—¿Ahora vas a darme lecciones de madurez? ¿Tú? —Dejo ir una risa mordaz—. ¡Venga ya! Ni que tú fueras un ejemplo de coherencia y de saber estar.

Por toda respuesta, rechina los dientes y aprieta los párpados con vigor. Y, después, haciendo todo lo posible por contener su furia, masculla con voz grave:

—Deberías comer.

—No pienso comer —replico apartando el plato de *kanelbullar* con un gesto desmayado.

—Eres una inconsciente —murmura.

—¡Y tú un imbécil, un controlador y un prepotente!

—*Det räcker nu!* —exclama dando un manotazo sobre la barra.

Me sobresalto y doy un respingo de forma instintiva. La taza se me resbala de las manos y el café se derrama.

—Muy bien. —Se levanta—. Si no quieres comer, ¡no comas! —grita.

Coge el plato y lo lanza con furia al fregadero. Suena un estruendo. La loza se hace añicos y los bollos se desparraman sobre la superficie. El café derramado llega al borde de la barra y gotea sobre el suelo.

Ha perdido los estribos.

Se queda de pie, dándome la espalda, con los brazos extendidos y las manos apoyadas sobre el mueble metálico de la cocina, agarrado a los bordes con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Y yo, con el orgullo a la altura de ese café desperdiciado e ignorando cualesquiera de las

circunstancias que nos han llevado a ser lo que somos ahora, me incorporo como impulsada por un resorte y lo abrazo por la espalda fuerte, muy fuerte.

—Por favor, tranquilízate —le susurro de forma conciliadora—. No me gusta verte así.

Eric emite una exhalación y, aunque su posición no cambia, lleva la cabeza hacia atrás hasta que se junta con la mía.

—¿No te das cuenta de que me preocupo por ti? —musita, algo más calmado.

Es verdad que tiene una facilidad cronométrica para perder los papeles, pero también es cierto que sus accesos temperamentales no suelen durar más de unos minutos.

Cierro los ojos e inhalo el aroma de su camiseta. Soy incapaz de moverme; estoy enganchada a él como a un imán.

—¿Por qué me haces esto, Luna? —Su voz amortiguada vibra en algún lugar cercano a mi pecho y una oleada de calor se me extiende por todo el cuerpo—. ¿Por qué me haces sufrir así?

Eres tú el que me hace sufrir a mí.

No contesto; trato de controlar mi propio tormento interior. Entonces se da la vuelta, obligándome a deshacer mi abrazo, y me envuelve las mejillas entre sus cálidas manos en un gesto tan tierno como desesperado.

—No soporto que te maltrates a ti misma de esta manera. Prométeme que no volverás a hacerlo.

Quiero hablar, pero no puedo.

Porque sus manos se han hundido bajo la superficie traspasándola, traspasándome.

Y esos largos dedos que me acarician la piel rozan a la vez venas y miedos.

Es lo que pasa cuando la persona a la que amas te toca.

Y te vuelves al mismo tiempo cumbre y abismo.

Todo esto ya lo he vivido antes. Las imágenes se mezclan de un modo tortuoso en mi cabeza. El juicio obnubilado por el exceso de alcohol, el deseo desinhibido que suplica para ser saciado, el amanecer confuso y cegador, las escaleras flotantes de peldaños irregulares, sus pies descalzos, sus gafas de pasta, los *kanelbullar*, los tira y afloja que no cesan y esa llama en sus ojos

que reconozco muy bien porque es la misma que habita en los míos. Sí, lo he vivido. Puede que en otra vida, pero lo recuerdo muy bien. Porque sigue aquí, presente en cada latido. Nunca se ha ido. Nunca se irá.

Se llama síndrome de Estocolmo.

De pronto, me veo agobiada por la ridícula sensación de que le debo algo. Y quiero, no, necesito, explicárselo.

Así que tomo aliento y comienzo.

—No sé muy bien por qué vine anoche. Fui a una fiesta con Alberto y Dani, mi compañero de piso. Allí coincidí con Oliver. Sabes a quién me refiero, ¿verdad? —El pulso se me dispara. Dibujo una sonrisa nerviosa—. Bebí más de la cuenta y...

Eric me devuelve una mirada suspicaz, como si intuyera lo que estoy a punto de contarle. Retira las manos de mi rostro y cruza los fuertes brazos sobre el pecho.

—Continúa.

—Y... me enrollé con él.

Me arrepiento de mis palabras nada más pronunciarlas.

El semblante se le endurece de golpe. La mandíbula se le tensa, arquea las cejas y un fortuito brillo letal entorpece la belleza inigualable de sus ojos azules.

—Dime que no es verdad —masculla apretando los dientes.

Mi silencio espolea su furia y la voz le sube una octava.

—*Helvete! Jag har varit en idiot!*

Completamente fuera de sí, estrella el puño contra la pared más cercana de forma frenética hasta que se levanta la piel de los nudillos. Yo trato de contenerlo, pero él se revuelve con violencia.

—¡No me toques!

—¡Basta, Eric! —le chillo al borde de las lágrimas—. ¡Ya no hay nada entre tú y yo, así que no creas ni por un segundo que tienes derecho a cabrearte conmigo!

Tiene la cara enrojecida por la ira.

—¿Y qué cojones esperabas? —Gesticula de manera brusca y su mechón rebelde se mueve con agitación hacia un lado y hacia el otro—. ¡Te presentas en mi casa a las tantas de la madrugada y me pides de rodillas que me acueste

contigo después de haberte follado a otro! ¡A ese puto niño! ¡Cómo has podido hacer algo así? ¡Es repugnante! ¡No te conozco, Luna! ¡No sé quién eres!

Sus últimas palabras son las más lacerantes. Tanto que se me contrae la caja torácica y me cuesta respirar. Los ojos me arden de un modo irremediable; tengo demasiadas ganas de llorar. Pero parpadeo varias veces para mantener el llanto a raya y me reprimo. Ni una lágrima más delante de él.

Ni una.

Se acabó.

—Eres un cretino y un machista de mierda. Y yo me acuesto con quien me da la gana, ¿te enteras? —le espeto con la voz tomada por la rabia.

Podría haberle dicho la verdad.

Que solo fue un beso.

Que no pude ir más allá porque soy incapaz de olvidarlo.

Porque le echo de menos hasta el desaliento.

Porque sigo encontrándolo a él en cada mirada.

En cada gesto.

En cada palabra.

Pero no se lo merece.

Yo no le debo nada.

Na-da.

—Me parece que ya va siendo hora de que te marches. Llamaré al chófer de mi padre para que venga a recogerte —dice distante. La frialdad de sus ojos es tan punzante que siento que se me congela hasta el envés del alma. Hace un ademán de salir de la cocina, pero se vuelve y añade—: Y una cosa más, Luna. Reza para que no me encuentre a tu amiguito en el trabajo porque, si lo hago, te juro que lo destrozaré.

Y así, sin más, desaparece de mi vista y me deja allí, sin orgullo, sin café y con la amarga sensación de que esto también lo hemos vivido antes planeando sobre mi cabeza como una bruma. Luego, al quedarme sola, oigo un crac. Conozco bien ese sonido. Es el que hace el corazón cuando se rompe y se derrama por los ojos. Entonces siento que toda esta luz es una gran mentira; su casa es el lugar más oscuro que he visto en mi vida.

Capítulo 12

Dani no está en casa cuando llego. Los sábados trabaja alrededor de doce horas seguidas en la peluquería, así que no suele aparecer hasta las ocho de la tarde, por lo menos. En parte, lo agradezco, porque lo último que me hubiera apetecido habría sido someterme a uno de sus escabrosos «cuestionarios sobre maromos», como él los llama. Es típico de él interrogarme cada vez que estoy con un chico —que suele ser casi nunca, en realidad— para que le cuente todos los detalles morbosos. Me refiero a cosas tan íntimas como:

- el tamaño de su pene
- el número de orgasmos que he tenido
- en qué postura lo hemos hecho

y, por supuesto,

- puntuación del polvo en una escala del 1 al 10, siendo 10 una muy elevada probabilidad de repetir con el maromo y 1, no-nunca-más-ni-con-un-palo.

Supongo que, como aún no hemos hablado desde anoche, estará convencido de que he dormido en casa de Oliver. En fin, ya veremos qué cara pone cuando le cuente cómo, dónde y con quién terminé en realidad.

Los tres WhatsApps que me ha enviado a lo largo de la mañana y que

recibo en cuanto enciendo el móvil tras conectarlo al cargador confirman mi suposición.

Primero, uno a las 8:45.

*Acabo de entrar en tu cuarto y no estás <3 <3 <3
Me muero de ganas de que me lo cuentes TODO.
Dame un toque cuando llegues a casa, Mata Hari.*

Luego, otro a las 11:30.

*Anita, ¿dónde andas?
Estoy en el bar de al lado de la pelu, tomándome un cortado.
¡Lláname!
:-**

Y, el último, a las 13:57, hace poco más de un par de horas.

*Pero ¿aún estás con el tío de anoche?
Pobrecito, tiene que tener el rabo en carne viva xD*

Pongo los ojos en blanco y decido que ya lo llamaré más tarde. No tengo ganas de darle explicaciones. Después, releo el mensaje que me envió Alberto anoche.

No hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

Y, luchando contra la frustración que me agarrota los músculos, tecleo una respuesta rápida pero contundente.

Lo único de lo que me arrepiento es de haber plantado a Oliver para irme en busca del puto Iceman.

A los pocos segundos, la aplicación me chiva que Alberto está

escribiéndome.

:-o

¿Oliver?

Pero ¿qué me estás contando?

Dani me dijo que te vio salir de la terraza con uno, pero no sabía que fuera Oliver.

Ni siquiera sabía que estuviera allí.

¿Y qué ha pasado con Eric?

«Uf, menudo embrollo», me digo resoplando.

A ver, ya te contaré, pero para que te hagas una idea, me encontré a Oliver en la fiesta, nos besamos, me fui con él y, cuando estábamos a punto de coger el metro para ir a su casa a echar un polvo, me arrepentí y me largué. No me preguntes por qué, pero he acabado durmiendo en la cama de Eric. Sola. Y esta mañana hemos tenido una bronca de diez pares de narices. Se cree que me he acostado con Oliver :-)

: '(

¿Te puedo llamar?

No, mejor que no.

Por cierto, Oliver te vio liándote con Dani.

Ah, y ya me he enterado de lo de Marga. Podrías habérmelo contado tú mismo.

Después de mi último WhatsApp, cierro la aplicación y me olvido del teléfono.

Camino hacia el cuarto de baño y me meto en la ducha. Permanezco un buen rato bajo el chorro, disfrutando del calor sin prisa y con los ojos cerrados. Dicen que el agua ayuda a mejorar el estado de ánimo, que purifica

las penas y minimiza las culpas. No sé si tanto, pero, al menos, después de cerrar el grifo, me siento como si me hubiese desprendido de una gran costra. Una vez seca, me cepillo el pelo y me pongo mi vieja camiseta de estar por casa de los Rolling Stones. La temperatura está subiendo deprisa; hoy será otro día de calor insoportable, así que abro todas las ventanas del piso. La bruma de la resaca parece haberse disipado y, como después de haberme tomado un café bien largo me siento con las pilas recargadas, me dedico a hacer todas las tareas del hogar que no he hecho durante la semana por falta de tiempo y ganas. Pongo un par de lavadoras, ordeno el armario, limpio el polvo del salón, friego el cuarto de baño a conciencia e, incluso, bajo a tirar la basura orgánica, cuya bolsa amenazaba con romperse de un momento a otro. Cuando termino, me siento muy satisfecha conmigo misma, como si por fin hubiera dado cuenta del comportamiento propio de una mujer adulta y responsable y no de una cría desbocada, como dicen algunos. Y no puedo evitar que se me escape un resuello de indignación al pensar en las palabras de Eric.

Estoy agotada, creo que voy a echarme un rato.

* * *

He debido de caer en un coma profundo, porque me despierto aturdida y con la cabeza abotargada. El reloj del móvil marca las 20:36. La temperatura en mi habitación es asfixiante y estoy empapada de sudor. «Voy a necesitar otra ducha», me digo mientras me levanto de la cama con pereza. La puerta del baño está cerrada con pestillo. El ruido del agua corriendo me llega amortiguado desde el interior. También se oye música. «Hearts on fire», de Cut Copy, uno de los grupos favoritos de Dani. Llamo con los nudillos.

—¡Un momento! —vocea mi compañero de piso desde dentro.

—¿Te queda mucho? Me estoy meando.

Unos minutos después, el sonido del agua se extingue y Dani abre la puerta envuelto en una toalla de cintura para abajo. La nube de vapor me golpea en la cara.

—Hola, *Bella Jodiente* —dice esbozando una sonrisa picarona—. Podrías haber contestado a mis WhatsApps, ¿no? ¿A qué hora has llegado?

Me encojo de hombros y me froto los ojos.

—No sé, hace un rato.

—Y no se te ocurre otra cosa mejor que ponerte a limpiar. ¡Y yo que creía que el tío ese de anoche te habría dejado reventada! ¿Quién era?

Eludo su pregunta.

—Lo que tengo a punto de reventar es la vejiga.

—Pasa y mea, va. A mí no me importa —dice con indiferencia.

Suspiro frustrada y me siento en el retrete. La confianza a veces da asco.

Dani limpia el cristal empañado con el dorso de la mano. El espejo me devuelve la imagen de un chico de veintiocho años atractivo y muy delgado, con una espesa barba castaña bien cuidada, un corte de pelo a la moda y los brazos llenos de tatuajes al más puro estilo *old school*.

—¿Sales esta noche?

—Sí. Voy con Alberto al cine —responde mientras se echa una generosa cantidad de loción Macho Beard para la barba en la palma de la mano.

Enarco las cejas con aire incrédulo.

—¿Tú? ¿Al cine? Pero si hace la tira que no pisas uno. Desde que se estrenó *La Sirenita*, por lo menos.

—Pues sí. Pero cuando te enamoras, te enamoras. Qué quieres que te diga.

«Vaya, vaya», me digo esbozando una risita boba. Por lo visto, el zumbado de mi compañero de piso también es capaz de amar. Tiro de la cadena cuando acabo de hacer pis y me lavo las manos.

—¿Y qué peli vais a ver?

—Ni puta idea. —Se da un golpe de calor con el secador en el tupé y se lo ahueca con los dedos—. Pero vamos, que me la trae al paio. Seguro que termino haciéndole una mamada en los asientos de la última fila. Ya sabes que los sitios estrechos y oscuros me ponen muy palote.

Arrancamos a reír como dos posesos. Echaba de menos esto. La complicidad y el buen rollo.

—Uf, qué tarde es —se lamenta al colocarse su moderno reloj Casio dorado en la muñeca—. Me visto y me piro cagando leches. No sé a qué hora llegaré, pero mañana no te vas a librar de contármelo todo sobre el chulazo ese.

Sonrío forzosamente y me escabullo hacia el salón rezongando entre dientes. Poco después, oigo la puerta de la calle cerrarse y exhalo hasta que

noto que los pulmones se me vacían por completo. No tener que hablar de *ello* hoy supone un auténtico respiro. Agradecida por disponer del piso para mí sola un sábado por la noche, decido que la mejor forma de redimirme de todas las estupideces que cometí anoche es disfrutando de una tranquila velada para chicas.

O sea, palomitas y Netflix.

Claro que la única invitada a la fiesta en este caso soy yo.

El pitido del microondas me avisa de que el aperitivo ya está listo. Saco la bolsa de papel del interior con las puntas de los dedos para no quemarme y vuelco el contenido en un bol de plástico. Estoy a punto de despatarrarme en el sofá cuando suena el timbre. «¿Qué coño se le habrá olvidado a este?», me pregunto entre bufidos. Sin soltar el bol, arrastro los pies descalzos por el pasillo y abro la puerta sin ni siquiera molestarme en echar un vistazo por la mirilla.

—¿Te has dejado las...?

Debería haber dicho «llaves», pero no puedo terminar la frase porque me quedo muda de golpe. No es Dani quien está tras el umbral de la puerta, sino él.

Eric.

Con sus gafas de pasta de los fines de semana y su pelo de seda sobre un lado de la frente. Viste unos vaqueros negros ajustados y una camisa tejana remangada hasta los codos que parecen haber sido diseñados especialmente para él. Tan alto y tan guapo que parece una ensoñación. Y yo sin otra cosa que esta vieja camiseta raída y dada de sí de los Rolling Stones. No me lo puedo creer.

—¿Cómo... cómo has...? —titubeo.

—Me he cruzado con tu compañero de piso abajo y me ha dejado pasar.

Y, antes de que pueda decir nada, comienza a hablar de forma atropellada.

—Escúchame, por favor. Llevo un rato dando vueltas con el coche como un imbécil. No me atrevía a venir. Suponía que no querías verme después de cómo te he tratado esta mañana. Ni siquiera creía que fueras a abrirme la puerta, a decir verdad. Pero lo has hecho, lo que demuestra una vez más que tú eres mucho mejor persona que yo. —Hace una pausa y esboza una leve sonrisa nerviosa—. Soy un gilipollas, Luna. Un gilipollas celoso y patético que es incapaz de controlarse. Yo... —Exhala de forma sonora—. Lo siento. Siento

mucho cómo me he comportado. No tenía ningún derecho a enfadarme ni a pedirte explicaciones. Sé que no me lo merezco, pero ¿podrás perdonarme? Por favor, Luna. Por favor, perdóname.

Pues no, no se lo merece. Pero su tono se revela profundamente angustiado y me parece sincero. ¿Cómo no voy a perdonarlo? El hombre que está aquí, en la puerta de mi casa con las manos en los bolsillos y el aire de derrota de un rey destronado, es él, el Eric del que me enamoré. Así que, luchando con los contradictorios dictados de mi mente, lo único que se me ocurre decirle es:

—¿Quieres ver una peli? —Agito el bol de palomitas entre las manos y el olor a mantequilla y sal aletea en el ambiente—. Están recién hechas.

Le cambia la expresión de la cara. Las cejas se le desenroscan, se le iluminan los ojos y una encantadora mueca de sonrisa asoma a sus labios.

—Nada me gustaría más.

En el salón, lo invito a sentarse mientras preparo un par de vasos con Coca-Cola Zero, hielo y limón en mi pequeña cocina americana. Él se deja caer sobre el sofá. Desde mi posición, observo cómo lo examina todo con curiosidad y no puedo evitar esbozar una sonrisa. Me alegro de haber recogido esta leonera. Por más surrealista que parezca la situación, me encanta que esté aquí, no voy a negarlo.

—No le caigo muy bien a tu compañero de piso, ¿verdad? —pregunta cuando vuelvo.

Dejo los vasos sobre la desconchada mesa de madera de diez euros de IKEA, junto al bol de palomitas, y me siento en el otro extremo del sofá.

—No mucho, no.

—Claro, es comprensible —murmura.

Mi sofá, también de IKEA, es la mitad de pequeño que el suyo, por lo que, inevitablemente, mi rodilla desnuda se roza con la suya. Con los nervios a flor de piel, cojo el bol de palomitas y lo coloco entre ambos como si fuera un muro de contención. Un incómodo silencio llena el aire de densidad. El calor en el interior del piso no tarda en volverse insoportable.

Yo carraspeo.

Él carraspea.

—Si quieres, puedes quitarte...

—¿Te importa si me quito...?

Ambos sonreímos con timidez al darnos cuenta de que hemos pensado lo mismo a la vez. Eric asiente y se descalza. Apila con orden sus zapatillas Adidas negras y los calcetines junto a la mesa.

—¿Qué vamos a ver?

De repente caigo en la cuenta de que no sé qué tipo de películas le gustan. En realidad, hay muchas cosas de él que no sé porque no he tenido tiempo de conocerlas. Y quiero saber más.

Mucho.

Todo.

—No sé. Escoge tú la que más te apetezca.

Después de pasar un rato ojeando el catálogo de Netflix, me queda claro que las superproducciones de Hollywood no le van demasiado. Para mi sorpresa, elige *El jefe de todo esto*, una comedia danesa de bajo presupuesto que él ya ha visto pero que me asegura que es divertidísima. Nunca dejará de asombrarme que un hombre como él, con dinero y poder, en el fondo sea tan sencillo.

—Va de un tipo que quiere vender su empresa —me explica animado—. El problema es que, cuando la fundó, se inventó un presidente ficticio tras el cual poder ocultarse cuando tuviera que tomar medidas impopulares. Así que cuando los posibles compradores insisten en negociar cara a cara con el presidente, el tipo se ve obligado a contratar a un actor fracasado para que interprete ese papel.

Frunzo los labios.

—Mmm. Y supongo que ese actor se toma tan en serio el papel de director que acaba poniendo en riesgo su propia catadura moral.

Eric sonrío complacido.

—Sí, algo así.

Bastante realista.

—Vale, te la compro.

Durante los primeros minutos, Eric no para de hablar para ponerme en situación.

—Mira, ese tío es islandés. Los islandeses y los daneses se llevan mal desde hace siglos, ¿sabes? Porque históricamente... ¿Y ese de ahí? Ese es un actor muy conocido en los países nórdicos. El tío es buenísimo, aunque ahora

mismo no me acuerdo de su nombre. ¿Jens? ¿Rasmus? Joder, no me acuerdo. Y esa es una calle famosísima de Copenhague que se llama...

Parece un crío excitado.

Sin pensármelo, cojo una palomita y se la meto en la boca.

—Cállate ya y déjame ver la peli.

Él sonrío y junta las manos en actitud de rezo, como si me pidiera perdón. Más tarde, extiende las piernas encima de la mesa con espontaneidad y se coloca el bol de palomitas en equilibrio sobre el estómago. Lo observo de reajo. Se lo ve tan tranquilo y a gusto que me cuesta creer que sea el mismo hombre que me ha echado de su casa esta mañana. Contengo un suspiro y me obligo a concentrarme en la pantalla del televisor. A pesar del calor y de lo tensa que me pone su cercanía —la escena de sexo entre el jefe y una empleada en el despacho de este tampoco ayuda mucho, que digamos—, consigo tranquilizarme. La película me gusta porque es una crítica en clave de humor a las relaciones laborales. Un repaso por todas las argucias legales que se llegan a cometer para joder a un trabajador, independientemente de si se le tiene aprecio o no, o de si vale o no como profesional. Y a juzgar por sus carcajadas, a él también le gusta.

—Es curioso que te divierta tanto que la imagen del jefe de una gran empresa salga mal parada —observo cuando acaba la película, picoteando los restos de palomitas del bol, que sigue sobre su estómago.

—Bah, estoy acostumbrado. Los jefes tenemos que luchar a diario contra la reticencia sistemática y autodefensiva de nuestros subordinados —dice, no sin cierta arrogancia.

Yo deajo ir un resuello.

—A ver si ahora va a resultar que sois unos santos.

Eric enarca una ceja.

—Tienes un concepto equivocado de mí, *älskling*. Lo creas o no, soy consciente de mis errores y te garantizo que me esfuerzo para enmendarlos.

Älskling.

Acaba de llamarme *älskling*.

Como hacía cuando estábamos juntos.

Aunque lo más probable es que ni se haya dado cuenta.

Un fortuito rugido en mis tripas me recuerda que no he comido nada en

condiciones desde anoche.

—Yo también tengo hambre —dice con una gran sonrisa—. Podemos pedir comida a domicilio, si quieres.

Le devuelvo la sonrisa, consciente de mi rubor, y asiento con la cabeza. Él deja el bol sobre la mesa, se saca el móvil del bolsillo delantero de los vaqueros y desliza el pulgar sobre la pantalla.

—¿Japonesa? ¿Mexicana? ¿India? —Levanta la vista y me mira expectante—. ¿Qué te apetece comer?

Lo que me apetece es comerte a ti, *älskling*.

—Ja... Japonesa está bien —titubeo.

Las manos me tiemblan y comienzo a notarme las palmas húmedas; supongo que mis nervios afloran por ahí.

Mientras Eric hace el pedido, me excuso para ir al baño.

Me refresco la cara y respiro hondo. «Me ha llamado *älskling*. Me ha llamado *älskling*», le repito conmocionada a la chica del espejo antes de salir. De vuelta en el salón, me quedo boquiabierta al comprobar que Eric se ha quitado la camisa tejana y se ha quedado con una camiseta interior blanca de tirantes de lo más sugerente.

—No te importa, ¿verdad? Hace mucho calor.

Trago saliva.

Por Dios, qué brazos.

Qué hombros.

Qué pectorales.

Eres una puñetera obra de arte, Eric Grau.

—No, claro. Estás... Estás en tu ca... casa. Aunque esta es bastante más pe... pequeña y no tiene... no tiene aire acondicionado —tartamudeo en un patético intento de ocultar mi nerviosismo.

Menuda idiota.

Él sonrío con dulzura y me indica con un gesto que me siente. Al hacerlo, no puedo evitar que los ojos se me vayan a los moretones de sus brazos, de un intenso color violáceo, y, de forma inconsciente, le paso las yemas de los dedos por el derecho con mucha suavidad. Los músculos se le endurecen al instante. Después, las deslizo hacia abajo, apenas rozando la fina capa de vello rubio del antebrazo y, cuando llego a la maltratada mano, la tomo entre

las mías y se la beso con delicadeza. Suspiro sin apenas darme cuenta. Entonces levanto la cabeza y me encuentro con el rotundo escrutinio de su mirada azul, que va de mis ojos a mi pelo y de mi pelo a mi boca. Rápidamente, le suelto la mano y desvío la vista.

—Perdona. Me he dejado llevar —musito, y me muerdo el labio inferior avergonzada.

Eric me levanta la barbilla con los dedos y me observa de una manera tierna y pasional al mismo tiempo.

—No quiero que me pidas perdón nunca más. No eres tú quien tiene que pedir perdón aquí.

La voz le emerge ronca de la garganta.

—Deberías ponerte algo en la mano. Te has destrozado los nudillos —le digo apelando a todas mis fuerzas para aguantarle la mirada.

—Prefiero que me sigas besando —replica sin pestañear.

Un hormigueo se me extiende por todo el cuerpo. Abro la boca para decir algo, pero el timbre de la calle se interpone.

—Ya voy yo. Será la comida.

Las suaves notas especiadas de su perfume me acarician las fosas nasales cuando se levanta. Descalzo y con esa tormentosa camiseta interior, se dirige por el pasillo hacia la puerta. Yo me llevo las manos a la cara y me desplomo como un peso muerto contra el respaldo del sofá. Ay, Dios mío. ¿Qué estoy haciendo? ¿Y por qué me sigue afectando tanto su cercanía? No sé cómo lo voy a soportar. No tarda en regresar. Trae un par de bolsas con el logotipo de Just Eat cuyo contenido deposita sobre la mesa. Ha pedido:

Una caja con diez niguiris.

Dos platos de yakisoba.

Un plato de verduras en tempura.

Una ensalada de cangrejo.

Cinco pastelillos de judías rojas.

Es un montón de comida.

—Así me aseguraré de que no te quedas con hambre —dice, guiñándome un ojo.

La tensión se disipa mientras cenamos. Hay tanta naturalidad en la escena que parecemos una joven pareja de enamorados disfrutando de una tranquila velada de sábado en casa. Como yo no soy muy diestra con los palillos, Eric se encarga de darme de comer con los suyos. Creo que lo hace de manera espontánea, pero a mí me parece de lo más sensual. Es él quien lleva casi todo el peso de la conversación, que versa principalmente sobre un viaje que hizo al país nipón. Yo no hablo mucho, no porque me sienta incómoda o crea que no tengo nada que aportar, sino porque me maravilla escucharlo.

—¿Has oído alguna vez hablar del *nyotaimori*? —Con sus palillos, coge otro niguri, que baña en la mezcla de salsa de soja y wasabi, y me lo acerca a la boca.

Niego con un leve cabeceo mientras lo engullo.

—Es la práctica de comer sushi del cuerpo desnudo de una mujer. Es bastante común entre los hombres de negocios y los miembros de la yakuza.

Por poco me atraganto.

—Joder, pero qué machistas son los japoneses.

—Sí, mucho. ¿Sabes? Allí es muy común que los ejecutivos de alto nivel inviten a los occidentales a una sesión privada de *nyotaimori*.

—¿Tú lo has... probado?

—¿Yo? No, por Dios —confiesa horrorizado—. Me parece una aberración.

Suspiro aliviada. Reconozco que me habría defraudado que Eric hubiera participado en un acto tan humillante para una mujer. Aunque el alivio dura poco, porque, de repente, me han entrado ganas de saber demasiado.

—¿Y... qué me dices de las casas de té? ¿Has estado alguna vez con una *geisha*? —pregunto, invadida por la curiosidad y el temor a una respuesta que quizá me incomode.

Eric se ríe expulsando el aire por la nariz.

—Sí. Hace poco estuve con una que era preciosa —dice, y me dedica una mirada de absoluta adoración.

Cuando comprendo el doble sentido de su afirmación, me ruborizo como una adolescente y corro a refugiarme detrás de un trago de Coca-Cola.

Esa *geisha* de la que habla soy yo.

En la fiesta de disfraces de la convención de Roma.

La noche que me besó por primera vez.

Algo más tarde, con el estómago lleno y la mesa recogida, intento retrasar el irremediable final todavía un poco más y le pregunto si le apetece que veamos otra película. Parece cansado, las grandes gafas de pasta no consiguen disimular las profundas ojeras, pero la verdad es que no quiero que se vaya.

—Claro, pero esta vez escoges tú.

De modo que, sin mucha ceremonia porque lo que menos me importa es la película, elijo un *thriller* cualquiera al azar y pulso el *play*. Él vuelve a adoptar la posición de antes, estira las largas piernas y las apoya encima de la mesa con naturalidad. Y creo que es precisamente esa naturalidad, la misma con la que hace un rato me ha llamado *älskling*, la que me empuja, casi sin darme cuenta, a acercarme más a él. Así que, pasando por alto el calor que está haciendo esta noche y que me empapa la camiseta en la espalda, dejo caer la cabeza sobre su pecho y me acurruco contra su cuerpo. Y él, como si lo hubiera estado esperando, me pasa el brazo por el hombro y me da un beso prolongado en la sien con una ternura analgésica. No presto atención a la película. Me quedo quieta, muy quieta, contando los latidos de su corazón y observando cómo su estómago sube y baja de forma rítmica. Sus dedos se adentran en mi pelo y trazan pequeños círculos. Yo inspiro el olor que emana su camiseta blanca de tirantes como si fuera oxígeno y cierro los ojos.

El momento cobra la frágil consistencia de la perfección.

De repente siento que hemos vuelto a ser los mismos que éramos antes, cuando él me llamaba *älskling*. Todo lo malo cae al fondo de un abismo oscuro y profundo. Y, en mitad de esta dulce tregua que nos hemos concedido, me asalta una necesidad incontrolable de contarle lo que ocurrió en realidad con Oliver anoche.

O, mejor dicho, lo que no ocurrió.

—Eric.

—¿Sí?

—Quiero que sepas que Oliver y yo...

—*Shhhh...* —me interrumpe antes de que pueda continuar—. *Det är bra, min lilla Luna. Det är bra.*

Enseguida noto que sus dedos, aún enredados en mi pelo, se quedan quietos y flojos. Su respiración se vuelve más sonora, más pesada, y sé que se ha quedado dormido. Con cuidado, le quito las gafas y las dejo encima de la

mesa procurando no hacer ruido. Es tan hermoso que no puedo resistirme a besarlo en la recia mandíbula, cubierta de una sombra de barba rubia. Él emite un sonido, inconsciente. Entonces vuelvo a acurrucarme contra su pecho y cierro los ojos.

Capítulo 13

It's a match!

You and Ana have liked each other.

Antes, cuando te apetecía conocer a alguien, salías de fiesta. Escaneabas el local y, en cuanto tu radar interno detectaba alguna posibilidad, te acercabas a tu ligue en potencia, te presentabas, intercambiabas un par de besos al aire y le preguntabas eso tan trillado de «¿Vienes mucho por aquí?». Era una primera criba. No siempre resultaba, pero al menos servía para determinar si entre tú y esa persona había química suficiente como para tomarte una copa con ella y dar comienzo al juego de la seducción. Al final de la noche, si había suerte, la partida terminaba con un número de teléfono más en tu agenda de contactos y la esperanzadora sensación de tener algo pendiente flotando en el aire. Te ibas a casa con el ánimo exaltado y la entrepierna encendida, pero no te importaba porque, al fin y al cabo, te gustaba más la trama que el desenlace. En fin, supongo que funcionaba así. La verdad es que a mí las distancias cortas siempre se me han dado bastante mal. No soy una chica lanzada, ni tampoco muy receptiva, que digamos. De ahí que mi currículum sentimental/sexual sea tan limitado a mis veinticinco años. Hoy en día, las cosas son muy distintas. La seducción tal y como la entendemos solo existe en las novelas románticas. El contacto ni siquiera es necesario porque, ahora, conocer a alguien significa estar predispuesto a mantener relaciones sexuales sin necesidad de perder tiempo en averiguar si hay química o no. Y, para eso, lo único que hace falta es abrirse una cuenta de Tinder y mover el pulgar a la derecha (si la persona te gusta) o a la izquierda (si no te gusta).

Tío con el torso desnudo. Ni de coña. A la izquierda.

Otro haciendo surf. Uf, qué pereza. A la izquierda.

Uno junto a una tía a la que han recortado de la imagen. Intuyo que será su ex. Joder, ¿en serio? A la izquierda.

Con barba, a la izquierda.

Ninguno de estos tíos me gusta. Aunque, según parece, yo sí les gusto a todos ellos.

—¿Y el pelirrojo este? —me pregunta Dani, esperanzado—. No está nada mal.

Me encojo de hombros con absoluta indiferencia.

—Pse.

—Eres muy cansina, tía —protesta entre suspiros de exasperación.

Sí, lo reconozco. En este momento soy la persona más irritante sobre la faz de la Tierra, pero ¿a quién pretendo engañar? ¿De verdad me hace falta conocer a otros hombres? Dani opina que es la única manera de que me olvide de Eric de una vez por todas. Bueno, en realidad opina que necesito una *putiagenda* y follar como una posesa. A ser posible, con un tío distinto cada día de la semana. Pero si ni siquiera he sido capaz de pasar de un par de besos inocentes con Oliver, con el que se supone que tengo —o tenía— *feeling*, es obvio que no estoy muy por la labor.

—No sé por qué coño te habré hecho caso —mascullo de mala gana mientras desinstalo la aplicación de Tinder del móvil.

Supongo que para responder a esa pregunta debo remontarme a esta mañana.

* * *

Me despertó el ruido de un claxon que se colaba por la ventana abierta. Abrí los ojos y noté que me dolía todo. La espalda. El cuello. Los hombros. Estaba molida. Llevaba tanto tiempo acostada en la misma posición sobre la dura superficie del sofá que, cuando traté de moverme, sentí el cuerpo rígido y entumecido. Ya había amanecido y el bochorno de este verano anticipado me humedecía los pliegues de la piel. Cuando me volví, advertí que él no estaba. Me incorporé algo aturdida, como gravitando en una nebulosa, y lo llamé en

voz alta, pero la única respuesta que obtuve fue un aterrador silencio. Sus deportivas Adidas no estaban apiladas junto al sofá, ni sus gafas de pasta encima de la mesa. No había dejado ninguna nota y, al comprobar que tampoco había ningún mensaje en mi móvil que justificara su ausencia, me temí lo peor.

Se había esfumado.

—¡Esto es tan típico de ti! —exclamé al aire—. ¡Te acercas y te alejas y te acercas y te vuelves a alejar!

Estaba tan mosqueada que le di un puntapié al mismo sofá sobre el que habíamos dormido juntos y enroscados apenas unas horas antes. Sí, estaba enfadada con él, pero sobre todo lo estaba conmigo. Por admitir lo inadmisibile, aceptar lo inaceptable y perdonar lo imperdonable.

Otra vez.

Y con los dedos temblando de rabia, cogí el móvil y marqué su número dispuesta a decirle unas cuantas cosas bien dichas.

Un tono.

Dos tonos.

Tres.

Y se cortó.

—¡Me ha colgado! —grité, presa de la ira.

Así que volví a marcar. Pero para entonces, el muy cabronazo ya había apagado el teléfono. Un sollozo desesperado se abrió paso a través de mi garganta y, enseguida, rompí a llorar de forma desconsolada. Habíamos pasado una noche increíble y ahora no estaba. No hay nada tan duro como perderlo todo después de haber experimentado, aunque sea por un instante, el esplendor de la felicidad. Me sentía herida e insignificante, como un corazón sin vida, y, con gran pesar, reconocí que no sería la última vez que me haría daño. Porque los hombres como él hieren a las chicas como yo. De inmediato, la rabia sustituyó a la tristeza. Me sequé las lágrimas; ya había derramado suficientes para toda una vida. Exhalé hasta que hube vaciado los pulmones por completo, fui a mi cuarto y saqué de debajo de la cama la maleta que había guardado allí.

Esa maleta había estado desterrada desde que Eric me la había devuelto porque contenía recuerdos que dolían como latigazos.

Entonces, tomé una decisión.

Necesitaba una conclusión si quería seguir adelante.

Un final.

Se acabó, Eric.

Haciendo de tripas corazón, la abrí y empecé a apilar el contenido en dos montones. En uno, las cosas que podía salvar porque me dejaban indiferente. En otro, las que eran insalvables porque apestaban a melancolía y me seguían dañando.

El vestido verde de Armani.

Latigazo.

Los zapatos y el bolso a juego.

Latigazo.

El corsé.

Otro latigazo.

Postales, libros y *souvenirs* de Roma.

Otro más.

El kimono que Dani me dejó para la fiesta de disfraces.

«Hace poco estuve con una *geisha* que era preciosa».

Doble latigazo.

El ruido de una llave girando en la cerradura de la puerta de la calle anunció la llegada de mi compañero de piso. Venía solo.

—¿Y ahora qué? ¿Más drama? —me preguntó mientras deslizaba una mirada de extrañeza a mi alrededor.

—Estoy haciendo limpieza. ¿No lo ves? —respondí con rotundidad—. Todo eso de ahí va a la basura —aclaré, señalando el montón de lo insalvable.

Dani compuso una mueca de horror.

—¿Tú estás loca o qué te pasa? ¿Cómo vas a tirar esta preciosidad? —me increpó mientras se abalanzaba sobre el corsé y lo examinaba de cerca.

—Pues véndelo en Wallapop o quédatelo; yo ya no lo quiero.

Cuando advirtió que el kimono estaba en medio de las dos pilas de ropa, se puso como una fiera.

—Tranquilo, que eso no pensaba tirarlo. Ya sé que fue un regalo de un novio tuyo y que le tienes mucho cariño.

—A ver, a ver, a ver —dijo mientras se sujetaba las sienes y cerraba los

ojos en plan teatral—. ¿Todo este tinglado tiene algo que ver con que tu sueco viniera anoche?

—No es mi sueco —farfullé—. No es nada mío.

Dani resopló y meneó la cabeza con desaprobación.

—Señor, dame paciencia —protestó elevando los ojos y juntando las manos como en actitud de rezo.

Luego salió de la habitación y el sonido de la cafetera no tardó en sustituir el de sus pasos.

Capítulo 14

Martes

La semana está pasando extraordinariamente deprisa. Extraordinariamente porque rapidez es lo último que cabría esperar después de casi tres días de desconcertante silencio. Para tratar de quitar hierro al asunto, por momentos me digo que puede que esté de viaje y por eso no me ha llamado. No sería de extrañar; él siempre anda ocupadísimo de acá para allá, visitando las numerosas sedes que Laboratorios Grau tiene repartidas a lo largo y ancho del globo. También cabe la posibilidad de que se haya quedado afónico y no pueda comunicarse con nadie. Quién sabe si el sábado por la noche se resfrió por haber dormido con la ventana abierta de par en par. Aunque eso no le impediría enviarme un puñetero mensaje. Y nadie se resfriaría con este calor. Así que, para consolarme, me convengo de que lo único que explica su mutismo es que lo han abducido unos seres extraños y en estos momentos se encuentra en una nave rumbo a algún lejano exoplaneta a la velocidad de la luz. Sin cobertura, claro.

Mi imaginación no tiene límites.

En realidad, sé de sobra que Eric está en Barcelona intentando gestionar lo acontecido en las últimas horas. Me refiero al desplome histórico en la Bolsa que sufrió ayer Laboratorios Grau. Yo me enteré por la alerta que sigo teniendo activada en Google para todo lo que tenga algo que ver con él —no entiendo por qué no la he desactivado aún. Debería hacerlo por higiene mental. De hecho, hacía semanas que la ignoraba, pero ayer, idiota de mí, tuve la pésima idea de volverla a consultar—. La noticia se extendió como la

pólvora por Internet. La caída, del 2,9 por ciento, había sido la más fuerte desde que la empresa comenzara a cotizar años atrás en el IBEX 35. No tengo ni pajolera idea de finanzas, pero intuyo que para una multinacional como Laboratorios Grau, cuya actividad económica representa casi el 10 por ciento de PIB del país, esa cifra debe de suponer la pérdida de muchos, muchísimos miles de euros. Y más de un quebradero de cabeza para la junta de accionistas, claro. Para más inri, las acciones de Felleman Gallenics, su principal competidor, se habían disparado cerca del 7 por ciento. Algunas fuentes mencionaban que el *crash* bursátil tenía su origen en el retraso del lanzamiento de Gabarol, el hipnótico de tercera generación no benzodiazepínico cuya comercialización se había previsto, en un principio, para este verano. Desconozco qué motivos tendrían los Grau para postergar la salida al mercado de su nuevo y prometedor fármaco, pero me da en la nariz que el controvertido congreso de diez millones de euros que pensaban organizar en la Riviera Maya para presentárselo a la comunidad médica ha tenido algo que ver. También había ciertos rumores que apuntaban a que el inminente boicot de la fuerza de ventas por el impago de los incentivos había contribuido al desastre. ¡Joder, pero qué impacientes! Me enfadé tanto que estuve tentada de enviar un correo a todos los periódicos del país para informarlos de que el proceso para materializar el pago llevaba ya unos días en marcha. Y, por si todo esto fuera poco, la prensa había rescatado la historia de la filtración, lo que había suscitado un nuevo aluvión de críticas a la compañía por su falta de transparencia en la materia.

«Exijamos YA una regulación MÁS DURA sobre las relaciones entre médicos y visitantes. Que las empresas como Laboratorios Grau no puedan seguir alquilando a sus anchas voluntades y conciencias por medio de regalos, congresos, viajes o, directamente, dinero en metálico (y en negro) #elincentivodelavergüenza», podía leerse en la cuenta de Twitter de *La verdad incómoda*. Mil y pico retuits y subiendo. Y un montón de comentarios del tipo:

@pesimistic_girl: Las farmacéuticas solo producen lo que les interesa, lo más rentable para ellas. El negocio de la industria no está en cuidar de la salud de las personas. Que nadie se engañe. El negocio es la venta de medicamentos. Y ahí se encuentra la base de uno de los principales problemas de nuestra sanidad.

@Working_Class_Hero: Por mi trabajo, tengo que tratar con visitantes médicos a menudo y siempre acabo pensando que ojalá nunca me ponga enfermo.

@Marxista1980: Aunque suene utópico, el Estado debería involucrarse más en la investigación médica. No sé por qué no lo hace; bueno, sí, porque hay mucho dinero en juego. Nos ha quedado bastante claro a raíz de la filtración de los incentivos de LG.

@Incredula: El otro día, mi madre fue al cardiólogo y este le recetó un medicamento para el colesterol. En el prospecto ponía bien claro que estaba prohibido para quienes hubieran sufrido algún problema hepático, como era su caso. El médico, sin embargo, no le había preguntado nada al respecto. ¿Descuido? ¿Ignorancia? ¿Recetar por recetar? o ¿recetar por ingresar?

@Fuck_Society en respuesta a @Incredula: Por lo visto, alguien, en algún lugar, oyó sonar una vez más el timbre de la caja registradora por la venta de un medicamento que nunca será utilizado.

Desde luego, la controversia estaba servida. Aunque no se lo merecía y tampoco era mi problema, me sentí mal por Eric y cometí la torpeza de volver a llamarlo. Quería que supiera que iba a darme prisa en calcular los incentivos para que toda esa pesadilla terminara pronto. Imaginaba la angustia y el estrés que estaría sufriendo y quería ahorrárselos, solo eso. A veces, no importa tanto lo que dices, sino que estés. Pero él no contestó a mi llamada. Ni tampoco se molestó en devolvérmela.

Y estoy muy enfadada desde entonces.

Más que enfadada, decepcionada.

Con él y conmigo misma.

Con él porque no me ha llamado y podría haberlo hecho. Podría haberse despedido de mí el domingo por la mañana. No sé, haber esperado a que me despertara para decirme «Adiós, *älskling*, lo he pasado muy bien comiendo

palomitas contigo, pero ahora debo volver a mi sombría vida de siempre». Yo me habría quedado hecha polvo, pero al menos no tendría este sabor a quemado en la boca.

Y conmigo porque sigo muy enganchada.

No sé cómo lo voy a hacer, pero esto tiene que acabar. Llevo demasiado tiempo compadeciéndome de mí misma y necesito poner orden en mi cabeza cuanto antes. Dejar ya de posponer las cosas mientras sueño con otro estado en el que todo sea diferente. Está claro que eso no va a pasar. Y mientras Eric siga ahí, desestabilizándome con su cercanía variable, yo no seré capaz de salir adelante. Debo sacarlo de mi vida de una vez por todas y, para eso, lo primero que tengo que hacer es entregarle los puñeteros incentivos. No para ahorrarle ni un ápice de sufrimiento a él, sino para ahorrármelo a mí, que soy lo más importante. Así que, en cuanto haya terminado el trabajo, se lo entregaré y pondré negro sobre blanco. Le pediré, no, le exigiré que desaparezca de mi vida para siempre.

Me lo repetí el domingo.

Me lo repetí ayer.

Y me lo he repetido a mí misma hoy como una maldita letanía.

* * *

Lo bueno de haber estado trabajando a pleno rendimiento en los incentivos durante todo el día es que me he ahorrado el tener que asistir a la jornada de *teambuilding* que ha organizado la empresa. El programa incluía actividades tan atractivas como tiro con arco, *paintball* y una especie de *escape room* al aire libre en un canal olímpico a las afueras de la ciudad. Por Dios, qué pereza. ¡Y con el calor que hace! Ayer casi me dio un ataque cuando a media mañana recibí el *e-mail* que Recursos Humanos nos había enviado para recordarnos que la jornada tendría lugar hoy. Algo de lo que, por supuesto, ni me acordaba. Todo el mundo en la oficina parecía excitado, y eso que era lunes. Amanda, que es una auténtica yonqui del trabajo, estaba encantada con la idea de pasar un día fuera. Incluso Jota, famoso por su tendencia a la autoreclusión, se dignó a quitarse los auriculares y, dedicándome una mirada asesina, me advirtió de que iba a machacarme al *paintball*. Sí, a todo el mundo le apetecía mucho. A todo el mundo menos a mí, claro. Por dos

razones. La primera, porque después de haber trabajado en una compañía como Laboratorios Grau, que invierte diez veces más en *teambuilding* de lo que ninguna consultora medio decente de este país podrá invertir jamás, sé que todo eso no es más que una mentira. Un premio de consolación que no supone ningún sacrificio para la empresa pero que acaba incidiendo en el sentido del deber que los empleados tienen para con ella. O, lo que es lo mismo, una forma azucarada pero no por ello menos abyecta de comprar la conformidad de los trabajadores con la dinámica empresarial establecida. Y la segunda razón por la que no me apetecía ir a jugar al *paintball* de las narices es porque eso habría supuesto que me ausentara de la oficina. Es decir, faltar a mi compromiso de entrega de los incentivos para mañana, miércoles, y aplazarlo hasta pasado San Juan.

Es decir, seguir trabajando para Eric hasta la semana que viene.

Con un Eric que aparece y desaparece como el vaho sobre el cristal.

Es decir, que a tomar por saco lo de poner orden en mi cabeza.

No, ni hablar. Tenía que hacer algo. Pero debía ser inteligente. Las empresas como CTT no miran con buenos ojos a los empleados que se escaquean de los eventos corporativos.

—¿Te parece bien si me llevo el portátil a casa, Óscar? —le solté a mi jefe de buenas a primeras cuando me dirigí a su mesa por la tarde.

Él despegó la espalda de su silla ergonómica y dejó que un fugaz mohín le torciera los labios y le arrugara la nariz.

—¿Lo necesitas?

—A ver, te explico. Como mañana no vamos a estar operativos, he pensado que lo mejor sería que trabajara esta noche desde casa. Recuerda que tengo que entregar los incentivos de Laboratorios Grau pasado mañana. A última hora, como muy tarde. —Hice una pausa teatral y fingí preocupación, una habilidad que he comenzado a desarrollar últimamente—. Solo espero que me dé tiempo; ya sabes lo exigente que es este cliente —afirmé con un tono engolado.

Compuse una sonrisa forzada.

Óscar suspiró y se recostó en el respaldo de la silla.

—Tienes razón —admitió, devolviéndome la sonrisa—. Y me gusta que por fin muestres visión de negocio. El señor Grau es uno de los clientes más exigentes de CTT, no conviene que le causemos una mala impresión. Puedes

llevarte el portátil —dijo. Pero se quedó pensativo.

Se mesó la barbilla con gesto ausente y yo comencé a contar por dentro.

Uno.

Dos.

Tres.

—¿Estás segura de que te dará tiempo? —preguntó, visiblemente preocupado.

—Hombre, segura, segura...

—No sé cómo de importante será para ti la jornada de *teambuilding* de mañana, pero...

BINGO.

—Muy importante. Primordial, vamos.

—Claro, claro. Pero, teniendo en cuenta que la entrega del proyecto es en dos días...

—Hagamos una cosa —atajé—. Si te parece bien, mañana vengo a trabajar. Lo primero es lo primero. Ya habrá otra ocasión para ir a jugar al *paintball* con mis compañeros.

Las facciones de su rostro mostraron un alivio instantáneo.

Óscar me exoneró de la tortura del *teambuilding*, pero antes de que volviera a mi sitio se aseguró de dejarme bien claro que él en ningún momento había comulgado con la idea de que trabajara por la noche. Menudo hipócrita. Luego me estuvo dando la chapa sobre la importancia de fortalecer la confianza mutua entre la empresa y los empleados y me prometió que en cuanto hubiera terminado el proyecto de los incentivos, buscaría un hueco para que tuviéramos una sesión de *mentoring*. ¿En serio? Llevo cinco minutos trabajando en esta consultora y ya están atosigándome con ese rollo. El *mentoring* es una auténtica pérdida de tiempo que solo sirve para apretar las tuercas al empleado. Te invitan a sentarte con ellos en la mejor sala de todo el edificio. Hacен que te sientas especial, imprescindible, el puñetero trabajador del año. Escuchan tus quejas y tus demandas de forma activa. Te prometen la ansiada promoción. «Esta vez sí, confía en la empresa tal y como la empresa confía en ti», te dicen mientras te dedican una sonrisa deslumbrante. Y cuando crees que tienes controlada la situación, te arrojan la verdad a la cara: objetivos, desempeño y resultados. Eso es lo único que quieren de ti,

pringado.

—Sí, claro. Lo estoy deseando.

* * *

Las 19:50.

Alberto me va a matar. Habíamos quedado hace casi una hora junto al mercado de Santa Caterina para tomar una cerveza y ponernos al día, pero me he liado. Estoy agotada, la verdad. Hoy no he parado ni para almorzar. Y eso que, salvo por un par de gerentes con los que nunca he cruzado una sola palabra y unos pocos empleados que, como yo, debían de tener alguna entrega urgente entre manos, he estado prácticamente sola en la oficina. Para que luego digan que los milenials nos dedicamos a calentar la silla, eso que en la terminología moderna se llama «presentismo laboral». La parte positiva es que el archivo que contiene los resultados del cálculo de incentivos ya está en la bandeja de entrada del puñetero señor Grau.

Lo que significa que, con suerte, esta será la última vez que tenga que trabajar para él.

Así que *bye bye, Iceman*.

Me desperezo y recojo mis cosas. Antes de salir, le mando un WhatsApp a Alberto.

En veinte minutos como máximo estaré allí.

Ve pidiendo un plato de patatas bravas, pero no te las comas, que estoy muerta de hambre ;)

Él está en línea, así que me contesta enseguida.

Menos mal.

Me he puesto ciego perdido esperándote.

Tardona :D

Sonrío y me guardo el móvil en el bolso. Me encuentro a punto de cruzar el vestíbulo para salir al exterior cuando noto una vibración prolongada. Alguien

me está llamando. «Será Alberto», me digo mientras saco el teléfono del interior del bolso. Pero en la pantalla aparece reflejado otro nombre y, al instante, percibo en el estómago el mismo hormigueo nervioso que siento cada vez que él llama. Las piernas me flaquean.

Joder, no.

No puede ser, no.

Durante una milésima de segundo, barajo la posibilidad de pagarle con su propia moneda. Exacto, durante una milésima de segundo. Porque sé cómo es, y como lo sé, tengo claro que, si lo ignoro, seguirá insistiendo hasta aburrirme. La realidad y los deseos son dos polos opuestos que chocan entre sí a menudo.

Me aclaro la garganta para disimular los nervios antes de contestar.

—Hombre, el desaparecido. ¿Qué quieres? —le pregunto con frialdad nada más descolgar.

—Me has enviado los incentivos hace un rato —responde en un tono neutro, sin inmutarse.

—¿Y qué?

—Que no los esperaba hasta mañana.

—Me he dado prisa —apunto con un dedo chulesco.

—Y yo te lo agradezco. El problema es que he detectado algunos errores y...

—¿Disculpa? —lo interrumpo.

—Hay cifras que no me encajan, Luna.

—Eso es imposible. Llevo todo el día con el cálculo.

—Pues, al parecer, no ha sido suficiente.

—Bueno, ya lo revisaré mañana. Se supone que tengo hasta última hora de la tarde de margen, ¿no?

—Verás, el problema es que me ha surgido un viaje con el que no contaba para mañana. Y como el jueves es festivo y el viernes puente, necesitaría que lo revisáramos ahora. Ya sabes que la fuerza de ventas ha amenazado con boicotear a la empresa si no se les paga antes del fin de semana.

Lanzo un suspiro de contrariedad.

—¿Ahora? Joder, Eric. Son las ocho de la tarde. Estaba a punto de salir de la oficina. Tengo planes, ¿sabes? —protesto, irritada—. Espera, espera.

¿Cómo que «necesitaría que lo revisáramos»? ¿Quieres decir...?

—Sí, Luna. Eso mismo quiero decir. Quédate ahí, ¿de acuerdo? Mandaré un coche para que te recoja y te traiga a mi despacho enseguida.

De pronto siento un frío glacial en el estómago. ¿A su despacho? Eso sí que no me lo esperaba.

No puedo evitar que se me escape una risa sarcástica.

—Pero ¿tú flipas o qué te pasa? Te recuerdo que tengo vetada la entrada a Laboratorios Grau. Lo siento, pero no voy a ir. No puede ser. Arréglatelas tú solito.

—Podemos ir a cualquier otra parte si no te sientes cómoda, pero creo que tendremos más intimidad en mi despacho. Y a estas horas no hay nadie aquí, así que no te preocupes.

Intimidad es justo lo que no quiero.

—Pero hay cámaras de seguridad.

—Por favor, Luna. Hablaré con Buendía para que se te compense el doble por el sobreesfuerzo. Pero ahora te necesito. Ven y ayúdame con esto, te lo suplico.

Exhalo de puro agotamiento.

A la mierda mis patatas bravas.

A la mierda el plan de sacarlo de mi vida.

Y a la mierda mi dignidad.

Capítulo 15

El guardia de seguridad de Laboratorios Grau me abre el acceso al *parking* en cuanto llego.

—El señor Grau te está esperando —anuncia con solemnidad.

La puerta principal del imponente edificio de fachada acristalada que ocupa casi toda una manzana del Paseo de Gracia está cerrada, así que bajo por la rampa de linóleo que lleva al garaje, donde el único coche que queda a estas horas es el Audi R8 gris metalizado de Eric. Con los nervios a flor de piel, me monto en el ascensor y pulso el botón de la décima planta. Mientras subo, me embarga una mezcla indescriptible de sensaciones. Nostalgia. Miedo. Rabia. Tristeza. Esperanza. Incertidumbre. Y el mismo dolor que sentiría si un trépano me horadara el pecho. No puedo dejar de preguntarme qué estoy haciendo aquí, por qué he vuelto al lugar que ha marcado el paréntesis más oscuro de mi vida. Y no lo sé, de verdad que no lo sé. Porque son tantas las emociones que me invaden ahora mismo que no tengo la más remota idea de qué debo sentir ni cómo me tengo que comportar. La puerta metálica de acordeón se abre enseguida, precedida de una voz enlatada que anuncia la llegada a la planta. Antes de bajar, me miro en el espejo. Como de costumbre, no me gusta mi aspecto. Me da la sensación de que he envejecido varios años en pocos días. Tengo unas ojeras espantosas, necesito una cura de sueño con urgencia. Y algo de sol que revitalice el tono mortecino que acusa mi piel.

Exhalo con resignación y me dirijo al despacho de Eric con pasos vacilantes. De repente tengo frío. ¿Por qué, si hace un calor infernal? No queda nadie en el edificio. El silencio que se respira no tiene nada que ver con

el barullo diurno de las voces, los teléfonos que no paran de sonar y las impresoras que escupen papeles a pleno rendimiento a lo largo del día. Me acuerdo de la primera vez que puse los pies en este sitio y sonríe con pesar. «Cómo han cambiado las cosas desde entonces», me digo. Aunque sé que es prácticamente imposible que me encuentre con alguien ahora, no puedo evitar que las manos me tiemblen de forma traicionera. Solo de imaginarme frente a la odiosa Lidia Fortuny o, mucho peor todavía, frente al sádico de Johan Grau, se me pone el pulso por las nubes. ¿Cómo reaccionarían si me vieran aquí? Lidia se pondría histérica, eso seguro. Y Johan sería capaz de cualquier cosa. Primero me diría de todo. Y luego, llamaría a la poli. O quizás me echaría él mismo a patadas, quién sabe.

Nunca entenderé por qué esos dos me detestaban tanto.

La puerta de su despacho está abierta y lo veo al fondo. Está de pie, semiapoyado en el gran ventanal con vistas al Paseo de Gracia, mirando cómo se extingue la luz anaranjada de un día que quizá le haya resultado tan largo como a mí. Estudio su cuerpo sin poder evitar recrearme en su espalda ancha y en esos glúteos tersos que se adivinan bajo el traje y después barro el lugar con los ojos. Todo sigue igual. Las estanterías llenas de revistas y libros de medicina, los diplomas colgados en la pared, las pinturas expresionistas, su bonita foto en blanco y negro con Abasi, el niño keniano, la americana apoyada sobre el respaldo de su silla ergonómica de piel, el escritorio siempre pulcro y ordenado.

El escritorio.

Ay, el escritorio.

La última vez que lo hicimos fue ahí mismo, encima de esa mesa, en mitad de un rutinario simulacro de incendio. Imágenes de papeles volando por los aires me asaltan la memoria y siento un vuelco en el estómago. Fue tan apasionado que al recordararlo tengo la certeza de que otro incendio está a punto de desatarse, pero en esta ocasión es de verdad.

Parece que haya pasado una eternidad.

Toso levemente para llamar su atención y enseguida se da la vuelta. Tiene mala cara; se nota que las preocupaciones de los últimos días le están pasando factura.

—Gracias por venir —dice al acercarse.

—Como si me hubieras dejado otra opción —mascullo, aunque no estoy

muy segura de que me haya oído.

Eric me invita a sentarme con él en uno de los dos sofás negros de piel para las visitas. Estamos tan cerca el uno del otro que su perfume se me adhiere a las fosas nasales, y más allá de su perfume, el aroma natural de su piel. Su portátil Mac Book Pro descansa sobre la mesa que hay enfrente. Lo coloca encima de sus rodillas y, después de desbloquearlo, la pantalla muestra el fichero que le he enviado hace un rato con los resultados de los incentivos.

Va directo al grano. Sin rodeos.

Pero a mí, los ojos se me van todo el rato al escritorio.

—He detectado errores aquí, aquí y aquí. —Subraya varias cifras con el ratón táctil de forma sucesiva.

—¿Me dejas ver?

Al pasarme el ordenador, me roza el muslo con las manos. Siento un escalofrío y trato de concentrarme en los números que aparecen en la pantalla.

Pero me cuesta.

Huele tan bien...

Y ese puñetero escritorio, por Dios.

—¿Puedes apartarte, por favor? No puedo pensar contigo encima.

Él me deja caer una mirada contrariada, se incorpora y comienza a caminar con impaciencia de un lado a otro del despacho.

—¿Y bien? —pregunta enseguida.

Yo levanto el dedo índice para indicarle que espere un momento.

—Venga, Luna, que esto es importante.

«Sí, contigo siempre es todo muy importante», me digo sin poder contener las ganas de suspirar.

—¿Lo tienes ya? —insiste de nuevo.

Despego la vista del ordenador y lo miro de forma incendiaria.

—Me estás poniendo nerviosa, ¿sabes? Ten un poco de paciencia, que no soy una máquina.

Noto un matiz de desaprobación en su irreverente caída de párpados, pero lo ignoro. Tras unos minutos en los que no ha dejado de dar vueltas de acá para allá, de resoplar, de tocarse el pelo, de frotarse los ojos y de mirarse su distinguido reloj metálico Patek Philippe, llego a una conclusión.

—No hay ningún error. El cálculo es correcto.

Mi respuesta parece no bastar para aplacar su intranquilidad.

—Pero no puede ser. ¿Tú has visto las cifras? Son demasiado elevadas.

—Siempre han sido así, Eric. El mes pasado no pagaste los incentivos, quizá por eso tengas la falsa impresión de que han subido más de lo habitual.

—¿Estás segura de que los datos que has utilizado son los correctos?

Me encojo de hombros; no sé qué más espera que le diga.

—Son los que figuraban en el sistema.

—Es muchísimo dinero, Luna.

La preocupación empaña su voz.

—Oh, y ahora lo descubres. ¿No se suponía que tú lo controlabas todo en esta compañía?

Eric me devuelve una mirada tremebunda.

—Últimamente he tenido muchos frentes abiertos —se justifica.

—¿Y por qué no empiezas a delegar? Es obvio que no puedes con todo.

Mis palabras congelan sus movimientos. Enarca una ceja con arrogancia y me pregunta:

—¿Estás diciendo que no sé hacer mi trabajo?

—No, Eric. —Resoplo irritada y dejo el portátil sobre la mesa—. Estoy diciendo que delegues.

Él suelta una risa sarcástica. Un arqueo desdeñoso aparece en sus labios.

—Ahora vas a enseñarme «tú» —remarca en tono despectivo— a dirigir mi compañía.

—A la vista está que «tú» no sabes hacerlo —replico, utilizando el mismo tono.

El gesto se le contrae en una mueca grave y ofendida.

—Dejémoslo aquí, ¿vale?

—Y ahora que por fin te has dado cuenta de que lo que pagas a esos buitres es inmoral, deberías replantearte tu absurda política de incentivos —insisto, ignorando su advertencia—. Es obsceno que la red comercial se lleve tanto dinero en concepto de primas y lo sabes. Los visitantes médicos deberían ser retribuidos en función de sus conocimientos técnicos y no de sus ventas. Piénsalo. Con todo lo que te ahorrarías, podrías invertir en investigación, que buena falta le hace a este país. O en buscar una alternativa para toda esa pobre gente que se muere de cáncer en Sudáfrica porque no se

puede pagar un tratamiento. ¿El lema de esta compañía no era «Cuidamos de las personas, cuidamos de ti»? Pues que se note.

La tez se le enrojece de rabia y la vena de la ira le divide en dos la frente antes de explotar.

—¡He dicho que lo dejemos! ¡Estoy harto de tus discursitos y de que te creas con la autoridad moral de decirme lo que tengo que hacer! ¡No tienes ni puta idea de la semana que llevo! ¡Ni puta idea!

—¿Y cómo quieres que lo sepa si ni siquiera te has molestado en contestar mis llamadas?! —Le devuelvo el golpe mientras me incorporo.

Las palabras me salen de dentro, cargadas de amargura y bilis, y mientras lo hacen, me domina una liberadora sensación de vacío. Tenía que decírselo, era necesario. Eric se acerca un paso, con los ojos llameantes y el rostro desfigurado por la cólera.

—¡Déjame en paz de una puñetera vez!

Yo me acerco otro paso.

—¡Eres tú quien tiene que dejarme en paz a mí!

—¿Acaso te crees que el mundo gira entorno a ti?! ¡Mi vida ya es bastante complicada, maldita sea!

—¿Tanto te costaba enviarme un mensaje?! ¡Dormimos juntos el sábado! ¡Era lo menos que podías hacer!

Él se vuelve a acercar.

—¡Sabes perfectamente que no soporto tener que dar explicaciones! ¡Ni a ti ni a nadie!

—¡Eres un egoísta y un cobarde!

—¡Y tú una cría que no entiende nada! —brama, fuera de sí.

—¡Te odio! ¡No te imaginas lo mucho que te odio, Eric Grau!

—¿Ah, sí?! ¡Pues la otra noche no parecía que me odiaras tanto cuando viniste a suplicarme de rodillas que te follara!

Au.

Eso ha sido un golpe bajo.

Sus palabras me perforan por dentro como un taladro. Después, todo ocurre muy rápido.

Capítulo 16

— ¡Eres un egoísta y un cobarde!

— ¡Y tú una cría que no entiende nada!

— ¡Te odio! ¡No te imaginas lo mucho que te odio, Eric Grau!

— ¡¿Ah, sí?! ¡Pues la otra noche no parecía que me odiaras tanto cuando viniste a suplicarme de rodillas que te follara!

De pronto, el chasquido quiebra la tensa atmósfera del despacho.

Ni siquiera soy consciente de que el cerebro me haya dado la orden de abofetearlo. Sus últimas palabras han desencadenado una inesperada reacción incontrolable que se ha extendido desde el lóbulo frontal hasta el occipital y que me ha llevado a levantar la mano para cruzarle la cara. Tras la conmoción inicial, observo su mejilla enrojecida y la expresión alarmada de sus ojos vidriosos. Ahogo un lamento con la mano. Quiero decir algo, pero no me da tiempo. Apenas un parpadeo después, Eric se abalanza sobre mí como un animal, me atrapa por la nuca y me besa.

Pero no es un beso cualquiera.

Es un beso aniquilador.

Urgente, como si el mundo estuviera a punto de derrumbarse.

Un beso que sabe a cuenta pendiente.

Y al que, por supuesto, yo me entrego sin reservas.

Echaba tanto de menos su sabor...

Con pasos ciegos y frenéticos, me conduce hacia el sofá sobre el que nos desplomamos a toda prisa, él encima de mí, como dos bestias hambrientas. Yo le saco la camisa por fuera del pantalón; él se aferra con fuerza a la mía.

Después, siento el desgarrón y todos los botones saltan por los aires al instante. Tiene las venas del cuello hinchadas como una cinta elástica que puede romperse en cualquier momento. Un gemido involuntario se me escapa de la boca cuando sus manos ávidas se cuelan dentro de mi sujetador y me sacan los pechos por encima de los aros sin ninguna delicadeza. Eric deja volar sobre mí una mirada que parece una llama de soplete y juro que hasta las paredes de este despacho empiezan a arder.

El incendio se ha desatado.

Y quiero, necesito que lo apague.

Aquí.

Ahora.

Como antes.

Como aquella vez.

Todo lo demás, lo que hubo y lo que habrá, ya ni siquiera me importa.

Porque este es el único sitio en el que quiero estar.

—Necesito sentirte dentro —le susurro, espoleada por la ola de deseo que me sacude de cintura para abajo.

Entonces, ocurre algo inesperado. Eric cierra los ojos y exhala con aire de derrota. Enseguida suaviza la presión de sus dedos sobre mis pechos y los devuelve al interior del sujetador con sumo cuidado. El brillo ardiente de sus pupilas se torna repentinamente melancólico. No hay ni rastro del hombre fuera de sí que acaba de romperme la camisa de un modo salvaje. Y en ese preciso momento, me doy cuenta de que una puerta se ha cerrado en su interior, en alguna parte, y me ha dejado fuera.

No lo digas.

No lo digas.

Por favor, no lo digas.

—No puedo hacerlo —musita apesadumbrado.

Mis manos, que agarraban anhelantes la cinturilla de sus pantalones, se desploman con lasitud contra el sofá.

—¿No puedes o no quieres?

Él me dedica una mirada compasiva.

—Claro que quiero, Luna. Si no quisiera, no habría empezado.

—¿Entonces?

Eric compone un rictus de labios apretados antes de responder.

—Es complicado —dice en un tono apenas perceptible.

Siento una fuerte opresión en el pecho. La rotura interna resuena en toda la sala. Vuelvo la cabeza hacia un lado para que no vea cómo me desmorono y le ordeno que se aparte con toda la frialdad que soy capaz de fingir.

—Luna, no...

Su voz destila súplica.

—¡Que te apartes, joder!

Se separa con gesto consternado y se sienta a mi lado. Yo me yergo y, aunque rehúyo su mirada, noto sus ojos clavados en mí con inquietud.

—Llévame a casa. No puedo coger el metro así.

—Claro.

Eric se pasa la mano por el pelo despeinado y se recoloca la camisa por dentro del pantalón en cuanto se incorpora. Se acerca a mí, pero yo reculo de forma brusca, marcando las distancias.

—Yo... siento habértela roto —se disculpa sin dejar de mirarme con esa estúpida mueca lastimera en el rostro.

Después, coge su americana y me la coloca sobre los hombros.

Capítulo 17

La noche ya ha caído sobre la ciudad. El negro espesor del cielo contrasta con los verdes, los rojos y los ámbar centelleantes de los semáforos. Aunque fuera el aire es húmedo y caluroso, en el interior del coche la temperatura es de diecisiete gélidos grados. Me acurruco en el asiento y apoyo la cara en la ventanilla; el cristal está frío por el aire acondicionado. Mi corazón, o lo que queda de él, también. A esta hora el tráfico es muy fluido, así que tardamos unos escasos quince minutos en llegar a mi casa. En todo ese tiempo no abro la boca, salvo cuando los Arctic Monkeys irrumpen a través de la radio con su agónica «Do I wanna know?» y le pido que la apague. No hablo, pero pienso en muchas cosas.

En la persona que soy y en la que me gustaría ser.

En mi futuro.

En el tiempo que estoy desperdiciando.

En que la sensación de tener un objetivo ha desaparecido.

En esta jodida relación tóxica.

En que nunca he creído en ese axioma ridículo que afirma que todo pasa en la vida. Todo pasa excepto el dolor; las cicatrices se encargan de recordárnoslo.

Él tampoco dice nada. Se nota que está tenso por su forma de conducir agresiva, pisando el acelerador sin ton ni son durante todo el camino y pasándose de un carril a otro de un modo brusco. Estaciona frente al portal, como de costumbre, y deja caer su mirada sobre mí.

—Luna, lo que ha pasado antes...

—Estoy cansada, Eric. Me voy a casa —atajo de forma abrupta mientras me desabrocho el cinturón de seguridad.

La americana que me ha prestado se abre y deja al descubierto la piel semidesnuda que asoma a través de mi camisa rota. Él se inclina sobre mí y trata de cubrirme.

—No te vayas. Necesitamos hablar.

Lo miro a los ojos con fijeza. En sus pupilas hay un brillo trémulo, como de amarga súplica, que ya le he visto otras veces. Demasiadas. Tantas que no se merece mi compasión. Entonces, toda la rabia que llevo guardada se desencadena en algún remoto lugar de mi interior y se expande por dentro como un río de lava.

Ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Muy bien, hablemos. ¿De qué quieres hablar, Eric? ¿De cómo permitiste que me acusaran de algo que yo no había hecho sin concederme siquiera el beneficio de la duda? ¿De cómo consentiste que me humillaran obligándome a salir del edificio custodiada por un guardia de seguridad? ¿O de cómo renegaste de mí frente a tu padre, cuando apenas unos días antes me habías dicho que ibas a contarle lo nuestro? ¿Quieres que hablemos de eso, Eric? ¿O es un tema tabú? «No quiero que nuestra relación se base en una mentira», dijiste. ¿Te acuerdas? Yo sí me acuerdo. Me acuerdo todos los putos días de esta vida subterránea que me has obligado a llevar.

—Por favor, no sigas... —musita con la voz temblorosa.

Pero yo no he terminado todavía. No puedo parar, aún no. Siento que las palabras salen de mis labios en un torrente incontenible.

—Después de todo lo que habíamos vivido juntos, después de Roma y de que por fin me dejaras ver quién eras, o quien yo creía que eras, me abandonaste a la primera de cambio. Elegiste el camino fácil. Demostrar mi inocencia y luchar por mí, por nosotros, habría sido demasiado complicado, ¿verdad? Habrías decepcionado a tu padre y no podías permitir que eso sucediera, claro. Era preferible sacrificarme, una externa insignificante a ojos de todos, una esclava, como decís vosotros, antes que reconocer frente al inquebrantable señor Grau que estabas enamorado. ¿De verdad lo estabas, Eric? ¿O era otra de tus mentiras?

—¿Cómo puedes dudar de mis sentimientos hacia ti, Luna?

Lo observo detenidamente y pienso en lo pequeño y frágil que parece

ahora mismo, con esos ojos que parpadean sin parar, como si luchara por mantener las lágrimas a raya, y las palmas de las manos vueltas hacia arriba. Existen dos hombres muy distintos viviendo en un mismo cuerpo: el soberbio y autoritario que siempre lo tiene todo bajo control y este otro. Un hombre perdido cuya existencia parece haber sido partida por la mitad.

En ese instante me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo callada y retomo la conversación.

—¡Tú no moviste un puto dedo por mí, Eric! ¡Te creíste la versión oficial y me sacaste de tu vida por la puerta de atrás! ¿Tienes idea de lo miserable que me sentí aquel día, en aquella sala llena de gente mirándome como si fuera una criminal? ¡Ni siquiera pude defenderme! —Inspiro profundamente—. Me dejaste sin aire. Y, cuando empezaba a respirar de nuevo, tuviste que aparecer otra vez para demostrar que sigues teniendo el mismo poder sobre mí. Que puedes romperme el corazón, la camisa o la poca dignidad que me queda cada vez que a ti te dé la gana porque yo siempre acabo cediendo a lo que tú quieres, cuando tú quieres y como tú quieres. ¿A qué mierda estás jugando?

—No estoy jugando contigo. Te lo juro.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo llamas tú a lo que estás haciendo? Te comportas como un hombre inestable e inmaduro que no sabe lo que quiere. Te acercas, te alejas, te vuelves a acercar y acabas alejándote de nuevo. Apareces y desapareces de mi vida sin dar explicaciones. Me exiges que trabaje para ti y me confundes. ¿Por qué, Eric? ¿Por qué te empeñas en hacerme pasar por esto otra vez?

Pero él no dice nada.

Se limita a mirarme como un animal moribundo. Luego cierra los párpados con fuerza, mucha fuerza, y una lágrima silenciosa se precipita hacia su mejilla.

—Dime por qué has vuelto, Eric. Necesito saberlo para ponerle punto final a esto.

Mi voz suena arañada por una tristeza indefinida, como la que se siente después de una novela con un desenlace inesperado.

Él toma aire y lo suelta muy despacio, como si quisiera arrastrar con él los nudos que lo inmovilizan por dentro. Y, de repente, todos esos nudos que flotan en el aire exhalado empiezan a deshacerse.

—Está bien, Luna. Voy a contártelo todo —dice por fin.

El motor sigue en marcha.

Eric

Cuando llegó a casa el viernes, se quitó los zapatos y dejó caer su *trolley* de viaje al suelo de cualquier manera. Estaba agotado. Eran más de las diez de la noche y había tenido que madrugar muchísimo para coger el primer vuelo de Estocolmo a Barcelona. Tenía previsto aterrizar el sábado, pero se había visto obligado a adelantar su vuelta por orden de su padre. No había querido contarle nada, pero sonaba muy preocupado cuando lo llamó por teléfono la noche anterior; ahora entendía por qué. Recordó que había una botella de vino blanco abierta en la nevera desde hacía casi una semana y corrió a la cocina. Deseaba un trago con todas sus fuerzas. No era de esa clase de hombres que acostumbran a refugiarse de los problemas en el alcohol, pero aquel día, sencillamente, sintió que lo necesitaba. Sirvió todo lo que quedaba en una copa y se dirigió al salón. Encendió su moderno reproductor de música inalámbrico Bang & Olufsen y la canción le estalló en los oídos como si fuera metralla. «Harvest moon», de Neil Young. Podría haberlo apagado, pero no lo hizo; prefirió el dolor, se lo merecía. Se sentó en el sofá y, después de vaciar la copa que tenía entre las manos, la observó con detenimiento. Su imagen le vino a la cabeza de forma instantánea. La vio allí mismo, apenas unos días atrás, sentada a horcajadas sobre él. Habían tomado el mismo vino. Habían bailado juntos la misma canción. Pero ahora ella no estaba. Y la realidad se transformó en una angustia insoportable. Sabía que había cometido un grave error. Lo había sabido desde el principio.

Sin embargo, no había hecho nada para evitarlo.

Aquella noche no pudo pegar ojo. No era fácil aquietar los pensamientos que lo mantenían en vilo. Miraba una y otra vez las fotografías tomadas en Roma que tenía en el móvil. Sus cosas seguían allí y la cama aún olía a ella. A decir verdad, toda la casa conservaba su olor y no podía soportarlo. No podía soportar que ella no estuviera a su lado, se le caía el mundo encima. Todavía no despuntaba el alba cuando decidió que saldría a correr. Eso siempre le

funcionaba, era su mejor terapia. Se calzó sus desgastadas zapatillas Asics y corrió veintitrés kilómetros del tirón. El pulsómetro llegó a marcar el noventa por ciento de su frecuencia cardíaca. No pensó en el trabajo. Ni en su padre. Ni tampoco en sus hermanos. Pero a ella no consiguió sacársela ni un segundo de la mente. Cuando notó que las rodillas le ardían, acortó las zancadas y volvió a casa. Estaba acostumbrado a correr largas distancias, pero sabía que el esfuerzo físico sumado al estrés de las últimas horas empezaría a pasarle factura muy pronto. Después de ducharse, se tomó un par de somníferos, apagó el teléfono y se echó en la cama de la habitación de invitados.

Se despertó el lunes a mediodía. Había dormido cerca de cuarenta horas seguidas, pero aún seguía extremadamente cansado. En el cuarto de baño, orinó y contempló su imagen en el espejo. Tenía los ojos muy hinchados y marcas de la almohada por toda la cara. Una incipiente barba rubia le cubría las mejillas, pero no le apeteció afeitarse. A pesar de la cura de sueño, se sentía sin energía. Al encender el móvil, vio que tenía una larga lista de llamadas perdidas, mensajes y correos electrónicos, pero los ignoró todos y volvió a apagarlo. Luego, bajó a la cocina, se bebió media botella de agua y se preparó un café doble y unos panecillos crujientes untados con pasta de sucedáneo de caviar Kalles que fue incapaz de acabarse. Permaneció un buen rato allí sentado, entregado al silencio. No tenía la más mínima intención de ir a trabajar; no lo habría aguantado. Se sentía demasiado culpable por lo que había sucedido el viernes anterior. Y no podía quitarse de la cabeza lo que le había dicho a su padre.

«No hay nada entre ella y yo».

La había dejado marchar sin tener los arrestos para mirarla a la cara. Se había portado como un auténtico hijo de puta. Había dejado que la humillaran, que la acusaran de forma injusta de algo que ella no había cometido. No tenía ni idea de quién habría podido filtrar información confidencial de su compañía. Lo único que sabía con certeza era que ella jamás le habría hecho algo así. Ella lo amaba. Y él la había dejado escapar porque tenía miedo de enfrentarse a su padre. La había perdido. Había perdido para siempre a la única persona en el mundo que lo conocía de verdad. Era un cobarde. Un maldito cobarde sujeto al peso de su apellido y de las estrictas normas familiares.

Ni siquiera oyó la puerta. Su padre apareció de pronto y lo atravesó con

una mirada severa. Se había permitido la libertad de hacer uso del código de seguridad para entrar en la casa porque su hijo llevaba cerca de dos días sin dar señales de vida. Dos días en los que había estado escondido mientras la compañía que su padre, y antes su abuelo, y antes su bisabuelo, habían levantado con tanto esfuerzo sufría un grave revés. No alzó la voz, no le hizo falta. Pero le dijo cosas terribles.

«Eres la vergüenza de la familia Grau».

«Eres un irresponsable».

«Tú nos has abocado a esta catástrofe y tú vas a sacarnos de ella».

Después, se marchó, no sin antes dejarle bien claro que no iba a consentir que volviera a escaparse. En ocasiones lo hacía. Desaparecía del mapa cuando las circunstancias le pesaban demasiado. Como aquella vez que se largó sin avisar a una cabaña perdida en un bosque al norte de Suecia, cerca del círculo polar ártico. Y a él no le quedó otro remedio que resignarse a la imposición paterna.

Hubo mucho trajín en la compañía en los días sucesivos. Docenas de periodistas se apostaban a diario en la puerta de Laboratorios Grau en busca de alguna declaración que pudiera convertirse en un jugoso titular. Él se sentía acosado y no siempre reaccionaba con la prudencia que la situación aconsejaba. En una ocasión llegó incluso a mostrarse agresivo con uno de los reporteros. Las imágenes del encontronazo corrieron como la pólvora debilitando aún más la relación con su familia. Sus hermanos apenas le dirigían la palabra y su padre estaba profundamente disgustado con él. Su gestión de la crisis estaba resultando nefasta y él se sentía cada vez más hundido. Estaba muy cansado. No había vuelto a tomar pastillas para dormir porque lo aturdían. Y no era fácil, nada fácil, sobrellevar el día a día. Se pasaba el tiempo encerrado en su despacho. No quería ver a nadie, ni hablar con nadie. Su secretaria tenía órdenes estrictas de no pasarle ninguna llamada que no fuera necesaria. Le costaba mucho concentrarse y se le acumulaba el trabajo. Eludía muchas de sus reuniones y a las que sí asistía, no era capaz de dedicarles ni diez minutos de su atención. Estaba intratable y acusaba un humor mucho peor que de costumbre. Comía poco y se sentía demasiado exhausto para hacer deporte. Había perdido peso. No había vuelto a afeitarse y hacía días que no se ponía una corbata. Tenía un aspecto lamentable. El aspecto de un hombre cuya vida se está desmoronando.

Y pensar en ella a todas horas solo hacía que empeorarlo todo.

El jueves siguiente, cuando se despertó, tomó una decisión drástica. Necesitaba recuperar la confianza de su padre. Su único objetivo a partir de ahora sería el de reflotar la empresa y, para eso, era fundamental que se olvidase de todo lo demás. Había llegado el momento de volver a ser el hombre metódico y con visión de futuro para los negocios que se esperaba de él. Se pasó la mano por la cara y pensó que necesitaba afeitarse, pero, al punto, la pereza lo venció. «Una cosa tras otra», se dijo.

Lo primero que hizo en cuanto llegó a la oficina fue comunicar a la junta de accionistas que el proceso de deslocalización de los servicios externos quedaba paralizado de forma indefinida. Acto seguido, suspendió la presentación de Gabarol, que iba a tener lugar en las próximas semanas en el marco de un millonario congreso médico en la Riviera Maya. Sopesó también la posibilidad de retrasar el lanzamiento del fármaco hasta que las aguas se hubieran calmado, pero pensó que lo comunicaría más adelante para salvaguardar una información tan sensible de posibles chivatazos a la prensa. Johan y Angus Grau pusieron el grito en el cielo y trataron de desacreditarlo. No obstante, y debido a que él seguía siendo uno de los principales accionistas, dispuso que su hoja de ruta siguiera adelante. Lo último que necesitaba la empresa con todo el revuelo que se había formado por la filtración de los incentivos era otro escándalo. No, los externos se quedarían en su sitio y no se invertiría ni un solo euro más en comprar a médicos. Su padre aplaudió la medida, aunque con prudencia. Para el señor Grau, nunca era suficiente.

Esa misma tarde, cuando llegó a casa, reunió las cosas que quedaban de ella en el vestidor, las dobló con cuidado y volvió a meterlas en su maleta. Mientras lo hacía, pensó en todos y cada uno de los momentos que habían vivido juntos.

Dobló su bonito kimono azul de seda con flores blancas bordadas y recordó la primera vez que la besó, en la fiesta de disfraces.

Se estremeció.

Dobló el vestido verde de Armani que se puso la noche del cóctel y recordó el momento en que le confesó que la quería bajo la lluvia, en el laberinto del palacio Barberini.

Se estremeció otra vez.

Dobló el corsé de Agent Provocateur que había comprado para ella y recordó la sensualidad de su boca entregada en el probador de aquella tienda.

Volvió a estremecerse.

Dobló la ropa que él le había lavado al volver de Roma y recordó la promesa que flotaba en el aire.

«Si me sigues tratando así de bien, me vengo a vivir contigo», había dicho ella.

«Esa es la idea. Así que, de momento, tus cosas se quedan aquí», replicó él.

Sintió unas ganas irrefrenables de llorar, pero se contuvo; había tomado una decisión y debía ser consecuente. Así que cerró la maleta, la bajó al piso inferior y contrató un servicio de mensajería urgente para que se la llevara de allí lo antes posible. Pensó en borrar todas sus fotos del móvil para no tener la tentación de volver a mirarlas, pero fue incapaz. Luego llamó a Carina Brandt y la invitó a cenar. No sabía muy bien por qué lo había hecho; Carina no le interesaba lo más mínimo. Aunque era una mujer muy atractiva, hacía falta algo más que un bonito envoltorio para impresionarlo. Lo único que tenía claro es que aquella noche no quería estar solo.

Carina llegó puntual y sonriente. Traía un par de botellas de vino y un escote pensado para poner nervioso a cualquier hombre. Observó la casa con mucho interés; no había estado allí antes. En realidad, ninguna otra mujer aparte de Luna había estado allí. Cenaron en el salón. La empleada doméstica había dejado preparado un delicioso plato de pescado típico de la isla Reunión, de donde era originaria, que compartieron con el vino y un poco de pan. Él no habló mucho. Se sentía un poco fuera de lugar, como un desconocido en su propia casa. A pesar de su fama de mujeriego, no estaba acostumbrado a tener citas. En cambio, ella no paró de hablar. Parecía cómoda con la situación y no dejaba de coquetear con él. Se humedecía los labios. Jugeteaba con un mechón de su pelo rubio. Pestañeaba con sensualidad. Aprovechaba cualquier excusa para tocarle el brazo y alabar la dureza de su musculatura. Puede que él solo hubiera tenido experiencia con dos mujeres en sus casi treinta y cuatro años de vida, pero no era ningún tonto. Sabía perfectamente cuáles eran sus intenciones. En el fondo, lo había sabido siempre. Incluso cuando ella le había confesado que tenía celos de Carina y él había tratado de quitarle hierro al asunto.

«Sí, es verdad que nos llevamos bien y que hemos pasado mucho tiempo juntos estos días, pero es lógico teniendo en cuenta que dirige el Departamento de Organización de Eventos».

Quizá por eso mismo la había invitado aquella noche a su casa.

Porque era consciente de que Carina Brandt lo deseaba.

Cuando se hubieron terminado una de las dos botellas de vino, Carina lo miró con un brillo achispado en los ojos y él supo lo que vendría a continuación. Se levantó de la silla contoneando su esbelta figura de diosa escandinava y lo rodeó por detrás. Se apoyó con determinación sobre sus hombros y le susurró al oído todas las cosas que había planeado hacerle. Él tragó saliva y sonrió con timidez. Nunca se había acostado con una mujer de la que no estuviera enamorado, pero se sentía tan solo y ella parecía tan dispuesta a complacerlo que pensó que, por una vez en la vida, se dejaría llevar. Cerró los ojos, recostó la cabeza contra los pechos pequeños y turgentes de Carina y decidió abandonarse a aquellas manos cálidas y suaves que descendían con determinación hacia el interior de su pantalón. Sin embargo, no logró excitarse. Porque la mujer que intentaba masturbarlo sin éxito no era ella. No se parecía a ella ni de lejos. Y, entonces, él se sintió sucio y le pidió con toda la delicadeza de la que fue capaz que se marchara. Carina no reaccionó demasiado bien; nadie la había rechazado antes. Pero no tuvo más remedio que aceptarlo.

En el fondo, él era un hombre de fuertes convicciones.

El viernes no fue a la oficina. Tenía tanto trabajo atrasado que decidió quedarse en casa para ponerse al día y continuar así con su agenda, pero la culpabilidad no lo dejó concentrarse. Se arrepentía de haber invitado a Carina Brandt a cenar la noche anterior; había sido un error. Si lo había hecho era solamente porque necesitaba sacarse a Luna de la cabeza para enderezar su vida. Pero el breve contacto físico con otra mujer le había hecho darse cuenta de que esa era una posibilidad que no podía contemplar. La quería tantísimo que no podía evitar sentirse un miserable y un traidor por el simple hecho de haberlo intentado.

El sábado por la mañana salió a correr. No sabía por qué, pero se sentía con fuerzas renovadas. Michael Kiwanuka lo acompañó en el reproductor de música de su iPhone durante todo el recorrido. Cuando quiso darse cuenta, estaba parado como un idiota delante del bloque de pisos donde vivía ella. No

lo había decidido, simplemente, las piernas lo habían llevado hasta allí. Se preguntó si estaría en casa. Hacía más de una semana que no sabía nada de ella y la echaba muchísimo de menos. Necesitaba verla. Tocarla. Olerla. Besarla. Penetrarla una y otra vez hasta morir en su interior. Necesitaba explicarle por qué había actuado así. Y decirle que la amaba. Que había sido un cobarde por no haberse atrevido a enfrentarse a su familia y que cada día que pasaba sin ella se rompía un poco más por dentro. La tentación de llamar al timbre le quemaba en los dedos, pero enseguida asumió que aquella era una idea ridícula. No podía presentarse en su casa en ropa deportiva y sudado. Además, ya le había devuelto sus cosas. Y ella jamás lo perdonaría. Ninguna mujer en su sano juicio perdonaría a un capullo como él. Así que deshizo sus propios pasos y continuó corriendo.

El domingo lo llamó su madre. A pesar de su carácter tranquilo e independiente, Lotta Hansson estaba preocupada por la situación familiar y por eso había organizado una comida para tratar de suavizar las cosas. A él no le apetecía, pero después de que ella le reprochase que Britta, la vieja cocinera sueca de los Grau, se había pasado toda la mañana preparando la *ärtsoppa* y el pastel de patata y carne que tanto le gustaban, no le quedó más alternativa que ir.

Lo primero que hizo al ver a su hijo fue lamentarse de lo delgado que estaba. La barba tampoco le favorecía; según ella, hacía que pareciese mayor de lo que era. No pudo evitar dar su opinión, y eso que Lotta Hansson siempre se había regido por el imperativo de «Vive y deja vivir», una filosofía que sus hijos a menudo confundían con cierto pasotismo. La tensión reinó en el ambiente durante toda la comida. Lotta hablaba de temas mundanos y se esforzaba para que al menos pareciese que los problemas estaban en vías de solución. Como buena sueca, no le gustaban los enfrentamientos directos. Aunque nunca había permitido que se hablara de trabajo mientras estuvieran sentados a la mesa, la conversación no tardó en centrarse en la crisis que estaba sacudiendo a la empresa. Su padre quiso saber si el proceso para el pago de los incentivos seguía su curso natural. Pero con todos los frentes que tenía abiertos, él ni siquiera se había parado a pensar que, tras la marcha de Luna, esa tarea había quedado desatendida. O, quizá, no había querido hacerlo. Su respuesta disgustó mucho al señor Grau. Sus hermanos protestaron y pusieron en evidencia su ineptitud para solucionar el conflicto que él mismo

había provocado, especialmente Johan, que disfrutaba echando más leña al fuego. Cuando se refirió a ella como a «la zorra que había jodido a la familia Grau», él explotó. Se levantó con tanta brusquedad que volcó la silla, los cubiertos cayeron al suelo y la sopa de guisantes de Britta se derramó del plato. Se abalanzó como una fiera sobre su hermano, le agarró la mano y le retorció con fuerza los dedos hasta que este aulló de dolor. Angus palideció. Lotta se llevó la mano a la boca. Su padre lo agarró del cuello de la camisa y lo empujó hacia la puerta.

—No volverás a poner un pie en esta casa hasta que tengas claro de qué lado debes estar.

Esa noche volvió a tomar somníferos.

* * *

Un intenso sabor acre me sube al paladar de manera fortuita.

—¿No tendrás agua, por casualidad?

Eric alarga el brazo, abre la guantera y saca una botella del interior. Sus dedos rozan los míos cuando me la ofrece y la fuerte descarga eléctrica que sufro a continuación me revuelve hasta la última fibra. Me bebo casi la mitad de un solo trago, pero no es suficiente para que el horrible gusto se me vaya de la boca. Supongo que es normal; el sabor amargo es el más adecuado para un momento como este. Dejo la botella en mi regazo y desvío la cara hacia la ventanilla. No quiero que ningún gesto pueda traicionar mis pensamientos.

—Siento haberte abofeteado antes.

—No lo sientas, me lo merecía. ¿Te encuentras bien?

Suspiro. La verdad es que no lo sé. La sangre me ruge en la cabeza y me embarga una sensación de pánico y náusea. Empezaba a pensar que sus sentimientos por mí no habían sido más que una gran mentira. Que lo nuestro no había significado nada para él. Que era un pasatiempo, un juego de dominación del que él había resultado claro ganador. Y me parece que, en el fondo, necesitaba pensarlo; era un buen punto de partida para comenzar a odiarlo. Pero ahora me dice lo mucho que ha sufrido en este tiempo de ausencias y creo que el corazón me está a punto de estallar. Yo soy la culpable de todas sus ojeras.

Vuelvo la cabeza y me muerdo la parte interna de la mejilla.

—Creía que Carina Brandt no te gustaba.

Ni siquiera sé por qué se lo digo. Supongo que es más fácil creer que sigo teniendo motivos para detestarlo que asumir que quizá me haya equivocado con él. En cualquier caso, la idea de saber que tuvo la intención de acostarse con otra me zumba en el oído como una mosca. De todas las cosas que podría haber escogido para decirle ahora mismo, solo se me ocurre hablar de esa mujer. Poner de manifiesto lo irracionalmente celosa que estoy. Lo mucho que desearía que eso no hubiera ocurrido. Bien, Ana, bien. A veces, lo más insignificante puede llegar a ser lo más molesto.

Como el zumbido de una mosca.

—Y no me gusta.

Centro la vista en la botella que reposa sobre mis piernas y jugueteo con ella para mantener las manos ocupadas.

—Pues casi te acuestas con ella.

—Pero no lo hice, Luna. No pude. De la misma manera que tú tampoco pudiste hacerlo con Oliver.

Sus palabras congelan el movimiento de mis dedos. El envase se me cae al suelo y rueda bajo el asiento.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Alberto.

Lo miro con una expresión de extrañeza.

—¿Alberto? ¿Qué pinta él en esta historia?

Eric suspira.

—Deja que te lo explique.

Alberto

Alberto había intentado sin éxito reunirse con Eric varias veces a lo largo de la semana anterior. Tenían que hablar. La coyuntura era, cuando menos, preocupante. En cuestión de unos días, el departamento se había quedado sin dos personas. A una, la habían despedido en extrañas condiciones. Y a la otra,

la habían contratado como empleada interna en condiciones todavía más extrañas. Deprisa y corriendo. Sin que Recursos Humanos la hubiera sometido antes a la larga serie de entrevistas y pruebas de conocimientos técnicos que formaban parte del durísimo proceso de selección de personal de Laboratorios Grau. Algo no le olía bien en todo aquel asunto y por eso necesitaba reunirse con Eric de inmediato. Por eso y porque era preciso encontrar una solución cuanto antes. Sergio y Oliver, los únicos subcontratados que quedaban bajo su cargo, no podían encargarse solos de todo el trabajo. No daban abasto y ya habían empezado a quejarse, sobre todo Oliver. El problema era que Eric parecía cada vez más ausente. No le había respondido ni a uno solo de los correos electrónicos que le había enviado para explicarle cómo estaban las cosas. No había contestado a sus llamadas, su secretaria se negaba a pasárselo. Y las escasas veces que se había tropezado con él en el edificio y había intentado abordarlo se había llevado un áspero «ahora no» por toda respuesta. Por eso le sorprendió mucho que lo llamara aquel lunes a primera hora de la mañana para pedirle que pusiera en marcha la búsqueda de un candidato con carácter de urgencia.

Era un comienzo.

Hacia el final de la semana, Alberto ya había seleccionado un buen número de currículums para enseñárselos. Esta vez no iba a cometer la torpeza de tomar él mismo la decisión. Todavía le percutían en el oído las duras palabras que le había dirigido dos semanas atrás, en aquella fatídica reunión que acabó resultando una auténtica emboscada para la pobre Ana.

«¡El único error aquí es tu criterio para seleccionar personal!», le había gritado él, fuera de sí.

El mismo viernes consiguió que Eric le concediera media hora en su despacho. Alberto pensó que nunca lo había visto tan desmejorado. Aunque no cabía duda de que era un hombre muy guapo y elegante, le pareció que había envejecido diez años de golpe y se preguntó si aquellas terroríficas ojeras tendrían algo que ver con lo que había pasado con Ana. Desconocía los pormenores de la relación, pero sabía que había habido algo entre ellos; ella misma se lo había dejado caer a su vuelta de la convención de Roma. Y los rumores flotaban en el ambiente como el corcho en el agua. Despacharon el asunto con rapidez. Como ninguno de los candidatos lo convencía, Eric le dijo a Alberto que continuara haciendo entrevistas. Y, después, antes de que este se

marchara, le preguntó con un hilo de voz si había hablado con ella.

—A mí no me coge el teléfono. Pero sé por su compañero de piso que lo está pasando bastante mal —le respondió.

Él apretó los párpados con fuerza y Alberto percibió un terrible dolor en aquel gesto. Entonces, lo supo. Sí, definitivamente sus terroríficas ojeras tenían mucho que ver con ella.

Todo.

Los días pasaban y la situación en la compañía se volvía cada vez más insostenible. Aún no habían contratado a nadie. Él rechazaba uno tras otro a todos los candidatos que le presentaba Alberto. Parecía que ninguno estuviera a la altura, y eso que algunos de los currículums eran impresionantes. El ciclo de pago estaba a punto de cerrarse y los incentivos seguían sin calcularse. Aquello iba camino de convertirse en un auténtico desastre. Los rumores de que ese mes no se iban a percibir las primas no sentaron bien entre la fuerza de ventas y la amenaza de un boicot comenzó a tomar forma. Laboratorios Grau era una olla a presión a punto de estallar, pero al director de Ventas y Finanzas parecía no importarle. Eran cerca de las seis de la tarde del miércoles cuando Alberto sintió que tenía que hacer algo. Así que escogió los mejores currículums de entre todos los candidatos que había entrevistado a lo largo de aquellos días y los metió en una carpeta. A continuación, subió a la décima planta, abrió la puerta del despacho de su jefe sin llamar y se coló en el interior sin que le importaran las consecuencias.

—De aquí no me muevo hasta que hayamos solucionado esto —le advirtió lanzando la carpeta sobre el escritorio.

Él levantó la vista de su MacBook Pro y lo miró contrariado. Exhaló profundamente, bajó la tapa del portátil de un manotazo y abrió la carpeta.

—El problema es que ninguno de estos candidatos me vale —repuso mientras ojeaba los currículums sin interés.

Y, entonces, Alberto ya no pudo quedarse callado.

—No. El problema es que ninguno es ella.

Sabía que arriesgaba mucho, que no tenía ningún derecho a hablarle con tanta crudeza, pero le dio igual. Necesitaba decirle todo lo que pensaba al hombre que tenía delante. Abrirle los ojos de una puñetera vez. Entre otras razones, porque la empresa que le daba de comer se estaba yendo a pique por culpa de su impasibilidad. No, no se refería al hecho de que todavía no

hubiera contratado a nadie para cubrir el puesto. A Alberto ya no le cabía duda de que si no lo había hecho era porque, en el fondo, la quería a ella. Lo que escapaba a su entendimiento era por qué aún no había ido a buscarla para decírselo. ¿Por qué no le había pedido que volviera a la empresa? Ambos sabían perfectamente que en todo ese asunto tan turbio de la filtración de los incentivos ella no había sido más que un chivo expiatorio. ¿Por qué no había intentado reparar la injusticia tan grande que se había cometido con ella buscando al verdadero culpable? O culpables.

Y, sobre todo, ¿por qué no luchaba por recuperarla cuando hasta un ciego podía ver que, sin ella, él solo funcionaba a medio gas?

¿Por qué demonios no dejaba ya de ocultarse bajo esa máscara de hielo?

¿Por qué no dejaba de huir?

Eric guardó silencio. No tenía ninguna obligación de responder a todas aquellas preguntas de índole privada. Alberto era su subordinado, no su amigo. Puede que ambos conocieran aspectos de la vida personal del otro, pero eso no los convertía en amigos. Él no tenía amigos. Nunca había sido el tipo de persona que comparte sus problemas con los demás mientras se toma un café. No tenía tiempo para eso. Sin embargo, sintió que al menos debía ser honesto con la única persona que había mostrado los arrestos de hablarle con claridad.

Sintió que necesitaba sincerarse con alguien.

—Porque la amo. Y, precisamente por eso, lo más conveniente es que me mantenga alejado de ella.

Su respuesta no bastó para convencer a Alberto.

—¿Lo más conveniente o lo más fácil?

Entonces, se derrumbó. Enterró la cara en sus grandes manos y se echó a llorar como un niño desconsolado mientras le confesaba a Alberto lo torturado que se sentía por haberla perdido. Este se sintió conmovido; no le gustaba ser testigo de una decadencia tan profunda en ninguna persona, ni siquiera en Eric Grau. Nunca habría imaginado que aquel hombre con la voluntad de hierro y la altura de un gigante fuese en realidad una persona frágil. Pero entendió que, a veces, es necesario perderlo todo para comprender qué le hace falta a tu vida en realidad.

—Quieres recuperarla, ¿verdad?

—Ella jamás me perdonará.

—Te perdonará si luchas y le demuestras que estás dispuesto a arriesgar cuanto sea necesario para que vuelva contigo. No será fácil, y puede que debas sacrificar algunas cosas por el camino.

—No me importa. Yo ya no tengo nada que perder.

—Bien, entonces te ayudaré. Trazaremos un plan, pero tienes que prometerme que harás todo lo que yo te diga.

Un brillo de ilusión renovada pareció haberle teñido los ojos de repente.

—Lo que sea, Alberto. Haré lo que sea para recuperarla.

Capítulo 18

Eric se seca el lagrimal con la yema del pulgar y se sorbe la nariz.

—¿Entiendes ahora por qué necesitaba tan desesperadamente volver a contratarte? —dice con una clara nota de alivio en la voz.

—Supongo que formaba parte de vuestro plan maestro —mascullo.

—Estás enfadada conmigo, por lo que veo.

No respondo de manera inmediata. ¿Estoy enfadada? Todavía no lo he decidido. Siento el cerebro en ebullición y me resulta muy difícil ordenar los pensamientos. Ahora mismo tengo que asimilar demasiadas cosas. Demasiadas confesiones inesperadas en muy poco tiempo. Demasiado incomprensible todo. Lo observo en silencio un instante. Ha dejado escapar una lágrima mientras me lo contaba y hay una especie de ligereza nueva en las facciones de su rostro, como si se hubiera quitado un enorme peso de encima. A decir verdad, yo también me siento un poco más liviana ahora. Saber que ambos hemos compartido las mismas frustraciones, la misma tristeza y la misma inapetencia durante todo este tiempo hace que me sienta menos sola.

—Qué quieres que te diga, Eric —contesto entre suspiros—. Todo esto es surrealista. Si tenías claro desde el principio que yo no tuve nada que ver con la filtración, ¿no podías hablar conmigo y ya está?

—No, Luna, no podía. Necesitaba una coartada solvente para acercarme a ti de nuevo.

Lo miro con asombro.

—O sea, que cuando Alberto vino a mi casa la semana pasada, no lo hizo porque me echara de menos, sino para poner en marcha esta ridícula trama. —

Meneo la cabeza con desaprobación—. Fantástico.

Eric me devuelve una mirada suplicante.

—Era la única forma de averiguar dónde trabajabas, Luna —aclara a modo de disculpa—. No habías actualizado tu perfil de LinkedIn.

No puedo evitar que se me escape una amarga carcajada sarcástica.

—Qué conveniente, ¿verdad? Y, de paso, allanó el terreno para ti haciendo de celestina. «Eric está muy arrepentido. Tenéis que hablar. Todavía no ha contratado a nadie que te sustituya» —me burlo.

Acabo de decidirlo. No estoy enfadada. Enfadada no es la palabra. Estoy decepcionada. Se suponía que Alberto y Eric no se tragaban. Sobre todo, después de haber coincidido en mi casa aquel domingo por la mañana de forma tan comprometedor para ambos. Aquello sí que fue surrealista. Alberto, en calzoncillos porque se había acostado con mi compañero de piso; Eric, recién levantado después de haber pasado la noche en la cama conmigo. La situación fue muy incómoda y se vieron obligados a sellar una especie de «pacto entre caballeros» para mantener la discreción. Alberto no quería que su condición sexual saliese a la luz y Eric debía protegerse —o protegernos— de las habladurías de la gente en la empresa. Recuerdo muy bien el encontronazo. Las miradas desdeñosas, las palabras cargadas de hostilidad. Pero ahora resulta que son confidentes o algo así. Y no solo eso. Además, se han aliado para que yo esté exactamente donde estoy ahora.

Es decir, en un jodido punto muerto laboral y sentimental.

—Me habéis manipulado. Habéis jugado conmigo como si fuera una marioneta. De ti no me extraña, pero de Alberto... ¡Y yo que creía que era mi amigo!

Eric me apoya la mano sobre el hombro con actitud conciliadora.

—Luna, no lo estás viendo desde la perspectiva adecuada.

—Mira, no me gusta que me traten como si fuera una cría que no entiende las cosas y eso es justamente lo que habéis hecho vosotros dos. No hacía falta que montarais este numerito porque tú —digo mientras lo apunto con el dedo índice— no tenías el valor suficiente para pedirme perdón y decirme a la cara que la habías cagado conmigo.

—Sí, Luna. Sí que hacía falta. Tú nunca me habrías permitido que me acercara a ti después de lo que te hice. No habrías querido escucharme ni habrías aceptado mis disculpas, aunque te hubiera suplicado de rodillas. Y no

te culpo.

Cierro los ojos como acto reflejo. Veo chispazos dentro de los párpados. Estoy al borde de las lágrimas, pero me mantengo firme. No quiero llorar más por un hombre que ni siquiera me conoce.

Claro que le habría permitido que se acercara a mí.

Claro que habría querido escucharlo.

Y claro que habría aceptado sus disculpas.

Es lo único que he deseado en todo este tiempo.

Solo que no es así como lo había imaginado.

Ni remotamente.

Tomo aire y lo expulso despacio por la nariz. Él me mira; yo lo miro. Un silencio oscuro y espeso se cierne entonces sobre nosotros, como una especie de augurio, y no puedo evitar sentir que algo está a punto de cambiar.

—Sé quién lo hizo, Luna —anuncia de repente—. Sé quién filtró los incentivos y también sé por qué.

El escalofrío que siento es inmediato. Me echo a temblar y me rodeo el torso con los brazos.

—El aire acondicionado está demasiado bajo.

Él me mira con perplejidad.

—¿Has oído lo que acabo de decir?

—Sí, Eric, lo he oído —contesto con la voz arrastrada—. ¿Puedes quitarlo, por favor? Me estoy congelando.

La temperatura sube de forma instantánea después del clic que indica que el aire acondicionado ha sido desactivado. Eric apaga por fin el motor. Me quito la americana y él deja volar una inevitable mirada sobre mi pecho al descubierto.

—¿Es que no quieres saberlo?

¿Quiero?

No lo sé.

No es que yo misma no haya especulado a lo largo de todo este tiempo. Lo he hecho, y mucho, ¿cómo no iba a hacerlo? Y tengo mis propias sospechas. Pero es como si, de pronto, hubiera dejado de importarme. ¿Serviría para cambiar lo que ha ocurrido entre nosotros? Lo dudo. Y, francamente, me agota. Toda esta historia me extenua y creo que ya he sobrepasado el límite de mi

tolerancia. Dicen que el hombre es el único animal que, cuando por fin encuentra el camino despejado, vuelve a llenarlo de piedras porque no se fía.

Suspiro.

—De todas maneras, no lo voy a hacer público hasta después de San Juan —apunta—. Solo lo sabemos Alberto y yo. De hecho, ha sido él quien me ha ayudado a recabar las pruebas.

Frunzo el ceño en un claro gesto de disconformidad.

—¿Y por qué esperar a después de San Juan si ya sabes quién lo hizo?

El tono contrariado que me tiñe la voz le provoca una sonrisa que intenta disimular, pero sus ojos lo traicionan.

—Porque, gracias a ti, para entonces los incentivos ya se habrán pagado y yo estaré en plena disposición de volver a contratarte como interna.

Hay que reconocer que su plan, por más retorcido que sea, tiene un punto liberador. Pero, al parecer, se ha olvidado de un pequeño detalle.

—Ellos no me quieren allí, Eric —digo con pesar.

—No podrán objetar nada, créeme. —Alza la voz un poco más de lo necesario—. Es más, tendrán que agradecerte que hayas impedido que la situación se agrave.

Parece muy seguro de sí mismo, pero yo estoy demasiado cansada para rebatirle.

—Vaya. Lo tienes todo pensado, ¿eh?

Sonríe levemente y los surcos alrededor de sus ojos se acentúan convirtiéndolo al instante en el hombre más guapo sobre la faz de la Tierra. No puedo evitar devolverle el gesto. Tal vez las sonrisas no estén proscritas entre nosotros, después de todo.

—Necesito explicarte lo que ha pasado antes en mi despacho, Luna. —Hace una pausa y me mira expectante, como si quisiera asegurarse de que tengo todos los sentidos puestos en lo que está a punto de decir—. La única razón por la que me he detenido es porque no quería que pensaras que me estaba aprovechando de ti. —Hace otra pausa. Su mirada salta alternativamente de mis ojos a mi boca—. La verdad es que tengo muchas ganas de estar contigo. Muchísimas. Y creo que ha quedado demostrado.

Trago saliva.

De repente, la imagen de los dos dejándonos caer sobre el sofá de su

despacho acude a mi cabeza y siento una punzada en el abdomen. Veo de nuevo su cara desfigurada por la excitación y esas enormes manos de venas marcadas destrozándome la camisa con una fuerza animal y primaria.

—Pero...

Siempre hay un «pero».

—Pero no quería acercarme a ti hasta que no se hubiera aclarado todo el asunto de la filtración.

Enarco las cejas con incredulidad. ¿Por qué siempre tiende a hacer complicado lo sencillo?

—Entonces, ¿qué hago aquí? No entiendo nada.

Eric se muerde el labio antes de contestar a mi pregunta y asumo que está a punto de hacerme otra de sus confesiones.

—La noche que te presentaste en mi casa lo cambió todo, Luna. No sé cómo explicarlo, pero, de alguna manera, supe que la posibilidad de recuperarte existía. Luego, cuando me dijiste que tú y ese... —Aprieta los labios como si quisiera retener en la garganta alguna palabra fea—... Oliver habíais tenido algo, sentí que volvía a perderte y las cosas se aceleraron.

—Solo nos besamos. Y para mí no significó nada.

No sé por qué acabo de justificarme. Las palabras han salido de mi boca sin que yo haya sido capaz de reflexionar antes. En el fondo, me sigo sintiendo como si le debiera algo. Y no es verdad.

Él desliza el dorso de la mano con muchísima suavidad sobre mi mejilla y una sensación de calidez se extiende por todo mi cuerpo.

—Ya lo sé, *älskling* —susurra y me dedica una mirada admirativa—. Pero no puedo evitar que me duela.

—No vuelvas a llamarme así si luego vas a desaparecer —le reprocho.

Compone una expresión cariacontecida y retira la mano. Exhala abatido y se desploma contra el asiento.

—¿Por qué te fuiste sin despedirte el domingo?

—Porque tenía demasiadas ganas de quedarme contigo. Por eso.

No es la respuesta que esperaba.

—Sigo sin entenderte, Eric. ¿No era lo que querías? ¿Que estuviéramos juntos de nuevo?

—Sí. Pero antes de llegar a eso, tenía la obligación moral de limpiar tu

nombre. Lo que te hice fue tan cruel que necesitaba ganar tiempo para que volvieras a creer en mí.

—¿Y por qué lo hiciste? Dímelo. ¿Por qué no me defendiste cuando me acusaron? ¿Por qué negaste lo nuestro delante de tu padre? ¿Por qué me abandonaste? Necesito saberlo.

Eric tensa la mandíbula y, en un tono apenas audible, confiesa:

—Porque soy un cobarde, Luna. Esa es la verdad. Ojalá hubiera otra explicación menos dolorosa, pero no la hay.

De repente, me invade la misma sensación que si me hubiera emborrachado. Mareo, vértigo, pesadez en las piernas y en los brazos. Pero no he bebido, así que debe de ser la embriaguez por la posibilidad que acaba de abrirse frente a mí.

La reparadora posibilidad de soltar por fin todo este sufrimiento encapsulado.

Así que me dejo llevar. El llanto que con tanto esfuerzo he tratado de mantener a raya me sale desbordado de los ojos. La corriente de sentimientos ha llegado a la superficie y es imposible de reprimir. Pero hay tantas noches de insomnio en cada lágrima, tanto silencio, tanta ausencia y tantísimo frío que me parece imposible que sirvan para recomponer los pedazos de mi pobre corazón roto. ¿Seré capaz alguna vez de volver a creer en él después de lo que me hizo?

No debo. No se lo merece.

Conmovido por mi llanto, me abraza de la única forma que sabe, con la fuerza de un animal superviviente, y me susurra contra el pelo palabras en sueco. No sé lo que significan, pero suenan tan reconfortantes en su voz que, por un instante, me olvido de todo, del frío y de la oscuridad, y me abandono a la seguridad que me proporcionan sus caricias. Y descubro en ese preciso momento que la perfección sí existe.

La perfección es la ligereza que se siente en el alma cuando es otro el que la sostiene por ti.

Pero el eco resuena en mi cabeza sin cesar.

«No debo. No debo. No debo».

Porque con él todo es demasiado.

Demasiado complicado.

Incierto.

Volátil.

Y siempre, siempre, siempre acaba haciéndome daño.

Así que me deshago de su abrazo y lo aparto de un empujón tal vez muy rotundo.

—No voy a perdonarte nunca, Eric.

Después de eso, ya no hay más palabras. Su boca dibuja un rictus de compasión y angustia, pero guarda silencio. Aunque sé que el momento ha llegado a su inexorable final, permanezco en el asiento sin poder moverme, apoyada en las frágiles alas de la esperanza, quizá a la espera de que ocurra algo, un gesto, una palabra, un milagro que borre el pasado. Que me borre las cicatrices.

Pero lo único que ocurre es que suena el clic del desbloqueo del cierre centralizado.

La verdad se yergue ante mí como una pálida figura y acaba con mi esperanza. Crispo los puños y me clavo las uñas en las palmas de las manos. Después, doblo la americana y la dejo encima del salpicadero. Él me mira como si acabara de arrebatarme la vida. Y como sé que el terreno que piso es endeble en extremo, me apresuro a bajarme del coche dando un portazo que selle el adiós definitivo.

«Esta vez sí», me digo enjugándome las lágrimas.

Esta vez se ha terminado.

Capítulo 19

Son las 8:45 de la mañana. Voy en el metro, de camino al trabajo. El vagón está lleno hasta los topes y, como siempre en hora punta, el ruido es ensordecedor. No soporto tener que oír lo mismo cada día. El mismo niño de turno escuchando reguetón a toda pastilla en el móvil; los mismos jubilados que compiten en voz alta por ver cuál de los dos tiene más achaques; la misma treintañera ultraperfumada con pinta de dependienta aburrida que masca chicle como si hiciera algún tipo de ejercicio *antiaging*; el mismo músico callejero y su coñazo de acordeón del buen rollo; las mismas universitarias de primero de carrera quejándose entre risas tontas de este o aquel profe; el mismo comercial excesivamente motivado para la hora que es y su ya mítico monólogo: «¿Me oye, señor Sánchez? ¿Señor Sánchez? ¿Me oye?». ¡No, no te oye, soplapollas! ¿No ves que estás en el metro y no hay cobertura?

Me pregunto por qué no hay una ley que prohíba semejante atentado contra los sentidos.

Estoy demasiado irritable, lo reconozco. Pero es que la de ayer fue otra de esas noches moviditas y hoy no me aguanto ni de pie. He soñado con él y he pensado en él nada más despertarme. La huella de sus besos permanece en mis labios y el terco sentimiento que me une a él está empeñado en no dejarme en paz. «Pero por fin se acabó», me digo y pestañeo para alejar de mi mente torturada su imagen. Ahogo un bostezo con la mano y subo el volumen del reproductor de música de mi teléfono. La música tiene el poder de conseguir que todo se vuelva más llevadero, justo lo que necesito. Suena «Wake me up», de Avicii, y la programo para que se reproduzca en bucle. Me gusta esta canción. No tiene ninguna implicación sentimental y es lo bastante cañera

como para mantenerme despierta. A mi lado hay un capullo con poco sentido del civismo sentado con las piernas muy abiertas, invadiendo el espacio ajeno. El tío está leyendo un ejemplar manoseado del diario *20 minutos* con total comodidad, como si estuviera en el puñetero sofá de su casa. Lo tengo tan pegado a mí que, cada vez que pasa de página, el movimiento me remueve un mechón de pelo. No puedo evitar echar un discreto vistazo a los titulares. Otro caso de corrupción política, unos muy poco alentadores datos sobre desempleo juvenil y los estragos causados por el último anticiclón que azota al país.

Más de lo mismo.

Un par de paradas antes de la mía, el tipo se levanta y, aunque no ha terminado de leer todo el periódico, lo deja doblado por la mitad sobre el asiento. No sé por qué siento el impulso de cogerlo, pero lo hago. Está abierto por la sección del horóscopo del día, que es justo la última página a la que había/habíamos llegado. Entorno los ojos y chasqueo la lengua. ¿Cómo puede un diario que se considere serio dedicar una página entera a tanta charlatanería? Yo nunca leo el horóscopo, me parece una auténtica pérdida de tiempo. Primero, porque soy muy escéptica. ¿De verdad puede alguien ser tan ingenuo como para creerse que los miles de personas de un mismo signo del zodiaco que campan por el mundo están destinados a correr igual suerte? Venga ya. Segundo, porque es autosugestivo e induce a que las casualidades de la vida sean percibidas como renglones de un destino que ya estaba escrito ahí arriba, en algún lugar del firmamento entre Andrómeda y Orión. Menuda gilipollez más grande. Y, tercero, porque para vivir no hace falta ningún manual de instrucciones. Se vive y punto. Aunque supongo que por una vez que lo lea tampoco pasará nada. Así que vamos a ver qué dicen los astros de Escorpio, que me pica la curiosidad.

«La conjunción de Venus y Leo hará que pronto brilles con fuerza en el trabajo: un largo período de reconocimiento profesional está a punto de comenzar para ti. Debes sentirte segura en tu nuevo rumbo. No temas integrarte. En lo personal, tendrás que tomar decisiones muy difíciles, pero es el momento de seguir tu intuición. Aprovecha para renovar el armario; hoy es un buen día para ir de compras. Las constelaciones también señalan la probabilidad de que emprendas un gran viaje dentro de poco».

Bla, bla, bla. Lo que yo decía, una auténtica pérdida de tiempo. No creo

que yo vaya a brillar nunca en el trabajo, con la mala suerte que tengo y, a no ser que me toque la lotería, de viajar ni hablemos. Resoplo con indignación y paso de página. Cuando la voz enlatada del metro anuncia mi parada por megafonía, me levanto y, aunque no he terminado de leer todo el periódico, lo dejo doblado por la mitad sobre el asiento. La próxima persona que sienta el impulso de cogerlo se lo encontrará abierto por la sección de la previsión meteorológica del día, que es justo la última página a la que he llegado.

En la oficina, el ambiente me parece animado en exceso para tratarse de un miércoles a primera hora, y así se lo hago notar a Amanda.

—Pero es que no es un miércoles cualquiera —responde al tiempo que me dedica una mirada consternada—. ¿O es que no te acuerdas de que esta noche es *la noche*? —Acompaña sus palabras de un gesto teatral.

Claro, joder. La verbena de San Juan. Y la fiesta de verano de CTT. Solo a mí se me podría olvidar algo así.

Por lo visto, se celebra cada año por estas fechas, como si fuera una especie de despedida del curso antes de las vacaciones estivales. La empresa alquila una discoteca del centro de Barcelona durante unas cuantas horas e invita a los empleados. Dicen que hay barra libre de bebidas toda la noche, aunque también comentan que el alcohol suele ser tan malo que deja unas resacas que no se olvidan con facilidad.

Amanda está atacada de los nervios. No deja de parlotear sobre la cantidad de cosas de vital importancia que tiene que hacer antes del «acontecimiento del año», como ella lo llama, y del poco tiempo del que dispone. Plancharse el pelo, ir a recoger a la tintorería el vestido que ha planeado ponerse, comprar tiritas para cuando empiecen a dolerle los pies, llevar el coche al túnel de autolavado, pasar por el cajero... ¡Por Dios! ¿Se va de juerga o de vacaciones a Benidorm? Jota y yo intercambiamos una discreta mirada cómplice; creo que oírlos nos aburre a ambos por igual. No sé lo que estará pensando él, pero a mí me resulta bastante pueril, por no decir superficial, que le dé tanta importancia a una vulgar fiesta de empresa. Además, los eventos de este tipo son de lo más peligroso. Por una sencilla razón: la barra libre. Sí, es cierto que el alcohol ayuda a confraternizar, porque incluso esos compañeros que, como Jota, son incapaces de despegar la vista de la pantalla para dar los buenos días se acaban desinhibiendo. Pero ¿cuántos se llevan las manos a la cabeza el día después al recordar el ridículo

que hicieron tras haber ingerido unas copas de más? ¿Cuántos despidos son consecuencia directa de un comportamiento alcoholizado? Que a la gente suele írsele la olla con la bebida es una verdad universal, independientemente de si es de garrafón o de primera categoría. Es muy habitual venirse arriba después del tercer cubata y soltarle al jefe cualquier burrada con toda la confianza ética del mundo. O el peor escenario de todos: acabar la noche tan bolinga que termines enrollándote con el más tonto de la empresa. O con el menos indicado. Entre la resaca y la vergüenza, al día siguiente no tienes narices de presentarte en el trabajo. Y no hay jerarquía empresarial que valga a la hora de ponerse a tono. Todavía conservo fresco en la memoria el puñetazo que Eric le propinó a Marcos Calvet, gerente de Neuropsiquiatría —ahora exgerente—, en la fiesta de disfraces de la convención de ventas de Laboratorios Grau porque se había puesto pesado conmigo. ¿Y de quién fue la culpa de que se pusiera pesado conmigo? De la barra libre, sin duda alguna. El 99,9 por ciento de las veces que acabamos perdiendo el control sobre nuestros actos y, de paso, la vergüenza es por culpa del alcohol. Si lo sabré yo.

Aunque eso es otra historia.

Y no quiero pensar más en Eric ni en Laboratorios Grau.

En cualquier caso, no estoy de humor ni para fiestas ni para verbenas. Y como no tengo ninguna intención de ir, lo mejor será que deje ya de perder el tiempo en divagaciones inútiles y empiece a trabajar. Sin disimulo, me pongo los auriculares. Selecciono «Enjoy the silence», de Depeche Mode, en mi cuenta de Spotify y me aseguro de que el volumen esté lo suficiente alto para no tener que seguir escuchando las chorradas de Amanda, cuya boca se curva en una mueca de desagrado en cuanto advierte mi indiferencia. Lo primero que hago es abrir el correo electrónico. Me concentro en la pantalla con ojos adormilados. Al comprobar que no hay nada de interés —o, al menos, lo que yo esperaba—, me siento dominada por una inexplicable sensación de malestar.

Este es el mensaje que me habría gustado encontrar:

De: oscar.buendia@cttconsultancy.es

Para: ana.luna@cttconsultancy.es

Asunto: Nuevo proyecto

Ana,

Tengo buenas noticias. Ya has acabado el proyecto de los incentivos, así que he decidido desvincularme de todo lo que tenga que ver con Laboratorios Grau y su director de Ventas y Finanzas. Pásate por mi mesa y hablamos de tu nueva asignación.

Cordialmente,

Óscar Buendía
Management

Y este es el que me he encontrado en realidad:

De: oscar.buendia@cttconsultancy.es

Para: ana.luna@cttconsultancy.es

Asunto: Laboratorios Grau

Ana,

¿Cómo llevas el proyecto de los incentivos? Por favor, ponme al día lo antes posible. El señor Grau está esperando los resultados.

Un saludo.

Óscar Buendía
Management

Acabo de deshincharme como un globo. En fin, supongo que la gestión de las expectativas es una de mis grandes asignaturas pendientes. Suspiro en silencio y me ajusto la coleta. Es obvio que mi jefe no está al tanto de todo lo que ha pasado en las últimas horas. Pensativa, tamborileo con los dedos sobre la mesa.

Esto es lo que me habría gustado responderle:

De: ana.luna@cttconsultancy.es

Para: oscar.buendia@cttconsultancy.es

Asunto: RE: Laboratorios Grau

Óscar,

Vas un poco perdido, por lo que veo. Para empezar, «el señor Grau» ya recibió los resultados ayer por la tarde, es decir, un día antes de lo acordado. Pero «el señor Grau» no solo no tuvo en cuenta mi esfuerzo, sino que además se permitió el lujo de cuestionar mi trabajo y me obligó a desplazarme a su despacho para que lo revisáramos juntos. A su despacho. En su empresa. Como si «el señor Grau» no supiera que volver a poner un pie en esa jungla de fachada acristalada supone un sufrimiento horrible para mí. Y con ese puñetero escritorio allí, recordándome todo el tiempo lo que «el señor Grau» es capaz de hacerme. Estuvimos a punto de repetirlo, pero esta vez «el señor Grau» no pudo —o no quiso— completar la acción. Es complicado, me dijo. ¿Y qué no lo es contigo, «señor Grau»? quisiera saber yo. De no haber sido porque en el arranque de pasión no consumada me destrozó la camisa, me habría ido en metro. Solo accedí a que me llevara a casa porque no me apetecía ir por ahí enseñando las tetas, que quede claro. Terminamos discutiendo, como siempre. Mejor dicho, yo discutí y «el señor Grau» se limitó a mirarme con su cara de «Es complicado». Dios, cómo me saca de mis casillas. Y, total, ¿para qué? Para acabar confesándome que tiene un plan a medias con Alberto para demostrar mi inocencia y volver conmigo. ¡Qué retorcido! Resulta que «el señor Grau» ha estado investigando. Y como ha estado investigando, sabe que yo no tuve nada que ver con la filtración. Pero como «el señor Grau» es un cobarde, no se ha atrevido a decírmelo. Ha preferido manipularme. Bueno, a mí y a ti, querido Óscar, porque si se empeñó en contratarme a través de CTT para que le solucionara el marrón de los incentivos fue únicamente para volver a estar cerca de mí. Yo pensaba que no me quería. Que nunca me había querido. Que solo estaba encoñado. Porque si me hubiera querido alguna vez de verdad, digo yo que no habría desconfiado de mí ni se habría cagado en los pantalones cuando su padre le preguntó si había algo entre nosotros. Incluso he llegado a pensar que ya ni siquiera tiene ganas de acostarse conmigo. Porque mira que se lo he puesto a huevo estos últimos

días y nada. Pero ahora resulta que sí me quiere. Me quiere y tiene ganas de acostarse conmigo. Lo que pasa es que no quiere que lo hagamos aún porque antes tiene que decirle a todo el mundo que no soy la persona que ellos creen que soy. O sea, una traidora interesada. Y, después de eso, ya sí. Nos acostaremos, viviremos felices y comeremos perdices. O eso dice, porque con «el señor Grau» nunca se sabe. Te estarás preguntando que, si él me quiere y yo lo quiero a él, por qué cojones no lo perdono y me olvido de esto de una vez. La verdad es que yo también me lo pregunto. Llevo preguntándome eso mismo toda la noche y toda la mañana y la única respuesta que se me ocurre es que tengo miedo de que me haga daño otra vez. No podría soportarlo. Y como estoy convencida de que eso volverá a pasar, hazme un favor: si ese cínico, cobarde y retorcido solicita mis servicios otra vez de ahora en adelante, dile que no pienso formar parte de sus juegucitos nunca más.

Por cierto, los resultados que le envié eran correctos, así que no tienes de qué preocuparte. El trabajo está hecho. Ahora la pelota está en su tejado.

Un saludo,

Ana Luna
Consultant

Pero esto es lo que respondo en realidad:

De: ana.luna@cttconsultancy.es
Para: oscar.buendia@cttconsultancy.es
Asunto: RE: Laboratorios Grau

Óscar,

Ayer le entregué los resultados al cliente y él mismo los validó. Todo en orden. Se me pasó ponerte en copia, disculpa las molestias.

Cordialmente,

Ana Luna

Consultant

* * *

Biiip, biiip.

Mi teléfono móvil vibra y se desplaza sobre la mesa como si tuviera vida propia. No me hace falta mirar la pantalla para saber quién es. Llevo toda la mañana ignorando las llamadas de Alberto. Que-no-quiero-hablar-contigo-joder. ¿No se da por enterado o qué? Seguro que su nuevo mejor amigo ya le ha informado de cómo terminaron las cosas entre nosotros anoche y quiere convencerme de que recapacite.

Biiip, biiip.

Tienes que darle una oportunidad, Ana.

Biiip, biiip.

Eric te quiere, Ana.

Biiip, biiip.

Todo lo ha hecho por amor, Ana.

Biiip, biiip.

Debes perdonarlo, Ana.

Biiip, biiip.

Olvídate de su familia, Ana.

Biiip, biiip.

Él luchará por ti, Ana.

Biiip, biiip.

Esta vez es diferente, Ana.

Ana...

Ana...

Biiip, biiip.

¡Joder! Me va a estallar la cabeza.

—Oye, tía —me interpela Amanda con cara de pocos amigos—. O contestas ya al puto teléfono o lo apagas.

Me levanto de mala gana y me dirijo a la sala de la máquina expendedora de café con el móvil en la mano. Decido zanjar el asunto de una vez por todas

enviándole un WhatsApp a Alberto.

NO ME LLAMES MÁS

Así, en mayúsculas, para que le quede bien claro que mi paciencia se ha agotado.

Él me responde enseguida.

Pero tenemos que hablar.

Yo contraataco.

¿PARA QUÉ?

¿PARA QUE LUEGO VAYAS CORRIENDO A CONTÁRSELO A TU AMIGUITO?

PASO.

No leo lo que Alberto acaba de escribir porque justo en ese momento veo a Óscar pasar de refilón. Aunque parece que lleva prisa, se detiene en seco en cuanto me ve, da media vuelta y se me acerca.

—He visto tu *e-mail* —anuncia.

«¿Sí? Pues felicidades», estoy tentada de decirle. Menos mal que no lo hago. Supongo que estoy empezando a aprender que las formas son importantes cuando tienes un contrato de tres meses «y ya veremos».

—Aún no he tenido tiempo de responderte, esta mañana estoy muy liado —añade—. Gracias por el *update*, pero la próxima vez no te olvides de ponerme en copia, ¿de acuerdo? Es muy importante que yo esté informado en todo momento de cómo van las cosas.

—Sí, claro. Disculpa.

Óscar sonríe con cortesía.

—Buen trabajo, de todos modos. El señor Grau debe de estar muy satisfecho.

«Muy satisfecho, sí», me digo reprimiendo las ganas de soltar una carcajada amarga.

—En fin, ya lo celebraremos esta noche en la fiesta.

Me quedo un poco cortada, sin saber muy bien qué decir.

—Supongo que vendrás, ¿no?

La antigua Ana le habría dicho que no de forma categórica. Porque se sentiría tan abrumada por la enormidad de la decisión que tomó anoche que lo único que querría sería irse a casa, esconderse en su habitación y escuchar todas las malditas canciones de Michael Kiwanuka que le recuerdan a él. Y se devanaría los sesos preguntándose una y otra vez si habría hecho lo correcto. Se dejaría consumir por el dolor agudo de su ausencia. Por la pérdida. Pasaría la noche en blanco. Y esperaría. Simplemente esperaría a que al día siguiente todo empezara de nuevo. Y, después, otro día. Y otro. Y otro más. O menos, según se mire.

Eso haría la antigua Ana.

La Ana masoquista y contradictoria que piensa una cosa y hace otra distinta.

La que se siente atraída por el sufrimiento como una polilla por la luz.

Pero ¿cuántos días más tendrían que transcurrir antes de que la pena se mitigara? ¿Cuántas cosas se perdería mientras durase el duelo? Vivir así no es vivir, es sobrevivir. Una nueva Ana acaba de nacer y está cansada de posponer la vida por culpa de la tristeza mientras sueña con otro estado en el que las cosas sean diferentes.

—¿Vas a venir, entonces? —insiste Óscar.

Si voy, estaré a salvo de Michael Kiwanuka y de todo lo que implica.

—Sí, claro —respondo con firmeza—. Por supuesto que iré.

—Perfecto. Nos vemos allí, entonces —dice Óscar antes de darse la vuelta y desaparecer.

Yo sonrío.

Dani se sentiría orgullísimo de la nueva Ana. Anoche, cuando llegué a casa con los ojos anegados en lágrimas y la camisa hecha jirones, sofocó un grito con la mano y corrió hacia mí con el rostro lívido y contraído en una mueca de horror.

—¡Me cago en la puta! Pero ¿qué te ha pasado?

—Tranquilo, que no es lo que parece.

—Lo que parece es que alguien te ha hecho daño.

—Sí, pero no de la forma que estás pensando.

Me arrojó una mirada inquisitiva y yo terminé contándoselo todo mientras me enjugaba las lágrimas. Lo que casi habíamos hecho en su despacho. Su confesión posterior en el coche. La implicación de Alberto en el asunto —algo que lo sorprendió, aunque no pareció molestarle tanto como a mí—. Y la irreversible decisión de romper con él para siempre.

—Uf. Vale. Necesitamos un chute de azúcar para asimilar todo esto.

Fue todo cuanto dijo una vez hube terminado mi relato. Y yo se lo agradecí.

Dejo ir un suspiro y compruebo el último WhatsApp que me ha enviado Alberto.

Esta noche me paso por tu casa, ¿ok?

«En lo personal, tendrás que tomar decisiones muy difíciles, pero es el momento de que sigas tu intuición. Aprovecha para renovar el armario; hoy es un buen día para ir de compras».

Y, tras recordar lo que vaticinaba el horóscopo, ignoro el mensaje de Alberto y decido escribir a mi compañero de piso.

No hagas planes esta tarde.

Capítulo 20

Lo sabía.

Sabía que pasaría esto.

En los escasos diez minutos que hay caminando desde la parada de metro de Diagonal hasta la sala Luz de Gas, he tenido la tentación de dar media vuelta unas cincuenta veces como poco. Mira que se lo he dicho. Que no voy a estar cómoda, Dani, que yo no estoy acostumbrada a enseñar tanta piel. Pero nada. Él, erre que erre hasta que me ha convencido de que me comprara este minúsculo vestido con estampado de cebra y escote en palabra de honor, que sí, que es una pasada de bonito y llamativo —menuda miradita me acaba de echar el tío ese—, pero a mí me hace sentir desnuda. Y los *peep toes* negros de diez centímetros de tacón de aguja que prácticamente me ha obligado a quedarme, espectaculares también, pero una auténtica tortura.

—Me van a hacer polvo los pies —protesté mientras me los probaba.

—Pues te jodes —repuso Dani con rotundidad—. ¿O es que tú no has oído nunca eso de que para presumir hay que sufrir?

¿Presumir? ¿Y quién narices había dicho nada de presumir? Él y su empeño por convertirme en una versión *low cost* de Kim Kardashian. Yo habría sido la chica más feliz del mundo con algo sencillo. Unos vaqueros ajustados, una camiseta de algún grupo de *rock* clásico y un par de zapatillas Converse. Sin maquillaje. Y, a poder ser, sin bolso. Vale, quizá no es lo más sugerente, pero al menos habría estado cómoda. Y, lo más importante, me habría sentido más genuina. Más yo misma. Aunque a veces dudo de si sé quién soy de verdad o todavía lo estoy descubriendo.

Las diez y cuarto.

Vamos allá antes de que me arrepienta.

Hay un montón de gente congregada en la puerta de la discoteca. Como es una fiesta privada hasta las dos, deduzco que todos forman parte del personal de CTT. Reconozco que a muchos no los he visto nunca, lo cual tampoco es de extrañar porque, aparte de Amanda, Jota y mi jefe, apenas me relaciono con nadie en el trabajo. Es la historia de mi vida, siempre he sido más bien torpe en cuanto a las relaciones sociales. Unos entran en fila india como si fueran autómatas programados después de haberle enseñado su invitación al portero —un gigante de cabeza rapada y unos brazos tatuados de arriba abajo con un perímetro descomunal—. Otros salen y aprovechan para llamar por teléfono a los que todavía no han llegado. *¿Dónde estás? Que la fiesta ya ha empezado; vale, aquí te espero.* Algunos lo intentan, pero el de los brazos descomunales se lo impide. «Vasos no pueden salir de local, así que, venga, cubata tú bebes dentro», les increpa acusando un fuerte acento eslavo. Y todo el mundo se abraza y se besa con efusividad, los que entran, los que salen y los que lo intentan, como si no se hubieran visto hoy, y antes de hoy, ayer, imbuidos de ese espíritu posibilista que se adueña de uno cuando sale de juerga. Máxime teniendo en cuenta que hoy es la verbena de San Juan y podría suceder cualquier cosa. Es curioso el influjo que la noche ejerce sobre el comportamiento humano.

Y, ahora que lo pienso, se parece mucho a lo que decía el horóscopo.

Hace un calor terrible y el vestido se me pega por todas partes. Me lo ajusto tratando de liberar algo de espacio entre la tela y mi piel y me pongo a la cola, que ya llega casi a la mitad de la manzana. Unos adolescentes de ánimo exaltado se dedican a tirar petardos en la acera de enfrente. Delante de mí, dos chicas monísimas cuchichean sobre Óscar Buendía y no puedo evitar que se me escape un resuello. Que la mitad de la plantilla de CTT tiene fantasías con mi jefe es *vox populi*, pero yo no sé qué le ven, la verdad. Sí, es atractivo y tiene buenos modales, pero le falta personalidad. Estilo. Carácter. Le falta toda la personalidad, todo el estilo y todo el carácter que le sobran a *Iceman*. Suspiro en silencio. Reconozcámoslo, Óscar no me atrae porque no se parece en nada a él. Una nueva ráfaga de estruendosos petardos resuena desde algún lugar de la calle. Por suerte, la cola avanza con rapidez. No obstante, no sé por qué, al llegar mi turno, me quedo parada como una idiota delante de la

puerta. Petrificada. Sin respirar, igual que cuando te tomas un jarabe y no quieres que te sepa tan amargo. Y durante unos segundos sopeso la posibilidad de largarme. Con lo animada que estaba a venir y ahora todo son dudas.

La voz con fuerte acento eslavo del portero interrumpe mi encrucijada vital.

—¿Vas a entrar o qué, guapa?

Pero si he llegado hasta aquí es porque así lo he querido, ¿no?

Porque *la nueva Ana* ha querido.

Así que sí, voy a entrar. «Quién sabe lo que me deparará la noche», me digo insuflándome un poco de optimismo. Mascullo una disculpa y le enseño la invitación al tipo, que me examina con cierto recelo antes de dejarme pasar. Hay un *photocall* en el vestíbulo. Uno de esos con bigotes, sombreros, labios rojos y pajaritas de atrezo. Lo que me faltaba, quedar immortalizada en la cuenta de Instagram de CTT. Sola. Sosteniendo un ridículo mostacho de cartón. Y con este vestido. Gracias, pero no. Yo odio estas cosas. Dani, que lo primero que hace en cuanto se levanta es sentarse en la taza del váter y consultar su Facebook, dice que es porque soy una rara. Y puede que no le falte razón. Debo de ser la única milenial en el mundo que no acostumbra a publicar nada en las redes sociales. Pero es que detesto estar sometida a esa dictadura de la exposición constante y la verdad distorsionada. ¿Por qué tengo que compartir con el mundo cómo me siento en todo momento? ¿A quién le importa lo que voy a cenar, a dónde voy a ir de vacaciones o qué ropa llevo puesta? Y lo peor de todo es que las redes sociales han conseguido legitimar un estatus de felicidad completamente ficticio.

Por suerte, las chicas monas que cuchicheaban delante de mí en la cola deciden dar rienda suelta a la modelo que llevan dentro y yo aprovecho su interminable sesión en el *photocall* para escabullirme hacia el interior. Unas escaleras de mármol conducen a la sala principal, que está decorada como si fuera un antiguo teatro, con cortinas rojas y lámparas de araña por todas partes. A pesar de lo temprano que es, la pista ya está llena de gente bien vestida que baila al ritmo de «Take on me», de a-ha. Otros permanecen agazapados en segundo plano mientras se dedican a escanear el local de un lado a otro. Y es justo lo que yo hago. Este no es el tipo de sitios que suelo frecuentar los fines de semana por la noche. Yo me muevo por otros ambientes menos selectos y más acordes a mi poder adquisitivo, bastante escaso, por

cierto, y como por norma general es mi compañero de piso quien lleva la voz cantante, casi siempre termino yendo a los locales de moda que a él le gustan. De hecho, cuando le dije que la fiesta de empresa iba a ser aquí, bufó y puso cara de circunstancias.

—Bah. ¿En ese sitio tan pijo y tan del siglo pasado? —preguntó haciendo un mohín de desagrado—. ¿Seguro que no prefieres venir conmigo y con Alberto a la playa a celebrar la verbena?

Uf, no. Detesto las hogueras de San Juan. Y no tengo ningunas ganas de verle la cara al correveidile de Alberto.

Los minutos pasan en el reloj y yo empiezo a preocuparme. Puede que sea rara, como dice Dani, pero tampoco soy asocial —creo—, y aquí, mire donde mire, solo veo grupitos. Grupitos de chicas que van al cuarto de baño juntas de la mano; grupitos de chicos evaluando a las camareras; grupitos de chicas y chicos haciéndose selfis con el vaso del cubata en alto, como si fuera un trofeo. Incluso Amanda, la tía más odiada de toda la empresa —después de la responsable de Recursos Humanos— por ese afán suyo de ser siempre la mejor en todo, brilla con luz propia en el centro de uno de esos puñeteros grupitos mixtos. No lo entiendo, la verdad. ¿Qué pinta ella en medio de esa gente que no la traga? Amanda no le cae bien a nadie, pero todo el mundo le pone siempre buena cara porque, además de ser la favorita del jefe, es la típica metomentodo con la que es mejor estar de buenas. Vivimos en un ecosistema frágil, así que supongo que algunas alianzas son necesarias.

«Debes sentirte segura en tu nuevo rumbo. No temas integrarte».

La nueva Ana toma aliento y avanza hacia la integración con pasos determinantes, dispuesta a hacer caso al horóscopo. Pero, en cuanto advierto la mirada de rencor que Amanda deja caer sobre mi llamativo vestido —mucho más llamativo que el suyo, a todas luces—, reculo. A Amanda no le sienta nada bien que le roben el protagonismo.

Y la nueva Ana sabe cuándo no es bienvenida.

Así que, de momento y salvo que las circunstancias den un giro de ciento ochenta grados, la noche continuará tal y como ha empezado: con Ana, ya no sé si la nueva o la vieja, más sola que la una. Como siempre.

Las once menos cuarto.

En fin, a ver si con un *gin-tonic* me animo.

* * *

Antes de la medianoche, la fiesta ya tiene el mismo ambiente pasado de rosca que un convite de boda a última hora. Todo el mundo parece achispado. «Cómo se nota que la bebida es gratis», me digo entornando los ojos. Y esta música antigua, por Dios. ¿Qué está sonando ahora? ¿Modern Talking? Hay que joderse. El calor es inadmisibile, por eso no me he movido de la barra. No sé ni cuánto rato llevo aquí, chuperreteando los cubitos de hielo medio derretidos de mi *gin-tonic* mientras me entretengo poniendo conversaciones imaginarias en los labios de la gente. Por ejemplo, la chica esa de ahí le está diciendo a su amiga que acaba de echar un polvo increíble con Óscar Buendía en el aseo. «¿Increíble, de increíblemente bueno?», le pregunta la amiga con los ojos muy abiertos. «Más bien increíble, de increíblemente rápido», le responde la otra con una clara nota de decepción en la voz. No puedo evitar partirme de risa yo sola. El problema justamente es que estoy sola. Y una chica sola en la barra de una discoteca no pasa desapercibida durante mucho tiempo porque eso, en el lenguaje de los crápulas, quiere decir que eres una presa fácil.

Y entonces empieza la caza.

Se me acerca el primero, sacándose no sé de dónde que, por el mero hecho de haber cruzado una mirada casual con él, lo he invitado a venir. Como, además, la barra es casi un consultorio de psicología, el tío no duda en ponerse a contarme sus problemas. Dar pena suele ser una táctica de seducción de lo más socorrida. Al principio, me trago el rollo por pura cortesía, pero pasados los cinco primeros minutos de rigor me invento una excusa y me alejo hasta la otra punta de la barra, donde por suerte hay menos gente.

Pido otra copa.

El segundo no tarda en aparecer. Tiene pinta de ser una auténtica criatura de la noche. Lo que se conoce comúnmente como un «empotrador». Se le nota por la forma que tiene de moverse, irradiando seguridad en sí mismo y autocontrol. Está bueno y lo sabe. Y, como lo sabe, se cree que las piernas de las mujeres son puertas que se van a abrir de un modo milagroso para él en cuanto introduzca la llave mágica en la cerradura. Por su puta cara bonita. Este ni siquiera hace el esfuerzo de fingir que le apetece tener una conversación

connmigo. Después de evaluarme de arriba abajo como si fuera un premio, se me acerca al oído, me coge por la cintura con una confianza que en ningún momento le ha sido otorgada y me suelta sin rodeos:

—¿Follamos?

Viva la seducción. Al lado de este tío, lo de Tinder es una novela rosa de la época victoriana.

—Me encantaría, pero tengo candidiasis.

Él responde a mi sarcasmo como era de esperar. Se aparta de mí asqueado, como si fuera a contagiarse de algo, el muy palurdo, y se esfuma con la misma rapidez con la que ha abordado el asunto.

El tercero está tan borracho que no sabe ni lo que hace. Pero el alcohol no lo exculpa de intentar tocarme las tetas.

—¡Gilipollas! —le grito y le vacío el *gin-tonic* por encima.

Madre mía, lo que tiene que aguantar una.

Y lo peor es que el lunes que viene tendré que volver a ver la cara a todos estos tipejos.

* * *

Las 23:46.

Hace mucho que he asumido que no se me ha perdido nada en este sitio. La nueva Ana, la nueva Ana. «¡La nueva Ana es tonta del culo!», me reprocho. Haber venido ha sido un error que solo ha servido para evidenciar aún más lo patético de mi existencia. Yo no encajo en ninguna parte, esa es la dolorosa verdad. Prefiero estar sola antes que tener que aparentar que me siento cómoda en compañía de personas que hablan sobre cosas sin interés. Aunque seguro que ellos son mucho más felices que yo porque no andan atormentándose todo el tiempo. Si no me he largado todavía es porque Óscar quiere hablar conmigo y tengo curiosidad por saber de qué. Me lo ha dicho antes, en el breve lapso de tiempo entre la aparición del empotrador y la del gilipollas sobón. Ha venido a la barra, le ha pedido un par de *whiskies* con hielo a la camarera y, cuando me ha visto, ha arqueado las cejas en un gesto de sorpresa y se me ha acercado esbozando una de sus habituales sonrisas de cortesía.

—Hombre, Ana. ¿Qué tal?

Lo típico que se pregunta cuando no tienes ni idea de qué decir.

—Aquí.

Lo típico que se responde en idénticas circunstancias.

—¿Lo estás pasando bien?

«Estupendamente, ¿no lo ves?», me gustaría haberle contestado. Pero él ha continuado hablando como si no hubiera hecho ninguna pregunta.

—Tengo que ir a ver a alguien —ha dicho subiendo la voz unos cuantos decibelios—, pero luego me gustaría que habláramos de un tema. ¿Me haces el favor de quedarte aquí? No tardaré mucho.

Y, a continuación, se ha marchado envuelto en un halo de misterio.

De eso habrán pasado unos diez minutos, más o menos. O veinte, yo qué sé; el tiempo a veces es una ilusión mental. Así que me he quedado en la barra, tal y como me ha pedido mi jefe, aunque, esta vez, de espaldas a la pista, porque mi umbral de tolerancia a la idiotez humana —en especial, la masculina— ha caído en picado esta noche. Después, para mitigar la desolación interior, he pedido un tercer *gin-tonic* en sustitución del que he desperdiciado con el tío de antes. Y ahora, mientras me llevo la copa a los labios, en esta pequeña burbuja de soledad, pienso en él.

En Eric.

En que ojalá estuviera aquí.

Porque si hay algún lugar del mundo en el que encajo es a su lado.

Pero ese sitio ya no existe porque yo lo he decidido así.

Y al constatarlo se me hace patente la enormidad de lo que dejé atrás anoche y de lo que me espera en el futuro.

Una vida sin él.

Los ojos me pican, tengo ganas de llorar otra vez.

Joder. Menos mal que la bebida servía para olvidar.

Alguien me hace gestos desde otra parte de la barra.

Ladeo la cabeza y veo a Jota a unos pocos metros de distancia, botellín de Fanta de naranja en mano y vestido con una ridícula camiseta del Capitán América que le queda corta y le deja parte de los blancuzcos michelines al aire. Solo, como de costumbre. Y, por un momento, me da por pensar que quizá este bicho raro y yo no seamos tan diferentes, después de todo.

—Tu novio.

La distancia física y el volumen de la música me impiden oírlo, pero no que le lea los labios.

Frunzo el ceño. ¿Cómo que mi novio? No lo pillo.

—El del cochazo —dice, poniéndose las manos alrededor de la boca como si fueran un megáfono.

Un pensamiento acude a mi cabeza y me tenso de golpe.

No, no puede ser.

Si está de viaje.

Además, esto es una fiesta privada. No tendría ningún sentido que estuviera aquí. Aunque, por otro lado, las apariciones estelares son típicas de él. Si Eric Grau quiere ir a una fiesta privada, va y punto; no necesita invitación. Doy un trago a la bebida. Intento imaginármelo a mi lado, pero lo único que siento es el frío del hielo que flota en el *gin-tonic*.

Lo habré entendido mal.

—¿Cómo? ¡La música está muy alta! ¡No te oigo! —exclamo, gesticulando de forma exagerada.

Jota señala hacia la pista con un leve cabeceo y yo me doy la vuelta despacio y muda, respirando de forma entrecortada. ¡Catapumba! El vaso se me resbala de las manos y se estrella contra el suelo. Es posible que la chica que está a mi lado proteste porque la he salpicado, pero no lo sé porque el mundo a mi alrededor se detiene de repente.

Entonces es cierto.

Eric está aquí. Es como si mis propios pensamientos hubieran invocado su presencia y hecho que se materialice delante de mí.

Lo distingo en el acto por su insuperable altura y por su forma de avanzar entre la multitud, tan elegante y decidida, con los brazos un poco separados del cuerpo y los puños apretados. El pelo le cae con gracia hacia un lado. La ropa es sencilla, pero, como de costumbre, acertada. Una sobria camiseta gris oscuro y unos de esos vaqueros *slim fit* tan de moda que se ajustan con soberbia a la robustez de sus piernas. Qué guapo es, por Dios. Quiero ir hacia él, quiero acariciarle la cara, hundir las manos en su pelo, rodearlo con los brazos, estrecharlo contra mi cuerpo y besarlo. Quiero, pero sé que no debo. Tal vez debería huir ahora que aún estoy a tiempo. Pero, en vez de eso,

permanezco inmóvil, expectante. Estoy hundida en un viscoso cenagal y, por mucho que chapotee, no llego a ninguna parte. El anticipo de su llegada es casi una metáfora. Un haz de luz lo ilumina solo a él y deja al resto en la penumbra. Se detiene frente a mí con una sonrisa en la que hay alivio, confusión y tensión a partes iguales y percibo un destello en sus ojos que hace que me sienta aún más desnuda y vulnerable.

Empiezo a flotar como una cometa sostenida por el viento.

—No deberías estar aquí —le digo en cuanto consigo reaccionar.

Él se inclina sobre mí y una vaharada de su perfume Armani Code me golpea a traición.

—He venido a buscarte —contesta.

Su aliento me acaricia el lóbulo de la oreja y me provoca un estremecimiento instantáneo imposible de ignorar. Me encaramo a su oído para contestarle. Es tan alto que ni siquiera subida a estos tacones lo tengo fácil para llegar. Casi pierdo el equilibrio, así que tengo que apoyar la palma de la mano sobre su hombro ancho y torneado.

—Pierdes el tiempo —replico tratando de imprimir firmeza a mi tono.

Retiro la mano de forma precipitada, pero él la atrapa y la vuelve a colocar donde estaba, torturándome con su olor y su cercanía.

—Por favor, Luna, dame otra oportunidad —dice mientras me clava una de esas miradas penetrantes que desarmarían a cualquiera.

Las fuerzas me empiezan a flaquear. Es culpa de esos ojos. Y de esa boca. Y de esas manos pornográficamente grandes que me desgarraron la camisa anoche. Ay, Dios. Un suspiro espontáneo me brota de la garganta. Estoy al borde del delirio. Menos mal que la música está tan fuerte que no lo ha oído.

—¡Déjame en paz! —le espeto.

Consigo soltarme y huyo a toda prisa. Un molesto dolor en los talones, como si se me estuviera levantando la piel al caminar, me obliga a detenerme. «¡Putos zapatos nuevos!», me lamento. Era de suponer que me seguiría. Después de mí, Eric es la persona más obstinada que conozco. En la pista, un montón de parejas bailan acarameladas al ritmo de «Don't dream it's over», de Crowded House, una muy oportuna canción lenta que además tiene la letra más desoladora de la historia. Él no tarda en alcanzarme. Y todo sucede tan rápido que ni siquiera soy capaz de reaccionar.

—Vayamos al reservado y hablemos —insiste, tirándome del brazo.

—No tenemos nada más que hablar, Eric. Ya está todo dicho.

—¡No seas terca, Luna!

—¡Y tú no actúes como si tu presencia aquí estuviera justificada!

Eric suspira, exasperado.

—Está bien. Si no quieres hablar, no hablaremos, pero al menos baila conmigo —dice. Me coge las manos para colocarlas enseguida alrededor de su cuello.

Yo me separo con brusquedad, pero él vuelve a atraparme. Entonces me mira de una forma diferente, con ojos implorantes, antes de pedirme otra vez:

—Baila conmigo, te lo suplico.

Es inútil que me resista, fingir indiferencia resulta igual de difícil que aparentar normalidad, así que me dejo llevar. Me sujeta por la cintura y me aprieta contra su cuerpo; yo me limito a seguir el compás lento y casi impasible que marcan sus movimientos. Eric me observa sin pestañear, con una intensidad que me dispara el pulso. Me tiemblan hasta las puntas de los dedos y me embarga una sensación que no sabría definir. Debería marcharme, pero no es lo que quiero. En realidad, quiero estar aquí, con él. Es el único lugar del mundo en el que quiero estar.

—No me mires así.

—Te miro de la única forma que sé.

Se me seca la boca y necesito aclararme la voz.

—Pero es que la gente se va a dar cuenta de que... —vacilo.

—No me interesa la gente, Luna —me corta.

Su voz tiene un tono que no admite réplica. Suspiro, vencida.

—Creía que estabas de viaje.

—Y yo que no querías hablar conmigo.

—Y no quiero.

Eric sonrío con un detestable aire triunfal.

—¿Nunca te han dicho que eres un arrogante y un presuntuoso?

Sus manos acariciantes se deslizan con suavidad sobre mi espalda.

—Unas cuantas veces. Lo he cancelado. El viaje. No era importante —aclara después de una breve pausa.

—Pues ayer parecía que sí.

—Ayer me equivoqué en muchas cosas.

—¿En qué cosas? —pregunto con un exceso de énfasis del que me arrepiento enseguida.

Me dedica una mirada profunda y sostenida. De ojos bajos. De parpadeo lento y pupilas en llamas.

—Estás preciosa con ese vestido, pero mentiría mucho y muy vilmente si no reconociera que lo único en lo que soy capaz de pensar desde que te he visto es en quitártelo.

Siento una punzada en el abdomen, una pulsación acelerada en el corazón y en otras partes del cuerpo. Avergonzada y con las mejillas enrojecidas, tengo la tentación de hundir la cara en su pecho, pero me reprimo y hago un esfuerzo por ocultar mi frustración.

Exhalo y contraataco.

—Oh, así que has venido por eso —le reprocho—. Pero no hacía falta que te molestaras, hombre. Si lo que querías era terminar lo que dejaste a medias, podrías haber llamado a tu amiga Carina.

Eric permanece impasible; su expresión no revela nada. Y yo me acabo de dar cuenta de lo innecesarias, ridículas e inoportunas que han sonado las últimas palabras que he dicho. Las he pronunciado sin disimular ni un ápice de mi resquemor, pero no debería haberlo hecho. Aun así, reconozco que no he podido evitar que se me escaparan.

—No vas a conseguir quebrarme, Luna. He venido a por ti y no me iré de aquí sin que me des otra oportunidad.

Entonces me toma de las mejillas y acerca la boca tanto a la mía que podría absorberme si quisiera. Yo, incapaz de decir nada más, me aferro a sus brazos de forma espasmódica y cierro los ojos un instante. A pesar de la gente, de las luces y del ruido del ambiente, de pronto solo existimos él y yo, envasados al vacío, ajenos al mundo.

Mientras, la música sigue sonando.

*Hey now, hey now
Don't dream it's over
Hey now, hey now
When the world comes in
They come, they come*

*To build a wall between us
We know they won't win*

Estar enamorado es lo más parecido a no querer que una canción se acabe nunca.

Pero, en esta vida cíclica, todo lo que empieza se acaba.

—¡Ah! ¡Estáis aquí!

Óscar aparece de repente y la magia del momento se evapora como el agua hirviendo. Aunque finge indiferencia, es imposible que no se haya dado cuenta de que estábamos a punto de besarnos. Avergonzada y sintiéndome culpable por mi debilidad, me separo de Eric dando un respingo. Mi jefe lleva un par de copas en las manos. Deduzco que son los dos *whiskies* con hielo que le he visto pedir hace un rato en la barra. Le ofrece uno a Eric, que lo rechaza agitando la cabeza. Tiene el semblante serio y los ojos se le han oscurecido de golpe.

—Os estaba buscando. ¿Por qué no vamos a otra parte a hablar? La música está demasiado fuerte.

—Ahora no es un buen momento —le dice Eric con cara de pocos amigos.

—Creía que era conmigo con quien querías hablar —apunto.

Óscar me sonrío con indulgencia y luego mira a Eric.

—Con los dos, en realidad. Por eso lo he invitado.

—A ver, ¿qué quieres, Buendía? —intercede Eric a punto de perder la paciencia.

—Hablar de negocios, como ya te adelanté esta mañana por teléfono. Puedo tutearte, ¿verdad, Eric?

Un momento.

—¿De qué va todo esto? —les exijo observando a uno y otro de forma consecutiva.

—Quiero proponerle a Eric un contrato de larga duración con CTT y me gustaría que tú te encargaras de gestionar todos sus proyectos. ¿No es fantástico?

No me lo puedo creer.

Él sabía de antemano que yo estaría aquí. Buendía se lo ha tenido que decir cuando lo ha invitado a esta estúpida fiesta para «hablar de negocios».

Si no, él jamás habría venido. A diferencia de otros hombres de su edad, a Eric nunca le han interesado ni la vida nocturna, ni las copas ni mucho menos la caza de mujeres solitarias en una barra, por mucha fama de depredador sexual que tenga. Solo se me ocurre una razón por la que haya aceptado la tan oportuna e interesada invitación de mi jefe.

La chica me ha asegurado que vendrá, señor Grau. Venga usted también, le invitaré a un whisky con hielo y le haré una propuesta que no podrá rechazar. Le garantizo que será ella y solo ella la que se ocupará del proyecto. ¡Y a un precio inmejorable! Es posible que al principio se mostrara renuente a trabajar para usted, pero créame, señor Grau, los últimos días la he visto dejarse la piel solo para complacerlo. Sería una pena que la relación entre CTT y Laboratorios Grau terminara tan pronto, cuando podría ser tan fructífera, ¿no te parece, Eric? Porque puedo tutearte, ¿verdad?

Joder, me siento utilizada.

Una vez más.

—¿Sabes qué, Óscar? ¡Por mí puedes meterte tu propuesta por el culo! —
le espeto.

Y en su expresión, que fluctúa entre el asombro y la ofensa, advierto la certeza de que lo que acabo de hacer acarrearé graves consecuencias.

La canción ha terminado.

Salgo disparada.

Capítulo 21

Llueve. Se ha estropeado la verbena; adiós a las fogatas y a los fuegos artificiales.

Aunque yo no tengo nada que celebrar.

Ha empezado casi como algo inofensivo y sin importancia. Plic. Una gota. Plic. Otra más. Plic. Otra. Y, de repente, el suelo comienza a encharcarse poco a poco. En las noches de lluvia como esta, las luces urbanas se reflejan en la atmósfera y tiñen el cielo de un desapacible gris plomizo. Qué curioso, últimamente, siempre que me encuentro en una encrucijada vital, acaba lloviendo. Es como si el agua viniera a traerme las respuestas que no soy capaz de encontrar por mí misma. Tengo frío; la temperatura ha descendido varios grados. El aire me levanta un mechón del cabello y me lo pega a la cara. Se oye tronar a lo lejos. Quién sabe si esta tormenta será la que ponga el punto final definitivo a la ola de calor. O tal vez no. Tal vez no sea más que una tregua momentánea y mañana el termómetro vuelva a estar al rojo vivo. El tiempo es así de contradictorio a orillas del Mediterráneo.

La vida es así de contradictoria.

—¿Pongo sello para que puedas volver a entrar?

La voz con fuerte acento eslavo me devuelve al presente. Me urge tomar una decisión. El terreno que piso es inestable como unas arenas movedizas. Con cada segundo que permanezco bajo esta cornisa, mi voluntad corre el riesgo de volverse más frágil, más efímera, como las gotas de lluvia que mueren al estrellarse contra el pavimento resbaladizo.

«He venido a por ti y no me iré de aquí sin que me des otra oportunidad».

Levanto la cabeza y observo el cielo. No, no tiene visos de escampar. El panorama es desolador, como en una de esas novelas inglesas de finales del siglo XIX. De forma instintiva, encojo los dedos de mis pies descubiertos. «Qué idiota», me reprocho. Si esta mañana hubiera consultado la previsión meteorológica, en vez de andar perdiendo el tiempo con el horóscopo, me habría puesto unos zapatos más apropiados. Aunque de haber sabido que iba a diluviar, no habría venido a esta estúpida fiesta. Y si no hubiera venido, no habría enviado a mi jefe a tomar viento fresco, lo que, muy probablemente, me costará mi empleo el lunes. Pero, sobre todo, sobre todo, sobre todo, no habría visto otra vez a Eric. Y las semillas de la duda no habrían empezado a germinar en mi interior. ¡Dios! Cuanto más me esfuerzo en pensar con claridad, más quebradiza se vuelve la barrera de hormigón erigida por mi mente. Odio hablar con la cabeza y que me responda el corazón. No, no y no. Debo renunciar a estar con Eric porque todo lo malo que me sucede junto a él está condenado a repetirse.

El dolor.

El síndrome.

Quedarme sin trabajo, aunque, paradójicamente, es lo que menos me importa esta noche.

Incluso la lluvia.

¿Por qué llueve cuando aparece?

Mi historia con Eric Grau es un bucle.

—¿Entonces qué, guapa, te pongo sello o no? —vuelve a preguntarme el portero.

Soy consciente de que en los próximos minutos se va a decidir el desenlace de esta velada y, quizá, incluso de mi futuro.

—¿Qué? No, da igual, ya me voy.

La calle está despejada y silenciosa y el sonido de la lluvia se amplifica. Las farolas brillan frías, perfiladas contra la oscuridad de la noche. Apenas hay coches circulando y los pocos transeúntes que se atreven a andar por ahí con la que está cayendo —en su mayoría, extranjeros que disfrutan de un temprano plan vacacional y chicos jóvenes a los que la fortuita tormenta les ha estropeado la celebración de la verbena— se refugian bajo los soportales de los edificios colindantes. Calculo el tiempo que tardaría en llegar a la esquina de la calle Muntaner con la avenida Diagonal para coger un taxi si echara a

correr ahora.

Dos minutos a velocidad constante.

Calculo lo que me costaría el taxi hasta mi casa.

Entre diez y doce euros, dependiendo de la ruta que elija el taxista.

Y calculo las probabilidades que existen de que me parta la crisma con estos tacones corriendo sobre el pavimento resbaladizo.

Cien por cien de probabilidades.

En fin, supongo que puedo soportar mojarme los pies durante dos minutos.

«Que sea lo que Dios quiera».

Con un zapato en cada mano, echo a correr sorteando el inclemente aguacero bajo el amparo irregular de las balconadas. Cuento para mis adentros. Uno. Dos. Tres. Uno. Dos. Tres. Uno. Dos. Tres.

—¡Luna! ¡Luna, espera!

Mierda.

Mierda.

Mierda.

Un par de zancadas después, me da alcance. Me atrapa por la espalda y me veo obligada a parar en seco al raso, justo entre un edificio y otro. No tardo en mojarme y, si antes el vestido me parecía ajustado, ahora se me ciñe al cuerpo como una impúdica capa de piel.

Me doy la vuelta.

—¿Qué quieres, Eric? ¿Qué? —Dejo caer los brazos en actitud de derrota.

Él también está empapado. El pelo, algo oscurecido a causa del agua y separado en una docena de finos mechones, le cubre con desorden parte de los ojos y se le enreda en las pestañas con cada parpadeo. Me fijo en la gota que le cae sobre la punta de la nariz. Luego se desliza hacia la boca y, de ahí, rueda en dirección a su cuello palpitante hasta que es absorbida por la fina tela de su camiseta gris oscuro y acaba muriendo en el agujero que tiene abierto en el pecho. En ese agujero, late expuesto un corazón que antes era de hielo y ahora se está derritiendo. Y con esa visión imaginaria en la retina, me digo que tal vez, pero solo tal vez, él sea la respuesta que me acaba trayendo siempre el agua.

La respuesta a todo.

Y enseguida desecho ese pensamiento.

—Vas descalza —observa mientras se repone del esprint. Todavía respira de forma algo convulsa.

Resoplo con disgusto y meneo la cabeza.

—Por qué no me dejas en paz de una vez, ¿eh? ¿Por qué?

—Por favor, Luna. Vamos a arreglar esto.

—¡No hay nada que arreglar! —contesto categórica—. ¡Ya te he dicho que no quiero volver a verte! ¿Tan difícil es de entender? No sé por qué te empeñas en utilizar artimañas para acercarte a mí. Estoy harta de que me manipules. ¡Harta!

Eric me devuelve una mirada de cejas suplicantes.

—Yo no sabía cuáles eran las intenciones de Buendía, te lo juro.

—Pero sí sabías que yo estaría aquí. ¡Así que quítate la máscara de una vez!

—¡Eres tú quien tiene que quitarse la máscara, maldita sea! —Hay un matiz de desesperación en su voz y en su forma excesiva de gesticular—. ¿Quién está siendo cobarde ahora? ¿Te escondes detrás de una fachada de falsa seguridad, pero lo único que haces es huir! ¡Claro que sabía que estarías aquí! ¿Se te ocurre algún otro motivo por el que estuviera interesado en venir?

—Óscar ha dicho que habíais hablado de negocios, así que tú sabrás.

Irritado, aprieta los párpados y emite un gruñido.

—Sí, Luna, hemos hablado esta mañana, ¿de acuerdo?

—¿Antes o después de que hayas decidido cancelar tu viaje?

—*Helvete!* Pero ¿qué te pasa?

—¡Que no sé qué mierda estás haciendo! ¡Eso es lo que me pasa!

La lluvia arrecia y se desploma con ímpetu sobre nuestras cabezas. Eric mira hacia arriba entrecerrando los ojos y, sin mediar palabra, me coge de la muñeca y me conduce con rapidez hacia el primer portal bajo el que podemos resguardarnos.

—Nos quedaremos hasta que pare —anuncia mientras se pasa la mano por la cara para secarse las gotas de lluvia.

Pero yo me muestro implacable y exhibo una coraza dura como una roca.

—Quédate tú, si quieres. Yo me voy a mi casa.

Antes de que pueda volver a salir al raso, él me encierra entre su cuerpo y

la fría pared del portal formando una barrera insalvable con sus férreos brazos. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y al punto se me eriza la piel. Eric se sopla varias veces las palmas de las manos y me frota los brazos con vigor para reactivar la circulación sanguínea. Las yemas de sus dedos húmedos resbalan sobre mi piel mojada y aterida. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no dar un respingo y que la coraza se venga abajo. «Si supero esto, podré superar cualquier cosa», me digo para infundirme coraje. Permanezco inmóvil, pero vuelvo la cabeza en dirección a mis pies descalzos y entumecidos por el agua.

—Deberías ponerte los zapatos.

—Me hacen daño al andar.

—Entonces te llevaré en brazos.

Las fuerzas comienzan a flaquearme.

—Prefiero andar.

Advierto que mi voz se torna más aguda a causa del nerviosismo. Me aclaro la garganta y trago saliva.

—Mírame.

—No.

Ahora no es más que un sonido apenas audible.

—Mírame, Luna —insiste.

Acabo haciéndolo. Con reticencia y dolor, pero lo hago. Su mirada de pestañas mojadas se posa sobre mí con afecto.

—¿Por qué te empeñas en evitar lo inevitable? —pregunta entre suspiros—. ¿Acaso se te ha olvidado lo intenso que era... —Se interrumpe, aprieta los párpados y continúa la frase—... que es lo que tú y yo tenemos?

—Teníamos, Eric, teníamos —corrijo—. Ya no tenemos nada.

—Eso no es verdad y lo sabes. ¿De qué tienes miedo, *älskling*?

No digo nada, pero es a costa de un considerable esfuerzo. ¿Cuánta resistencia me queda antes de que la coraza termine por destruirse?

Tres chicos bastante alcoholizados que se ríen a mandíbula batiente pasan corriendo por delante del portal. «Por favor, que entren a refugiarse. Que entren y pongan fin a este tormento», ruego mentalmente.

Pero pasan de largo y el tormento continúa.

—Te he hecho una pregunta.

Soy incapaz de seguir hablando.

Su expresión registra un cambio apenas perceptible y a sus ojos asoma la confirmación de algo.

—No volveré a hacerte daño, Luna. Nunca. Te lo prometo.

Una espesa bruma de sentimientos contradictorios se cierne sobre mi cabeza. ¿Y si fuera verdad? Pero los hechos siempre pesan más que las palabras, y los hechos que se han experimentado en primera persona son los que acaban contando.

—No hagas promesas que no puedes cumplir.

—¡Escúchame! —exclama mientras me apoya las manos en los hombros. El pelo se le mueve y me salpica—. Eres la mujer de mi vida. Puede que me hayan faltado agallas para dejárselo claro a los demás, pero te garantizo que el hombre que fue capaz de poner en duda tu palabra y renunciar a ti ya no existe. —Su voz vibra con creciente excitación, como si de repente hubiera encontrado la respuesta que tanto tiempo llevaba buscando.

Lo miro con escepticismo.

—¿Y qué pasará cuando tu familia se entere, Eric?

Hay mucho dolor en mi voz a punto de romperse.

Rabia.

Pánico.

—No lo sé, Luna, y, sinceramente, tampoco me importa. Ya he hecho demasiados sacrificios por ellos.

—Eso dices ahora, pero sabes muy bien que tu padre no aprobará jamás esta relación. Y no puedes negar que tiene un poder demasiado fuerte sobre ti.

Eric aprieta los labios.

—Mi padre no va a seguir tomando decisiones por mí, eso se acabó. ¡Soy un hombre adulto, por el amor de Dios! ¡Tengo derecho a vivir mi vida como a mí me dé la gana y a escoger a la persona que a mí me dé la gana!

Un fortuito velo de ausencia le cubre los ojos y no puedo evitar tener la sensación de que ahora está hablando para sí mismo.

—¿Ya no tienes miedo de defraudarlo?

—No —responde sin vacilar—. Es a ti a quien no quiero volver a defraudar, Luna. A ti.

—Un poco tarde, ¿no crees?

Su mirada se endurece y sus manos se aferran a mis hombros con los dedos crispados.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones? ¿Qué?

Su tono de voz es apremiante.

Elevo la barbilla con un punto de altivez, que no es otra cosa que una máscara, un mecanismo de protección, porque, en realidad, mis fuerzas están cada vez más mermadas.

—¿Y por qué habría de perdonarte cuando incluso tú mismo has reconocido que eres un cobarde y que lo que me hiciste fue cruel? ¿Por qué habría de creer que esta vez será diferente?

Pero él no va a darse por vencido.

—Muy bien —dice finalmente, frunciendo los labios—. Tendrás que convencerme para que me resigne a perderte. Vamos, hazlo. Porque hasta que no lo hagas, hasta que no me des un argumento de peso para que desaparezca de tu vida, no me daré por vencido, ¿lo entiendes?

Hay un brillo desafiante en sus ojos azules.

—Ya no siento nada por ti. Ahí tienes tu argumento. ¿Lo entiendes?

Con toda probabilidad, la mentira más grande que he dicho en mi vida. Aunque he tratado de mantenerme muy erguida, he sentido un estremecimiento mientras lo decía y he acabado encogiéndome.

Eric sonrío con un punto de arrogancia.

—Buen intento, nena. Lástima que tu cuerpo no diga lo mismo que tu boca.

—No sé de qué hablas —respondo tratando de sonar indiferente para que la voz no se me quiebre.

—Dices que no sientes nada por mí, pero tiembles cada vez que te toco. Temblabas antes mientras bailábamos juntos, temblaste anoche en mi despacho y estás temblando ahora.

—Ahora no estoy temblando —respondo y me esfuerzo por rechazar una idea que se empeña en volver y que me aterroriza más que ninguna otra.

—Sí que estás temblando.

—Es de frío.

—De frío, sí —repite con sarcasmo.

Lo que ocurre a continuación me deja de una pieza.

Él me mira fijamente y, con mucha suavidad y parsimonia, me acaricia la

mejilla con el envés de la mano. Después, los labios, que reaccionan al roce de su piel entreabriéndose; desciende por la barbilla hacia el cuello y termina en la clavícula, donde posa la mano abierta en un gesto a la vez tierno y apasionado.

—Tienes el pulso por las nubes. Lo siento bajo la palma de la mano — dice sin dejar de mirarme.

Pierdo la fuerza en los dedos y los zapatos se me caen de las manos.

El pecho me sube y me baja alterado.

La cara me arde en llamas.

Y tiemblo.

Es verdad, tiemblo.

Supongo que por más adusta que sea la coraza que haya construido, la tormenta que se ha desatado por dentro acabará por destrozarla.

—¿Por qué me haces esto? —pregunto con una voz débil y atormentada.

—Porque necesito que entres en razón, *älskling*. Tú y yo nos pertenecemos el uno al otro. ¿Qué clase de vida voy a tener si me privas del único lugar habitable del mundo que conozco?

—No sé, Eric —musito.

—¿Qué es lo que no sabes? —susurra.

Entonces, una rendija se abre en la puerta de mi destino. Él se inclina sobre mí, entierra las manos en mi pelo y me besa.

Me besa como si fuera la primera vez que lo hace.

Como si fuera la última.

Como si no nos hubiéramos visto en años.

Como si ese hueco oscuro que ha separado nuestras vidas no hubiera existido nunca.

Y a mí me duele todo el cuerpo de lo mucho que lo quiero.

De repente, un abismo se abre bajo mis pies. Y, en ese abismo, todos mis temores cristalizan en una verdad unívoca e incuestionable. Es imposible ponerle trampas al destino. Él y yo volveríamos a encontrarnos y a querernos en cualquier otra vida.

Porque el destino sí existe.

Las rodillas se me doblan, el corazón se me desboca, los ojos se me llenan de agua; amar es un acto de fragilidad valiente. Eric me mira con una ternura

que no necesita apoyarse en palabras y yo siento que me vacío. El aire, la fuerza y la capacidad de reacción abandonan mi cuerpo. Hay miradas que son un rescate y logran liberarte de tu propia jaula interior. El miedo no. El miedo no desaparece. No aquí, no ahora. Pero sé que, en alguna parte, en algún momento, lo hará.

Ya tengo todas las respuestas, no necesito más preguntas.

—Vámonos a casa, Eric.

Está amainando. Y ningún escritor, en ninguna novela, podría haberlo imaginado mejor.

Capítulo 22

La cocina está en penumbra. Unos tenues rayos de luz blanca que provienen del jardín se filtran a través de los grandes ventanales y se derraman sobre el mobiliario metálico. El ambiente es fresco y agradable aquí dentro. El zumbido del frigorífico suena de forma persistente sin llegar a resultar molesto. Eric me ofrece el vaso de agua que le he pedido y me lo bebo del tirón antes de devolvérselo con timidez. No es que tuviera mucha sed, pero me ha parecido la mejor manera de disimular mi nerviosismo. Apoyo la espalda en la isla que ocupa el espacio central y me muerdo el interior de los carrillos con cierta inquietud. Hace rato que me muevo por instinto, como si flotara, y apenas he articulado palabra desde que me he subido a su coche. Él tampoco ha dicho gran cosa en todo el trayecto, aparte de preguntarme si la temperatura estaba bien así o la prefería más alta. Pero, a diferencia de otras veces, el silencio que envolvía la escena no era incómodo ni hostil, sino hipnótico y anticipatorio. Sé lo que viene a continuación. Todas las máscaras han caído y ya no hay más planes ocultos, mentiras ni subterfugios que puedan impedirlo. Y lo deseo fervientemente, con cada partícula de mi ser. Pero no logro acostumbrarme a esto. Cada vez que traspaso alguna puerta junto a él, me siento como una extraña dentro de mi propio cuerpo. No puedo evitarlo. Sé que es ridículo, porque la que acaba de cruzar el umbral de esta esplendorosa casa de diseño minimalista aferrada a su mano soy yo. La que ha dejado los zapatos, los miedos y el pasado en la entrada soy yo. Pero es como si no lo fuera porque, a pesar de todas las veces y de todas las puertas, el hombre infinito que está delante de mí ahora todavía consigue que me desmorone con solo mirarme.

Cuando Eric me seca el agua de la boca con la yema del pulgar, una llama empieza a arder en mi interior.

—Hay una cosa que no entiendo —dice, escrutándome con ojos flameantes—. Cómo es posible que no hubiera al menos diez tíos revoloteando a tu alrededor en esa discoteca con lo *sexy* que eres. —Hace una pausa y se humedece los labios—. Pero mejor así. O tendría que haberles partido la cara —añade con posesividad.

Trago saliva. Sí, mejor así. Quién sabe de lo que habría sido capaz si se hubiera presentado en Luz de Gas media hora antes, justo cuando un borracho intentaba meterme mano.

Entonces se inclina sobre mí, me toma de las mejillas y me besa de un modo ardiente. El incendio interior se propaga de forma incontrolable.

—Quítame el vestido —susurro.

Sus ojos centellean de deseo. Muy despacio, me baja la parte de arriba de la prenda, todavía mojada por la lluvia, hasta la cintura. La piel se me eriza al instante con el roce de sus manos. La respiración se me va por un camino incontrolado. La clavícula se me hunde. Se me seca la garganta. Se me encoge el estómago. Me tiemblan las piernas y me tengo que agarrar al borde de la isla para no desplomarme como una muñeca de trapo. Observo el lento parpadeo de sus ojos contemplándome con admiración mientras la tela le resbala entre los dedos. Su cuerpo se cierne sobre mí y parece a punto de saltar como un resorte. Pero, en vez de eso, entierra la cara en el hueco entre mi cuello y mi hombro y resopla.

Le acaricio el pelo húmedo.

—¿Qué pasa? —pregunto con un delator tono de alarma.

Se toma su tiempo para responderme y me parece una eternidad. Se despega de mí lo justo, sin soltarme de la cintura, y me dedica una aniquiladora mirada de ojos entrecerrados.

—Que voy a explotar de las ganas que te tengo, Luna —confiesa con la voz secuestrada por la excitación—. Eso pasa. Así que, si te parece bien, voy a quitarte solo lo imprescindible y voy a follarte aquí mismo. Ahora mismo.

Me parece bien, aunque no creo que espere una respuesta. Y, menos mal, porque soy incapaz de articular una sola palabra.

Intuyo la prisa en sus párpados pesados.

En su boca entreabierta.

En su respiración convulsa.

En la vena histérica de su cuello.

Y la constato unos centímetros más abajo.

Así que, sin que hagan falta más explicaciones, me da la vuelta con presteza y me obliga a recostarme sobre la isla. La superficie está fría, pero no por mucho tiempo. Doblo los codos, él me levanta el vestido; separo las piernas; él me baja las bragas hasta las rodillas. Luego oigo el sonido de la cremallera de su pantalón deslizándose, ese maravilloso sonido, y, después, sin previo aviso, me agarra de las caderas e irrumpe dentro de mí con vigor, arrancándome un gemido inesperado. Y, al sentirlo tan adentro que podría romperme en dos mitades, experimento el miedo de una primera vez mezclado con la sensación de conocer a la perfección al otro. Todo, hasta las formas de su existencia misma.

—Oh, Eric... —musito, y la voz se me rompe al notarlo en el interior de mi cuerpo en toda su extensión.

Un alarido de placer redentor brota desde lo más profundo de sus entrañas. Al principio, permanece quieto unos segundos, empapándose, empapándose. Quizá cinco, quizá diez, no sabría precisar. Aprieto los dientes, los puños, cierro los párpados con fuerza. El dolor inicial, el que te pilla desprevenida, es demasiado excitante. Me gusta que me posea y que lo haga de forma cada vez más intensa, más fuerte que la anterior. Que sea más definitiva, como si no tuviera escapatoria. Y más demoledora. Como demoledoras empiezan a ser sus embestidas a continuación. Mientras se abre camino en mi interior con el frenesí que siempre ha caracterizado nuestros encuentros sexuales, el dolor se extiende por todo mi cuerpo. Lo siento en la pelvis, en el estómago, en los riñones, en mi garganta aturullada, en mis pechos pesados, que se salen un poco más del sujetador con cada acometida.

Y después del dolor, el placer.

La necesidad se torna exigencia.

Quiero más.

Mucho más.

Lo quiero todo.

Dentro de mí.

En cualquier parte del mundo, en cualquier momento, pero dentro de mí.

Por favor.

Con una mano, me mantiene sujeta por la cadera. Con la otra, se encarama al centro de mi placer y comienza a acariciarme de la forma adecuada; Eric sabe muy bien lo que me gusta y cómo me gusta. Me estremezco en cuanto mueve los dedos con habilidad, poniendo todo su empeño en encontrar el ritmo apropiado. Me descubro rígida enseguida. Dura como una piedra y, a la vez, porosa. Resbaladiza como un panal de miel. Yo jadeo; él jadea. Yo le suplico; él me castiga.

—Quiero hacerte esto todas las noches de mi vida —dice ahogando sus gemidos contra mi cuello.

—Y todas las mañanas —replico con los ojos en blanco de placer.

Su camiseta mojada se me adhiere a la espalda y sus rodillas me golpean en las piernas a causa de los embates. Los dedos de su mano izquierda se me clavan con fuerza en la cadera; los de la derecha presionan el punto mágico entre los húmedos pliegues de mi carne. No quiero que este momento termine nunca, quiero que el tiempo se pare y nos quedemos así, encajados el uno en el otro. Deseaba tanto que esto volviera a pasar, pero tanto... Me pongo de puntillas y contraigo la pelvis para que sintamos aún más placer. Él me agarra del pelo y a mí me parece lo más erótico del mundo. Noto su boca entreabierta contra mi hombro y lo oigo pronunciar palabras subidas de tono preso de la enajenación transitoria. Las piernas me tiemblan de forma incontrolada. Después, las fricciones se vuelven más rápidas, más intensas, más volcánicas. Y su cuerpo se hunde cada vez más en el mío. Más fundido. Más adentro. *Más. Más. Sigue. No pares.* Ambos convulsionamos en perfecta sincronía. *Mátame. Mátame ya. Mátame una y mil veces.* Y, después, morimos. Nos desprendemos de la piel, de los huesos y de los tendones; de los órganos, de los músculos, de las venas y de las arterias. Lo sólido transmuta en líquido. En lava caliente y viscosa que brota liberada desde lo más oscuro y profundo de la tierra. Y después de los aullidos y los temblores, la ingravidez de los cuerpos y el abandono. El aliento convexo. Los sudores mezclados. Los efluvios de placer ajeno derramados sobre las pieles. Lo físico elevado a metafísico.

La convicción de que me ama.

De que lo amaré siempre.

—Quiero más, Eric —susurro después de los espasmos.

Él se derrumba sobre mí como un peso muerto.

—Entonces te daré más.

* * *

Cuando la bañera termina de llenarse, cierro el grifo y me sumerjo en el agua caliente. La sensación de bienestar que me invade es instantánea. Todos los poros de mi piel se abren para recibir el calor. Mis sentidos se despiertan. Percibo el agradable aroma de las sales de baño y la envolvente caricia de la espuma. Se me relajan los músculos.

Me recuesto y cierro los ojos esbozando una sonrisa.

«Seguro que el paraíso se parece bastante a esto», pienso entre suspiros.

—Hazme un poco de sitio ahí, nena.

Abro de nuevo los ojos y ladeo la cabeza. Eric trae en la mano las dos copas de champán que ha ido a buscar. Está arrebatador, como siempre después del sexo. Su pelo revuelto atesora la felicidad física que salpica cada ángulo de su cuerpo. Contemplo su torso cincelado sin un ápice del pudor que me había dominado antes, en los prolegómenos de nuestra segunda primera vez. Luego, un poco más abajo. Su regia masculinidad se perfila contra la tela de la única prenda de ropa que lleva puesta: un bóxer Björn Borg de color azul cielo. Me muerdo los labios y siento que vibro de cintura para abajo. No ha pasado mucho rato del episodio de pasión urgente de la cocina. ¿Veinte minutos, quizá? El segundo orgasmo ha sido aún más devastador que el primero. No obstante, sigo sin hallar alivio a la comezón que me asalta entre las piernas cada vez que admiro su cuerpo. Pero es que toda esa piel, todos esos músculos, todo eso que tiene Eric ahí es la llama que prende la mecha.

Contengo un suspiro delator y me incorporo. Él deja las copas burbujeantes en el borde de la bañera, se quita los calzoncillos y se sienta detrás de mí con las piernas flexionadas. Yo me acomodo entre ellas y apoyo la espalda en su pecho y los codos sobre sus rodillas. Sus brazos me envuelven. Un discreto gemido de placer brota de su garganta.

—Cómo echaba de menos esto —confiesa—. Esta sensación de no tener nada pendiente.

—Hay quien lo llama felicidad.

—Para mí la felicidad es otra cosa.

—¿Qué?

Sus dedos acariciantes se deslizan sobre mis brazos en dirección ascendente.

—Verte... Oírte... Olerte... Tocarte... Saborearte —enumera con una turbadora voz aterciopelada.

—¿Nada más?

—Nada más.

Sonrío satisfecha sin que me vea.

—Te contentas con poco —respondo con disimulo.

Él se ríe expulsando el aire por la nariz.

—Ya me conoces, no soy nada exigente —responde con ironía.

Me inclino y le tiro un poco de agua a la cara.

—Idiota —mascullo.

Eric vuelve a reírse, esta vez de forma más abierta y franca, y el sonido de su risa ejerce sobre mí un poder terapéutico y liberador. Como terapéutica y liberadora es la certeza de que estoy más cerca de él de lo que ninguna otra persona estará jamás. De que, por fin, hemos puesto punto final a la soledad.

—Y a ti, ¿qué te hace feliz?

—Esta bañera.

Ahora es él quien me salpica a mí. Su gesto supone el pistoletazo de salida para una guerra que ninguno de los dos parece estar dispuesto a perder. Chapoteamos como dos críos exultantes y nos lanzamos nubes de espuma el uno al otro. El suelo se llena de agua. El ambiente, de júbilo y risas. Y todos los nudos de mi cuerpo se disuelven como si nunca hubieran existido. Después, jadeante y risueña, me siento frente a él, enredadas mis piernas entre las suyas. Él me quita un rastro de espuma que me cae por la frente antes de que me entre en el ojo; son estos pequeños gestos los que encierran todo el peso del vínculo que nos une. Después extiende el brazo para coger las copas de champán que han permanecido indemnes a la batalla. Me ofrece una y se queda la otra.

—¡Por las bañeras! —exclama, alzando la suya.

—¡Y por todo lo que se puede hacer en ellas!

Nos miramos a los ojos imbuidos de complicidad y brindamos al grito de

«Skål!». El cristal tintinea. Él bebe, yo bebo. Las burbujas me provocan un placentero cosquilleo en la garganta.

—Guau. Acabo de descubrir que este champán también me hace feliz.

—Lógico, nena. Es un Dom Pérignon Rosé. ¿Sabes lo que cuesta la botella? —pregunta enarcando una ceja con aire de superioridad.

Ha sonado muy de tío rico, lo que activa de forma automática mi odio clasista. No me gusta cuando alardea de su estatus económico, no le pega nada esa actitud. Puede que sea uno de los principales accionistas y el director de Ventas y Finanzas de una importante multinacional farmacéutica, que su casa sea una oda enorme a la arquitectura y al diseño de vanguardia, que tenga una cuenta corriente —o varias; muchas, lo más seguro— con tantos ceros a la derecha como tiene la mía —la única— a la izquierda. Pero el Eric de verdad, el que habita bajo la última capa, es un hombre sencillo.

Y, aunque pueda parecer todo lo contrario, nadie le ha regalado nada.

Le deslizo una mirada de párpados pesados.

—Ni lo sé ni me importa. No soy materialista. Ya deberías saberlo a estas alturas.

—Lo sé, *älskling*. Claro que lo sé. Es una de las tres razones por las que me gustas tanto.

Frunzo las cejas con aire inquisitivo.

—¿Y las otras dos?

Eric da otro trago a su copa, me quita la mía y vuelve a dejarlas en el borde de la bañera. Luego se inclina sobre mí y me acaricia los pechos con ambas manos.

—Estas.

La piel se me eriza al instante.

—Ya veo... —musito, incapaz de disimular la excitación. Bajo la vista y observo sus manos amasantes—. ¿No te parece que son demasiado...?

Él detiene el movimiento y los palpa como si estuviera calibrando su medida.

—Demasiado apetecibles, sí —dice antes de sellar su afirmación juntando ambos pechos con las manos y besándolos de forma suave y excitante.

Entorno los ojos y gimo embargada por la creciente pulsión que se ha desencadenado por debajo de mi estómago.

—Me vas a matar...

—Todavía no. Antes quiero follarte otra vez.

Eric estira las piernas y yo me siento encima a horcajadas, abriéndome como un capullo en flor. Me sujeta por detrás, con una mano en cada nalga y me levanta con cuidado hasta que nos encajamos el uno en el otro. Jadeo y él repite el movimiento al mismo ritmo.

—Qué maravilla —contesta en voz baja y con gesto ausente mientras me penetra por completo.

Tardamos muy poco en erupcionar. Somos como dos volcanes en busca de un lugar donde despertar juntos. Y después, desinflamadas las pasiones, en un gesto tierno y desesperado al mismo tiempo, me envuelve las mejillas con las manos y apoya la frente sobre la mía.

—Luna.

Siento un escalofrío; oírlo llamarme así es como una especie de caricia.

—¿Qué, Eric?

—Te quiero mucho. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, pero dímelo en sueco. Hace demasiado tiempo que no lo escucho.

—*Jag älskar dig, min lilla Luna. Jätte, jättemycket* —susurra sobre mi boca.

* * *

Envuelta en un albornoz blanco extragrande, observo la imagen que me devuelve el espejo. A mi lado, Eric me peina con suavidad, provocándome una placentera sensación que se me extiende por todo el cuerpo, desde la coronilla hasta los dedos de los pies.

—Me encanta tu pelo —dice sin perder la concentración en lo que está haciendo—. Deberías llevarlo suelto más a menudo.

«Y a mí me encantas tú entero», pienso.

Él todavía está mojado. Al salir de la bañera, el agua se ha deslizado por su cuerpo y ha dejado un enorme charco en el suelo, pero las gotas más rebeldes se le han quedado adheridas a la piel. Lleva una toalla del mismo color que el albornoz enrollada a la cintura, por debajo de la pronunciada uve de su abdomen. Me gusta lo que veo, aunque es difícil de creer que no sea

fruto de mi imaginación traicionera. Sus ojos azules centellean con intensidad bajo la luz templada del cuarto de baño. Y, entonces, me da por pensar en lo caprichosa que es a veces la vida. Hace un rato, yo estaba en esa ridícula fiesta de empresa, rodeada de toda esa ridícula gente y sus ridículas conversaciones de labios que emiten sonidos y sonidos que me parecen silencios, con la determinación de pasar página, imaginando cómo sería mi vida mañana, y pasado mañana, y el día después de pasado mañana.

Mi vida sin él.

Pero, apenas un par de horas después de que el destino haya decidido ponernos a cada uno en su sitio, he vuelto a la intimidad de su casa, a la seguridad de sus brazos, al calor balsámico de su piel, al placer invasor de su cuerpo y a las promesas de sus labios. He dejado que me lave, que me peine, que me quite los restos de maquillaje de los ojos con los dedos. «A ti no te hace falta nada de esto. Eres preciosa al natural y sin artificios», me ha dicho con dulzura antes de besarme los párpados limpios.

He dejado que me ame otra vez.

Porque no haberlo hecho habría sido un error.

Exhalo y él me mira a través del espejo.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

—En que todavía no me creo que esté aquí contigo.

—Yo tampoco —dice mientras apoya la barbilla en mi hombro y posa las manos en el nudo del cinturón del albornoz, con el peine entre los dedos—. Pero estás. —Me da la vuelta y me pregunta con ansiedad—: Y no vas a irte, ¿verdad, *älskling*?

—No, Eric. No voy a irme a ningún sitio.

—Te he extrañado tanto que la vida se me ha hecho muy cuesta arriba. Menos mal que solo ha sido un breve paréntesis, porque empezaba a volverme loco sin ti.

—¿Significa esto que hemos vuelto?

Eric me dedica una adorable sonrisa.

—Uno no puede volver de donde nunca se ha ido, ¿no te parece? —dice y me aparta un mechón mojado de la cara.

Y ahí, reflejada en su mirada oceánica, descubro la mejor versión de mí misma. La que es capaz de perdonarlo todo, de olvidarlo todo, de entenderlo

todo. Yo, que me había sentido sola y a oscuras, como un ser microscópico flotando sin rumbo en el líquido amniótico.

Pero la verdad es que nunca he estado sola.

Porque él siempre ha estado aquí.

Unido a mí como un cordón umbilical.

Me pongo de puntillas y me enrosco en su cuello. Me siento ligera. Cuando se ama y el amor es correspondido, el cuerpo parece liviano.

—Oh, Eric —sollozo con los labios temblorosos—. He tardado demasiado en comprenderlo.

* * *

En el dormitorio.

La cálida luz de la lámpara se derrama sobre nuestra piel desnuda. Estamos muy juntos en la cama. Él, bocarriba, con un brazo cruzado por detrás de la nuca y el otro rodeándome de forma protectora. Yo, de lado, apoyada sobre su pecho, con las piernas enredadas entre las suyas, dejándome proteger. El calor que desprende su cuerpo es reconfortante. La noche se percibe calma a través de los grandes ventanales sin cortinas ni persianas que circundan la habitación. No se oye nada, a excepción de nuestras respiraciones acompasadas y el sonido de mis dedos acariciando el casi inexistente vello rubio y fino que se difumina a lo largo de su atlético abdomen hasta el pubis. Es cierto que la casa está insonorizada y que, gracias a su privilegiada situación a los pies de la sierra de Collserola, su inquilino está exento de soportar el desquiciante barullo urbano. Pero yo prefiero pensar que esta ausencia de ruido significa que todo está en paz.

Por fuera y por dentro.

—Qué tranquilidad —comento entre suspiros.

—Ajá.

El sonido de su voz me llega amortiguado a través de la caja torácica.

—Eres muy afortunado, ¿sabes? Ojalá yo viviera en un sitio como este, apartado del mundanal ruido.

—Eso tiene fácil solución, nena.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir.

Levanto la cabeza para mirarlo.

—¿Me estás haciendo una proposición, acaso?

Eric me devuelve una mirada de reojo y frunce los labios.

—Puede.

Me pregunto qué opinaría su padre de eso, pero me trago mi curiosidad para no poner en peligro la perfecta intimidad que reina entre nosotros.

—Estás loco, *Iceman* —digo sin poder reprimir una sonrisa. Luego vuelvo a apoyar la cabeza en su pecho.

—¿Eso es que sí?

Sus dedos se pasean por mis hombros y se me eriza la piel.

—¿Que sí a qué?

—A venir a vivir conmigo —responde sin mostrar un ápice de duda.

Sus palabras forman una nebulosa dentro de mi cabeza. No voy a negar que he coqueteado con la idea en más de una ocasión. Eric y yo viviendo juntos. Despertándonos juntos. Desayunando juntos. Le pondría la corbata por la mañana y se la quitaría por la noche, sería como una especie de ritual sagrado. Me acostumbraría a verlo afeitándose. Cepillándose los dientes. Perfumándose. Desperezándose. Rascándose la espalda. Atándose los cordones. Cocinaríamos juntos. Veríamos la tele y nos quedaríamos fritos en el sofá. Nos bañaríamos en la fabulosa piscina de la parte de atrás cuando hiciera calor. Puede que incluso invitásemos a Dani y a Alberto a una gran barbacoa. Por las noches, contemplaríamos las estrellas acurrucados en una hamaca; el cielo se ve muy nítido desde aquí. Haríamos el amor en cada rincón. La casa se llenaría de mí. De nosotros. De nuestros viajes. De nuestras fotos. De nuestras cosas. Sí, sería maravilloso vivir aquí con él y convertir este lugar tan frío en un auténtico hogar. Quiero decírselo, pero no puedo hablar; el vértigo me atenaza la garganta. Bajo la piel, noto cómo mi propia sangre entra en un estado de efervescencia.

Es el miedo, que ha vuelto.

¿Y si no estoy a la altura de una casa como esta? ¿De una relación como esta? ¿De un hombre como este? ¿Y si se arrepiente? ¿Y si las cosas vuelven a torcerse entre nosotros?

Dejo la mano quieta sobre su estómago y siento el ir y venir de su

respiración bajo la palma.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunto con el ánimo en suspenso.

Eric descruza el brazo de la nuca y me coge la mano con firmeza.

—Porque no puedo esperar más. Necesito amanecer a tu lado cada día para mantener el equilibrio.

El corazón me da un vuelco.

Un extraño mutismo se apodera de nosotros. Entonces decido romper el hielo; no quiero que nada enturbie este momento. Me deshago de su brazo envolvente con delicadeza, flexiono el codo y apoyo la cabeza en el envés de la mano. Él me imita de inmediato en la postura. Escudriño su rostro en busca de algún indicio que revele su estado de ánimo, pero su expresión es indescifrable.

—Tengo miedo de que no sea perfecto —acabo confesando.

—Yo no quiero que sea perfecto, Luna. Solo quiero que sea contigo.

Una sacudida me recorre el cuerpo. El latido se me acelera y me oprime el pecho con fuerza. Es lo más bonito que me han dicho en la vida.

Y es tan bonito que acojona.

—¿Crees que funcionará?

—No lo creo, lo sé.

—Pero somos muy distintos, Eric. Como el positivo y el negativo de una misma foto. Yo soy caótica y desordenada. En cambio, tú aspiras a tenerlo todo bajo control.

—En realidad, nos parecemos mucho más de lo que crees. Los dos somos fuertes y frágiles al mismo tiempo. Los dos nos sentimos incomprendidos, aunque eso es lógico si tenemos en cuenta que, cuando la gente se encuentra con una forma de ser compleja como la nuestra, tiende a afianzarse en las cosas básicas. Y los dos preferimos la soledad a estar con otras personas charlando sobre cosas insustanciales.

Menuda radiografía.

—Yo no tengo tan claro que sea fuerte.

Su mirada es pura y sincera.

—Sí lo eres, *älskling*. Estás hecha de un material elástico. Pero aún no lo sabes.

—Parece que me conoces mejor que yo misma —confieso con cierto tono

melancólico.

—Ya habrá tiempo para eso, Luna. Solo tienes veinticinco años.

Frunzo el ceño, contrariada.

—Ya, y tú treinta y tres. Puede que tengas más mundo que yo a las espaldas, pero tampoco hay tanta diferencia, así que no te las des de experimentado conmigo.

Sonríe con ternura y las arrugas de sus ojos se acentúan de forma arrebatadora.

—Eres preciosa. —Me coge la mano y se la lleva a los labios—. Absolutamente preciosa.

—Además de caótica y desordenada.

—Y de intensa —Me besa un nudillo—... Apasionada —Me besa otro— ... Inteligente —Y otro—... Honesta —Y otro más... —Única.

Después, rueda sobre el colchón hasta colocarse encima de mí y me besa con los ojos cerrados.

Y yo siento que floto.

—Quiero vivir contigo, nena —dice, acariciándome la mejilla con la punta de la nariz.

Deslizo las manos hacia sus nalgas.

—Y yo contigo, nene.

—¿Entonces? —Su voz se tiñe de un adorable tono impaciente—. ¿Cuándo vas a mudarte?

Titubeo.

—En algún momento.

Él resopla de forma ruidosa y me lleva los brazos por encima de la cabeza.

—Eso no me vale. ¿No puedes ser un poco más específica?

Sonríe y niego con la cabeza.

—Eres muy obstinado, señor Grau.

—¿Cuándo? —insiste.

—Primero tengo que ahorrar para comprarme un coche. Esta casa está en el culo del mundo y no pienso depender de ti todo el tiempo. Además, no puedo dejar tirado a Dani de un día para otro. Si entre dos ya es difícil pagar el alquiler, imagínatelo a él solo...

Eric sisea como si quisiera quitar importancia a mis palabras.

—Dile que no se preocupe. Yo mismo me haré cargo del alquiler hasta que encuentre a otra persona con quien compartir el piso. ¿Qué? No me mires así. No sé cuánto pagáis, pero seguro que puedo asumirlo. En cuanto a lo del coche, no necesitas ahorrar nada. Yo te lo compraré. Tú solo tienes que elegir el modelo que más te guste.

Suelto una carcajada sarcástica.

—Sí, claro. ¿Te imaginas la cara que pondría tu hermano Johan si se enterase?

A Eric se le endurecen las facciones de golpe.

—Pues si le molesta que te compre un coche, que se joda.

Se aparta de mí, con el semblante rígido y oscurecido, y se sienta con la espalda apoyada contra la pared y la vista fija en algún punto indeterminado de la habitación. Me parece vislumbrar en su mirada un odio nuevo, más intenso y feroz. Algo se me escapa, estoy convencida. Me acerco a él con sigilo y deshago el puño crispado que descansa sobre su muslo. Él se pasa la otra mano por las mejillas y el mentón y el roce de la barba incipiente produce un ruido seco.

—De todas formas, no creo que vaya a necesitarlo todavía. Lo más seguro es que me quede sin trabajo.

—Tú no vas a quedarte sin trabajo —responde enseguida.

Fijo la vista en sus dedos y jugueteo con ellos.

—Ya, bueno. Por si no te has dado cuenta, antes he mandado a mi jefe a tomar por el culo.

Eric se ríe de forma espontánea.

—Seguro que esta noche no duerme pensando en que ha perdido a «su cliente más importante» —digo en tono de burla. Pongo los ojos en blanco y bufo—. Mañana te llamará para suplicarte que vuelvas a su lado, ya lo verás; ese tío está enamorado de ti.

Se vuelve a reír. Me vuelvo a derretir.

—¿Habrías ido a la fiesta si no hubieras tenido la certeza de que yo estaría allí?

—¿Tú qué crees?

—Que esta noche habrías ido a buscarme a cualquier parte.

—*Mycket bra* —dice, revolviéndome el pelo con cariño—. Por fin vamos entendiéndonos. —Eleva la vista por encima de mi cabeza—. Oh, mira. Parece que al final sí habrá fuegos artificiales. Salgamos a verlos.

* * *

Desde la terraza de su dormitorio, la danza pirotécnica de la verbena de San Juan parece una lejana mancha de luz y color que titila en el horizonte añil oscuro. Aquí arriba corre una agradable brisa fresca. Me apoyo sobre la baranda de metal y Eric me rodea por detrás, al abrigo de su cálido cuerpo.

—¿En Suecia también se celebra? —pregunto.

—Pues sí, aunque no tiene lugar por definición el 24 de junio, sino un día situado entre el 20 y el 26 que puede variar según el año. Nosotros lo llamamos *Midsommar* y es uno de los acontecimientos más importantes del calendario.

—¿Y cómo es?

—Mágico —admite con cierta nostalgia—. No se parece en nada a lo que se suele hacer por aquí. En Suecia no se prenden hogueras en la playa para celebrar el solsticio de verano ni nada por el estilo. Las familias se reúnen al completo para comer al aire libre. A los suecos nos gusta mucho estar en contacto con la naturaleza, ¿sabes? El menú tradicional de *Midsommar* consiste en patatas nuevas y arenques cocinados de distintas formas y servidos con mucho cebollino picado y crema agria. Si por algún motivo no hubiera todavía patatas nuevas, se importan de algún país más cálido. Pero lo que sí debe haber, cueste lo que cueste, son fresas suecas de postre. Y vaya si cuestan. ¡Un ojo de la cara! Ah, y *nubbe*.

—¿*Nubbe*?

—Un aguardiente especiado que se sirve muy frío.

Caray con los suecos.

—¿Y qué más?

—A ver, qué más. Las mujeres y las niñas se adornan el pelo con coronas de flores silvestres, que simbolizan la buena suerte. Y todo el mundo baila alrededor del *midsommarstång*, una enorme estaca de madera adornada con ramas y flores, y canta canciones tradicionales suecas.

—Cántame alguna —le pido.

Eric se aclara la voz y empieza a cantar impostando la voz.

—*Små grodorna, små grodorna är lustiga att se. Ej öron, ej öron, ej svansar hava de.*

A mí me entra la risa.

—Lo sé, lo sé —confiesa, riéndose él también—. Canto muy mal.

Después, más risas.

Y, después de las risas, un suspiro.

Un silencio.

Me doy la vuelta y apoyo las manos sobre su pecho desnudo. Él me abraza por la cintura.

—Prométeme que algún día me llevarás.

—¿Te gustaría ir?

—Mucho. Me encantaría vivir eso del Midsommar en primera persona.

Eric medita durante unos segundos, parece como si estuviera calculando algo mentalmente.

—Muy bien —dice al cabo—. Entonces será mejor que me dé prisa en comprar los billetes.

Frunzo el ceño. No entiendo nada.

—¿Qué quieres decir?

Me dedica una sonrisa adorable.

—Que mañana nos vamos a Estocolmo, *älskling*.

La traca final de los fuegos artificiales retumba a lo lejos.

Capítulo 23

El agua fresca me ayuda a despejarme. Cuando el chorro automático del grifo se corta, me miro en el espejo. Un suspiro reprobatorio emerge de mi garganta. Siendo objetiva, no tengo muy buen aspecto. El pelo, enredado y con un volumen que triplica el habitual; los ojos, hinchados como consecuencia de la falta de sueño; la ropa, inapropiadamente nocturna. La tensión se me acumula por todo el cuerpo. Desde el agarrotamiento del cuello, hasta las marcas de las uñas que me he clavado sin darme cuenta en las palmas de las manos cuando el piloto de Scandinavian Airlines ha anunciado el aterrizaje.

—¿Ya hemos llegado, *älskling*? —me ha preguntado Eric, desperezándose.

Al menos uno de los dos ha podido dormir un poco durante el vuelo. Yo, en cambio, he sido incapaz; los nervios me bailaban en el estómago desde que habíamos embarcado en Barcelona.

Esto es una locura.

Y como todas las locuras, es maravillosa.

Son las 13:23. Unas cuantas bolsas con distintos logotipos de marcas de moda y cosmética reposan sobre el mueble nacarado de uno de los asépticos cuartos de baño de la terminal de llegadas. En el interior hay repartidos varios artículos de aseo personal, ropa, calzado, unas gafas de sol y algunos conjuntos de ropa interior. Todo recién adquirido con urgencia en el aeropuerto de Arlanda por unas nada desdeñables siete mil cien coronas suecas, seiscientos noventa euros aproximadamente, porque he viajado con lo puesto.

Igual que Eric.

—El avión sale a las 8:10 —anunció anoche, cuando hubo terminado de comprar los billetes desde la cama.

—¿Tan temprano? ¿Entonces cuándo voy a pasar por casa para coger mis cosas?

—No te preocupes por eso, nena —replicó con un gesto desmayado de la mano—. Ya compraremos por ahí lo que nos haga falta.

Me aseguró que él tampoco llevaría equipaje y que, como yo, incluso se pondría la misma ropa —que, por cierto, se había quedado húmeda y arrebujada en el suelo de la cocina después del arrebato de pasión—. Eso sí, por motivos diferentes: en mi caso, porque no me quedaba otro remedio; en el suyo, por solidaridad conmigo, según dijo. Y aquello me pareció de lo más romántico. Impulsivo y descabellado, sí, pero muy romántico.

—¡Y yo que creía que *Iceman* no era capaz de improvisar! —exclamé mientras me subía encima de él y me apretaba contra su cuerpo desnudo.

—*Iceman* sería capaz de cualquier cosa con tal de verte feliz.

Lo malo es que, a las siete mil coronas que se ha gastado en lo mío, hay que sumarle las veinte mil que se ha gastado en lo suyo, además de en una maleta Louis Vuitton que ha comprado para guardarlo todo.

En total, unas treinta mil coronas suecas.

Más de tres mil euros.

Madre mía. Y eso que todavía no hemos salido del aeropuerto.

—No seas tonta —me ha reprendido al lamentarme—. Ya sabes que el dinero no supone ningún problema para mí.

—Sí, pero...

—Pero nada.

Y, a continuación, ha sellado mis labios con un beso de tornillo tan indiscreto que ha conseguido sacarle los colores a la joven dependienta de Louis Vuitton. Pobre chica.

Después de lavarme los dientes y recogerme el pelo en un moño informal, me cambio por fin de ropa en la privacidad del retrete; juro que nunca más volveré a ponerme unos zapatos de tacón de diez centímetros ni un vestido del que tenga que estar constantemente tirando hacia abajo. Eric me ha obligado a comprar de todo porque, según él, el clima en Suecia es muy variable incluso

para esta época del año. Y, por lo visto, la frase «no existe el mal tiempo, sino la ropa inadecuada» es una máxima para los lugareños. Como hace calor, me decido por un veraniego vestido blanco a rayas y unas cómodas sandalias plateadas. Luego enciendo el móvil. Telia, la compañía telefónica que figura ahora en la pantalla, me da la bienvenida al país a través de un mensaje y me recuerda el coste de la llamada por minuto. Una información que por supuesto ignoro porque no tengo la más mínima intención de llamar a nadie. Así que, en cuanto respondo el WhatsApp que el histórico de Dani me ha enviado esta mañana para preguntarme si estaba viva, vuelvo a desconectarlo.

Estoy en Estocolmo con Eric.

Volveré el domingo por la noche.

Todo va bien. No te preocupes ;)

Cojo mis cosas, me doy un último repaso en el espejo y salgo fuera. Eric me está esperando junto a la puerta, con sus nuevas gafas de cristales polarizados apoyadas en la frente y una sonrisa tan deslumbrante como el sol que se filtra por las cristaleras del edificio. Esa preciosa sonrisa suya de siempre, limpia y con toda la cara. Cuando me ve, deja ir un espontáneo silbido de admiración.

—Caray, qué bien te sienta a ti Estocolmo —dice, repasando con descaro mi vestido nuevo.

A mí se me contagia su sonrisa. Me coge de la mano con firmeza y yo, agradecida a la vida por la facilidad de lo conocido, me dejo guiar.

—Vamos, pequeña. La ciudad nos espera.

* * *

Después de cuarenta minutos de trayecto durante los que no he podido parar de contemplar el paisaje por la ventanilla, el taxi nos deja en el número 43 de Styrmansgatan, frente a un elegante edificio de cuatro plantas de aire señorial. Los nombres de los vecinos figuran junto a cada uno de los timbres en el portero automático. Grau Hansson, cuarto piso. En el ascensor, nos cruzamos con un vecino, un anciano bien vestido que apenas nos mira y que pronuncia un

casi inaudible «*God dag*» que Eric le devuelve con formalidad. «Supongo que la efusividad no es el punto fuerte de los suecos», pienso y esbozo una sonrisa sarcástica.

—Así que esta es tu casa —le digo cuando abre la maciza puerta, tratando de no sonar demasiado impresionada.

Me invita a entrar delante de él. Dejo mis sandalias apiladas en la entrada junto a sus zapatillas y lo sigo hacia el interior. El suelo, de madera rústica, cruje al andar. Huele a nuevo y a recién pintado, es probable que haga poco tiempo que es el propietario. Como era de esperar, el piso es enorme. En un mismo ambiente, la cocina, equipada con electrodomésticos de alta gama, y el salón. Todo muy blanco, muy luminoso, muy nórdico, como a él le gusta. Y muy vacío, también. Todo lo que hay es un sofá con varios cojines, un pequeño mueble sobre el que reposan una pantalla de televisión extraplana y unos cuantos libros en sueco, unos pocos cuadros de pintura abstracta apoyados en el suelo, una gran lámpara metálica que pende del techo, una mesa y un par de sillas de diseño funcional. Encima de la mesa, junto a un par de velas puramente decorativas, un ejemplar viejo del diario *Dagens Nyheter*, imagino que de la última vez que estuvo aquí.

Eric abre uno de los tres grandes ventanales de la sala para ventilarla. Me asomo y observo las vistas con curiosidad.

—¿Ves eso de ahí? —me pregunta mientras señala un gran edificio de color ocre—. Es el Historiska Museet, el museo de historia de Suecia. Oh, y aquello —añade y señala otro punto, esta vez un área verde y frondosa— es el parque Karlaplan.

A continuación, me enseña el cuarto de baño, bastante menos lujoso que el de su casa de Barcelona, pero muy práctico y moderno, y después, las tres habitaciones restantes, muy espaciosas también, aunque, por ahora, solo su dormitorio está medio amueblado. Deja la maleta en el suelo y se sienta en el borde de la enorme cama, forrada con una funda nórdica de color azul.

—¿Qué te parece? —dice, atrayéndome hacia sí por la cintura.

Me coloco entre sus largas piernas. Entierro los dedos en su pelo y le acaricio la nuca.

—Muy grande. ¿Cuántos metros cuadrados tiene?

—Ciento veinticinco.

Suelto un silbido.

En el taxi me ha dicho que este barrio del norte de Estocolmo, Östermalm, es el más caro de la ciudad. Las mejores galerías de arte y las *boutiques* de moda más chic se concentran aquí. Biblioteksgatan figura en el puesto número treinta del *ranking* de las cien calles más caras del mundo. Y en Stureplan, una plaza a un escaso kilómetro de donde estamos, se encuentran el prestigioso restaurante Sturehof y la Sturegallerian, un exclusivo centro comercial. Incluso Zlatan Ibrahimovic, el famoso jugador de fútbol, tiene una casa en la zona, al parecer.

Madre mía, no me quiero ni imaginar lo que le habrá costado la suya.

—Hace muy poco que la he comprado, así que apenas he tenido tiempo de estrenarla. La última vez que estuve aquí fue en mayo, cuando tuve que venir a Estocolmo de urgencia justo después de lo de Roma, ¿te acuerdas?

«Cómo iba a olvidarlo», me digo con pesar. Y, al pensar en aquello, y sobre todo, en lo que vino después, una rabia espesa y agria, que no puede ni tragarse ni escupirse, se apodera de mí.

—¿Quieres saber lo que me imaginé entonces?

Asiento con un gesto de la cabeza.

—Que terminábamos de decorarla juntos. Y te imaginé exactamente igual que hoy, mirando por la ventana en un día de verano. Y comiéndote unos *kanelbullar* en la cocina.

El estómago me ruge y me recuerda que lo único que he ingerido desde esta mañana es un horripilante café con leche aguado en el vuelo.

—Pues no me importaría recrear esa parte.

Eric se ríe y me da un beso tierno en el estómago, a la altura del ombligo.

—Lo siento, nena, pero me temo que eso no será posible. No creo que en la despensa haya más que un par de cápsulas de Nespresso. —Después, algo más serio, añade—: Tal vez tendría que haber reservado una habitación en el Grand Hôtel. Así mi chica habría disfrutado de todas las comodidades del mundo durante su estancia en Estocolmo.

Lo tomo de las mejillas y me inclino hacia él.

—Tu chica no necesita todas las comodidades del mundo. Lo único que necesita es estar donde tú estés. Y, créeme, con o sin *kanelbullar*, esta casa es perfecta y me muero de ganas de decorarla contigo.

—*Min lilla Luna* —dice entre suspiros—. ¿Qué haría yo sin ti?

—Me interesa más saber lo que harías conmigo —le susurro al oído antes de morderle con suavidad el lóbulo de la oreja.

—Empezaría por quitarte la ropa —responde con sensualidad mientras sus manos recorren con parsimonia la distancia entre mi cintura y mis caderas.

Me mira.

Lo miro.

Uno de los tirantes de mi vestido resbala y se me cae hacia el hombro. Así que, tras un cruce de miradas ardientes, nos desplomamos sobre el colchón y nos desnudamos con avidez. Nos pasamos la lengua por todo el cuerpo el uno al otro, demorándonos, yo en su vientre y un poco más abajo; él, en la cara interna de mis muslos húmedos y trémulos. Cada vez que jugamos con fuego, terminamos empapados.

—¿Esto también te lo habías imaginado? —le pregunto con los ojos velados de placer.

—Ya lo creo.

Y con el inextinguible sol de verano entrando a raudales por la ventana, me penetra hasta el fondo y me arranca un escandaloso aullido de placer.

Siento las ráfagas una tras otra.

Hasta que por fin estallo y alcanzo el clímax. Él continúa a pesar del orgasmo que me sacude y no se retira hasta que consigo calmarme.

—Ahora todo el vecindario sabrá que el del cuarto está en casa —digo sofocada y respirando de forma entrecortada.

Él frunce el ceño y me acaricia los pechos, que suben y bajan con agitación a causa del esfuerzo físico.

—No lo tengo tan claro. Me aseguraré, por si acaso —replica antes de volver a la carga.

Dios mío, este hombre es insaciable.

* * *

Estocolmo está asentada sobre catorce islas comunicadas por cincuenta puentes entre las aguas del mar Báltico y el lago Mälaren. Por eso, la ciudad huele a piedra de río y a agua que fluye. Pero también huele a canela, a clavo y a cardamomo. A madera. A salitre. Y a manzano. Hace un día espléndido. El

inagotable sol se cuele entre las hojas de los últimos cerezos en flor que quedan en Kungsträdgården, hasta donde llegamos dando un paseo cogidos de la mano por el muelle de Strandvägen. La vida burbujea a nuestro alrededor como una fuente de colores. Nos rodean el verdor del verano, el rojizo de los ladrillos cara vista y, sobre todo, el envolvente azul del cielo, quizá el más intenso que haya visto nunca.

—¿Es como te la habías imaginado?

—No, es mil veces más azul. ¿Crees que existirá el color azul Estocolmo?

—Ni idea. Pero si no existe, lo acuñamos.

Eric señala esto y aquello, me explica qué es cada edificio y cuál es su historia, cómo se llaman las calles. Al hablar, gesticula con entusiasmo y se ahueca el pelo. Yo escucho atenta y sin decir nada, abrazando el paisaje para que la piel lo absorba y la retina lo preserve intacto. Si él supiera lo que significa para mí estar aquí... Si tuviera la más remota idea de la existencia de mi síndrome... Me fascina lo que veo. Las avenidas son anchas y luminosas; la arquitectura, imponente y colorista; la gente, ridículamente guapa, elegante y bronceada.

—Joder con las suecas. Son todas iguales: altísimas, rubísimas y delgadísimas.

Eric se ríe de manera espontánea.

—Sí, un aburrimiento. Por eso, a mí me van más las mediterráneas de estatura media, castañas y con curvas —dice antes de guiñarme un ojo.

Yo sigo con la mirada a unos y a otros.

—Pues a mí los suecos sí me gustan —confieso sin disimular ni un ápice.

Él me levanta del suelo cogiéndome de la cintura y nos ponemos a dar vueltas como una peonza a la luz de la tarde escandinava, presos de un sentimentalismo rebelde. Mi vestido vuela en el aire al compás de su pelo dorado.

—Conque sí, ¿eh? Pues vas a tener que conformarte con uno medio sueco.

—Bueno, si no hay más remedio...

Nos reímos, nos acercamos el uno al otro, nos besamos todo el tiempo sin poder evitarlo. Sin querer evitarlo. No recuerdo haber sido tan feliz en toda mi vida. Siento que le pertenezco a él, que pertenezco a este lugar, que aquí podemos ser él y yo sin miedos, amarnos sin que nada nos lo impida, sin temor

a que puedan descubrirnos. Y oigo música, no sé de dónde viene ni si está sonando de verdad, pero juro que en mis oídos suenan todas las canciones de amor de la historia. Y así, bien apretaditos, entre risas y arrumacos que demoran nuestro ritmo, llegamos a Gamla Stan, el casco histórico, donde, según me explica mi atractivo guía particular, se fundó la ciudad en los albores del siglo XIII.

—Te va a encantar, ya lo verás. Es la esencia de Estocolmo.

Dejamos atrás el Palacio Real, la catedral, el rumor veraniego de las gaviotas sobrevolando las serenas aguas bálticas en Riddarholmen y, un poco más atrás, la emblemática torre del ayuntamiento. Las calles, adoquinadas y bastante más estrechas aquí, conforman un armonioso laberinto de edificios antiguos, aunque muy bien conservados, tiendas de artesanía local, cafeterías, restaurantes, pequeñas zonas ajardinadas y plazas como la concurrida Stortorget, circundada por casas de colores y callejones intrincados. Eric tenía razón, la imagen es una auténtica postal. Me pregunto si este lugar será igual de hermoso en invierno, cuando los rojos, los amarillos y los azules de las fachadas se reflejen en el blanco níveo del suelo helado. Y después se lo pregunto a él.

—No solo esta plaza. La ciudad entera parece sacada de un cuento con todas sus calles nevadas. Los canales de Estocolmo se congelan en invierno y esa luz azul que tanto te ha impresionado se vuelve fría y hace que los parques y las plazas se tiñan de cristal líquido. Es dramático, pero muy bonito.

Hacemos un alto en el camino y nos sentamos en uno de los bancos que hay frente al majestuoso edificio del museo Nobel, del que no paran de entrar y salir turistas. Al lado, junto a una gran fuente de piedra, un joven y apuesto músico callejero canta una melódica canción en sueco acompañado de una guitarra clásica.

—¿Qué dice? —pregunto mirando al chico, encandilada.

—Algo así: me escondí dentro de mi propia fantasía y sentí tanto miedo, mintiéndome una y otra vez, hasta que vi en ti la verdad. Pero ahora estas aquí, tal y como había soñado, y mi corazón ha vuelto a latir como en la batalla de un día perdido.

«Y el mío», me digo presa de la emoción, «el mío también late». Y no puedo evitar pensar que alguien ha compuesto esta canción para mí, para él, para nosotros. Y que tenía que sonar en esta plaza, en esta ciudad, en este

maravilloso día de verano del mismo color de los ojos del hombre del que estoy enamorada.

Sí, tenía que ser así.

Porque, por fin, estoy aquí, tal y como había soñado.

Estocolmo es mucho más que un lugar; es un estado del alma. Un color. Un verbo en tiempo futuro.

Cuando termina la canción, aplaudo con entusiasmo. El joven músico me dedica una cálida mirada y me sonrío agradecido; yo le devuelvo la sonrisa.

—¿Podemos darle unas coronas? —le pregunto a Eric.

—Claro que sí, *älskling*.

Me encanta la manera en que sus labios dibujan esa palabra.

* * *

Las vistas de la ciudad desde el mirador de Katarinahissen, a unos cuarenta metros de altura sobre la bahía de Estocolmo, son espectaculares. Los chapiteles puntiagudos de las torres y las iglesias se reflejan en el agua y confieren a la estampa un aire romántico y pintoresco. A las nueve de la noche, el sol todavía parece seguir en su cénit.

—¿Nunca anochece en verano?

—No del todo. Y cuanto más al norte, más horas de luz hay. En algunas latitudes cercanas al polo, ni siquiera oscurece —me explica Eric.

Es como si los días quisieran multiplicar sus horas para compensar el letargo del duro invierno.

Tengo un hambre atroz. Ya he digerido el abundante y delicioso *fika* a base de capuchino y bollos de crema y mermelada de esta tarde, y el paseo de una media hora entre el casco histórico y el bohemio barrio de Södermalm, donde nos encontramos ahora, me ha abierto el apetito de nuevo.

—Mataría por unas buenas albóndigas suecas.

—Eso está hecho.

Eric me lleva a Kvarnen, un legendario restaurante de cocina típica. Tenemos suerte de encontrar una mesa fuera; con el buen tiempo, las terrazas de los bares y los restaurantes se llenan hasta los topes de suecos que apuntan con sus caras hacia el sol, como si hicieran la fotosíntesis entre una cerveza y

otra. Tardan un rato en venir a tomarnos nota, y aún más en servirnos la comida y la bebida, pero a ninguno de los dos nos importa; tenemos tantas cosas de las que hablar que quizás todo el tiempo del mundo no sea suficiente. Y estamos juntos, así que lo demás es secundario.

—Ten, prueba esto —dice y pincha un trozo de albóndiga que moja en el puré de patatas y en la salsa de arándanos rojos antes de acercarme el tenedor a la boca—. Te garantizo que no has comido nada igual.

—Mmm... ¡Es verdad! ¡Están buenísimas! —exclamo relamiéndome—. ¿Ya habías venido antes a este sitio?

—Sí, muchas veces. Estuve viviendo una temporada aquí, en [Söder](#). Te lo conté, ¿te acuerdas?

Claro que me acuerdo. Me acuerdo de todo.

Sus palabras de entonces vuelven a mi mente como una ráfaga y no me cuesta nada imaginármelo unos años atrás. Sería más joven, quizá tendría menos ojeras, pero sería igual de alto, de rubio y de guapo que ahora, con esas pestañas largas, esos dientes blancos de anuncio de televisión y esa barbilla tan masculina y seductora. Lo veo enfilando estas mismas calles empinadas, cargado con sus libros de medicina y un montón de ilusiones a cuestas; sentado en esta misma terraza en una soleada noche de verano como la de hoy, quizá con la misma cerveza con la que acaba de mojarse el paladar; o con una copa de vino caliente entre las manos y abrigado hasta las cejas en pleno invierno; haciendo la compra en el supermercado ICA de esa esquina de ahí atrás como el hombre normal que aspiraba a ser antes de que todo el peso de su apellido le cayera encima como una tormenta de piedras; buscando con desespero un aparcamiento para su Saab de reciente adquisición porque el apartamento no dispondría de garaje; o jaleando al equipo de fútbol local medio borracho en el estadio.

Y, en todas las imágenes, siempre aparece Ana.

No yo, la otra Ana.

Ana Holmqvist.

La mujer con la que ha compartido casi la mitad de su vida.

Al pensarlo, una sacudida me recorre el cuerpo y un puñal de certeza me alcanza en el centro del pecho de forma dolorosa. «No lo hagas», me repito una y otra vez, luchando contra los contradictorios dictados de mi mente. «No dejes que su pasado enturbie este momento. Lo pasado, pasado está». Pero la

maldita carcoma de la inseguridad ya ha empezado a hacer su trabajo y, al final, acabo rompiendo la promesa que me hice a mí misma una soleada mañana de domingo en Roma, en un pequeño bote sobre las aguas del lago de la Villa Borghese, de no volver a hablar de este tema nunca más.

—¿Iba en serio lo que me dijiste anoche? —Titubeo—. Lo de que soy la mujer de tu vida.

Eric se limpia la comisura de los labios con la servilleta y vuelve a dejarla sobre su regazo. Parece sorprendido.

—Claro que iba en serio. ¿A qué viene esa pregunta? ¿Es que tienes dudas acerca de mis sentimientos?

—No, pero...

—¿Entonces, Luna?

Fijo la mirada en el líquido de color ámbar de mi jarra. Doy un trago de cerveza antes de continuar y, después, otro más largo.

—Pues que tampoco hace tanto tiempo que me conoces.

—El suficiente.

—Pero ¿cómo puedes estar tan seguro de que esto no es solo físico?

Me mira con fijeza.

—¿Acaso tú no lo estás?

—Yo no he pasado más de diez años al lado de otra persona antes de ti.

Ya está, ya lo he dicho. Ahora no hay vuelta atrás.

Él arquea las cejas en un gesto de sorpresa. Es evidente que no se esperaba este giro de la conversación.

—Conque de eso se trata. —Suspira y se ahueca el pelo con aire cansado.

Y, por un momento, tiemblo ante la posibilidad de que el hombre que está frente a mí ahora mismo vuelva a ser el implacable, frío y duro *Iceman*. El hombre que no quiere hablar de su pasado, que detesta que vulneren su intimidad y se protege detrás de una coraza de hielo. Cierro una mano con fuerza. Noto los tendones rígidos, las falanges de los dedos, las uñas clavándose en la palma. Pero me tranquilizo en cuanto él me la coge por encima de la mesa y me la acaricia con una suavidad balsámica. A veces, los gestos más pequeños son los que más espacio ocupan. Es él, es Eric, el único que existe.

—¿Qué es lo que te aterra tanto, Luna?

Joder, esto es ridículo.

Yo soy ridícula y una inmadura de mucho cuidado.

Decido ignorar la inquietud que siento en el pecho.

—Déjalo, no importa. Sé que no te gusta que hablemos de tu pasado.

—Pues no, no me gusta. Pero me gusta aún menos que sigan existiendo huecos oscuros entre nosotros, así que, por favor... —Hace una pausa y me aprieta la mano—. Por favor, *älskling*, habla conmigo.

En ese preciso momento, me viene a la cabeza la última tarde que pasamos juntos antes del fatídico día en que todo se quebró. Era un lunes. Estábamos en su despacho. Hacía solo unas pocas horas que habíamos vuelto de Roma, enamorados y habiéndonos sincerado el uno con el otro. Eric me había contado su tormentosa historia con Ana Holmqvist, la única mujer de su vida y la razón por la que ha permanecido solo todo este tiempo. La razón por la que no puede llamarme por mi nombre. Por eso, cuando me dijo que tenía que partir a Estocolmo esa misma noche, se me cayó el mundo encima. La posibilidad, aunque remota, de que se encontrara con ella en alguna de las calles que hoy hemos recorrido juntos cristalizó en el peor de los temores: que sus sentimientos no hubieran desaparecido del todo, sino que, simplemente, se hubieran reorganizado en su corazón. Al fin y al cabo, la mitad de una vida no se puede borrar de un plumazo. Decidí callar entonces. Y como callé, ese temor vuelve a aflorar ahora, en la mesa de este restaurante al que, con toda probabilidad, habrá venido antes con ella. Ahora que ya nos habíamos lamido las heridas y parecíamos indestructibles. Así que sí, puede que esté siendo ridícula e inmadura, pero, si no me sincero con él, esos huecos oscuros que nos hacen daño seguirán existiendo.

Cierro los ojos, inspiro hasta que el aire me duele en los pulmones y después lo saco todo. Me desahogo por fin dejando salir lo que me oprime en una confesión plagada de miedo y culpa a partes iguales que me ayude a sentirme liberada.

Tengo miedo de que reviva su pasado.

De que descubra que yo no soy más que un consuelo pasajero.

Porque yo no puedo competir contra la mitad de su vida.

Y por eso él no puede decir mi nombre.

Porque mi nombre es el de ella y la nostalgia es demasiado seductora.

Y, después, siento el mismo tipo de vacío anómalo que siempre envuelve

una confesión.

Eric me escucha como si estuviera sediento y necesitara beberse mis palabras, y más allá de mis palabras, la intención que las acompaña, los matices que las rodean y el valor que las ensalza. Solo tenemos esto para entendernos, un puñado de palabras. Me enjuga con el dedo la lágrima silenciosa que me surca la mejilla y la recorre con la mirada. Luego, me coloca ese mismo dedo en la barbilla y me la levanta hasta alzarme la mirada, me observa con sus profundos y penetrantes ojos de color azul Estocolmo y dice:

—Quiero que sepas, Ana, que lo único en lo que pienso desde que te conozco es en el futuro. No debes tener miedo. Puede que haya estado unido a otra persona mucho tiempo, pero te garantizo que lo que siento por ti jamás lo había sentido antes. Ni siquiera sé si ella vive en Estocolmo, y francamente, me da igual. Hace años que perdimos el contacto y no tengo ningún interés en recuperarlo. El pasado ya no significa nada para mí porque tú te has encargado de que así sea. Ana... mi pequeña y dulce Ana... Yo no sabía que se podía amar de esta manera hasta que tú apareciste. Soy tuyo, *älskling*. Solo tuyo. Y te lo repetiré cada día de mi vida si es necesario.

Un estremecimiento me recorre la espalda. Que me llamara por mi nombre era muy improbable, porque no podía, le dolía demasiado. Le traía recuerdos de un pasado que tenía incrustado en la piel. Pero lo ha hecho. Me ha llamado Ana y no por casualidad.

Me lo ha dicho alto y claro.

Imprimiéndole a cada letra una verdad incontestable.

Superando las barreras entre el presente y el pasado.

Destruyendo a los fantasmas y a las bestias que nos acechan por la noche.

Sin remordimientos.

«Ana... Mi pequeña y dulce Ana...».

Llamarme por mi nombre es su declaración de amor, su manera de aniquilar mis miedos y de decirme que está preparado para dejar esa otra vida atrás. Porque la nueva que empieza es conmigo. Sin embargo, acabo de darme cuenta de que yo ya no soy Ana y nunca más lo seré. Tal vez Estocolmo significa ser por fin quien todavía no me había atrevido a ser; el después esperanzado de un antes lleno de incertidumbre.

—Luna, Eric. Prefiero que me llames Luna.

* * *

En la puerta de un bar musical cualquiera, en los alrededores de la concurrida plaza Medborgarplatsen.

—Venga, Eric, solo una copa. Te lo prometo —insisto tirándole del brazo.

Sé muy bien que, si por él fuera, cogeríamos un taxi ahora mismo y nos iríamos a casa. Aparte de que la vida nocturna no es su fuerte, está cansado, lo noto en sus ojeras. A decir verdad, yo también lo estoy; ha sido un día de emociones fuertes. El madrugón para llegar a tiempo al aeropuerto después de una noche de lo más movidita, el vuelo, la tensión en los músculos, los cientos de pasos acumulados en los pies a lo largo de la jornada y las confesiones, que, aunque vacían, también agotan.

«Yo no sabía que se podía amar de esta manera hasta que tú apareciste».

Ni yo, amor mío, ni yo.

Pero la noche es joven en Estocolmo. Y, ahora mismo, después de todo lo que nos hemos dicho en la cena, me siento demasiado viva y recompuesta para irme a dormir.

Incólume.

Y libre.

—Vale. Una y nos vamos —acaba claudicando.

Lo adoro. Haría cualquier cosa para hacerme feliz.

Dentro del bar hay casi tanta gente como en la calle, se nota que mañana es festivo. Eric me coge de la mano con decisión y se abre camino a trompicones, chocando contra hombros, brazos y espaldas. «*Förlåt!*», les dice a unos y a otros de manera mecánica. La música vibra en mi garganta y hay quien se atreve a bailar en la pequeña y concurrida pista central. Miro a mi alrededor. Por todas partes veo hombres guapos y bien vestidos y mujeres de largas melenas rubias que ríen y beben. De pura chiripa, encontramos un sitio un poco apartado al fondo del local, en un sofá de aire *vintage* junto a una mesa de madera tambaleante con apariencia de haber sido restaurada no hace mucho y algunas sillas desaparejadas.

—Vuelvo enseguida. Tú quédate aquí. Y no hables con nadie, ¿entendido?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y con quién quieres que hable? Ni siquiera entiendo lo que dicen.

—Por si acaso —replica antes de darme un beso.

Espero que bromeo.

Se dirige a la barra y yo me siento en el sofá sin perderlo de vista. Mirarlo es una de las cosas que más me gustan en el mundo; podría pasarme horas contemplándolo y no me cansaría. Observo su espalda masculina. Sus hombros anchos. Sus brazos fibrosos y envolventes. Sus piernas largas y fuertes. Y, por supuesto, ese magnífico culo firme y redondito que tanto realzan sus nuevos vaqueros negros. Este hombre está tan bien hecho que, por muy atractivos que sean los suecos, no hay uno solo en este bar que pueda hacerle sombra. Ni uno.

Y es obvio que no soy la única que lo piensa.

Mientras espera con los codos apoyados en la barra a que lo atiendan, me fijo en la rubia de larguísima trenza que pulula a su alrededor como una abeja atraída por la miel y que, cómo no, se lo está comiendo con los ojos. El camarero tarda una eternidad en servirle. ¿Cuánto tiempo se necesita para preparar un miserable *gin-tonic* y un whisky con hielo, por Dios? La cartera se le cae al suelo cuando se la saca del bolsillo trasero de los vaqueros para pagar y la rubia se agacha con rapidez para recogerla, asegurándose, eso sí, de acariciarle el brazo al devolvérsela. Eric le sonrío con amabilidad. Pero solo es eso. A-M-A-B-I-L-I-D-A-D. Así que no entiendo por qué la puta princesa de *Frozen* sigue ahí plantada, como si tuviera alguna posibilidad con él. Luego le dice algo al oído y a mí me entra una mala leche de cejas hoscas, dientes apretados y ardor de estómago de la que no me siento nada orgullosa. «No seas infantil», me reprendo a mí misma. Eric se limita a negar con un gesto y acto seguido gira la cabeza en mi dirección, me sonrío y me guiña un ojo cómplice.

—¿Qué quería la tía esa? —le pregunto en cuanto vuelve con las bebidas y se sienta a mi lado en el sofá.

—Nada importante.

Yo dejo ir un resuello de indignación.

—Así que yo no puedo hablar con nadie, pero tú sí.

Eric arquea las cejas.

—No estarás celosa, ¿verdad?

—¿Qué dices? ¿De la princesa de *Frozen*? Bah. Sigue soñando, Grau —mascullo antes de esconder mi patética verdad detrás de un trago del *gin-*

tonic.

—Hombre, hay que reconocer que la chica no estaba mal.

Sus palabras me sientan como un jarro de agua fría. Sé que probablemente esté tomándome el pelo, pero no puedo evitar preguntarme si ya estamos en esa fase inevitable en toda relación amorosa en la que dejamos de decir «No, cielo, nadie me interesa más que tú» y empezamos a bromear —o tal vez no— acerca de terceras personas. Y me molesta una barbaridad. ¿De verdad hemos llegado a ese punto tan rápido?

Otro trago.

—Vaya, y eso que no te gustaban las rubias. ¿Quieres que te deje solo? —le pregunto, sin poder ocultar el resquemor en mi tono de voz. Sostengo la copa delante de la boca; hablo por encima del borde del cristal.

—Oh, no es necesario. Podemos hacer un trío. Estoy seguro de que a ella no le importará. Las suecas son bastante liberales, ¿sabes? —dice muy serio.

El proceso de ebullición de la sangre se pone en marcha al instante. ¿Qué acaba de decir? Lo miro sin parpadear, con los ojos bien abiertos y llenos de rabia. Trago saliva y la noto ardiendo en mi boca. Aprieto con fuerza la mandíbula. Dejo la copa sobre la mesa y crispo los puños. Yergo la espalda con dignidad. Un trío, dice. Pero ¿de qué cojones va?

Y, entonces, él se deshace en carcajadas.

—¡Idiota, eres idiota! —le reprendo y lo golpeo en el brazo.

—¿Te lo habías tragado? ¿En serio? —pregunta sin poder parar de reír—. Yo nunca te compartiría con nadie, Luna —añade a continuación, algo más calmado—. Ni con un hombre ni con una mujer—. Me sube el tirante del vestido sin dejar de mirarme a los ojos y luego deja la mano apoyada en mi clavícula—. Y solo con imaginarte junto a otra persona me pongo enfermo de celos, ya lo sabes.

Sí, lo sé muy bien. No sé cómo he podido creérmelo. Hacer un trío, en cierto modo, sería compartirme. Además, Eric es un hombre bastante clásico y tradicional en ese sentido. No obstante, la visión de otra mujer junto a nosotros dos, profanando el ritual sagrado de nuestra intimidad, disfrutando de su cuerpo y alojándolo entre sus piernas me provoca la misma sensación dolorosa que si un cuchillo de carnicero me estuviera abriendo en canal.

—Aunque, tal vez, por esa rubia podría hacer una excepción...

Será imbécil.

Él vuelve a desternillarse de risa y yo, que no le veo la gracia por ninguna parte, lo atizo de nuevo. A ver cómo le sentaría a Don-No-Hables-Con-Nadie que yo le gastara la misma bromita a él.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —trata de provocarme.

Como mis patéticos puñetazos no hacen más que suscitarle una carcajada tras otra, contraataco atrapándolo de la muñeca y mordiéndosela. Como eso no le hace efecto, le muerdo la palma de la mano, justo por debajo del pulgar. Y ya que eso tampoco funciona, le muerdo el dedo índice. De repente, no sé por qué, porque juro que ocurre sin premeditación ni alevosía, abro la boca y se lo succiono con suavidad, impregnándolo de la humedad caliente de mi saliva.

Entonces él deja de reírse.

La línea curva de sus labios se deshace de golpe.

Me mira con los ojos entrecerrados.

Se le tensa la vena del cuello.

La nuez le sube y le baja.

Y, al final, retira la mano.

—Por Dios, nena. No hagas eso —me exhorta y se aparta el pelo de la frente con nerviosismo.

—¿Te molesta?

—No, claro que no. Pero me la pone muy dura.

No puedo evitar deslizar una discreta mirada de soslayo por encima de sus vaqueros.

—¿La tienes dura ahora mismo? —pregunto con ingenuidad.

—Igual que un puto adolescente —reconoce algo azorado antes de dar un trago a su whisky.

Lo palpo con disimulo. Eric me dedica una mirada de párpados pesados y a mí se me escapa la risa.

—¡Pero si te has empalmado!

—¡Pues claro que me he empalmado, joder! ¿Es que aún no lo has entendido? Cualquier cosa que me hagas me excita. Tienes un poder sobre mí del que ni siquiera eres consciente, Luna. Y eso me vuelve todavía más loco.

Reconozco que he sido una tonta. No importa dónde estemos, si en Estocolmo, en Barcelona o en Roma. Siempre acaba apareciendo alguna mujer que se interesa por él. Que lo desea. Que quiere arrancarle la ropa y verlo

desnudo. Lamer cada rincón de su cuerpo. Tocarlo, sentirlo, explotar de placer con él. Y él es consciente de eso. Es lógico; Eric llama muchísimo la atención debido a su gran altura y a sus seductores rasgos. Es un auténtico macho alfa. Y aunque no puedo evitar que la asunción de esa certeza saque una ridícula faceta celosa, posesiva e infantiloides de mí misma que no me agrada, la verdad es que ninguna de esas mujeres representa en absoluto competencia para mí.

Así que no.

No hemos llegado a la puñetera fase en la que dejamos de decir «No, cielo, nadie me interesa más que tú».

Aún no.

Y espero que tardemos mucho.

El calor que hace dentro del local, el alcohol que me corre por las venas y la música, que, de repente, me parece de lo más sensual —¿no es Lenny Kravitz, el dios del sexo, ese que canta?—, hacen que me venga arriba. Y una risa imaginaria, como de bruja mala del cuento, resuena en mis oídos. Me siento poderosa ahora mismo. Y un poco golfa también. Así que, miro a un lado y a otro para asegurarme de que nadie nos ve, y, a traición, le meto la mano por dentro de los vaqueros. Él me mira desconcertado y traga saliva.

—¿Qué haces?

—Me parece que está bastante claro.

Quiere oponer resistencia, lo intuyo en la crispación de sus cejas y en la pequeña «o» que dibujan sus labios, pero en cuanto mi mano se le cuela por dentro de los calzoncillos y le rodea el pene, duro y apretado, se le acaban las tonterías. Es inútil que se resista. Esta batalla la tiene perdida de antemano y lo sabe muy bien.

—Pero...

—A callar. No hay peros que valgan.

Eric esboza una media sonrisa.

—Qué mala eres, nena.

—Y aún puedo ser peor.

Tratando de relajarse, se acomoda en el sofá y separa un poco las piernas. Como necesito más margen de maniobra, tiro del elástico del bóxer hacia abajo y libero toda esa descomunal erección, con la precaución, eso sí, de

mantenerla cubierta con su camisa, que por suerte es oscura como de costumbre. Con la otra mano, acerco la mesa hacia nosotros con disimulo para darnos mayor intimidad. Por muy liberales que sean los suecos, tampoco es cuestión de obsequiarlos con un espectáculo X en directo.

—Te voy a hacer la mejor paja de tu vida.

—Joder, Luna. No digas eso —responde, revolviéndose en el sofá—. ¿Qué quieres, que me corra aquí mismo?

—Sí, eso es exactamente lo que quiero. Así que... —Me acerco a su oído y, con aire de actriz de cine erótico, le susurro—: Relájate porque voy a hacerte la paja más excitante, placentera y larga de tu vida.

Eric resopla con aire torturado.

—¿La más larga? No creo.

Con suavidad, le paso los dedos por la punta, buscando humedecerlos, y luego los deslizo a lo largo del tronco muy despacio. Su pene erecto responde a mi caricia con un movimiento involuntario.

—¿Esto te pone cachondo?

—Mucho.

—¿Quieres que siga?

—Sí —musita con la voz ronca.

Sigo tocándoselo despacio. Lo siento palpar con tanta fuerza que soy incapaz de reprimir las ganas de apretárselo. Es tan grande y está tan duro que me enciendo con el simple hecho de tenerlo en la mano. Y cuanto más excitada me noto, con más vigor lo acaricio. Él emite un gemido bastante indiscreto. Se olvida del lugar, de la gente, de la música. Menos mal que Lenny Kravitz tiene el don de cantar como si estuviera echando el mejor polvo de su vida y los gemidos de placer de uno se confunden con los del otro.

—Más rápido, por favor... —masculla entrecerrando los ojos.

Aunque su cara no puede engañar a nadie.

Intensifico el movimiento hasta que me duelen la muñeca y el antebrazo, consciente de lo sospechosa que resulta la mano que se agita frenética por debajo de su camisa vista desde fuera. Pero su gesto desencajado por un ardor incontenible y su boca entreabierta delatan que el clímax está muy cerca, así que, ignorando el dolor y que estamos en un bar musical rodeados de gente, continuo empleándome a fondo. Subiendo y bajando. Presionando. Haciendo

de su placer mi placer.

Mi poder.

Del que ya empiezo a ser consciente.

—Luna, me voy a correr... —anuncia poniéndose rígido. Cierra los ojos y frunce el ceño. Me agarra del muslo y me lo aprieta.

Mi victoria.

—Así me gusta. Ahora empiezas a hablar con propiedad.

Y, tras una convulsión que no puede, no sabe o no quiere disimular, hunde la cara en el hueco de mi cuello y me lo muerde mientras una lengua de lava viscosa me impregna la mano. Eric lanza un suspiro sonoro y expresivo y me besa con delicadeza donde antes me ha mordido.

—Creo que voy a necesitar una servilleta.

Él se ríe a carcajadas, complacido y feliz, sin despegar los labios de mi cuello.

* * *

—Voy a devolverte el favor, nena.

Eric inspira con fuerza el olor que emana de entre mis piernas y me besa por encima de la tela empapada de mis braguitas. El calor se me extiende por todo el cuerpo como una llamarada incandescente y me tenso al instante. Luego, me las quita muy despacio, arrollándolas entre sus manos acariciantes, que descienden con suavidad hacia mis pantorrillas, y me separa las piernas ligeramente tras indicarme que las flexione. Me pone una mano en el vientre, muy cerca del pubis, y me aprieta un poco mientras me besa con parsimonia en la parte interna de los muslos.

—Eric... —susurro frustrada por la excitación.

Cuando su boca irrumpe en la cavidad oscura y húmeda, me revuelvo en la cama y muevo la cabeza a un lado y otro. Gimo y agarro la sábana con los puños apretados. No puedo soportar tanto placer. Es inhumano. Es de otro mundo. Así que elevo la pelvis tratando de apartarme del tormento de sus labios ardientes, pero él me sujeta de las caderas con firmeza para inmovilizarme y me veo obligada a enroscar las piernas alrededor de su cuello. Tras un breve forcejeo, me asalta con la lengua. Entonces, vuelvo a

gemir y entierro los dedos en su pelo. Me aprieto contra su boca sin ninguna consideración; no puedo resistirlo más.

—Estoy a punto, Eric... —anuncio. Mi voz suena sibilante como un ruego.

Y él, sin compasión alguna, sigue castigándome con la lengua hasta que termina absorbiéndome entera como si fuera una fruta madura a punto de deshacerse en verano.

La descarga eléctrica es inmediata y devastadora.

—Ahora estamos en paz —dice al cabo y se asoma por entre mis muslos trémulos.

—Sí, ahora sí.

Después, bostezo y me dejo abrazar por un agradable sopor de párpados pesados.

* * *

Me desvelo en mitad de la madrugada, envuelta en una cegadora luz. Cuando consigo despegar los ojos, me fijo en el reloj de su muñeca, que marca las tres y media. No obstante, el sol ya asoma por el horizonte y entra a raudales por la ventana desnuda. Eric duerme plácidamente a mi lado, ajeno a la claridad que inunda el dormitorio. Supongo que él está acostumbrado, pero a mí me resulta imposible conciliar el sueño sin la oscuridad propia de la noche. Debí haber imaginado que el sol de medianoche escandinavo puede producir insomnio a los neófitos. No lo quiero despertar, así que permanezco inmóvil y me dedico a observarlo. Está tumbado en posición fetal, desnudo como a él le gusta, con una mano por debajo de la almohada y la otra apoyada con despreocupación sobre mi cadera; creo que se siente seguro porque sabe que sigo a su lado. Su pelo, bañado por el sol, parece aún más claro. Las mejillas, pobladas de una barba un poco más larga y áspera que ayer. Las líneas de expresión, relajadas. La respiración, rítmica.

Es tan hermoso...

Reprimo las ganas de suspirar. Lo he contemplado en secreto mientras dormía otras veces, pero no me canso de hacerlo. Es como si descubriera algo nuevo en su rostro cada vez que lo hago. Unas irremediables ganas de acariciarlo me asaltan los dedos. Quiero tocarlo, necesito hacerlo. No sé qué tiene su piel, que incluso ahora, que me sé su tacto de memoria, es como una

especie de imán para mí. Con mucho cuidado, recorro su cara con el dorso de la mano, apenas rozándola. Él parpadea de forma inconsciente y yo la repliego automáticamente, pero enseguida continúo con el ritual deslizando las yemas de los dedos sobre su cuello en sentido descendente. Jugueteo con el suave vello rubio de su pecho y luego el de su abdomen, que sube y baja de manera acompasada, indiferente a mis caricias. Eric se mueve todavía dormido y se coloca bocarriba. Su pene flácido cae inerte hacia uno de sus muslos. No sé qué clase de impulso salvaje y primario es el que me lleva a hacer lo que hago a continuación, pero lo cierto es que termino arrodillándome sobre el colchón y metiéndomelo en la boca como si fuera un caramelo casi sin darme cuenta. Su erección es inmediata; mi humedad, inminente. Con Eric hago cosas de las que jamás me habría creído capaz. Él consigue que pierda el pudor, que no me dé vergüenza demostrarle que lo único en lo que pienso a todas horas es en acostarme con él. Que una mujer puede tener sexo, sexo y más sexo en su cabeza sin que ello suponga un perjuicio a su feminidad es algo que estoy aprendiendo con Eric.

Y por eso le practico una felación ahora mismo.

A las tres y media de la madrugada.

Mientras duerme.

Quién me ha visto y quién me ve.

De repente, noto la palma de su mano sobre mi pelo.

—Creía que esto solo pasaba en las películas —dice con una voz adormilada.

Levanto la cabeza para mirarlo. A pesar de que aún tiene los ojos cerrados y los vestigios del sueño repartidos por todo su rostro, una sonrisa entre tierna y pícara, como de gatito domesticado, le asoma a los labios. Me siento sobre su cuerpo sin avisar y los abre de golpe. Parpadea un par de veces seguidas.

—Quiero follarte. ¿Puedo? —le suelto sin rodeos.

Él enarca una ceja y me observa con una mezcla de sorpresa y satisfacción.

—Adelante, no te cortes. Todo tuyo —responde mientras cruza los brazos por detrás del cuello con total comodidad.

Entonces lo dirijo con las manos hacia mi interior y comienzo a cabalgarlo con suavidad.

—Soy un cabrón con suerte —dice, dejándose hacer.

Capítulo 24

Hoy las calles de la ciudad están desiertas porque todo el mundo está en el campo celebrando Midsommar. A los suecos les fascina estar al aire libre, sobre todo cuando llega el buen tiempo y huyen en masa del asfalto y la atmósfera cargada de la urbe. Eric y yo vamos a pasar el día en la isla de Djurgården, el mayor parque urbano de Estocolmo. El aire huele a roble, a hierba mojada y a lilas frescas. El zumbido de las abejas se mezcla con las risas de los niños que corretean bajo un sol inclemente a lo largo de hectáreas de prados y orillas en una simbiosis perfecta entre el hombre y la naturaleza. En esta hermosa isla, conectada con el barrio de Östermalm mediante un práctico puente, se concentran algunas de las atracciones de mayor interés para los lugareños. Una de ella es Skansen: un emblemático museo al aire libre que muestra el modo de vida y las costumbres suecas de los últimos siglos a través de sus casas y sus granjas, así como algunos especímenes de la flora y la fauna autóctonas. Pero, además, el lugar acoge la mayor celebración del solsticio de verano para aquellos que, como nosotros, hayan decidido quedarse en la ciudad.

Dejamos las bicicletas que hemos alquilado aparcadas en la entrada y nos dirigimos al epicentro de la fiesta. Cuando llegamos, hay muchísima gente. Un grupo de hombres vestidos con trajes tradicionales están elevando la enorme estaca cubierta de ramitas de abedul y adornada con banderas y flores silvestres de la que Eric me había hablado.

—Se dice que la forma fálica del *midsommarstång* simboliza la fertilidad —me explica al oído.

La multitud aplaude entusiasmada al grito de «*Glad Midsommar!*» una vez

que la gran asta ha sido plantada en la tierra. Eric tenía razón cuando me aseguró que el solsticio de verano se vivía de forma muy intensa en Suecia. Debería ser considerado fiesta nacional, dijo, y ahora veo por qué. Una animada música folclórica de violines y acordeones comienza a sonar enseguida. Los niños y los adultos bailan cogidos de las manos en corros alrededor de la estaca. Las mujeres llevan coronas de flores en la cabeza y el verano se respira por todas partes. Más tarde, decidimos instalarnos lejos del centro de la ceremonia con nuestro pícnic improvisado a base de pan, queso, chocolate, fresas frescas —tenían que ser suecas o, de lo contrario, Eric no las habría comprado bajo ningún concepto— y un montón de latas de cerveza sin refrigerar del primer 7-Eleven que nos hemos encontrado de camino. Nos acomodamos en la hierba, sentados junto al tronco de un árbol que da un poco de sombra, descalzos y con los vaqueros remangados hasta los tobillos. Hace una tarde deliciosa. De vez en cuando, una agradable ráfaga de aire refresca el ambiente caluroso de finales de junio. Llegan retazos de la música hasta nosotros y Eric canturrea «Små grodorna» y me hace reír, lo que, a su vez, hace que se le eleve una ceja por encima de las gafas de sol. A nuestro alrededor, docenas de familias bastante mejor preparadas que nosotros despliegan sus manteles y colocan encima el apetitoso contenido de sus cestas. Él se lamenta de lo poco ortodoxo que es nuestro menú de San Juan mientras enfunda un trozo de queso en el pan y me lo pone en la boca. A mí, en cambio, me parece romántico y espontáneo. Así que comemos, bebemos, nos sacudimos los mosquitos de encima y nos reímos a costa de las conversaciones ajenas que Eric me traduce y que versan básicamente sobre la posibilidad de que una lluvia fortuita arruine la fiesta. Muy baja, a mi juicio, pero, por lo visto, el tiempo es una especie de obsesión enfermiza para los suecos. Sobre todo, en Midsommar. Después, agotados ya los víveres y casi todas las cervezas, nos tumbamos bajo la copa del árbol, el uno frente al otro, envueltos en un agradable sopor de pupilas centelleantes y mejillas enrojecidas por el sol.

Eric me acaricia un mechón de pelo que el aire me ha soltado de la coleta y lo sigue con la mirada.

—Me gusta cómo eres aquí, en Estocolmo —le confieso.

—¿Y cómo soy?

—Un hombre normal, no un empresario multimillonario.

—Ah, ¿sí? Bueno, será por el *Jantelagen*.

Frunzo el ceño.

—¿El qué?

—La ley de Jante. Una ley ficticia que impregnó la cultura sueca a principios del siglo XIX y que desaprueba que una persona se considere mejor que las demás.

—Interesante —reconozco—. Aunque también diría que aquí eres un hombre más tranquilo, que no se enfada ni salta por cualquier cosa. Y genuinamente feliz. Dime, ¿eres feliz?

Él sonríe y las arrugas que se forman en torno a sus ojos acentúan su belleza.

—Mucho. Pero no es por la ciudad, sino por la compañía. Tú sacas todo lo bueno que hay en mí, lo moldeas con las manos y lo mejoras.

Una especie de tela oscura me cubre el corazón en ese preciso instante.

—A veces se me olvida quiénes somos en realidad y lo que nos ha traído hasta aquí.

—Somos esto, Luna —dice y entrelaza su mano con la mía—. Nada más que esto. Tú y yo hemos sido la única verdad todo el tiempo.

Y me digo que, si no hubiera ido a buscarme a Luz de Gas la otra noche, este mágico momento no habría existido jamás y no estaríamos aquí, en la ciudad azul que huele a canela, auspiciados por este vertiginoso cielo infinito bajo el que somos más Eric y Luna que nunca. Si él no hubiera luchado por mí, si se hubiera rendido, si hubiera aceptado mi decisión de perdernos para siempre el uno al otro, sé que me habría acabado rompiendo por dentro, porque renunciar a Eric habría sido una carga con la que no habría sabido, podido o querido convivir.

Pero fue a buscarme.

Luchó por mí.

Porque me necesitaba para mantener el equilibrio.

Y porque, a pesar de todo, nuestro amor seguía intacto, tan intenso como si nunca nos hubiéramos separado.

—Prométeme que, pase lo que pase, no volveremos a separarnos nunca más.

—Nunca más, *älskling*. Te lo prometo.

Y, diciéndome a mí misma que ya es hora de apagar las brasas que arden en mi cabeza, me lanzo a besar sin término medio sus labios jugosos y entreabiertos.

—*Vad fan... Jag kan inte tro det!*—exclama alguien.

La repentina voz masculina paraliza nuestro tórrido beso. Desconcertado, Eric levanta la cabeza haciendo visera con la mano para cubrirse del sol y ver el rostro de la persona que parece estar interpelándolo. No tardo en imitarlo. Frente a nosotros, un tipo rubio, atractivo y casi tan alto como él lo observa con una enorme sonrisa dibujada en la cara.

—¿Martin? ¿Martin Wallström?

—*Ja! Kom hit, din jävla idiot!*

Eric se incorpora de golpe y ambos se abrazan con efusividad, como si hiciera mucho tiempo que no se ven. Se ríen, se dan palmadas en la espalda y se dicen un montón de cosas que no entiendo, aunque puedo imaginar.

¿Cómo estás, tío? ¿Qué tal te trata la vida? Bien, no me puedo quejar. ¿Has decidido volver a Estocolmo o sigues viviendo en Barcelona? No, sigo allí, solo he venido a pasar unos días. Tendrías que haberme avisado, cabronazo. Lo sé, lo sé, lo que pasa es que...

Me ajusto la coleta, me sacudo la hierba y me pongo de pie con timidez. Eric me rodea por la cintura y me presenta a Martin, un viejo amigo de la universidad.

—*Och det här är Ana, min flickvän*—añade enseguida.

Y como creo que he entendido eso, me dirijo a Martin y le digo en mi mejor inglés:

—*But you can call me Luna.*

Después del riguroso apretón de manos y algunas preguntas de cortesía, Martin nos emplaza a ir a conocer a su familia, que participa de los bailes tradicionales que tienen lugar a unos cuantos metros de distancia mientras él se ha ausentado para ir al baño. Stina, su mujer, alta, rubia y algo entrada en carnes, es encantadora y además chapurrea un poco de español.

—Muchos veranos en Mallorca—reconoce con un marcado acento.

La pareja tiene tres preciosos niños rubísimos. Magnus, de cuatro años; Jonas, de dos y medio; y Klara, un bebé rollizo de apenas seis meses. Los mayores corren al encuentro de su padre y se enredan entre sus piernas dando

saltos como si fueran ranas. Mientras, Stina trata de consolar a la pequeña ofreciéndole el pecho. La imagen es tan tierna que a mí se me remueve algo por dentro. No sabría decir qué, pero lo noto, sé que está ahí, palpitando. Cuando terminan los bailes, los Wallström nos invitan a cenar con ellos a su pequeña parcela en la bahía de Årstaviken, al sur de la isla de Södermalm. Aunque me resulta un poco incómodo compartir mesa con desconocidos que, para más inri, hablan un idioma ininteligible para mí —y eso a pesar de que Stina se esfuerza en refrescar sus conocimientos de español y de que Eric cambia a menudo al inglés para incluirme en la conversación—, reconozco que la perspectiva de pasar el resto de la jornada con ellos no me desagrade del todo. Me gusta Martin.

Eric introduce las coordenadas en el GPS de su móvil y quedamos en vernos allí directamente.

—Al final, vas a comer en condiciones —me dice palmeándome las nalgas mientras vamos a por las bicicletas que hemos dejado aparcadas por la mañana.

Buscamos un [Systembolaget](#) que esté abierto y compramos unas cuantas botellas de vino y de *akvavit*; Eric no soportaría la idea de aparecer con las manos vacías y yo tampoco. De camino a Årstaviken le interrogo acerca de Martin. Al parecer, hace años que perdieron el contacto, lo cual me apena bastante porque es evidente que se llevan muy bien.

—Supongo que la vida nos ha llevado a cada uno por distintos derroteros. Cosas que pasan.

Me quedo con ganas de saber más, pero enseguida llegamos a nuestro destino. Los Wallström poseen una bonita cabaña de madera con un pequeño huerto y un coqueto jardín en una zona tranquila y apartada. El terreno alrededor de la casita apenas tendrá más de un par de metros de ancho. En una de las esquinas se alza una minúscula tarima de madera en la que caben unas pocas sillas apretujadas y una mesa. Martin nos explica que, en verano, vienen todos los fines de semana que pueden y se dedican a cultivar patatas y hierbas aromáticas. A veces, si el tiempo lo permite, incluso se dan un baño en las templadas aguas de la bahía, a pocos metros de aquí. Es una especie de refugio del ritmo desenfrenado de la urbe. La familia nos acoge con entusiasmo y las horas pasan a la velocidad del rayo. Stina y yo nos sentamos en la mesa y charlamos de embarazos y bebés, temas de los que yo no tengo la

más mínima idea. Eric juega al fútbol con Magnus y Jonas mientras su padre se encarga de asar la carne y las verduras en una barbacoa portátil. De vez en cuando, Martin se les une y forman una pequeña pachanga.

—*You haven't lost your touch, motherfucker!* —exclama tratando inútilmente de interceptar el balón mientras Eric le regatea con destreza.

Magnus y Jonas celebran el gol en la portería imaginaria y chocan palmas con Eric; se nota que están entusiasmados con él. Yo siento en mi regazo a Klara y le canto todas las canciones infantiles que mi memoria conserva intactas. La pequeña se ríe y balbucea sin parar. De pronto, noto la mirada admirativa de Eric. Stina, que está confeccionando una corona con algunas flores silvestres que los críos han recogido por la mañana, sonrío.

—Se te dan bien los niños. Y a él también —observa—. ¿Habéis pensado en tener hijos?

Las mejillas me arden de rubor. Supongo que la pregunta me ha pillado por sorpresa.

—Bueno... aún es un poco pronto para eso.

Stina asiente con picardía.

—*Javisst*. Entonces esta noche debes tener cuidado. Hoy es el día más fértil de todo el año, *vet du?* —me asegura mientras me coloca la corona en la cabeza.

La cena discurre en un ambiente animado, con los gritos de los niños, las risas y las canciones que Eric y Martin cantan entre un *snaps* y otro como protagonistas. Nunca lo había visto así de relajado y alegre, pero tengo que reconocer que me entusiasma. La mesa está repleta de succulentas carnes y verduras, patatas nuevas cocidas con cebollino y crema agria, arenques encurtidos y mucho, muchísimo alcohol que no sé a los suecos, pero a mí no va a tardar mucho en subírseme a la cabeza. Y, de postre, una deliciosa tarta de nata y fresas frescas —suecas, cómo no— que ha hecho Stina con sus propias manos. Todo está tan bueno que no paro de comer hasta que siento la imperiosa necesidad de desabrocharme los vaqueros.

—En cuanto lleguemos a Barcelona me pongo a dieta —le susurro a Eric con disimulo.

Él me aprieta el muslo por debajo de la mesa.

—A mí se me ocurren otras formas mejores de que mantengas la línea —me contesta con la misma discreción.

—Estoy deseando que las compartas conmigo.

—No te preocupes, nena. No tendrás que esperar mucho.

Luego me besa en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios, lo que provoca la risa inocente de Magnus y Jonas, lo que a su vez provoca que Eric se levante de la silla simulando ser una especie de monstruo de las cosquillas y termine con los niños desternillándose en el suelo, para regocijo de todos.

Cuando el sol empieza a bajar tras haber llegado a la cúspide, Stina acuesta a Klara en su cochecito y lleva a los niños al interior de la cabaña no sin antes exhortarlos a que nos den las buenas noches.

—*God natt, Eric! God natt, Luna!*—dicen ambos al unísono mirándonos a uno y a otro.

Eric les revuelve el pelo y los abraza con ternura antes de despedirse de ellos. Stina me mira y esboza una sonrisa cómplice.

Con los críos ya dormidos, Eric y Martin aprovechan para ponerse al día y aunque me encanta escucharlos hablar en sueco, agradezco que se pasen al inglés. A pesar de haber sido buenos amigos en su época de estudiantes de Medicina en el Karolinska Institutet, no se veían desde hacía unos cuantos años. Lo último que Martin supo de Eric antes de perderle la pista fue que había dejado de ejercer como médico para ocupar un importante cargo directivo en la multinacional farmacéutica de su familia. Él, en cambio, lleva cinco años en las urgencias del hospital de San Göran, en Kungsholmen, en pleno centro de Estocolmo. Allí conoció a Stina, que trabaja de enfermera, aunque en este momento está de baja por maternidad. Fueron rápido. A los pocos meses se casaron y enseguida llegó Magnus. Parecen muy enamorados, y eso a pesar de los oscuros surcos que enmarcan sus ojos dando cuenta de lo agotador que debe de resultar criar a tres niños pequeños a tiempo completo. Los dos amigos debaten sobre el presente y el futuro de la medicina, comparten su visión sobre nuevas técnicas y especulan acerca de posibles avances. Eric se muestra muy interesado en conocer los pormenores del día a día de Martin en urgencias, pero a este no parece entusiasmarle mucho hablar de gestión hospitalaria. Según explica, se siente bastante frustrado debido al gran colapso que está sufriendo la sanidad pública sueca en los últimos tiempos. Se lamenta de que el sistema no sea capaz de cubrir todas las necesidades de sus ciudadanos, y eso que Suecia es uno de los países donde se

pagan más impuestos del mundo. Para Eric, en cambio, es un error confiar al cien por cien en el Estado para que gestione los recursos de manera eficaz. Al escucharlo, no puedo evitar poner los ojos en blanco. No soporto ese punto de vista liberal suyo, aunque tampoco me sorprende. Al fin y al cabo, por muy sencillo y comprometido que resulte en las distancias cortas, Eric Grau no deja de ser un empresario hijo, nieto y bisnieto de empresarios. Por suerte, el debate sobre el fin del Estado del bienestar no dura mucho. Martin quiere saber qué hace exactamente el director de Ventas y Finanzas de una gran empresa farmacéutica como Laboratorios Grau. Eric le habla de sus viajes y sus interminables reuniones con otros tipos que, como él, van trajeados hasta el gizonte y toman decisiones de calado en materia de salud. Martin se muestra fascinado cuando Eric le cuenta, *grosso modo*, qué previsiones de facturación se esperan para el año que viene.

—*Well, it's seems immoral to me* —suelto de repente, sin cortarme ni un pelo.

Todas las miradas se posan sobre mí con interés, pero yo, lejos de amilanarme, me yergo en la silla y continúo. Les digo que la industria farmacéutica, junto a la armamentística, la energética y la financiera, conforman la peor cara del capitalismo corporativo. Que puede que las empresas como Laboratorios Grau hayan desarrollado la gran mayoría de los fármacos que conoce hoy en día la humanidad y que, por lo tanto, jueguen un papel fundamental para la salud de las personas. Pero ese papel dista mucho de la generosidad y el desinterés. Porque las farmacéuticas no son conocidas por su filantropía ni por sus prácticas éticas, precisamente. Si la gente tuviera idea de la cantidad de dinero que malgastan a diario, no pensaría que su labor es fascinante, estoy segura. Lo que ocurre es que, por desgracia, no hay transparencia. Intercambio una mirada fugaz con Eric y explico a Martin y a Stina que hace poco se supo lo que invierte Laboratorios Grau en incentivar a su fuerza de ventas —sin entrar en los detalles escabrosos, claro— y la fuerte crisis de reputación que se desató después. Hago una breve pausa para beber y, a continuación, auguro que el hecho aislado podría tener consecuencias positivas, a pesar de todo. Podría servir para que las empresas informen de una vez del dinero que destinan a patrocinios, colaboraciones, viajes, cursos u honorarios de profesionales médicos, sociedades científicas y asociaciones de pacientes. Que hay médicos a los que se les paga por recetar lo que las

compañías quieren situar en el mercado es de dominio público, aunque nadie lo denuncie. Claro que ¿quién lo va a hacer? ¿Los médicos sobornados? ¿Los visitantes que sobornan? ¿Las compañías que compran voluntades y conciencias? Miro a Martin con cara de «tú sabes de lo que hablo» y me atrevo a pronosticar que, si en vez de despilfarrar en la promoción de sus ventas, las farmacéuticas invirtieran más en investigación médica, tal vez ni la sanidad pública sueca ni la de ningún otro país se hallarían al borde del colapso.

Hago otra pausa para beber.

Vaya. El dichoso *akvavit* me ha soltado bien la lengua.

«Prepárate», me digo conteniendo la respiración. «Prepárate porque en cuestión de segundos te va a caer un rapapolvo de los buenos».

—*Man... She's got balls* —dice Martin entre risas y asombrado cuando termino mi exposición.

—*Yes, she does. Now you know why I like her so much* —replica Eric repartiendo sobre los dos su mirada iluminada y consiguiendo que me ruborice como una niña.

Todos se ríen y yo respiro aliviada.

Es la primera vez desde que nos conocemos que no discutimos a cuenta de nuestros puntos de vista diametralmente opuestos e, incluso, Eric parece cómodo con un argumentario que en otra ocasión habría tachado de rayano en lo antisistema. Lo cual me lleva a concluir que:

a) ha acabado aceptando que tengo una visión bastante negativa de los valores y los objetivos de las grandes corporaciones farmacéuticas como la que él representa

o

b) en el fondo, sabe que tengo razón.

Pero, en cualquier caso, mi arrebatado de sinceridad no lo ha cabreado. A Martin le ha hecho mucha gracia su apodo y se pasa el resto de la velada mofándose de él, algo que a Eric ni siquiera parece molestarle. «Conque *Iceman*, ¿eh? Si todos esos empleados que te tienen tanto miedo supieran que te desmayaste con tu primera disección...». Enarco las cejas y miro a Eric sin poder disimular mi asombro. «Vas a recordármelo hasta que me muera, ¿verdad, cabronazo?». «Exacto, hasta el día del juicio final». Luego todo son risas, alcohol y anécdotas de la universidad. Y, después, llega el turno de la

temida pregunta: cómo nos conocimos. Los dos comenzamos a hablar a la vez. Él sonríe y deja que sea yo quien lo cuente. «Eric era mi jefe. Bueno, sigue siéndolo de algún modo». Martin y Stina aplauden y nos vitorean. «Así que *Iceman* se enamoró de la empleada díscola, ¿eh?», dice él. «Así es. La quiero y quiero tener con ella lo mismo que tenéis vosotros», le responde Eric sin quitarme los ojos de encima. Y no sé si es el *akvavit* o la mágica luz del verano sueco, pero sus ojos centellean de un modo tan intenso mientras lo dice, que, ahora, aquí, siento que me enamoro de nuevo. Y todos los detalles de nuestra historia se reproducen en mi cabeza como una película.

Nuestro primer encuentro, junto a la máquina de café de la planta menos uno de Laboratorios Grau.

O nuestro primer encontronazo, en los «Desayunos con» de la séptima.

Cuando en aquella reunión con los gerentes de ventas me salvó a tiempo de ser ridiculizada por una rabiosa Lidia Fortuny.

O aquella tarde de horas extra junto a él en su despacho, respirando su aroma, cuando la semilla de mis sentimientos empezaba a germinar dentro de mí camuflada por un deseo que ha acabado revelándose como un amor profundo e indestructible.

Y la mañana que amanecí en su casa.

«Te quedaste dormida y no había forma humana de que te despertaras, así que decidí traerte».

O la noche que pasamos en la mía.

«Solo quiero que te quedes a dormir conmigo y me abrases».

La cena en el Pappa Sven.

«Voy a llevarte a cenar al mejor restaurante sueco de la ciudad».

Y la convención.

«Dime que vendrás».

El laberinto, las confesiones y los besos.

«La única mentira que te he dicho es que me gustabas cuando en realidad ya te quería».

Roma.

Su cuerpo desnudo.

Morir de sexo con él.

Y solo con mirarnos a los ojos, sin necesidad de decirnos nada, nos

entendemos. A pesar de la insistencia de Martin, no tardamos en marcharnos.

—*Men det är Midsommar! Ingen borde gå och sova idag* —protesta, bastante perjudicado por el alcohol.

Stina lo fulmina con la mirada. «No seas idiota, Martin. No van a dormir», parece que le está diciendo. Después de un último trago, nos despedimos de ellos entre abrazos y la promesa de volver a vernos muy pronto. Y, como antes, no entiendo lo que se dicen, pero lo intuyo.

¿Te has guardado bien mi teléfono, cabronazo? No vuelvas a desaparecer o me veré obligado a presentarme en Barcelona con los niños y me instalaré por lo menos un mes en tu casa. ¡Pero eso sería fantástico! Sí, eso dices ahora, Iceman, pero estoy seguro de que después de un par de días soportándonos nos empaquetarías lo más lejos posible. Lo digo en serio, Martin, en cuanto mi chica esté instalada quiero que vengáis.

Martin posa las manos sobre mis hombros.

—Eres un encanto —me dice en inglés. Tiene los ojos brillantes y apesta a alcohol; habla con dificultad—. Cuida de él, ¿vale? Aquí donde lo ves, tan alto y tan machote, ha sufrido mucho.

—No te preocupes, lo haré —le contesto.

—Lo sé. Eres una chica inteligente y estás bastante buena, si me permites la franqueza. —Eric enarca una ceja y Stina se ríe entornando los ojos—. Conocerme es lo mejor que le ha podido pasar a este cabronazo.

—No, Martin, es lo que mejor que me ha podido pasar a mí.

* * *

La ropa empieza a saltar por los aires en cuanto cruzamos la puerta del cuarto piso del número 43 de Styrmansgatan. El largo camino desde la cabaña de los Wallström acarreado las bicicletas porque estábamos demasiado borrachos para pedalear ha servido para despejarnos, pero no para apagar todo el fuego que había comenzado a arder en nuestro interior. Ya desnudos, Eric me coge en brazos y me lleva en volandas a la habitación sin perder ni un minuto. Aún tengo en la mano el manojo de flores que he recogido en los alrededores de Årstaviken. Según la tradición, hay que colocarlas debajo de la almohada la noche de Midsommar para soñar con el futuro. Cuando Eric me deja en la cama, se desparraman desordenadas sobre el colchón y su fragancia silvestre

inunda la estancia. Se sube encima de mí y me besa como si no fuera a existir un mañana.

Nuestra piel empieza a quemar la una sobre la otra y nuestras manos, que buscan con ansia rincones húmedos, consiguen que aumente aún más el calor. Su saliva se mezcla con la mía; el sudor se condensa. Nuestros labios, que ya solo se separan el tiempo estrictamente necesario entre beso y beso, se atreven a pronunciar palabras que ofenderían al pudor fuera de estas sábanas en llamas. Mi cuerpo impaciente se tensa y se acopla al suyo con necesidad. Eric, que sabe leerme bien, me penetra enseguida con movimientos rápidos y me inmoviliza agarrándome de las manos. Nuestras gargantas gimen, jadean, gritan, aúllan, suplican. Nuestros ojos se cierran.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero —repite sin cesar contra mi boca.

—Y yo. Y yo. Y yo.

Nos deshacemos muy rápido.

Fluimos ensamblados el uno en el otro.

Convertido cada uno en la mitad de un solo cuerpo, de una sola alma.

Después del orgasmo, se desploma exhausto a mi lado y se enjuaga el sudor de la cara con el dorso de la mano.

—Dios, esto es cada vez mejor —dice con la respiración todavía entrecortada.

Me palpo el bajo vientre, donde acostumbra a eyacular. Está húmedo y pegajoso como un helado derretido. Eric y yo nunca hemos utilizado protección y, aunque sé que es arriesgado, no me importa lo más mínimo. Yo necesito sentir su piel. Y no sé si es buena idea que tome pastillas anticonceptivas. Con lo despistada que soy, seguro que la mitad de los días se me olvidarían, por lo tanto sería peor el remedio que la enfermedad.

—Hoy es la noche más fértil del año. Me lo ha dicho Stina.

Se ríe y se gira de cara a mí, apoyado sobre un codo.

—¿Estás preocupada?

—La verdad es que no. ¿Y tú?

—Menos todavía. Si por mí fuera, te dejaría embarazada esta misma noche —confiesa con una sinceridad aplastante.

La frase, que en cualquier otro momento me habría sonado igual que una ráfaga de disparos, me produce, en cambio, una explosión de amor en el centro

del pecho. Y no sé si tiene algo que ver el hecho de haber descubierto gratamente que a Eric no solo le encantan los niños, sino que además es adorable con ellos; o que Stina y yo hemos hablado largo y tendido sobre embarazos y bebés. Pero el caso es que mi imaginación comienza a volar. Y me seduce lo que veo. Yo nunca me había planteado ser madre, la verdad. En primer lugar, soy demasiado joven para eso, solo tengo veinticinco años. Y, en segundo, para tener un bebé hace falta mucho dinero, justo de lo que yo carezco, y no me gustaría que Eric fuera el único que corriera a cargo de los gastos. Que si la cuna, que si los pañales, que si la ropa que hay que renovar cada mes porque crecen muy rápido, que si las vacunas que no cubre la Seguridad Social, que si la guardería... Además, el mundo es un lugar demasiado cruel para un niño. Sin embargo, ahora, a la luz de este inolvidable Midsommar que ya se acaba, me descubro a mí misma fascinada con la idea. Así de contradictoria soy, señores: hace dos días me aterraba irme a vivir con él; hoy fantaseo con bebés.

A veces, el problema del vértigo no es el miedo a caer, sino las ganas de arrojarse.

—¿Tú quieres tener un hijo? —le pregunto.

Eric sonrío expulsando el aire por la nariz y me retira un mechón empapado de la frente.

—Uno no, por lo menos cinco.

—¡Cinco!

—Y que se parezcan todos a ti.

—No, mejor a ti. Tuviste que ser un niño guapísimo.

Ambos nos reímos, pero sé que, en el fondo, solo estamos coqueteando con la idea de darle forma a nuestro futuro.

Recojo las flores esparcidas sobre la cama y las dejo junto a la almohada. Me coloco bocabajo. Eric me acaricia la espalda trazando suaves círculos con el dedo índice y lo recorre con la mirada. Su tacto sobre mi piel sensible después del sexo hace que me estremezca.

—No bromeo, *älskling*. Tengo dos sobrinos pequeños a los que quiero como si fueran mis propios hijos.

—Vaya —digo, enarcando las cejas con aire de asombro—. No sabía que tuvieras sobrinos ni que te gustaran tanto los críos. Eres una caja de sorpresas, Eric Grau.

—La verdad es que me encantan. Es una de las dos razones por las que me especialicé en cirugía pediátrica.

—¿Y cuál es la otra?

—La fuerte convicción de que ningún niño, en ningún lugar del mundo, debería sufrir ni experimentar dolor jamás.

Quiero decirle que eso es lo más bonito que le he escuchado decir nunca, pero no puedo hablar, se me ha formado un nudo de emoción en la garganta. Entonces me viene a la cabeza la foto en blanco y negro de su despacho, la de él y el niño Abasi, y me abraza la certeza de que todavía me queda un Eric por descubrir.

Un Eric aún más sensible que no conozco del todo.

Más humano.

—¿Quieres que te diga lo que he pensado cuando te he visto jugando con la pequeña Klara?

Asiento con timidez.

—Que con un bebé en los brazos eres todavía más hermosa —me confiesa, mirándome con sus penetrantes ojos azules—. Y he sabido que ibas a ser la madre de mis hijos. No me preguntes cómo, pero lo he sabido. Lo he sentido aquí dentro. —Se toca el pecho, a la altura del corazón—. No sé si en un año, en dos o en cinco, pero si de algo estoy seguro es de que vas a serlo, Luna.

—Creía que querías empezar esta noche —digo solo porque quedarme callada, dejando que la emoción me arranque las lágrimas, sería peor.

Él sonrío con ternura.

—Primero quiero que encuentres tu sitio, tu lugar en el mundo.

—¿Y tú?

—Yo ya lo he encontrado.

Y, después, todo se queda muy quieto. Nos abrazamos y nos dejamos mecer por la suave cadencia de los sonidos nocturnos que se cuelan de la calle. Su intensa mirada azul es lo último que registra mi retina. Su mirada cargada de verdad.

De futuro.

Capítulo 25

Necesito un vaso de agua fría. No sé si soy yo, que últimamente tengo una temperatura corporal superior a la habitual, o es que hace demasiado calor aquí dentro. Me seco el sudor de la frente con el paño y lo dejo en la encimera, junto a las flores que compré ayer. Las manos me huelen a canela y tengo restos de masa entre los dedos. Cuando termino de dar forma a los bollos, meto la bandeja en el horno. Ciento ochenta grados, treinta minutos. Espero que me salgan ricos; la última vez que hice kanelbullar por poco se me queman. Estos días ando un poco distraída, aunque sé que es normal, dadas las circunstancias. Echo un vistazo al paisaje a través de la ventana de la cocina. La máquina quitanieves trabaja a pleno rendimiento despejando la acera. Ha estado nevando toda la noche, así que la capa de hielo que recubre el pavimento es considerable. El ruido de la puerta me pilló por sorpresa. Miro el reloj de modo instintivo. Ha llegado antes de tiempo y yo ni siquiera voy vestida en condiciones, así que corro al dormitorio; después de tantos días, no me apetece que me vea con estas pintas tan de estar por casa. Las voces se oyen amortiguadas desde el salón y sonrío mientras me quito la ropa manchada de harina y la dejo sobre la cama. Me pongo un pantalón negro, una blusa azul lo suficiente ancha y los pendientes en eslabones de plata que me compró en uno de sus viajes. Dudo entre si dejarme el pelo suelto, como a él le gusta, o recogérmelo, pero al final termino haciéndome un moño alto, que estiliza más y buena falta me hace. En el salón, la estampa es tierna y conmovedora. Los tres están en el suelo, en plena batalla de cojines. Las plumas y las risas flotan en el aire.

Mis tres hombres preferidos.

—Gunnar y Lars, dejad tranquilo a papá. Acaba de llegar y seguro que está muy cansado.

Él se incorpora en cuanto me ve, aupando a un niño y después al otro.

—Dios mío, pero ¿qué os da vuestra madre de comer?

Está guapísimo, como siempre que vuelve a casa. Además, los niños lo han despeinado jugando y tiene ese aire entre infantil y despreocupado que me sigue volviendo loca. Al acercarse a mí, lo primero que me acaricia es su intenso perfume. Después, sus manos envolventes. Luego, sus labios de terciopelo. Gunnar y Lars se ríen y se tapan la cara con inocencia; es lo que hacen siempre que nos ven besarnos.

—No te esperaba tan pronto —le digo poniéndome de puntillas y aflojándole el nudo de la corbata.

Él me sujeta por la cintura y me escanea con la mirada.

—He adelantado el vuelo. Os echaba muchísimo de menos.

—Y nosotros a ti, ¿verdad que sí, niños?

Los pequeños se enredan entre las piernas de su padre y comienzan a tirarle del bajo de la americana con impaciencia.

—Pappa, ¿dónde están nuestros regalos? —pregunta Gunnar con su irresistible acento sueco.

—Sí, pappa, ¿dónde? —insiste Lars—. ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?

No puedo evitar reírme. Son bastante traviosos, pero encantadores. Y se parecen muchísimo a él.

—Los he dejado en la entrada, en unas bolsas al lado de mi equipaje. Id a buscarlos, vamos. —Les revuelve el rubísimo pelo a uno y a otro—. Pero no enredéis demasiado, ¿entendido?

Los niños corretean gritando emocionados en dirección a la puerta y enseguida se olvidan de nosotros.

—Hogar, dulce hogar —dice él entre suspiros.

Sonríó y le acaricio el mechón rebelde del flequillo.

—¿Qué tal el congreso médico?

—Interesante, aunque agotador, ya sabes cómo son estas cosas. Oye, ¿a qué huele?

—Oh, eso. He hecho kanelbullar.

—¡Pero, älskling! —me reprende—. ¿Cuántas veces tengo que decirte

que no quiero que hagas nada? Bastante me preocupa ya que sigas trabajando a estas alturas.

—¿No te parece que exageras un poco, Eric? Además, puedo trabajar. Y quiero hacerlo. No estoy enferma ni inválida. Solo estoy embarazada de treinta y cuatro semanas. Y gorda —añado haciendo un mohín.

Él me acaricia el vientre y me mira con adoración.

—No digas tonterías, nena. Estás preciosa. Y muy sexy. Y ¿sabes qué? — Sus manos se deslizan hacia mis pechos hinchados—. Me muero de ganas de terminar lo que empezamos la otra noche por Skype. Joder —dice, palpándolos con una centelleante mezcla de deseo y asombro en la mirada —, cada vez están más grandes.

Me humedezco los labios excitada. Cinco años y tres embarazos después todavía sigue teniendo el mismo efecto devastador sobre mí, es increíble.

—Pappa! —La voz aflautada de Gunnar irrumpe en el salón y nos obliga a separarnos de golpe—. ¿Nos llevas a patinar sobre hielo?

—¡Sí, pappa! ¡Por favor, por favor, por favor! —insiste Lars.

Él me mira y yo asiento con un leve gesto de la cabeza.

—Será mejor que vaya a sacar los bollos del horno antes de que se quemem —digo con un suspiro.

Capítulo 26

Menuda sorpresa.

El *Charlotta* está atracado en uno de los muelles del puerto de Stadsgården, en Södermalm. Se trata de un magnífico velero a motor de casi diez metros de eslora con el casco de aluminio y un interior con acabados de lujo. Un cuarto de baño con ducha hidromasaje, dos espaciosas cabinas y una sala de estar completan el conjunto. Después de comprobar el combustible, Måns, el hombre a cargo del cuidado de la embarcación de la familia Grau, un tipo de facciones rudas y expresión insondable, le entrega a Eric un juego de llaves y desaparece.

—No me digas que también sabes navegar.

—Pues claro que sé navegar, nena; soy sueco —dice él con un dejo de orgullo en la voz.

Zarpamos pasadas las once. El motor arranca con un ruido sordo. Eric gira el timón y da marcha atrás. Aunque me ha asegurado que la travesía no será muy larga, me obliga a ponerme el chaleco salvavidas y a permanecer sentada a su lado, con una botella de agua y una caja de Arlevert a mano —el equivalente en Suecia de la Biodramina— por si en algún momento sintiera náuseas. Esbozo una mueca de hastío. Yo, que siento cosquillas en el estómago porque jamás había montado en barco, me había imaginado a mí misma correteando por la cubierta al grito de «¡Soy el rey del mundo!», pero ya veo que, una vez más, su instinto sobreprotector impedirá que me desate. El viento acaricia la bandera de fondo azul y cruz amarilla que ondea en la proa haciendo que la tela flamee indolente. El intenso sol cae sobre las aguas y dibuja un juego de luces fulgurantes. En la confluencia entre el Báltico y el

Mälaren, pasamos por la esclusa que salva el desnivel de casi dos metros de altura entre mar y lago, donde debemos detenernos obligatoriamente unos minutos. El graznido de las gaviotas desaparece en el horizonte en cuanto proseguimos nuestro rumbo.

—Entonces qué, ¿me vas a decir ya a dónde me llevas? —pregunto con impaciencia.

Me fijo en las arrugas que se le forman alrededor de los ojos y que las gafas de sol no pueden ocultar.

—Es una sorpresa —responde sin soltar el timón.

Sí, eso es lo que lleva repitiendo toda la mañana, desde que me lo encontré en la cocina hablando por teléfono en sueco —ahora ya sé que con Måns—, justo después de despertarme sobresaltada porque su lado de la cama estaba vacío. Él ya estaba vestido, llevaba un polo gris ajustado y unas veraniegas bermudas azul marino que dejaban al descubierto la capa de vello rubio de sus piernas atléticas. Se lo veía enérgico y animado. Me acerqué y lo besé con discreción junto a la comisura de los labios. Olía a loción para después del afeitado. Sobre la encimera había un montón de bolsas con el logotipo de Åhléns, una cadena de grandes almacenes. En su interior, tanta comida como para abastecer a la mitad de la población mundial.

—He ido a comprar algunas cosas mientras dormías —me aclaró una vez colgó el teléfono, al tiempo que yo revolvía entre las bolsas.

—¿Tú solo? —pregunté con incredulidad. La verdad es que me cuesta trabajo imaginarme a un hombre de su clase social y poder adquisitivo yendo al supermercado.

—No, las princesas Victoria y Magdalena de Suecia han venido conmigo —repuso con sarcasmo.

No pude evitar sacarle la lengua. Él me dio un cachete cariñoso en las nalgas por toda réplica.

—Ve a vestirte, ¿vale? Mientras tanto te prepararé el desayuno. El taxi no tardará en llegar.

—¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa —respondió con un guiño.

Y es todo lo que ha dicho desde entonces. Lo único que he conseguido sonsacarle es que esta noche no regresaríamos a Estocolmo y que por eso llevábamos equipaje. Así que aquí estoy, rumbo a lo desconocido, sintiendo

una especie de bola de excitación que crece y crece en el estómago mientras surcamos las aguas calmas, casi sin olas, del Báltico. El ruido del motor impide que mantengamos una conversación fluida, así que dejo que la brisa marina me dé en la cara mientras Eric se concentra en la navegación.

Joder, esto es vida.

Solo me falta un *gin-tonic*.

Aunque quizá sea demasiado pronto para eso.

Cerca de una hora y media más tarde llegamos a nuestro destino. Eric maniobra con destreza para bordear una interminable sucesión de escollos e islotes que parece conocer como la palma de su mano. Después de realizar un giro amplio, reduce la velocidad y atraca en un pequeño embarcadero junto al que brotan los juncos de manera desordenada. Luego, echa anclas y apaga el motor del velero.

—Bienvenida al archipiélago, *älskling*.

—¡Qué maravilla! —exclamo con asombro al contemplar las vistas.

Ante mí se extiende un paisaje de una belleza salvaje y sobrecogedora. Al final del embarcadero, un camino de rocas graníticas de relieve esculpido conduce a una bonita casa de madera pintada de rojo Falun —el color tradicional de las casas en Suecia, según me cuenta Eric— y grandes ventanales blancos en mitad de una vasta zona boscosa. No se ven más que árboles en muchos kilómetros a la redonda. Estamos rodeados de naturaleza frondosa. Solos él y yo, en un recóndito paraje oculto entre la infinitud del cielo y un mar que parece una inmensa gelatina azul.

Entonces me doy cuenta de dónde estamos. No necesito que me diga que en esa casa de cuento hacia la que nos dirigimos es donde ha pasado todos los veranos de su infancia.

Y también sé por qué me ha traído.

«Te prometo que te llevaré algún día», me dijo en la habitación de aquel hotel en Roma que vio florecer nuestro amor.

Pues bien, ese día ha llegado.

Eric es un hombre de palabra.

* * *

Aunque pueda parecerlo a simple vista, no estamos en el último confín del mundo. Esto no es una isla desierta en el límite exterior del archipiélago de Estocolmo. De hecho, Eric dice que, no muy lejos de aquí, hay un pueblecito pintoresco y cada vez más turístico con un montón de restaurantes, comercios, un puerto deportivo y bastante vida nocturna. Pero, al menos en esta ocasión, me quedaré sin visitarlo, porque su intención es que permanezcamos lejos del mundanal ruido, hasta que regresemos mañana. Y desnudos.

No suena mal.

—Además, la casa más cercana está a unos cinco kilómetros de distancia, así que, si quisieras escapar de mí, tendrías que correr muy rápido —puntualiza haciendo un gesto juguetón con las cejas.

«Pues es un buen trecho», me digo impresionada. No deja de sorprenderme esa tendencia natural de los suecos a aislarse, aunque supongo que la razón es que son celosos de su privacidad en extremo. Eric es el ejemplo más claro. Además, tienen una capacidad extraordinaria para establecerse en cualquier lugar apartado del mundo y conseguir que no resulte desapacible del todo. La única condición es estar en contacto directo con la naturaleza. Los suecos viven para eso. Eric dice que el disfrute de la Madre Tierra o *allemansrätt* es un derecho constitucional, por curioso que parezca. Pero eso sí, siempre de forma respetuosa. «No molestes, no estropees» sería el lema que mejor resumiría la mentalidad colectiva del país.

—¿Y de quién es la casa?

—De mis abuelos, pero ya murieron. Así que está vacía.

La solitaria casa es propiedad de los Grau. Cuando la puerta se abre, no puedo evitar que me invada una especie de miedo familiar que me sube por la espalda y se expande a continuación dentro de mi cabeza, instalándose allí como si fuera a quedarse para siempre. Entonces me sobreviene una sensación muy amarga, como si estuviera a punto de allanar un lugar al que no pertenezco, con una historia a la que no tengo derecho. Intento deshacerme de ese runrún que me dice que estoy haciendo algo que no debo, pero no lo logro del todo. Eric traspasa el umbral, pero yo me quedo un par de pasos por detrás.

—Imagino que tus padres no saben que estamos aquí.

Él niega con la cabeza.

—Pero si llegaran a enterarse de que me has traído no les haría ninguna

gracia.

Suspira y retrocede hasta mi posición. Me apoya las manos en los hombros y me domina con la mirada desde su imponente altura.

—Mi madre no acostumbra a meterse en mi vida. El problemático es mi padre. Pero me importa muy poco si le hace gracia o no, Luna. Más vale que vaya acostumbrándose a ti, porque, de ahora en adelante, donde yo vaya, irás tú también.

Después, entre sus brazos, siento que todo el miedo se acaba disipando; ese es su gran poder.

Aunque la casa está limpia y bien conservada, el olor a cerrado manifiesta a las claras que nadie ha venido por aquí últimamente. Supongo que la delicada situación que está atravesando Laboratorios Grau en la actualidad es incompatible con unas vacaciones en familia en el archipiélago de Estocolmo. Por dentro es preciosa. Grande y acogedora al mismo tiempo. El salón es muy luminoso y está decorado con un toque femenino que se hace visible en cada detalle desde el primer al último rincón. Me entretengo en observar la multitud de recuerdos y fotografías que adornan las paredes y los muebles de madera de pino, y que muestran a los Grau en la íntima cotidianidad de sus veranos juntos, cuando las relaciones intrafamiliares aún no se habían revelado tan tensas. Imágenes de pesca, de chapuzones en la playa, de cestas llenas de bayas y setas, de unos padres de mirada joven e ilusionada y de niños correteando semidesnudos por entre las rocas. Entonces había felicidad, se nota. De entre todas las fotografías, hay una en blanco y negro en un marco de plata sobre la chimenea que me llama poderosamente la atención. En ella se ve a un joven y atractivo Salvador Grau con un niño rubio de unos tres o cuatro años en sus brazos. La imagen respira esa luz especial que solo se da en los atardeceres de verano. No me cabe la menor duda de que ese niño precioso es Eric y es la viva imagen de su padre. El señor Grau mira a su hijo pequeño con devoción y este se ríe mostrando una hilera de dientes de leche aún irregulares. Aunque decir devoción es quedarse corto. Porque esa mirada transmite la ternura inagotable y la angustia asfixiante que solo un padre puede sentir cuando mira a los ojos de su hijo. Y como en toda la casa no hay ninguna imagen más del señor Grau con alguno de sus otros dos hijos que se parezca a esa ni de lejos, decido que, además, contiene muchas respuestas. A veces, la verdad que se oculta tras una coraza se acaba manifestando en las cosas más

pequeñas, como en una fotografía. Aunque sea de forma subliminal.

Si lo sabré yo.

* * *

—Quiero hacer cosas de suecos.

El pequeño sendero de la parte trasera de la casa lleva a un frondoso bosque de altísimos abedules. Camino despacio detrás de Eric, sorteando las maderas muertas y el húmedo sotobosque. El sol serpentea entre los recovecos de las copas de los árboles y se derrama con misticismo sobre los arbustos y las flores. La tranquilidad es absoluta. Solo se oye el grito de las grullas, el crujir de las ramas bajo los pies, el zumbido de las avispas, el leve ruido del viento. El aroma del musgo, del romero silvestre y de los lirios se cuele dentro de las fosas nasales. Pero, sin duda, el más penetrante es el de los arándanos, que se distribuyen en racimos, con sus coquetas bolitas de color azul intenso y sus hojas verde oscuro.

—No se me ocurre nada más sueco que esto —dice Eric, que coge uno de la mata y se lo mete directamente en la boca. Cierra los ojos y sonrío de forma evocadora—. Ah, *samma smak som alltid...* El mismo sabor de siempre. Ten, Pruébalo. —Arranca otro y me lo ofrece.

El gusto ácido me explota en la boca.

—En sueco se llaman *blåbär*. De niño solía venir con mi padre y los recolectábamos. No saben tan fuertes si el rocío de la mañana los ha bañado antes, ¿sabes? Mi madre preparaba unas confituras de arándanos exquisitas.

Y ahí está otra vez ese destello de la infancia perdida brillando en sus hermosos ojos azules.

Mientras caminamos sin rumbo por entre la hojarasca, le pido que me cuente más cosas de esos veranos que tanta huella parecen haber dejado en su vida. Eric me explica que se pasaba el año esperando con ansia a que llegara Midsommar porque eso marcaba en el calendario el inicio de las vacaciones.

—También suponía que, por fin, podía estar más tiempo con mi padre —añade con un tinte melancólico en la voz.

Los Grau se quedaban en el archipiélago todos los meses de julio. A veces, el padre llevaba a sus hijos a pescar rutilos con lombriz. Otras, daban

la vuelta a la isla en bicicleta y terminaban dándose un refrescante chapuzón en la playa todos juntos antes de volver a casa. Por las tardes iban a visitar a *morfar* Sven y a *mormor* Ylva. Al abuelo le encantaba construir cosas y, por eso, los niños siempre andaban revoloteando a su alrededor. Luego, al llegar agosto, Salvador Grau regresaba a Barcelona para atender los negocios y el resto de la familia se trasladaba a Estocolmo hasta que los días comenzaban a oscurecer antes y la última luz del verano caía sobre el Mälaren.

—Pero eso fue antes de que mis hermanos empezaran a clavarme puñales por la espalda —sostiene con amargura.

La constatación de esa flagrante injusticia me provoca una rabia cruda que me hace ver a Johan y a Angus Grau como enemigos, los auténticos culpables de su desdicha. Los detesto. Sobre todo a Johan. Es un cerdo clasista y cruel.

Me gustaría preguntarle en qué punto se torcieron las cosas entre sus hermanos y él. Si la aparición de Ana Holmqvist en su adolescencia tuvo algo que ver. O si, como sospecho, lo que prendió la mecha de un odio visceral que ha ido intensificándose con el tiempo fue la más que evidente y temprana predilección del señor Grau por el menor de sus tres hijos. Y quiero saber qué papel juega su madre. Me gustaría preguntar, pero ahora mismo no me atrevo. Hacerlo sería como aplastar el brote que ha comenzado a crecer de nuevo entre nosotros.

A veces, incluso yo misma soy capaz de presentir el temblor de la catástrofe.

Continuamos caminando presos de un silencio elocuente roto por un repentino grito de admiración que nace en mi garganta. Ante nuestros ojos aparece como un oasis en mitad del desierto una pequeña laguna en cuyas aguas transparentes se reflejan los tonos verdes, lilas y dorados que salpican el paisaje. Desde la orilla, el fondo parece tan cercano que se distinguen a la perfección los troncos y los cantos rodados. A Eric se le ilumina la cara.

—Démonos un baño. No es muy profundo —dice chocando con cariño su hombro contra el mío.

—Pero no tenemos bañador —argumento.

—¿Y quién lo necesita? ¡Venga, ánimo!

Ante mi asombro y sin ningún tipo de pudor, Eric se desviste a toda prisa y se zambulle de cabeza en la laguna. Su ropa se ha quedado desperdigada entre los matorrales que crecen salvajes en la orilla. Pocos segundos después, sale

al exterior de un salto gritando extasiado. El movimiento de su pelo provoca una lluvia atomizada en todas direcciones.

—¡Vamos, Luna! ¡Está buenísima! —exclama, extendiendo los brazos. El agua le cubre justo por encima del pubis y deja al descubierto su abdomen.

—¿No está demasiado fría?

—¡Claro que no! ¡Ven! ¡No me hagas salir a buscarte!

Mientras me lo pienso, Eric vuelve a sumergirse, da unas cuantas brazadas para acá y para allá, coge agua con la boca y la escupe formando un fino chorro con los labios. Parece un niño y me hace reír. Los rayos de sol le iluminan el pelo y la piel de los hombros.

—¿Quieres hacer el favor de venir ya? ¡Me aburro aquí solo!

Suspiro con resignación y termino por quitarme la ropa, aunque decido quedarme en bragas y sujetador.

—¿Qué? ¡No me jodas! —lo oigo protestar.

Ignorando sus quejas, me meto muy poco a poco en el agua, que, como temía, está helada. ¡Mira que decir que está buenísima! Ahogo un grito y reculo, pero antes de que pueda escapar, a él le ha dado tiempo a salir a la orilla, cogermme en brazos y llevarme hacia dentro como si fuera un saco de patatas, sobre sus hombros y bocabajo.

—¡Suéltame! ¡Que está muy fría! —pataleo en el aire.

—¿Eso quieres? ¿Que te suelte? Vale, pues te suelto.

—¡No, espera, no! —chillo, y me agarro a su cintura con más fuerza.

Pero es en vano. Porque, para entonces, Eric ya me ha lanzado al agua sin piedad y a mí se me han congelado hasta las ideas. Cuando salgo a la superficie, se está partiendo de risa a mi costa.

—¡Muy gracioso! —exclamo. Doy un manotazo al agua con la intención de salpicarlo. Él me imita—. ¡Por Dios! ¡Está helada! Y seguro que hay un montón de bichos.

—Solo cocodrilos y pirañas, nada de lo que haya que preocuparse. Anda, ven aquí, friolera —me exige.

Me atrae hacia sí y me estrecha entre sus brazos.

—¿Mejor?

Niego con la cabeza. Los dientes me castañetean y la piel se me ha erizado.

Eric me abraza con más fuerza todavía. El agua me cubre justo por debajo de los pechos. Él desliza una mirada lasciva hacia mis pezones, tan endurecidos que parece que vayan a rasgar la tela del sujetador, y enseguida noto el bulto que se aloja entre sus piernas.

—¿Y ahora?

—Puede.

Con suavidad, me saca los pechos por encima de las copas. El sutil roce de sus dedos mojados sobre mi piel me provoca una intensa descarga eléctrica. Es extraño lo que me pasa cuando estoy con él. El simple hecho de estar a su lado dispara todos los resortes de mi cuerpo. Lo que me hace sentir es puro deseo, como si hubiera sido diseñado exclusivamente para excitarme.

—¿Por qué no te has quitado la ropa interior?

—No sé, por si nos ve alguien.

—Pero si aquí no hay nadie, Luna.

Acobardada, agacho la cabeza. Él se ríe y chasquea la lengua.

—Así que me masturbas en un bar musical lleno de gente, pero luego te da vergüenza desnudarte para estar a solas conmigo —dice en tono jocosos.

Me muerdo el interior de los carrillos, insegura, y noto el calor en el rostro. Seguro que me he puesto colorada.

—Yo no soy como tú, que tienes esa increíble facilidad para desnudarte en cualquier sitio.

Me coloca el dedo índice en la barbilla hasta erguir mi mirada y me dice:

—Pues deberías. Tienes un cuerpo glorioso, nena. Femenino y muy...

—¿Redondo?

—Sensual. Joder, eres irresistible y ni siquiera te das cuenta —dice antes de sumergir la lengua en mi boca de forma apasionada.

Después, cuando sus manos aprisionan mis pechos y los acarician, un gemido involuntario se me escapa de los labios.

—Creo que ya no tengo tanto frío —confieso con torpeza.

Eric sonrío con picardía y me muerde el lóbulo de la oreja. Su respiración caliente y precipitada me abrasa la piel. Mis manos se encaraman a su cuello. Las suyas descienden con calma hacia mi cintura y, de ahí, a las nalgas, que aprieta con avidez. Su pene, duro como una roca, palpita furioso contra mi pubis, como si pidiera paso, y yo siento el dolor del deseo ahí dentro,

mordiéndome como un perro rabioso. Algo líquido, denso y caliente avanza implacable hacia la confluencia de mis muslos. En la corta distancia que hay entre nosotros, el aire está a punto de condensarse.

—Te la metería aquí mismo, ¿sabes?

Su voz es como un ronroneo suave.

Y, de repente, el frío ha desaparecido del todo.

—Pues hazlo. Hazlo, Eric. Métemela. Estoy lista.

Sin apartar de mí su mirada baja de parpadeo seductor, lleva una mano hacia delante. Me retira a un lado la tela de las bragas y me acaricia. Yo entorno los ojos y echo la cabeza hacia atrás, aullando como una gata en celo con cada círculo que traza con la yema sobre mi clítoris inflamado.

—Oh, sí, ya lo creo —dice con el orgullo impregnado de testosterona mientras continúa hurgando sin piedad en mi excitación.

A mí se me está a punto de nublar el juicio.

—¿Qué haces conmigo, Eric?

Me introduce un dedo que resbala por la humedad.

—Cosas de suecos —dice sin dejar de mirarme.

No puedo evitar reírme ante su respuesta. La risa intensifica el placer que me provocan sus caricias.

Intensifica la ansiedad.

La necesidad.

El dolor.

El deseo incontenible de tener toda esa hombría entre mis piernas.

Voy a explotar si no me penetra ya.

—Por favor, Eric... Por favor... No aguanto más... Necesito sentirte dentro —le suplico partida por la mitad.

Un destello animal le tiñe la mirada al instante. Me coge de las caderas y me guía para que le rodee la cintura con las piernas. Yo me agarro con fuerza a sus hombros y me dejo llevar. Siempre me ha gustado que sea él quien está al mando.

—Muy bien. Prepárate, nena. Voy a follarte como te mereces —anuncia con aspereza. Irradia poder y seducción. Y a mí me fascina.

Después, se ensarta dentro de mí con ensañamiento y yo tiemblo bajo los cálidos rayos del sol.

Y, entonces, el agua comienza a hervir.

* * *

Una vaharada de vapor oloroso inunda la cocina y flota con lentitud hacia el resto de la casa.

—Pásame ese cuchillo, por favor.

Los dorsales se le marcan de una forma escandalosa mientras pica hortalizas con precisión de cirujano sobre una tabla de madera. Eric es el único hombre que conozco capaz de cocinar en calzoncillos y delantal sin perder la dignidad. Se maneja con habilidad entre los fogones, como si lo hubiera hecho toda su vida, lo cual me hace sentir ridículamente nerviosa por lo *sexy* que resulta. Tiene unas manos prodigiosas que lo mismo cortan que saltean que rellenan, y todo sin que se despeine. Él dice que eso es porque tuvo que espabilarse cuando se fue a vivir solo a Estocolmo. Pero yo también me independicé hace tiempo y no soy ninguna virtuosa de la cocina. Si yo hubiera hecho lo que acaba de hacer él con esa sartén, las zanahorias, las patatas y la col estarían ahora mismo rodando por el suelo. Contengo un suspiro delator y doy un trago a mi copa de vino. ¿Hay algo que no se le dé bien a este hombre? Bueno, sí, cantar. Canta fatal. Pero cuando lo hace significa que está feliz.

Como ahora.

Y eso es lo que importa.

Ponemos la mesa en el patio trasero, a la sombra de un manzano en flor que desprende un agradable aroma veraniego. La comida es abundante y deliciosa: salchichas ahumadas, huevos rellenos, hortalizas salteadas con mantequilla y, de postre, una fuente de fruta fresca con nata. El sexo da mucha hambre; ya veo por qué compré tantísimas cosas en Åhléns antes de partir esta mañana. Comemos y bebemos sin ninguna prisa, invadidos por la maravillosa sensación de paz que aporta la placidez del entorno. Reina una calma absoluta, una tranquilidad solo posible en un lugar como este.

—Háblame de tus padres —dice de repente.

Frunzo el ceño. Reconozco que sus palabras me dejan un poco fuera de juego.

—¿Qué quieres saber?

—No sé, todo. Nunca me has contado nada de ellos.

—No hay mucho que contar, Eric. Son muy normales —respondo antes de lamerme un poco de nata del pulgar—. No tienen nada de interesante.

—A mí me interesa la gente normal —insiste.

Dejo la cucharilla sobre el plato e inspiro.

—Veamos, vengo de una familia humilde —comienzo a relatar. Eric apoya la cara sobre la palma de la mano y me escucha con atención—. Como tantos otros, mis padres emigraron del sur en la década de los setenta y se establecieron en Barcelona, aunque ya apenas conservan el acento. No viven lejos del piso de alquiler que comparto con Dani.

—¿Lo conocen?

—Sí, claro. Dani y yo somos amigos desde hace muchos años. A ver, qué más. Soy hija única, aunque deduzco que eso ya lo sabías. Mi padre se llama Francisco, Francis para los amigos, y tiene una pequeña carpintería en el barrio. Mi madre, Aurora, es costurera de profesión, pero trabaja en la carpintería llevando las cuentas. Y menos mal, porque mi padre siempre ha sido un desastre para los números.

—No como tú, que eres una máquina —apunta con un dedo de admiración.

Y eso lo dice el mismísimo director de Ventas y Finanzas de Laboratorios Grau, cuyo día a día transcurre entre cifras, cuentas de resultados, balances y planes de contingencia para hacer frente a las pérdidas. Pero la máquina soy yo. Ya, claro.

No puedo evitar reírme de esa afirmación tan ridícula.

—Cuéntame más sobre tu padre. ¿Cómo es?

—Es la persona más inquieta y curiosa que existe sobre la faz de la Tierra. Y es muy inteligente, ¿sabes? No me refiero a ese tipo de inteligencia que se adquiere con los libros, sino a una capacidad extraordinaria para superarse a sí mismo. No ha ido a la universidad, pero lee mucho, y te garantizo que es capaz de mantener una conversación fundamentada sobre cualquier materia. Política, historia, filosofía, ciencia... lo que sea. Es un observador incansable del mundo que lo rodea. Y un rebelde, a su manera.

—Entonces ya sabemos a quién has salido tú —reconoce, divertido—. ¿Qué hay de tu madre?

—Digamos que ella es más conformista y menos atrevida que mi padre.

No le gustan los cambios, le asustan. Tiene un espíritu más sosegado.

—Es de otra generación, no se lo tengas en cuenta.

—No lo hago. Nunca podría reprochárselo. Es una buena mujer, muy cariñosa y comprensiva. La quiero mucho. A los dos. Se han sacrificado durante toda la vida para que a mí no me faltase de nada. Y jamás han cuestionado mis decisiones. Al contrario, yo siempre me he sentido arropada en casa. ¿Sabes? Puede que no vivamos con holgura económica, pero al menos estamos unidos y nos respetamos.

Me sorprende oírme a mí misma hablar de mis padres con tanto orgullo. Nunca los he considerado especiales, más bien demasiado comunes, en el sentido menos emocionante de la palabra. Pero llega un momento en la vida en que eres capaz de comprenderlo todo con la misma rapidez con la que una granada estalla al ser lanzada. Se llama madurez. Y qué liberadora es.

No creo que haya suerte más grande en el mundo que la de tener un hogar.

Y no, no hablo de un edificio.

Eric me acaricia la mano por encima de la mesa.

—Eso es lo esencial, Luna. El dinero va y viene, y por mi experiencia sé que a veces incluso desune. Detrás del dinero siempre hay otras cosas: egos heridos, deseos de venganza, impulsos... Sé muy bien de lo que hablo, créeme. Eres muy afortunada de tener una familia unida. Me gustaría conocerlos. ¿Cuándo me los vas a presentar?

Me da vergüenza admitirlo, pero nunca he llevado un chico a casa. Para empezar, ninguna de mis relaciones ha sido lo suficiente seria como para dar un paso tan importante. Y no nos engañemos, en estas cuestiones, los miedos y las expectativas son inevitables. Pero ahora, las ganas de que él inunde mi mundo al completo arrasan con todo. Trago saliva y me muerdo el labio antes de contestar.

—La verdad es que nunca les he hablado de ti.

Eric enarca las cejas y atisbo un destello de decepción en su mirada.

—¿Te avergüenzas de mí?

Casi me da la risa.

—No digas tonterías, Eric. Es imposible avergonzarse de un hombre como tú.

—Entonces temes que no les parezca adecuado para ti —se lamenta con un

tono de angustia que me resulta muy tierno.

—¿Cómo no ibas a parecerles adecuado? Puede que al principio les choque que fueras mi jefe, o que se sientan un poco cohibidos por tu estatus social y económico. Pero estoy convencida de que te los acabarás metiendo en el bolsillo. Sobre todo, si cocinas como hoy. —Señalo los platos vacíos encima de la mesa y él sonríe algo más relajado—. No es por ti, Eric —añado tras un suspiro—. Eres un hombre increíble y cualquier padre te querría para su hija. El problema soy yo, que apenas les cuento nada de mi vida. Soy muy reservada. Demasiado, tal vez. A veces creo que no me conocen de verdad, que no tienen ni idea de la frustración y la melancolía que me acompaña la mayor parte del tiempo, ni de lo perdida que estoy.

—¿Y por qué no, Luna?

—Porque ni yo misma me entiendo, Eric. Si lo analizas fríamente, no tengo motivos para sentirme así. Tú lo has dicho: soy una afortunada y sé que puedo contar con ellos. Sin embargo, no entiendo por qué, me cuesta horrores abrirme. Ni siquiera les he dicho que ya no trabajo en Laboratorios Grau. Supongo que no quiero que se preocupen sin necesidad; soy su única hija.

Reconozco un matiz de tristeza en mi voz. Es la primera vez que soy capaz de ahondar en la raíz de mis sentimientos y expresarlos en voz alta delante de otra persona. Pero es que con él me resulta muy fácil porque tenemos una conexión especial.

Eric me envuelve las mejillas con las manos.

—Y eres una hija maravillosa, de eso estoy seguro. Pero eres joven y la vida no siempre es fácil a los veinticinco años, aunque desde fuera parezca que sí. Mira, técnicamente todavía sigues trabajando para mí, así que no se lo digas. Pero prométeme que, de ahora en adelante, intentarás abrirte más con ellos. Rompe ese muro de melancolía detrás del que te escondes y explícales cómo te sientes. Qué esperas de la vida. Qué te frustra y qué te da esperanzas para seguir adelante. Muéstrales quién eres, Luna, tienen derecho a saberlo. No te conviertas en una desconocida para tu propia familia. Prométemelo, por favor.

Sé por qué me lo pide.

Sé lo que implica para él.

Lo sé muy bien.

—Vale. Te lo prometo.

—Y, de paso, prométeme que me los vas a presentar pronto.

—Sí, muy pronto —respondo sin que me tiemble la voz.

* * *

La tarde se nos va sorprendentemente rápido, primero jugando al *Tablut* con un par de tazas de café humeante en la mesa del patio trasero y, después, tumbados sobre una hamaca. El sol proyecta sombras alargadas en el suelo. Ha empezado a levantarse el viento y se oye el susurro en los árboles. Eric tiene un viejo libro que ha rescatado del fondo de algún armario olvidado. *Boken om Pippi Långstrump*, de Astrid Lindgren.

—¿Pippi Calzaslargas? —pregunto sin poder disimular mi asombro.

—Pues sí. Era mi favorito —confiesa mientras lo hojea con los ojos impregnados de nostalgia—. Mi madre me sentaba en sus rodillas y me lo leía una y otra vez. No me cansaba nunca de escucharla, ¿sabes? Este libro es un canto a la libertad, a la individualidad y al derecho a expresarse. Creo que voy a llevármelo a casa, le tengo muchísimo cariño.

Muy simbólico. Normal que le despierte esos sentimientos.

—¿Te llevas bien con tu madre?

Eric frunce los labios.

—Mejor que con mi padre. Lotta es diferente.

—¿En qué sentido?

—Bueno, no es que sea una mujer muy afectuosa; al contrario. Si por algo se ha caracterizado siempre mi madre es por su tendencia natural a ir por libre. A ella lo que le gusta es estar sola, observando las plantas y los pájaros de cerca. Pero es bióloga, así que supongo que eso es normal. —Ambos sonreímos—. Lo bueno de Lotta es que nunca ha tratado de imponernos nada, ni a mí ni a mis hermanos. *Lev och låt leva*. Vive y deja vivir. Ese es su lema.

—¿Sigue ejerciendo?

—Ya está jubilada. Aunque, de vez en cuando, colabora con alguna universidad.

—Vaya, tiene que ser una todoterreno. ¿Y no se involucra con la empresa?

—Nunca le ha interesado lo más mínimo —dice Eric, torciendo la boca.

Y, al instante, decido que me encanta esa mujer. Admiro a Lotta Hansson

por su valentía y su espíritu independiente. Desde luego, con un marido tan severo y dos hijos imbéciles perdidos tiene aún más mérito.

Eric agita el libro entre sus manos.

—¿Te apetece que te lea un poco?

—Claro, pero no lo traduzcas. Quiero oír cómo suena tu infancia.

Se encoge de hombros con una sonrisa. Abre el libro por una página al azar y comienza a leer en voz alta. Las palabras bailan en mi oído. Me encanta la musicalidad del sueco en su boca, su prosodia, su acento melódico, cómo pausa los sonidos como si los cortara por la mitad. Decido que algún día yo también aprenderé a hablarlo.

Luego, nos quedamos dormidos tostándonos al sol.

Un poco más tarde, desde la playa, observo la fina línea que separa la tierra del cielo y me parece alcanzable. La superficie del mar centellea a la mágica luz anaranjada de la noche veraniega. Un montón de rocas calientes por el sol y erosionadas por la acción de las olas y el viento se hunden ligeramente bajo nuestros pies a cada paso. Las algas marinas flotan esparcidas en la orilla y, a lo lejos, un velero solitario pone rumbo al este. La suave brisa mece su pelo. Huele a salitre. Me detengo un instante, abro los brazos y dejo que el aire me envuelva.

Es un lugar hermoso.

Eric me abraza por la espalda y cruza las manos sobre mi pecho.

—Podría vivir aquí, ¿sabes? —confieso mientras le acaricio los nudillos.

—¿En el archipiélago? Te acabarías aburriendo. Además, apenas hay cobertura en esta parte de la isla —bromea.

—¿Y quién la necesita con todo esto? —Volteo la mano y la extiendo para señalar el paisaje.

—Empiezas a sonar como una sueca.

—Será porque estoy empezando a amar a este país.

Pero no es verdad.

Porque, en realidad, ya lo amaba mucho antes de haber venido.

—Antes de enamorarte del todo, deberías experimentarlo en invierno —apunta Eric con un toque edificante mientras me coloca detrás de la oreja un mechón que el aire ha desordenado—. La cosa cambia mucho. El invierno en Suecia es como un mueble de IKEA: muy bonito en el catálogo, pero luego, de

cerca, es otra cosa.

No puedo evitar reírme con su ocurrencia. Una de las cosas que más me están gustando de este viaje es descubrir su insólito sentido del humor.

—Pero a ti te gusta el invierno.

—Yo soy un tipo raro que busca consuelo en la desolación, Luna. La última vez que estuve aquí fue en febrero. Y eso que la casa suele estar cerrada desde septiembre hasta mayo. Pero me gusta mucho venir porque esto está lejos de todo. Me recarga las pilas.

En febrero, Eric y yo ni siquiera nos conocíamos.

—El frío se condensaba sobre la superficie del mar, aunque se podía navegar. Había restos de nieve por todas partes. El silencio era mucho más dramático que ahora y los días apenas contaban con tres o cuatro horas escasas de luz.

—Uf, qué agobio. ¿Y por qué viniste aquí con ese panorama, si puede saberse?

Eric exhala profundamente antes de responder.

—Porque, cuando las cosas se ponen feas, tiendo a aislarme del mundo.

Lo sé. Quiso hacerlo cuando todo se torció entre nosotros, pero su padre se lo impidió. Supongo que temía que se repitiera la historia.

Me doy la vuelta y lo miro a los ojos.

—¿Qué ocurrió en febrero para que quisieras escapar?

—Lo de siempre, Luna. Tuve un enfrentamiento bastante gordo con mis hermanos porque tomé la decisión unilateral de recortar los presupuestos de *marketing* —musita, agachando la cabeza.

Un tenso silencio solo roto por el rumor de las olas y el graznido de las gaviotas se apodera de la atmósfera y me invade la sensación de que se ha ido muy lejos. La pregunta me quema en los labios. No puedo aguantar más.

—¿Vas a contarme qué pasa entre ellos y tú?

Él sonríe con pesar y levanta despacio la vista del suelo. El viento le vuela un mechón de pelo que se recoloca con la mirada errática.

—Johan y Angus me odian. Sobre todo, Johan. —El semblante se le ensombrece al mencionarlo—. No tienes ni idea de hasta dónde es capaz de llegar para joderme.

—Me lo imagino.

—No, no te lo imaginas, Luna —replica, y me ofrece una caída de párpados severa.

Hay una pequeña rama entre las piedras. Eric se agacha para cogerla y la lanza al agua con mucha rabia. Empiezo a preocuparme; no sé si ha sido una buena idea que le haya sacado el tema. Quizá no debería haberlo hecho; esto es entrar en terreno pantanoso. Ahora mismo me siento como si estuviera en una película de terror a punto de bajar a un sótano al que la sensatez y todos tus sentidos te aconsejan no bajar.

Pero tú lo haces.

Bajas al jodido sótano.

—Cuéntamelo —le susurro acariciándole el brazo con delicadeza.

—Mis hermanos no son como yo —dice, mirando al mar—. Nunca lo han sido. A pesar de la educación estricta y basada en el esfuerzo que ha tratado de imponernos mi padre, ellos siempre se han comportado como lo que son en realidad: vagos, ineptos, caprichosos y elitistas. Llevan toda la vida haciendo lo que les da la gana y malgastando la fortuna familiar, desde que eran muy jóvenes. Sobre todo, Johan. A ese cabrón le gustan demasiado el lujo y las compañías caras. ¿Sabes? —Me mira—. Es curioso que sea yo el que tiene la fama de depredador sexual, cuando resulta que Johan es cliente vip de la mayoría de prostíbulos de alto *standing* de Barcelona. Mi padre lo ha sacado de más un lío. Y siempre con dinero de por medio, lo sé muy bien. Le ha pagado abortos, deudas de juego y hasta la fianza una vez que lo detuvieron por conducir borracho. Qué vergüenza. —Niega con la cabeza—. Angus quizá sea un poco más moderado, pero tiene tan poca personalidad que siempre acaba dejándose arrastrar, el muy idiota. Es demasiado blando y manipulable. Todavía no entiendo por qué mi padre no le aprieta un poco más las tuercas; es el CEO de una multinacional farmacéutica, por el amor de Dios. Hay un vínculo especial entre Johan y Angus —continúa después de una sonora y larga exhalación—, algo muy fuerte que los une y a mí me deja fuera de la ecuación. Sencillamente, no cuento para mis hermanos.

—Entiendo. Tal vez por eso tu padre parece... —Titubeo, tratando de encontrar la forma más adecuada de expresarlo—... mostrar mayor inclinación hacia ti. Si no, ¿cómo explicas que el único de los tres que aparece junto a él en una foto seas tú?

—No creo que sea su favorito, si es lo que intentas decir. Soy su única

esperanza de salvaguardar el buen nombre de la compañía, y, por eso, desde que mis hermanos se revelaron como un par de niños crueles y consentidos, tiene una especie de fijación conmigo. Quizá no quería repetir las mismas cagadas que ha cometido con ellos —masculla con amargura.

Y, por un momento, durante un brevísimo lapso de tiempo, logro entender a Salvador Grau. «No debe de ser fácil», me digo. Dirigir una compañía de la envergadura de Laboratorios Grau, sujeta al escrutinio constante y a los cambiantes ciclos económicos; gestionar la vasta fortuna familiar con sentido común y mesura; y, al mismo tiempo, tratar de educar a tres hijos que lo tienen todo desde pequeños en la creencia de que, en esta vida, las cosas hay que ganárselas.

No, no debe de ser nada fácil.

Normal que no le haya salido bien del todo.

—O quizá solo trataba de impedir que tú las cometieras.

—¿Ahora te pones de su parte? —pregunta, dejando caer sobre mí una mirada dolida.

—No, Eric, claro que no. Pero creo que ha hecho las cosas lo mejor que ha podido.

Él suelta una carcajada sarcástica.

—Pues a mí me ha jodido la vida.

—No digas eso, por favor. —Suavizo el tono y le cojo de la mano. Le acaricio el reverso; quiero que me sienta cerca, que sepa que estoy aquí, que nunca me iré.

Eric deja ir una larga bocanada de aire y cierra los párpados con toda su fuerza. Hacía mucho mucho tiempo que no lo veía tan triste. A veces creo que, para tener nada más que una vida, sufrimos demasiado.

—Ya conoces mi historia. Mis hermanos me detestan y tienen celos de mí porque tengo más acciones y poder de decisión que ellos, mi padre me asfixia con sus imposiciones y sus exigencias y yo... yo ni siquiera sé quién soy la mayor parte del tiempo. Me siento perdido en mitad de la niebla, esa es la verdad. Siempre he hecho lo que mi padre me ha pedido porque me aterraba la idea de fracasar y no ser la persona en la que él esperaba que me convirtiese. *Iceman* no existe, Luna. Solo lo inventé para él, para complacerlo, porque me he pasado toda mi jodida existencia oyéndole decir que el mundo de los negocios no está hecho para los corazones débiles. Así que ya ves, el hombre

duro y frío que lo tiene todo bajo control no es más que una fantasía.

—Lo sé, Eric. Sé quién eres en realidad.

De su mirada a la mía pende como un hilo invisible la conexión más fuerte y poderosa que haya sentido en mi vida.

—Llevo demasiado tiempo fingiendo y no aguanto más la presión. Se acabó. Te juro que se acabó.

—¿Qué piensas hacer?

—Todavía no lo sé. Tomaré una decisión u otra dependiendo de cómo se resuelvan las cosas a lo largo de la semana que viene. Ya sabes a lo que me refiero.

«Sé quién lo hizo, Luna. Sé quién filtró los incentivos y también sé por qué lo hizo».

Un estremecimiento me recorre la espalda. Ay, Dios mío. No me atrevo a seguir preguntando. Me da pánico pensar en lo que pueda pasar la semana que viene.

—No hablemos de eso ahora.

—En algún momento tendremos que hacerlo, Luna.

—Lo sé, pero no quiero estropear nuestra última noche aquí.

—Está bien. —Intenta sonreír, pero el semblante fatigado y los ojos tristes frustran el esfuerzo.

Tiene la expresión de un hombre que se siente desorientado, que necesita quedarse aquí solo, sin que nadie le exija nada, porque, más allá de esta playa y de este lugar seguro, el mundo se convierte en tinieblas, en un horizonte sin principio ni final.

Pero yo no pienso dejarlo solo.

Porque soy la luz que guía su camino.

—Anoche tuve un sueño increíble. Sigamos paseando y te lo cuento.

Eric asiente, agradecido.

Capítulo 27

No es cuestión de ponerse melodramáticos; sé que volveremos muy pronto, me lo ha prometido. Pero en cuanto el avión despega rumbo a Barcelona y la ciudad de color azul se diluye en el aire, una bola de aflicción comienza a apretarme la garganta igual que una soga cargada de piedras. Dejar atrás Estocolmo me produce una especie de rotura interna, como si un trozo de mí se hubiera desprendido del resto para quedarse ahí abajo eternamente, flotando a la luz plateada del lago Mälaren. Lo que hemos vivido estos días ha sido inolvidable. Siento que ya no hay barreras entre nosotros. Nos hemos mostrado las últimas heridas que nos quedaban, las más enquistadas, las que más duelen, las que más tiempo tardan en cicatrizar. Y nos las hemos curado el uno al otro, porque en eso consiste el amor, ahora lo sé. Puede que la inseguridad y el miedo a un futuro incierto sigan estando guardados por ahí dentro, pero al menos hemos suavizado sus aristas. Eric y yo hemos visto con los ojos la forma del dolor del otro y lo hemos tocado con nuestras manos. Dicen que las penas se vuelven más soportables cuando es la persona amada la que las moldea.

Pero ahora nos marchamos, se termina la aventura de redescubrirnos el uno al otro en la mágica tierra del sol de medianoche. Ambos tenemos obligaciones que cumplir; es hora de regresar. Y aunque es cierto que lo hacemos más unidos que nunca, no puedo evitar temer lo que está por venir. Como si, a pesar de la sensación de plenitud que me tiene secuestrada desde que puse los pies en la ciudad, fuera consciente de que todo puede volver a desvanecerse en un instante.

Otra vez.

Porque ya ocurrió.

E, igual que ahora, fue justo después de un viaje inolvidable.

—¿Y qué pasará cuando se compliquen las cosas?

No hace falta que diga nada más para que Eric reconozca ese miedo que me hostiga. Me toma la mano con fuerza y me mira a los ojos.

—Que yo estaré a tu lado.

Y yo lo creo. A pesar de todo, lo creo. Porque Estocolmo me lo ha devuelto para siempre. Esa es la verdad.

Llegamos a casa pasadas las diez de la noche. La familiaridad del hogar me aporta una indescriptible sensación de comodidad, y eso que aún no es el mío. Estoy donde debo, con quien tengo que estar. La sencillez de las cosas conocidas como las escaleras flotantes, el suelo de parqué encerado y la pintura abstracta en tonos azules y amarillos del salón —acabo de caer en la cuenta de que representa la bandera sueca— hace que me sienta extrañamente feliz en Barcelona ahora, extrañamente a gusto. Y eso que aquí hace un calor sofocante. La ropa pegada al cuerpo acusa la elevada humedad del tórrido verano mediterráneo. Igualito que en Suecia, donde no pasan de los veinticinco grados.

Eric me pregunta si quiero cenar, pero no tengo hambre. Estoy agotada; ambos lo estamos, a decir verdad. El día de hoy ha dado mucho de sí y, para colmo, anoche nos acostamos tardísimo, en torno a las dos de la madrugada. Nos quedamos a ver la puesta de sol acurrucados en la playa, con una botella de vino que terminamos vaciando pasadas las horas y una manta que nos acabó sobrando pese a que en el archipiélago suele refrescar por las noches. Eric encendió una pequeña fogata y yo me senté entre sus piernas, al abrigo de su abrazo. El fuego crepitaba. Las olas acariciaban la orilla con suavidad. Su corazón latía desbordado y el mío también.

—Gracias por este fin de semana. Por todo lo que me has dado. Por todo lo que me has devuelto —le dije.

No hicieron falta más palabras. Me besó en el cuello y compartimos juntos el despertar de los sentidos. Fue muy romántico hacerlo en la playa; un poco incómodo por las rocas que se nos clavaban por todas partes, pero muy romántico.

A pesar de haber trasnochado y de la ligera bruma que me embotaba la cabeza, por la mañana me obligó a levantarme temprano. Eric no quería que se

nos echara el tiempo encima, así que después de recoger la casa, volvimos a Estocolmo y dejamos el velero amarrado en el puerto. La mañana gozaba de una calma sorprendente. Ni la brisa rizaba la superficie del agua. Debíamos estar en el aeropuerto de Arlanda a las cinco como muy tarde, así que aún teníamos unas cuantas horas por delante para hacer lo que quisiéramos. A mí me apetecía dar un último paseo por el barrio viejo y, de paso, comprarle algún recuerdo a Dani; cuando estuve en Roma no lo hice y no le sentó muy bien, que digamos. «Ojalá te atragantes con la polla del vikingo ese», fueron sus palabras textuales al verme con las manos vacías. Después del paseo, Eric me llevó a comer a Frantzén, el único restaurante sueco con tres estrellas Michelin, por lo visto. Todo un espectáculo gastronómico sensorial y caro de narices. Tres mil coronas el menú, unos trescientos euros cada uno. Y eso sin contar las bebidas. Casi nada.

—¿Estás intentando impresionarme? —le pregunté cuando me dijo que había llamado ni más ni menos que al mismísimo Björn para que nos consiguiera una mesa. Al parecer, había lista de espera para comer allí. Luego supe que se refería a Björn Frantzén, chef del restaurante y amigo suyo.

No se lo dije porque detesto reconocerlo, pero sí, una vez más él y su tarjeta Visa sin límite de gasto habían conseguido impresionarme. Para que después hable de *Jantelagen*. Una de cal y otra de arena, supongo.

Eric deshace el equipaje y mete la ropa en la lavadora.

—Esta vez no pienso devolvértela —me asegura mientras pone en marcha la máquina.

Subimos al piso de arriba y nos damos una larga y refrescante ducha juntos. Nos enjabonamos el uno al otro y hacemos el tonto bajo el grifo. Cuando salimos, me presta su enorme camiseta gris del Instituto Karolinska de Medicina y me la pongo después de embadurnarme el cuerpo con una de las carísimas cremas hidratantes que guarda en el armario de pared del cuarto de baño. Luego nos metemos en la cama.

—Necesito dormir por lo menos veinte horas seguidas. Estoy hecha polvo. Él se ríe.

—Me temo que tendrás que conformarte con seis —dice mientras programa la alarma de su móvil.

Resoplo ante la fastidiosa perspectiva de ir a trabajar mañana y tener que enfrentarme a mi jefe. Después de cómo me marché de la fiesta el miércoles

por la noche, Óscar querrá una explicación.

Entorno los ojos, asqueada.

—No te preocupes. No tendrás que estar en ese sitio mucho más tiempo — dice, como si me hubiera leído el pensamiento.

No quiero hablar de eso. No quiero hablar de lo que puede ocurrir mañana, o pasado, o al final de esta semana. La idea de volver a Laboratorios Grau me aterra y a la vez me llena de excitación. Sé que eso es lo que él quiere, pero no sé si es lo que quiero yo. Y no saberlo me hace sentir como si cargara con un peso insoportable en los hombros.

De pronto, el sonido de una notificación en su teléfono interrumpe mis cavilaciones. Eric se sienta en el borde de la cama y lo consulta.

—Mierda —masculla, pasándose la mano por el pelo.

—¿Qué pasa?

—Mañana por la tarde tengo que ir a un cóctel que organiza el Círculo de Empresarios —se lamenta entre suspiros—. Joder, lo había olvidado por completo. He desconectado tanto que ya no sé ni a qué día estamos.

Eso es verdad. De hecho, en Estocolmo solo lo he visto usar el móvil para consultar el parte meteorológico, para guardarse el número y la dirección de su amigo Martin, para hablar con Måns, el hombre a cargo del velero de los Grau, y para efectuar el *check-in* en el aeropuerto. No puedo saber si alguien lo ha llamado o le ha enviado algún mensaje porque lo ha tenido en silencio todo el tiempo. Aunque imagino que sí y que sencillamente lo ha ignorado.

Entonces, voltea la cabeza y me mira como si hubiera tenido la mejor idea de su vida.

—Ven conmigo. Sé que no es el plan más atractivo del mundo, pero me encantaría que vinieras. No me apetece nada ir solo. Contigo cerca será mucho más soportable.

Sí, menuda idea.

—Pero, Eric, ¿qué pinto yo en un cóctel para empresarios?

—¿Cómo que qué pintas? Eres mi pareja, ¿no?

—Sí, pero... no quiero ir. —Rechazo su proposición sin mirarlo.

Él se acerca a mí y me coge de la barbilla con suavidad.

—De momento, esta es mi vida, Luna. Viajes, reuniones de negocios, cócteles y cenas. Sé que no te encanta, pero si vas a estar conmigo tendrás que

acostumbrarte, porque no pienso dejarte en un segundo plano. Quiero que estés a mi lado, en el lugar que te corresponde. No voy a esconderte como si fueras una aventura pasajera.

Permanezco en silencio unos segundos, apretando los labios como si calibrara la respuesta que voy a darle.

—Por el amor de Dios, *älskling*. Dime qué estás pensando.

Parece contrariado. No, contrariado no es la palabra. Angustiado, más bien.

Suspiro, le tomo la mano con la que me está sujetando la barbilla y le beso el dorso. Las facciones de su rostro se destensan al instante.

—Yo también quiero estar a tu lado, Eric. Y voy a estar a tu lado, te lo prometo. —Le acaricio la mejilla—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que vivo para quererte? —Mis palabras le dibujan una sonrisa de alivio en los labios. En el fondo, es tan vulnerable que me da miedo que se rompa en mis brazos—. Pero creo que, antes de exhibirnos juntos en público, deberías hablar con tu padre y aclarar lo que sea que haya pasado con la filtración de los incentivos. No quiero que sigas teniendo problemas por mi culpa.

Eric deja ir una risa amarga.

—Ojalá todos mis problemas fueran como tú, Luna. No, *älskling*, no te engañes. Tú sostienes con las manos lo que otros intentan romper.

—Pues no dejes que lo hagan.

—¿Quién ha dicho que vaya a rendirme tan fácilmente?

Me mira con detenimiento. A veces creo que esos ojos de metal azul y pestañas espesas son mi único punto de amarre con este mundo. Después, dirige su boca al encuentro con la mía y todos los pensamientos se esfuman de mi cabeza.

La pregunta se queda en el aire.

Capítulo 28

Después de un atasco que nos ha obligado a circular a paso de tortuga por la avenida Diagonal durante más de veinte minutos, Eric aparca el coche en la zona de carga y descarga que hay frente al edificio de CTT. Se quita las gafas de sol y las deja sobre el salpicadero. Hoy está radiante. Bronceado, relajado y con una sonrisa contagiosa que le ocupa todo el rostro desde que ha abierto los ojos a las seis en punto para realizar su sesión matinal de ejercicio.

Después de los pitidos de rigor, el locutor radiofónico anuncia que son las nueve de la mañana y da paso al boletín de noticias.

En otro orden de cosas, parece que Laboratorios Grau, el gigante farmacéutico con sede en Barcelona, comienza a recuperarse del histórico desplome en bolsa que sufrió la semana pasada después de que se supiera que el lanzamiento de su nuevo fármaco iba a retrasarse. Recordemos que la compañía no pasaba por su mejor momento desde que las elevadas comisiones que recibe su fuerza de ventas se filtraron a un buzón virtual de denuncias ciudadanas el pasado mes de mayo. Aunque la identidad de la persona o personas que llevaron a cabo la filtración se desconoce...

Eric suelta un suspiro de frustración y apaga la radio.

—Lo siento —musita—. No sabes las ganas que tengo de que todo esto se termine. Menos mal que ya falta poco.

Siento un pequeño pellizco en el esternón y desvío la mirada hacia la ventanilla. En la entrada del edificio de hormigón en el que trabajo, docenas de empleados con cara de lunes mustio repasan cabizbajos las últimas actualizaciones de Facebook, Twitter o Instagram en sus móviles mientras

apuran el cigarro tratando a toda costa de postergar el momento de entrar. Y no me extraña. Los lunes son demenciales, sobre todo después de un puente largo como el que acabamos de disfrutar. A nadie le hace gracia volver a la cruda realidad de los *e-mails* sin responder, las broncas del jefe o los documentos que nunca acaban de estar bien después de haber desconectado varios días. Aún no entiendo por qué no marcan el lunes en rojo en el calendario en vez del domingo.

Dios. Qué panorama tan desolador.

Resoplo.

—Si quieres, damos media vuelta y volvemos a casa. Podríamos pasarnos el día entero tumbados en la cama.

Reprimo un bostezo y me restriego los ojos.

—No me lo digas dos veces. —Me desabrocho el cinturón y me ajusto la coleta frente al espejo retrovisor—. Será mejor que te vayas antes de que me tome demasiado en serio tu propuesta.

Lo miro y le sonrío. Él me pone la mano en el muslo y me lo acaricia.

—Sé un poco más discreto, haz el favor —simulo reprenderlo.

—¿Qué más da?

—Si algún compañero me ve, pensará que me estoy tirando a un cliente — respondo fingiendo que no entiendo que me haga esa pregunta tan obvia—. Y no quiero —remato, negando con la cabeza.

Él enarca una ceja con aire seductor.

—Oh, pero es que resulta que sí te estás tirando a un cliente. Y el cliente en cuestión está muy satisfecho con esa... —Frunce los labios—... digamos... dedicación tuya. Así que ven aquí y bésame ahora mismo. No pensarás que voy a dejar que te vayas sin despedirte de mí, ¿verdad? *Kyss mig* —me exige, tratando de engatusarme.

Y lo consigue.

Supongo que el cliente siempre tiene la razón.

Me acerco a él despacio y le doy un beso casto en los labios, pero él me atrapa por la nuca en un gesto posesivo y me besa con una pasión impropia de un lunes a las nueve de la mañana. No me queda otro remedio que dejarme llevar; su boca es demasiado tentadora. Lo agarro del pelo y le muerdo los labios. Después, apoya su frente en la mía y me coge de las sienes. Tiene las

manos suaves y calientes.

—Qué mal voy a pasarlo hoy —dice tan cerca de mi rostro que las notas de café y pasta de dientes de su aliento me acarician el olfato—. ¿Estás segura de que no quieres venir al cóctel?

—Sí, Eric. Es lo mejor.

—Pero es muy probable que no nos veamos en todo el día, *älskling*.

—Creo que podré superarlo.

Él profiere una ristra de palabrotas en sueco y se separa de mí dibujando una mueca de fastidio.

—Muy bien. Entonces me iré antes de que me arrepienta de haberte traído y te secuestre. Pero que sepas que me estás rompiendo el corazón. En fin, pórtate bien. Y no hables con nadie.

—¿Y cómo esperas que me comunique con mis compañeros de trabajo? ¿En morse?

—No necesitas comunicarte con nadie.

—Estás chalado.

Me río y abro la puerta.

—Hasta luego, nena —dice, guiñándome el ojo.

—Hasta luego, nene.

Le lanzo un beso al aire y salgo del coche. Como soy consciente de que me está mirando el culo, me contoneo a propósito. No me he alejado ni cinco pasos todavía cuando oigo el sonido del elevavoz eléctrico seguido del típico chasquido que se hace con la lengua para llamar a alguien. Me doy la vuelta. Me está mirando por encima de las gafas de sol con una traviesa sonrisa de chico malo que siempre consigue lo que quiere dibujada en los labios. Me hace un gesto exigente con el dedo índice y me acerco al coche otra vez.

—Disfrutas provocándome, ¿verdad?

Tengo que morderme los labios para contener la risa.

—¿Quieres hacer el favor de irte ya? Voy a llegar tarde por tu culpa. Y tú también.

Entonces alarga el brazo y me agarra de la blusa a través de la ventanilla obligándome a inclinarme.

—¡Pues no me retengas! —me recrimina antes de volver a besarme con un

hambre voraz.

Que nos vean. No importa. Qué más da.

En cuanto el resplandeciente Audi R8 gris metalizado se sumerge en la nube de humo y polvo de la gran arteria urbana, comienzo a echarlo de menos.

Hace demasiado calor aquí fuera.

* * *

Esto ya lo he vivido yo antes.

Esta sensación de que todo el mundo te mira con suspicacia, como si llevara las palabras «me estoy acostando con quien no debo» escritas en la cara. Algo así como una especie de letra escarlata, pero en versión más moderna. «Quizá solo son imaginaciones mías», me digo para tranquilizarme. Quizá, el tío con el que me he cruzado antes en el ascensor no me quitaba los ojos de encima porque tengo una cagada de paloma en el pelo o restos de comida entre los dientes. O quizá le recuerdo a alguien, quién sabe.

Sí, a la tía del escotazo que intentó ligarse en vano en la fiesta del miércoles, por ejemplo.

La misma que luego casi se enrolla con un cliente delante de toda la empresa.

Cuando llego a mi mesa, Amanda me repasa de arriba abajo componiendo un gesto de desaprobación que le mueve la tirante coleta de un lado a otro.

—Uy, qué tarde vienes tú hoy, ¿no? Y qué morena —dice con retintín—. Se ve que a alguien le ha sentado bien el puente. ¿Quién era el tío bueno de Luz de Gas? —Dispara a matar—. ¿Es verdad que es un cliente? Ni siquiera sabía que hubiéramos invitado a clientes a la fiesta. Te lo pregunto porque hoy aquí no se habla de otra cosa. —Y pone cara de «te estoy haciendo un favor»—. Es que todo el mundo vio lo acaramelados que bailasteis, ¿sabes? Demasiado para tratarse de un cliente, en mi opinión.

Qué manera tan fabulosa de comenzar el día.

Suspiro y pongo los ojos en blanco.

Vale. Lo primero, no me estás haciendo ningún favor. Me lo preguntas porque en el fondo eres una cotilla y te mueres de ganas de saber si los rumores son ciertos. Lo segundo, «¿hubiéramos?». ¿En serio? No me hagas

reír. Solo porque te pases la vida dorándole la píldora al jefe no significa que tengas algún tipo de poder de decisión ni que seas alguien importante en esta empresa. Y, lo tercero, no te he preguntado tu opinión.

—Buenos días, Amanda. ¿Cómo estás? Yo muy bien, gracias por preguntar —respondo con sarcasmo.

Ella esboza una mueca de fastidio.

—No es un cliente —interviene Jota de manera fortuita. Parece irritado—. Es «el» cliente —remarca, entrecomillando con los dedos—. Y, además, es su novio. O sea, que el tío no está en el mercado. ¿Te has enterado ya o necesitas que te haga un croquis?

Amanda abre los ojos como platos y dibuja una «o» perfecta con la boca. Creo que tiene la intención de decir algo, pero las palabras no encuentran cauce alguno y termina desistiendo. Suspira dolida y se esconde tras la pantalla de su ordenador. Yo miro a Jota y le sonrío en agradecimiento. Puede que no sea tan mal tío, después de todo. Él me devuelve una fugaz mueca de sonrisa y se pone sus enormes auriculares inalámbricos.

Mientras mi ordenador termina de arrancar y se pone a punto con las actualizaciones de Windows y todas esas cosas tan propias de la rutina matinal de una oficina, enciendo mi móvil. Llevaba apagado desde el jueves por la mañana, cuando aterrizamos en Estocolmo y decidí enviarle un mensaje a Dani avisándole de que estaría fuera unos días. Al punto, las notificaciones de WhatsApp inundan la pantalla. Tengo cinco mensajes sin leer.

Dos son de Dani.

25 de junio, 11:40

La madre que te parió :O

25 de junio, 11:43

Espero que te hartes de follar.

Y ya sabes: con cada corrida, llamada perdida ;)

Era su manera un tanto sui géneris de decirme que me divirtiera pero que lo mantuviera informado de todo. Le envió un mensaje rápido diciéndole que ya estoy en Barcelona y él me contesta enseguida con un «Y bien follada,

supongo» que me hace entornar los ojos y bufar. «Luego nos vemos», me limito a contestarle.

Paso al siguiente mensaje sin leer, que es de Alberto.

26 de junio, 16:11

Dani me ha dicho que os habéis ido de luna de miel.

No sabes cuánto me alegro de que por fin hayáis arreglado las cosas.

¿Sigues enfadada conmigo?

¿Sigo enfadada con Alberto? No, claro que no. No tendría sentido. Puede que hace unos días pensara que al contarle mis asuntos a Eric había traicionado nuestra amistad y mi confianza. Pero ahora, viendo las cosas con perspectiva, fue lo que cambió mi suerte y todo lo demás. Estoy segura de que, sin su ayuda, Eric no habría dado el paso de acercarse a mí de nuevo. Así que le escribo un no rotundo acompañado de un montón de ridículos emoticonos para expresarle mi agradecimiento.

Siguiente mensaje, Óscar Buendía. De esta misma mañana a las ocho en punto.

Buenos días, Ana:

Cuando llegues a la oficina, pásate por mi mesa, por favor.

Me gustaría hablar contigo.

Como Buendía es un tipo muy políticamente correcto lo ha llamado «hablar». Pero lo que quiere decir en realidad es «Tengo que decidir si el despido será inminente o te concedo los quince días de gracia, niñata». Reconozco que una parte de mí está preocupada por lo que pueda pasar. Encadenar dos despidos seguidos en tan poco tiempo no es bueno ni para la moral ni para el currículum. Pero lo jodido, lo más preocupante, es que solo es una parte de mí la que siente inquietud ahora mismo a pesar de la que está a punto de caerme encima.

El último mensaje es de Eric, de las 9:40.

¿Sabes que por poco tengo un accidente? Tú tienes la culpa, por

provocarme moviendo el culo de esa manera. Me has puesto tan nervioso que me he olvidado de cómo se conduce.

Respondo al momento.

Haz el favor de tener más cuidado, Iceman.

¿O debería llamarte Fireman?

Te quiero y te echo de menos <3

Él aparece en línea. Está escribiendo ahora mismo.

Creo que Burning in flames sería más acertado.

Älskar dig också, min lilla Luna.

Contengo un suspiro delator y sonrío embobada como una niña. Pero la línea de mis labios se destensa en cuanto me doy cuenta de que son casi las diez. Uy, Buendía me va a matar.

Capítulo 29

— ¡Menudo bronceado! —exclama Dani, repasándome de arriba abajo en cuanto llego a casa—. A ver, deja que te vea. Estás muy guapa. ¿Ropa nueva? Y qué piel más tersa, putón. Se nota que te han puesto mirando a Suecia a base de bien. Me tienes que pasar el parte pero ya.

—Ven aquí, tontorrón.

Nos fundimos en un abrazo largo y apretadito que mi compañero de piso aprovecha para llenarme la mejilla de besos sonoros y fraternales.

—Te he echado de menos un montón.

—Y yo a ti.

—Qué mentirosa eres.

Nos sentamos el uno frente al otro, con un par de latas de Coca-Cola Zero en las manos y las piernas cruzadas sobre el sofá, y lo pongo al corriente. Está impaciente por saberlo todo. Le cuento que Eric se presentó en la fiesta del miércoles y que, aunque intenté hacerme la dura con todas mis fuerzas, la lluvia y sus palabras terminaron por romperme la coraza. Que acabamos en su casa, haciendo de todo. Y que, al día siguiente, aún no sé ni cómo, me vi aterrizando con él en Estocolmo, donde he pasado los días más felices, intensos y emocionantes de mis veinticinco años de existencia.

—Por cierto, te he traído una cosa. —Me incorporo de un salto y rebusco en mi bolso, que está encima de la mesa—. Es una tontería —confieso mientras le entrego el pequeño paquete.

Dani se lanza a romper el envoltorio emocionado como un chiquillo y con los ojos destilando ilusión.

—¡Pero qué bonito! —exclama al ver la pequeña estatuilla de madera tallada y pintada de un color rojo brillante con toques blancos, amarillos, azules y verdes—. ¿Qué es?

—El caballo de Dalecarlia. Es una especie de símbolo de Suecia.

—Pues muchas gracias, cielo. Me encanta que entre polvo y polvo te hayas acordado de tu compañero de piso. —Me guiña un ojo y deja su *souvenir* a un lado del sofá—. Pero... una cosa.

Por el tono que ha empleado, estoy segura de que ahora va a hacer de abogado del diablo.

—Sé que estás muy pillada, y no es para menos, con ese dios nórdico que por la noche te revienta a pollazos y por la mañana te lleva el desayuno a la cama y un billete de avión, pero te recuerdo que hace cuatro noches llegaste a casa llorando y juraste que nunca volverías a estar con él. Eric te las ha hecho pasar putas, Ana. Que no se te olvide.

Siento el peso de sus palabras desparramándose sobre mí como una pesada sombra y se me comprime la garganta. Dani es así, suelta las verdades con una violencia corrosiva como el ácido. No se me olvida, no. ¿Cómo se me van a olvidar todas las noches de insomnio, todas las lágrimas derramadas, las especulaciones y el anhelo constante de que la vida pasara de largo y dejara de doler? Sí, he sufrido mucho, pero Eric también. Me lo imagino la noche de autos, sentado en su enorme sofá de diseño con una copa de vino en las manos, preguntándose qué cojones había hecho sin hallar una sola respuesta convincente mientras la casa se deshacía lentamente sobre su cabeza, palmo a palmo, con diminutos pedazos de yeso y ladrillo cayéndole encima uno tras otro.

Pero, al día siguiente, contra todo pronóstico, volvió a amanecer.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo?

—Eric y yo no podemos estar separados, Dani. Es así de simple.

Eso es todo lo que digo y es suficiente para que él asienta despacio, con un gesto cómplice, porque, en el fondo, lo único que le importa es que su amiga del alma sea feliz.

—¿Es bonito Estocolmo? —me pregunta, cambiando de tema.

Le digo que sí, que mucho, que es la ciudad más bonita del mundo.

—Relájate, Willy Fog, que tampoco conoces tantas.

Le hablo de la luz brillante que envuelve la ciudad y de su cielo infinito, del olor a canela que flota en el ambiente, de los canales y el agua dulce y salada que la rodea, de las calles empedradas y sus casitas de colores, de los manzanos, de los puentes que hay por todas partes, de las iglesias luteranas de chapiteles puntiagudos, de las tiendas de diseño en Östermalm, de Djurgården y sus prados de hierba fresca, de los barcos que saturan el puerto, del sol de medianoche, de Midsommar y de *Små grodorna*, de la belleza dramática del archipiélago.

Y de su color azul, cómo no.

El mismo azul de los ojos de Eric.

—¿Y los suecos? ¿Están tan buenos como dicen?

—Uf. —Resoplo y miro hacia arriba—. O más. Son una raza superior.

Luego las mismas risas locas y sin artificios de siempre invaden el espacio y tengo la certeza de que por fin hemos superado cualquier diferencia que pudiera haber entre nosotros. Entonces, caigo en la cuenta de que pronto, no sé cuándo pero pronto, este salón caótico, estas voces alocadas y este rostro masculino serán sustituidos por otros, y me embarga una especie de nostalgia extraña que ni yo misma sé cómo clasificar. Es lo normal, la vida está llena de ciclos que se cierran para dejar que otros se abran. Pero no puedo evitar tener ciertos sentimientos contradictorios. Dani y yo nos conocemos desde hace años y llevamos mucho tiempo compartiendo piso, tanto que me he acabado acostumbrando a sus vicios y manías. Es verdad que a veces me saca de quicio. Por ejemplo, cuando se rocía el pelo de laca y deja el cuarto de baño envuelto en una nube tóxica. Cuando llega de fiesta como una cuba armando follón y arrasa con todo el arsenal de chocolate que tenemos en la despensa para momentos críticos. O cuando monopoliza el mando de la tele y no me queda otra que tragarme alguna de esas series chorras con risas enlatadas que tanto le gustan. Y ese afán sin control que tiene por acumular mierda de todo tipo y que ha terminado por convertir esta casa en un auténtico mercadillo *kitsch*, por Dios. Pero lo adoro porque es lo más parecido que tengo a un hermano y porque, juntos, en las buenas y en las malas, hemos escrito parte de nuestra historia en este pequeño piso de alquiler desordenado. En el fondo, me da mucha pena marcharme. Porque todos los cambios, incluso los más deseados, llevan consigo cierta añoranza.

—Tengo que contarte una cosa, Dani —confieso con la voz contraída.

Capítulo 30

Cuando miro la pantalla de mi teléfono y veo de quién es la llamada entrante, una enorme sonrisa se me dibuja en la cara. Dani me mira con picardía y, después de susurrarme un «Salúdalo de mi parte», se marcha del comedor sin necesidad de que se lo pida.

—Hola, nena.

Su voz suena metálica al otro lado de la línea.

—Hola, nene. —Me tumbo en el sofá y me pongo cómoda—. Precisamente estaba hablando de ti. Dani te envía saludos.

—¿Ah sí? Y yo que creía que no me tragaba.

—No es que no te tragara, es que no se fiaba de ti. Lo cual es comprensible teniendo en cuenta lo cabrón que fuiste con su mejor amiga. — Me río—. En cualquier caso, ya se le ha pasado.

—Bien. ¿Le has dicho ya que te mudas?

Suspiro.

—Le he dicho que tengo la intención de irme a vivir contigo en un futuro, sí.

—Inmediato. En un futuro inmediato. El matiz es importante, Luna.

Pongo los ojos en blanco y meneo la cabeza.

—¿Tú nunca te das por vencido?

—No. Soy un tipo de lo más obcecado. Te darás cuenta de ello en cuanto vengas a vivir conmigo, que será...

—Cuando encuentre un compañero de piso que esté a mi altura, ya lo sabes.

—¿No le has dicho que me he ofrecido a pagar el alquiler?

—Claro que no.

Al otro lado de la línea, Eric chasquea la lengua.

—¿Por qué? Si te dije que no me importaba.

—Porque Dani es capaz de aceptar y a mí no me parece bien, por eso.

Como protesta, decido cambiar de tema.

—¿Dónde estás? Te oigo con eco.

—En el coche. Voy de camino al cóctel. He activado el manos libres.

Me muerdo los labios de forma inconsciente y me enrolló un mechón de pelo entre los dedos imaginándome lo guapo y elegante que estará.

—¿Qué llevas puesto? —pregunto.

Se toma unos segundos para contestar.

—Un traje gris de Ermenegildo Zegna y una camisa azul marino.

Uf. Si es el traje que creo que es, le sienta de escándalo.

—¿Corbata?

—Sí. Del mismo color que la camisa. —Hace una breve pausa—. ¿Y tú?

Dibujó una sonrisa pícara.

—Un corsé negro de Agent Provocateur.

Eric se ríe.

—Disfrutas haciéndome sufrir, ¿verdad?

—Puede.

—¿Sabes que llevo todo el día con dolor de huevos por tu culpa? —Emite un quejido exagerado para evidenciar su malestar.

No puedo evitar que me entre la risa. Menudo sufridor de tres al cuarto está hecho.

—Oh, pobrecito. ¿Por qué no te pasas un momento por mi casa? Conozco un remedio muy efectivo para eso.

—¿Me estás intentando sobornar con sexo? Te advierto que a los suecos no se nos soborna con facilidad.

—Qué bien que entonces solo seas medio sueco. Ven, anda —le pido con un tono infantil—. Te prometo que no te entretendré mucho.

—*Älskling*... Sabes que no puedo.

—Venga, no seas así —insisto—. Te haré eso con la boca que te gusta

tanto.

Y aunque no lo vea, sé que está sonriendo como un tonto ahora mismo. Lo sé porque yo estoy igual.

—¿Qué?

—Eso.

—¿Te da vergüenza decirlo?

—Un poco.

Ambos nos reímos.

—Me estás poniendo cachondo, ¿sabes? Lo cual es un problema, porque voy a ciento veinte por la autopista.

—Eso tiene fácil solución.

—¿Y qué propones? ¿Que pare en un área de servicio y me haga una paja?

—Prefiero que des la vuelta y vengas a casa. —Ahora sueño como una niña caprichosa.

Lo oigo exhalar profundamente.

—Me encantaría, Luna. Pero tengo que ir a ese cóctel. Es un evento importante.

—Creía que no te apetecía.

—Y no me apetece. Pero, tal y como están las cosas en la empresa ahora mismo, no puedo permitirme el lujo de adoptar un perfil bajo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, claro —admito, frustrada—. En fin, será mejor que hablemos de cualquier otra cosa que no tenga que ver con sexo. ¿Cómo te ha ido el día?

—Ha sido de lo más improductivo —confiesa entre suspiros—. No he podido concentrarme en nada, con la de trabajo que tengo.

—¿Culpa mía también?

—*Ja, absolut.*

—Si te sirve de consuelo, mi jornada no ha sido mucho mejor. No he hecho otra cosa que pensar en ti y echarte de menos. Y me he aburrido como una ostra en el trabajo. Creo que lo único destacable que me ha pasado hoy ha sido la bronca de mi jefe.

De repente, oigo un ruido brusco al otro lado de la línea, algo así como un frenazo. Y, después, el estruendo de una bocina prolongada acompañada de una voz que grita un inflamatorio «¡Pero tú eres gilipollas o qué te pasa, tío!».

—¿Eric? ¿Estás bien? —inquiero con nerviosismo.

Él obvia la pregunta.

—¿Qué te ha dicho el imbécil de Buendía?

—Nada, déjalo, no tiene importancia.

—Luna... Cuéntamelo. Ahora.

Exhalo con resignación.

Unas horas antes

Óscar Buendía cierra la puerta de la sala de reuniones tras de sí y me invita a sentarme. Un fuerte aroma a pachulí inunda la estancia y tengo que reprimir las ganas de toser. Él se queda a mi lado, ligeramente apoyado sobre la mesa con los brazos cruzados. Lleva una de esas ridículas camisas Ralph Lauren de color rosa con un enorme jinete bordado a la altura del pecho. A los *business managers* como Buendía suele gustarles mucho ese tipo de camisas de marca ostentosas; no es el primero al que le veo una así. A veces creo que todos están hechos a partir del mismo molde.

—Tú dirás.

Tiene cara de pocos amigos y parece nervioso. Los hombros se mueven arriba y abajo acompasados al ritmo alterado de su respiración. Y, por supuesto, no hay ni rastro de esa imagen de jefe comprensivo y dispuesto a escuchar a sus empleados que se esfuerza en dar a diario.

Y que, por supuesto, es falsa.

—Iré al grano —dice sin preámbulos—. Estoy bastante disgustado contigo. Lo de la otra noche fue muy poco profesional. Quiero pensar que habías bebido más de la cuenta y por eso te comportaste así.

No puedo contener la lengua.

—Igual es que el momento y el lugar no eran los más adecuados para ponerse a hablar de negocios.

Él me devuelve una mirada ofendida y empieza a gesticular sin medida.

—¿Sabes lo que no es nada adecuado? Que bailes agarrada al cuello de un cliente. No querías trabajar para Eric Grau, pero bien que te enganchara a él como una lapa —añade con un desagradable tono reprobatorio—. Con

franqueza, Ana, diste una imagen lamentable, que lo sepas. Todo el mundo lo comenta en la oficina. Siento mucho que tu reputación esté en entredicho, pero más lo siento por el pobre señor Grau.

Y esto, señoras y señores, es otra muestra más del machismo que todavía impera en el mundo empresarial. «Uy, sí, pobre señor Grau, no te jode», me digo reprimiendo las ganas de soltar una carcajada. Estoy segura de que si yo fuese un tío y ahora estuviéramos hablando de una señora Grau, mi jefe no se habría indignado ni la mitad ni me estaría acusando de un comportamiento inapropiado. ¿Y quién se ha creído que es para hablar de mi reputación? ¿Dónde estamos, en una empresa con profesionales cualificados o en una escuela de modales para señoritas decentes? Venga ya, se supone que Óscar es mi jefe, no una institutriz odiosa del siglo XIX. Yo decido con quién bailo. Cuándo. Y cómo. Punto. Y ningún gerente amanerado de pacotilla me va a dar órdenes en ese sentido.

—Vaya, así que ese es en realidad el problema. La imagen que di, según tú. No que te mandara a la mierda —señalo de forma incisiva.

Óscar enrojece hasta el cuero cabelludo y, por primera vez en la historia, lo veo alterarse más de la cuenta.

—¡No, el problema eres tú! —Se incorpora y me apunta con el dedo índice. Unas gotas de saliva salen disparadas de su boca crispada como proyectiles y aterrizan sobre mi blusa—. Vas a conseguir que perdamos la mejor oportunidad de negocio que hemos tenido en mucho tiempo. Y te recuerdo que no me mandaste a la mierda, me invitaste a que me metiera mi proyecto por el culo, que es aún más grave. ¿Te parece que esas son formas de tratarme delante del cliente?

Decido quedarme callada, pero no porque me falten agallas, sino justamente porque me sobran. Estoy segura de que, si hablo ahora, con lo caliente que tengo la sangre, ya no habrá vuelta atrás.

—Mira, te seré sincero. No me gusta tu actitud. Si por mí fuera, pondría a Amanda al cargo de la gestión de la cuenta de Laboratorios Grau. Ella está muchísimo mejor preparada que tú, tiene más experiencia y, desde luego, su trato es más exquisito.

Me río expulsando el aire por la nariz.

—Por mí no te cortes, Óscar. Ya sabes que esa cuenta no me interesa para nada.

Él, que parece haber recuperado el aplomo, vuelve a apoyarse sobre la mesa, cruza una pierna por encima de la otra y me mira con hosquedad.

—¿Tienes idea de lo que le facturo a Eric Grau por tus servicios? — pregunta con gesto interrogativo. Y, después de una breve pausa especulativa, él mismo se responde—: Cien euros por cada hora de tu tiempo que dediques a su empresa. Cien euros que él desembolsa sin rechistar. Cien —remarca—. Pero tú y yo sabemos muy bien que no vales eso, ¿verdad?

Una especie de silencio espeso se instala en la sala. Él espera con paciencia y sin pestañear a que yo diga algo, pero no puedo hablar porque me he quedado muda. Quizá no tengo tantas agallas como yo creía. Sé de sobra que las consultoras como CTT hinchán las tarifas para sacar el máximo posible a sus clientes, pero es que el muy cretino le está cobrando a Eric tres veces más de lo que cobraría a cualquier otro cliente por un perfil como el mío. Y me lo dice así, con toda la naturalidad del mundo, cuando la verdad es que se ha aprovechado de él y de su interés en tenerme en el proyecto a cualquier precio. Es cierto que los Grau no son precisamente las hermanitas de la caridad; al contrario, si algo los caracteriza es su política salarial austera, por decirlo de una forma educada, y su falta total de empatía con el personal subcontratado. ¡Joder, pero si llaman esclavos a los externos y los obligan a trabajar en un sótano al que ellos se refieren como «el calabozo»! Pero Eric no es como sus hermanos. Y, de todos modos, lo que está haciendo Buendía me sigue pareciendo inmoral. No solo porque Eric y yo tengamos una relación y me sienta en pleno derecho de defender sus intereses con uñas y dientes como si fueran los míos, sino también por mí. Es una cuestión de dignidad. Le cobran al cliente cien euros la hora, pero a mí me pagan un sueldo ridículo. «Malditas cárnicas», me digo. Y maldito mercado laboral.

«No te preocupes. No tendrás que estar en ese sitio mucho más tiempo».

Lo malo es que tampoco tengo claro que lo que me espera vaya a ser mucho mejor.

O sí, quién sabe.

—En fin, como parece que Grau solo quiere trabajar contigo y yo no pienso arriesgarme a perderlo como cliente, he decidido mantenerte en nómina, aunque no te lo merezcas. Así que, nos guste o no, vas a encargarte tú de sus proyectos. Hoy mismo lo llamaré para invitarlo a comer y hablarle con detalle de todas las ideas que tengo. Lo que sí te pediría es que, de ahora en

adelante, procurases mantener las distancias con él. No me gustan las empleadas que no saben dónde está su sitio. Aprende de Amanda. Ella sí lo sabe.

Vaya con Óscar. Así que ese velo de diplomacia y corrección política en el que va envuelto todo el tiempo no es más que una máscara conveniente. Menudo hipócrita.

Pongo los ojos en blanco y exhalo.

* * *

El sonido de su respiración se queda suspendido en la línea telefónica durante unos segundos. El motor ya no se oye; imagino que ha debido de parar el coche en algún punto de mi relato.

—¿Eso te ha dicho? Voy a llamarlo ahora mismo —dice Eric, cabreado.

Me incorporo y comienzo a dar vueltas por el comedor con nerviosismo.

—Ni se te ocurra.

—Pero ¿cómo que no? Alguien tiene que poner en su sitio a ese tarugo. No va a tratar a mi novia como si fuera un trapo y quedarse tan tranquilo, te lo aseguro.

—No sabe que estamos juntos, Eric. Y prefiero que siga siendo así.

—Muy bien, pero eso no me va a impedir que le diga cuatro cosas bien dichas. Además, me ha estado atosigando todo el día con llamadas y correos electrónicos que he ignorado. Estaría bien que le contestara.

Resoplo a punto de perder la paciencia.

—Eric, sé defenderme solita. No necesito que actúes como un sicario cada vez que tengo un problema.

—No es solo por ti, nena. Buendía me está estafando.

Dejo ir un resuello.

—Como si tú no supieras que te está cobrando de más, venga ya.

—¿Cuánto ganas, Luna? —pregunta de repente.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Vamos, di una cifra. ¿Más o menos que en Laboratorios Grau?

—Menos —confieso entre suspiros—. Bastante menos, la verdad.

Eric chasquea la lengua con fastidio.

—¿Ves? A eso me refiero. Si he hecho la vista gorda con sus tarifas abusivas es porque confiaba en que, de algún modo, eso impactaría positivamente en tu salario.

Me quedo en silencio, sin saber qué decir. Si lo tuviera delante ahora mismo, le daría un beso.

—Quiero que dejes ese trabajo de inmediato, mañana mismo si es posible. Ni ese puesto ni esa empresa de pacotilla están a tu altura. Tu sitio está conmigo, en Laboratorios Grau. Dime que vas a volver —añade tras una pausa.

Cierro los párpados con fuerza. El temido momento ha llegado.

—¿No hemos hablado ya mil veces sobre esto, Eric?

—No, *älskling*, no lo hemos hecho. Cada vez que saco el tema, me rehúyes. Pero tú sabías desde el principio que el plan era contarles a todos la verdad para que pudieras volver y recuperar el puesto que te ofrecí en Roma.

—El problema es que yo nunca he tenido claro que quiera volver a Laboratorios Grau. No sé si es mi sitio. Y para qué nos vamos a engañar, Eric, allí no me habéis tratado bien.

Lo oigo suspirar al otro lado del teléfono.

—Pienso enmendarlo, Luna. Y me enfrentaré a quien haga falta para devolverte todo lo que te quitamos de forma tan injusta.

—Pero ¿por qué te empeñas en que trabaje en tu compañía? Yo no soy tan excepcional.

—Pero lo serás. Puede que aún te falte experiencia, pero tienes la base. Eres inquieta, inteligente, minuciosa, muy trabajadora, honesta y una de las personas con mayor sentido del deber que conozco. Y lo más importante: porque te quiero. Y quiero lo mejor para ti.

—Eso es lo que me da más miedo. No me gustaría tener la sensación de no haber conseguido las cosas por méritos propios.

—*Fan*, Luna, esa manera de pensar es tan de clase media... —dice de una forma que a mí me parece un tanto despectiva.

—Perdona por ser de clase media, Don Me-sobra-el-dinero —replico.

—Lo siento, pequeña, no era mi intención ofenderte. Pero es que me fastidia que seas tan terca. Dime, ¿cuál es tu plan? ¿Consumirte en una de esas consultoras en las que nunca valorarán tu talento ni te ofrecerán la más mínima

posibilidad de crecer y hacer algo importante de verdad? ¿Desperdiciar los mejores años de tu vida trabajando en proyectos inútiles que ni siquiera te motivan? ¿Quedarte estancada con una posición que te viene pequeña y un salario mediocre? ¿Tener que aguantar todo el tiempo a meapilas como Buendía? ¿Ser como los demás? ¿Eso es lo que quieres? Aparca tus prejuicios de una vez, Luna. Lo que yo te ofrezco es que formes parte de algo grande. Que seas autónoma. Y que llegues lejos.

Sus palabras se quedan flotando en el aire y vibran con fuerza propia después de haber sido pronunciadas. Ser como los demás. ¿Es eso lo que quiero?

No lo sé.

La verdad es que ni yo misma sé lo que quiero.

Entonces me da por hacer balance de lo que ha sido mi vida laboral hasta ahora y el resultado no me gusta: aburrida, insignificante y llena de días amargos como un café sin azúcar. No me siento realizada, esa es la triste verdad. Supongo que como tantos otros, aunque eso no me consuela en absoluto. Y justo en ese momento me doy cuenta de que es el trabajo, el jodido trabajo, lo que me ha convertido en la persona frustrada y melancólica que soy. Son todas esas oficinas de aire viciado y ambiente asfixiante en las que me paso metida ocho horas al día, a veces nueve y a veces diez, que me ponen la piel de un horrible tono de enfermo terminal y me dibujan unas ojeras de zombi famélica. Y todas esas reuniones de mierda, todos esos *e-mails* de mierda, toda la palabrería grandilocuente, los informes, las gráficas, las corbatas, los clientes, los beneficios, los ascensos, los despidos, las subidas salariales, las congelaciones salariales... ¡Qué presión! Es toda esa gran *performance* la que me está enfermando lenta y silenciosamente como si hubiera ingerido un veneno letal que no deja huella. El mundo laboral que yo conozco es una puta mentira. Porque algo que te hace sentir tan fracasada no te puede dignificar. No hablo del trabajo que tengo ahora en particular, sino de todos los que acumulo desde que puse los pies fuera de la facultad. Bueno, de casi todos. Y yo lo estoy permitiendo porque no hago nada para cambiarlo. A menos que decida no ser como los demás. Que aparque los prejuicios y acepte formar parte de algo grande, ser autónoma y llegar lejos, como dice Eric. Pero ¿acaso no se siente frustrado él mismo con el trabajo que desempeña y la posición que ocupa? ¿Qué supone entonces Laboratorios Grau, una condena o

la salvación? Estoy hecha un lío y no sé qué hacer. Necesito pensar.

—En cualquier caso, será mi decisión y tú deberás respetarla, aunque no la compartas. Por favor, Eric, no me impongas tu voluntad por la fuerza una vez más. Deja que reflexione acerca de todo esto y, sobre todo, no llames a Óscar, ¿vale?

—Está bien. Lo haremos a tu manera —dice tras una profunda exhalación—. Oye, tengo que dejarte. Se me ha hecho un poco tarde y estoy a punto de quedarme sin batería.

—¿Hablamos luego?

Mi pregunta no obtiene respuesta.

Capítulo 31

Mis peores pronósticos se cumplen al despertarme. Lo primero que hago en cuanto suena la alarma a las siete en punto es lanzarme como una fiera a comprobar si tengo algún mensaje suyo. Pero no. Ni mensajes ni llamadas. Y no puedo evitar sentirme un poco decepcionada. Hago un esfuerzo titánico para salir de la cama y me arrastro al cuarto de baño con la sensación de que nada tiene sentido.

La manera en que anoche terminamos la conversación me dejó mal sabor de boca y me ha costado conciliar el sueño. «¿Se habrá enfadado conmigo?», «¿qué estará pensando ahora mismo?» y «¿por qué no me escribe ni un triste mensaje?» son algunas de las preguntas que se repetían como un eco tenebroso en mi mente mientras miraba el móvil con desespero una y otra vez. «Es ridículo que me coma la cabeza; se ha quedado sin batería, fin de la historia. Lo más seguro es que me llame después del cóctel de empresarios, cuando llegue a casa y pueda cargar el teléfono; no creo que termine mucho más tarde de la medianoche», me dije a mí misma para tranquilizarme. Decidí que era inútil que me preocupara e intenté alejar los malos pensamientos que me acechaban distrayéndome con la última serie de Netflix de amoríos entre adolescentes a la que Dani se había enganchado. Pero a los pocos minutos de haber comenzado el episodio, mi mente voló muy lejos de la pantalla del televisor. La razón: la molesta pregunta que me zumbaba en los oídos como un insecto. «¿Me estás diciendo que un hombre tan precavido como él no lleva un cargador de repuesto en el coche? Venga, no fastidies». Pensé en enviarle un WhatsApp para ver si al menos aparecía en línea. Comencé a escribirsele, pero me arrepentí y lo borré; no me gusta ese lado de mí posesivo y espía que

florece a veces, me parece patético. «No, ni hablar. Ya me llamará cuando le dé la gana».

Solo que no lo hizo.

Y, gracias a su silencio, no he hecho más que dar vueltas y más vueltas en la cama.

Juro que nunca en mi vida he experimentado un vaivén emocional tan fuerte.

Después de una ducha bastante más larga de lo habitual, salgo del cuarto de baño con el pelo todavía mojado, descalza y envuelta en una toalla. El pasillo huele a café recién hecho y a algo dulce cuyo aroma me resulta vagamente familiar. Sonríe y me dirijo a la cocina, desde donde llegan sonidos de tazas y platos. Igual Dani ha bajado a la panadería de la esquina a por cruasanes; hacen unos de mantequilla que me encantan. La verdad es que es un sol. Echaré de menos esa forma suya tan peculiar de cuidarme cuando me vaya a vivir con...

—¡Eric!

Quien me está preparando el desayuno no es mi compañero de piso, sino Eric. Y eso dulce que huele tan bien no son cruasanes de mantequilla de la panadería de la esquina, sino *kanelbullar*. Ya me extrañaba a mí que Dani se hubiera tomado tantas molestias, con la mala hostia que se gasta por las mañanas. A juzgar por su mirada apagada y por las sombras negras que tiene debajo de los ojos, entiendo que, como yo, tampoco ha dormido bien. Aunque su aspecto cansado no le resta ni un ápice de atractivo. Al contrario, está impresionante. Va vestido de negro riguroso, con la clase de ropa elegante y sobria que uno se pone cuando tiene algo importante que anunciar. Me lanzo a su cuello y lo beso con anhelo. Él me rodea con los brazos y me aprieta contra su cuerpo, aunque enseguida se separa de mí y provoca que eche en falta su contacto al instante.

—¿Cómo es que has venido? —le pregunto ilusionada.

Eric me acerca uno de los deliciosos bollos de canela que acaba de calentar en el microondas y lo engullo casi sin masticar.

—Quería darte una sorpresa. ¿Café?

—Sí, por favor. —Me sirve una taza humeante y me la pasa. Yo me apoyo contra la encimera sosteniéndola entre las manos. Soplo y doy un par de sorbos seguidos—. Pues lo has conseguido. Pensaba que estabas enfadado

conmigo.

Él arruga el ceño.

—Bueno, como anoche terminamos la conversación de forma un tanto abrupta y después de eso no volviste a llamarme ni me enviaste ningún mensaje...

Se le relaja el gesto de inmediato. Me quita la taza y la deja sobre la encimera. Luego me coge por el nudo de la toalla y me atrae hacia sí con suavidad.

—Me quedé sin batería.

—Me lo figuraba —confieso, eludiendo preguntarle si no llevaba un cargador de sobra por si acaso no me gusta su respuesta—. Pero, de todas formas, me habría encantado saber de ti después del cóctel —añado, poniendo morritos.

—Lo siento, *älskling*. Era muy tarde, no quería despertarte.

Pero yo no puedo evitar tener la sensación de que hay algo más. Hay algo distinto en él esta mañana, una especie de nerviosismo sutil que brota de él a ráfagas.

—¿Seguro?

Eric me envuelve las mejillas con las manos.

—¿Crees que habría venido hasta aquí si no me estuviera muriendo de ganas de verte?

Vuelvo a besarlo, pero, esta vez, la cosa se complica. De los labios paso al cuello y, del cuello, al lóbulo de la oreja, una de sus mayores zonas erógenas. La piel se le eriza de forma automática. Su respiración comienza a descontrolarse. Me encanta cómo reacciona cuando le paso la lengua.

—Yo también me moría de ganas de verte... —le susurro, inhalando su perfume.

Su enorme erección presiona contra mi estómago y me arranca un suspiro de admiración. Y como ya he empezado a adentrarme en la oscura senda del deseo, deslizo las manos sobre su torso en sentido descendente hasta que llego al cinturón y comienzo a desabrochárselo. Él me acaricia los brazos desnudos con suavidad.

—Te recuerdo que tu compañero de piso está en casa.

—¿Desde cuándo te importa tener público?

Le bajo la bragueta con determinación. El sonido de la cremallera corta el aire. Eric lleva la cabeza hacia atrás y gime de forma involuntaria cuando mis dedos se cuelan sin tregua dentro de sus calzoncillos.

Parpadea.

Traga saliva.

Se humedece los labios.

Presiona su cuerpo contra el mío buscando intensificar la anticipación de su placer.

Pero después dice:

—Será mejor que vayas a vestirme, *älskling*. Es tarde.

Y me saca la mano de dentro de sus calzoncillos, rasgando el momento por la mitad. Resoplo y me doy por vencida. Ya no hay duda de que le pasa algo.

Pocos minutos después, nos subimos a su coche, aparcado frente al portal de casa. Aunque solo son las nueve menos cuarto de la mañana, el sol es abrasador y el interior del vehículo está caliente como una sauna. Nos abrochamos el cinturón. Eric se aprieta los nudillos, que le crujen uno a uno de forma sonora, recoloca el retrovisor, se mira en el espejo e inspira profundamente. Cada vez está más serio y tengo un mal presentimiento.

—¿Qué pasa, Eric? —pregunto algo temerosa.

Su expresión es impenetrable.

—Nada, *älskling*. Estoy un poco cansado, eso es todo.

Miente.

Acto seguido, enciende el motor, da marcha atrás y sale quemando rueda. Creo que, de forma inconsciente, se aferra al volante con demasiada fuerza.

—¿Qué tal anoche? —inquiero después de un tiempo prudencial.

—Un aburrimiento —responde lacónico.

—Ya veo. —Trago saliva y me mordisqueo las mejillas por dentro antes de atreverme a continuar indagando—: ¿Ha sucedido algo con tu padre o con tus hermanos, Eric?

—Mejor no preguntes —contesta, dando el tema por zanjado.

«Entonces es eso», me digo mientras suelto todo el aire de los pulmones. Supongo que la noche no fue nada bien y por eso es incapaz de disimular esta mañana. Le habrán exigido saber dónde narices ha estado metido desde el miércoles por la noche y por qué no se ha molestado en responder al teléfono

con la que está cayendo. Les habrá llamado la atención lo bronceado que está y lo tranquilo que parece y lo más probable es que no les haya sentado nada bien que haya decidido tomarse un pequeño *break*. Supongo que Johan lo habrá increpado por ello, a lo que se habrá sumado Angus, su perrito faldero. El señor Grau no habrá dicho nada, pero le habrá lanzado una de sus intimidantes caídas de párpados recriminatorias. Y él habrá terminado agobiadísimo, como de costumbre, y preguntándose por qué narices está perdiendo el tiempo en un cóctel organizado por el Círculo de Empresarios en vez de estar en la cama conmigo. Pero, a pesar de todo, ha tenido el detalle de venir a casa esta mañana, me ha traído unos bollos de canela, me ha preparado el café y me está llevando al trabajo ahora mismo. ¡Y yo reclamándole más atenciones, como si no tuviera ya bastante encima!

Bueno, si es que en realidad me está llevando al trabajo.

—Te has pasado la salida, Eric.

No contesta. Se limita a apretar la mandíbula y mantiene la vista fija en la carretera.

—Eric, por aquí no se va a la Diagonal. ¿A dónde vamos?

De nuevo, silencio por toda respuesta. Enciende la radio y vuelve a apagarla. Carraspea. Resopla. Parece inquieto. Lo que me lleva a concluir cuál es nuestro destino.

Nuestro fatal destino.

—Vale, ya lo pillo. Vamos a Laboratorios Grau, ¿verdad?

—Sí —afirma con voz grave.

De pronto, lo comprendo todo. Claro, por eso ha venido a buscarme esta mañana; no lo ha hecho porque se muriera de ganas de verme, sino para asegurarse de que no me escaparía. Y por eso me ha rechazado cuando le he metido la mano dentro de los calzoncillos; no estaba por la labor. Y no me extraña.

¡Lo sabía, es que lo sabía!

Sabía que había algo que se me escapaba.

Intento mantener la calma, pero me noto la cara ardiendo al rojo vivo de pura exasperación.

—Podrías habérmelo dicho, ¿no? —le reprocho con acritud.

—Si te lo hubiera dicho, no habrías querido venir.

—Pues igual es que ya va siendo hora de que respetes mi voluntad y dejes de imponerme la tuya. —El corazón me late en las sienes, pero mi voz es firme. Es la voz dura y rotunda de una mujer enfadada—. Tengo que avisar en CTT.

—No te molestes. Ya he hablado con Buendía.

Menos mal que íbamos a hacer las cosas a mi manera.

—¡Esto es increíble, joder! ¡Increíble! ¿Te das cuenta de lo dictador que eres a veces? —protesto. Giro la cabeza hacia la ventanilla sin poder ocultar mi frustración.

—Tranquilízate, Luna. Solo le he dicho que te necesitaría unas horas para un asunto urgente.

Su tono dominante ocupa el espacio. Luego pisa el acelerador y a mí se me remueve el estómago. La escena está cargada de tensión. Permanecemos en un silencio pesado e incómodo hasta que llegamos al imponente edificio de fachada acristalada que ocupa casi una manzana entera del Paseo de Gracia. Cuando el coche baja la rampa de linóleo que lleva al *parking* subterráneo de la empresa, no puedo evitar sentirme como si me estuviera deslizándose cuesta abajo por una pendiente. De forma instintiva, encojo los dedos de los pies.

Eric acaba rompiendo el hielo.

—No te enfades conmigo, por favor —dice en cuanto apaga el motor—. Sabías que esto iba a suceder tarde o temprano.

—Sí, pero ¿por qué hoy precisamente?

Exhala, se pasa las manos por el pelo y acaba dejándolas sobre el volante con languidez.

—Sería muy hipócrita si no reconociera que la conversación que tuvimos anoche aceleró las cosas. Por eso, después de que habláramos, decidí convocar una reunión urgente para hoy a primera hora.

Se vuelve hacia mí con un rictus de angustia dibujado en la boca y, con algo más de fuerza en la voz, dice:

—Tengo que hacer esto ya. Con cada minuto que pasa sin que lo haya solucionado, la mentira de nuestras vidas se hace más gorda. Y no sé si seré capaz de aguantar porque estoy muy cansado de mentir. No es justo para ninguno de los dos, pero, sobre todo, no lo es para ti. Sé lo difícil que te resulta tener que enfrentarte de nuevo a toda esa gente y revivir la humillación; créeme que lo sé. Pero te garantizo que, después de esto, podrás irte de aquí

con la cabeza bien alta porque todo habrá terminado por fin.

El temblor de sus labios al hablar y esos ojos que pestañean de forma incesante destilan tanta, pero tanta ansiedad, que la faringe se me cierra y soy incapaz de articular palabra.

—Puede que tú me hayas perdonado, pero yo no. Yo todavía no me he perdonado a mí mismo por lo que te hice y esta es la única manera posible de expiar mi culpa. Así que, por favor, Luna, entra conmigo a esa sala y escucha lo que tengo que decir. Necesito que estés presente, que me mires a la cara cuando lo haga. Solo así lo lograré.

«La mentira de nuestras vidas».

Es sorprendente la rapidez con la que, a veces, unas pocas palabras son capaces de adentrarse en nuestros miedos y reconfigurarlos. Solo hace falta que sean las adecuadas.

Capítulo 32

Cuando Eric abre la puerta de la sala de juntas de la décima planta, me pego a su cuerpo de manera indefectible. Instinto de supervivencia, supongo. Ante mis ojos se manifiesta la misma escena de la última vez: la misma habitación fría e impersonal, la misma mesa lustrosa, las mismas caras, la misma sensación flotando en el aire de que algo gordo, muy gordo, está a punto de ocurrir. «Ojalá pudiera encogerme y desaparecer sin hacer mucho ruido», me digo y suelto un suspiro sufrido. El reloj de diseño colgado en la pared marca que pasan treinta y cinco minutos de las nueve.

—¡Ya era hora! Llevamos un buen rato esperándote, hermanito.

La cara de Johan Grau se queda petrificada de pronto, como una máscara insondable bajo la que tiemblan esos labios finos que ocultan una dentadura castigada por el tabaco. La espalda se me tensa en cuanto sus ojos fríos como el acero azul establecen contacto visual con los míos.

—¿Qué está haciendo aquí esta traidora?

El silencio que se apodera de la sala en cuanto nos ven aparecer es tenso como una cuerda de la que se tira por ambos extremos. Enseguida siento las miradas clavadas en mí como si fueran cuchillos candentes. Las bocas se crispan, las cejas se arquean. Y los murmullos no tardan en invadir el espacio.

Pues sí que empezamos bien.

Eric lanza un sonoro y expresivo suspiro y mira a su hermano con hosquedad.

—Te aconsejo que dosifiques tu energía, Johan. Te va a hacer falta —

replica sin perder el aplomo.

Iceman ha vuelto.

—¿Nos vas a explicar qué significa esto, hijo? Sabes de sobra que ella no es bienvenida.

Su padre, Salvador Grau, preside la mesa flanqueado a ambos lados por los mellizos, Johan y Angus, con la misma rectitud corporal y severidad en el gesto de la otra vez. Apoya los codos y entrelaza las manos dejando a la vista su magnífico par de gemelos color rubí mientras me dedica una mirada hierática que yo le devuelvo no sin cierta dificultad. La luz que se cuele por el gran ventanal que hay a su espalda lo envuelve en un halo enigmático. Observo sus rasgos con detenimiento. Los ojos de pestañas largas y espesas, los pómulos altivos, el hoyuelo de la barbilla, la protuberante masculinidad de la nuez, el rostro bien afeitado, la vena torva de la frente, la elegancia de sus hombros reposados. Había olvidado lo muchísimo que se parece Eric a su padre.

—Sí, explícanoslo de una vez porque no tenemos todo el día —apostilla Angus.

Eric sonríe con flema.

—Calma. Lo sabréis enseguida.

Hay una silla vacía en el extremo opuesto de la mesa —solo una; supongo que no contaban con que aparecería acompañado—, junto a Alberto y a una Marga de expresión azorada. —Un momento. ¿Marga? ¿Qué pinta Marga aquí? —. Eric me insta a que me siente. Él permanece de pie a mi lado, se quita la americana con esa elegancia natural que lo caracteriza y la coloca en el respaldo. Frente a mí, Lidia Fortuny, subdirectora de Ventas y Finanzas, y Elena Tarrés, directora de Comunicación y Relaciones Públicas, lo contemplan boquiabiertas, como si estuvieran asistiendo a una especie de aparición mística, mientras se desabotona los puños de su impecable camisa negra y se los remanga. Lidia me mira y esboza una mueca de irritación que decido ignorar. Ha debido de inyectarse bótox otra vez, a juzgar por lo tirantes que tiene los párpados pese a no ser ninguna jovencita. Antonio Kerrigan, del departamento de IT, y los dos abogados de la otra vez completan el cuadro. «Yo ya he vivido esto», me digo barriendo el lugar con los ojos. Y, exactamente igual que entonces, se me pone rígido todo el cuerpo, como si me estuviera preparando para levantar una muralla defensiva. El sabor del

recuerdo es tan desagradable que necesito beber agua para aclararme la garganta. El pulso me tiembla cuando cojo una de las jarras de cristal que hay dispuestas sobre la mesa y me dispongo a servírmela en un vaso.

—¿Estás bien? —me susurra Eric con discreción.

Su aliento es como una bocanada de oxígeno que me destensa de golpe, aunque la sensación dura poco. Asiento con un imperceptible movimiento de cabeza. Luego intercambio una mirada de complicidad con Alberto. «A mí me va a dar algo», le digo con los ojos. «Tú tranquila, que de esta sales viva», parece que me dice él.

Eric se aprieta los nudillos de ambas manos y carraspea. «Que empiece el espectáculo», pienso, y, al hacerlo, encojo los dedos de los pies.

—Os he convocado esta mañana porque tengo algo muy importante que comunicaros a todos —anuncia de manera solemne—. Pero antes, dejadme que os diga que la crisis de los incentivos ha terminado.

—¿Qué quieres decir? —inquire Angus alzando una ceja por encima de sus gafas de diseño de la misma forma inquisitiva que suele hacer Eric.

—Que lo hemos resuelto. Así que ya estamos al corriente de pagos con la fuerza de ventas.

Una chispa de satisfacción se extiende por el rostro orondo de su hermano mientras se retrepa en el asiento.

—*Mycket bra*, Eric. Eso son excelentes noticias.

—Pues menos mal —tercia Elena, con una mueca de señora que sabe lo que dice. Se acaricia las perlas del regio collar que adorna su cuello arrugado—. Porque nuestra reputación está por los suelos ahora mismo. Si supierais la de barbaridades que se están diciendo de nosotros en las redes sociales...

Uno de los dos abogados replica.

—Hay que revertir esta situación cuanto antes. Es muy importante que la imagen de la compañía vuelva a ser la que era antes de la crisis, porque eso es lo único que puede garantizar su estabilidad. Debemos identificar los focos generadores de comentarios negativos y realizar un seguimiento exhaustivo de sus canales y perfiles para ver hasta qué punto sus opiniones son influyentes para el resto de la comunidad *online*. Y debemos actuar con celeridad porque, en Internet, las críticas se extienden como la pólvora. Una vez identificado el foco, es cuestión de tomar cartas en el asunto.

—En efecto —añade el otro, con aire diplomático—. Y no sería la

primera vez que una empresa presenta una demanda judicial por difamación.

A mí me entran unas ganas de vomitar que no puedo con ellas. Así que esto es de lo que se preocupan. De su imagen de marca y su reputación en los medios. No de lo inmorales que son las cifras que invierten a lo loco en incentivar a los visitantes médicos, por ejemplo.

—¿Cómo lo has hecho, si puede saberse? ¿Has contratado a alguien para que calcule los incentivos o...? —precisa saber Angus.

Johan deja ir un resuello sarcástico.

—¿Acaso no es obvio? Ha sido ella —dice mientras me señala con un desdenoso gesto de la mano—. Y apuesto a que han debido de pasárselo muy bien, los dos juntitos. ¿No ves lo morenos que están? Ahora ya sabemos por qué nuestro querido hermano estuvo en paradero desconocido gran parte de la semana pasada.

Desde su imponente altura, Eric lo observa con persistencia. Mantiene la vista clavada en su hermano, que hace lo propio con un arqueado de desprecio instalado en los labios.

—¿Es eso cierto? —pregunta entonces su padre.

Un silencio pesado invade la sala. El señor Grau espera la respuesta de su hijo sin pestañear. A mí me tiembla cada fibra del cuerpo.

—Sí —dice Eric, por fin.

Entonces empieza el revuelo. De repente todo son miradas de estupor y recelo. Dedos que señalan acusatoriamente en mi dirección. Muecas enfurecidas. Y palabras ofensivas que se pierden en algún punto en la trayectoria desde sus bocas hasta mis oídos porque yo he dejado de escucharlas.

Las oigo, pero no las escucho; he decidido no hacerlo.

—¡Silencio! —exclama Eric palmeando la mesa con violencia—. ¡Callaos de una vez! De no haber sido por ella, aún estaríamos de mierda hasta el cuello. —Posa la mano sobre mi hombro y lo aprieta. Y yo, aunque tengo la necesidad de acariciársela, me contengo.

—No entiendo por qué la defiendes después de lo que nos hizo —apunta Angus con el ceño fruncido. Ha abandonado la postura relajada de antes; ahora está sentado muy recto, casi como el señor Grau, que sigue con la mirada a su hijo menor sin que se le mueva un solo músculo de la cara.

De improviso, Johan se levanta de la silla y se pone a caminar con lentitud de un lado al otro de la sala de juntas. Es alto y corpulento, pero no tanto como Eric.

—Está claro que a nuestro querido hermanito no le importa lo más mínimo esta familia.

Eric resopla y menea la cabeza.

—No seas cínico, ¿quieres?

—Johan y Angus tienen razón —interviene el señor Grau cruzando los brazos por delante del pecho—. Por lo visto, has olvidado que estamos inmersos en esta gravísima situación por ella.

—Te equivocas, papá. Ella no tuvo nada que ver con la filtración. —Hace una pausa para tomar aliento y lo suelta despacio por la nariz antes de añadir —: Y por eso está aquí hoy.

El aire de la sala se espesa de pronto y me cuesta respirar. Por fin, después de un silencio eterno que nadie parece querer romper, su padre lo observa con gesto interrogativo y le exige una explicación.

—Sé quién lo hizo —dice Eric sin que le tiemble la voz—. Y te garantizo que no te va a gustar nada. Hay más de una persona implicada.

—Pero ¿qué cojones dices? —pregunta Johan visiblemente nervioso.

Se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano y se acerca a Eric. No se me escapa la mirada furtiva que cruza con Lidia, que a todas luces está inquieta, a juzgar por cómo se toca el pelo sin parar. Eric se inclina sobre su hermano en actitud amenazante y se queda a escasos centímetros de su cara.

—Apeistas a tabaco, *bror*. Creía que ibas a dejarlo.

Johan esboza una sonrisa cargada de maldad.

—¿Sabes a lo que apeistas tú, hermanito? A zorra. Así que, ya ves, estamos empatados.

Menudo cerdo. Su prepotencia y su odio absoluto a todo lo que no tenga que ver con su mundo de empresario rico lo convierten en un tipo infame. No voy a mentir. Ahora mismo me gustaría que Eric lo cogiera del cuello y lo zarandeara de pared a pared hasta conseguir que se le cayeran uno a uno esos horribles dientes de fumador empedernido. De hecho, mentalmente lo deseo con tanta fuerza que espero no terminar diciéndolo en voz alta. Pero lo único que pasa es que Eric le dedica una de esas caídas de párpados de absoluta

indiferencia y se aparta de él.

Y mejor así.

Supongo que, por dentro, está luchando con todas sus fuerzas para mantener el temple frente a su padre.

—¿Acaso estás sugiriendo que hubo una conspiración? —Angus abre los ojos como platos. La silla cruje bajo los bruscos movimientos de su cuerpo grande y de apariencia blanda.

Eric se sirve un vaso de agua.

—No lo estoy sugiriendo, lo estoy afirmando —ratifica después de beber.

Más murmullos y más revuelo.

—¡Tú estás mal de la cabeza! —protesta Johan—. ¡No ha habido ninguna conspiración! Tu amiguita envió los incentivos. Punto. Hasta un retrasado mental lo vería. Si quieres seguir follándotela, allá tú con tu conciencia.

El señor Grau golpea la mesa de la misma forma estruendosa que su hijo menor ha hecho antes.

—Modera tu lenguaje, Johan. Y tú, Eric... —Lo señala con el dedo—. Estás empezando a hartarme. Habla claro de una vez. No estoy de humor para acertijos —le espeta con una mirada de cansancio.

Eric exhala profundamente antes de decir:

—Johan, papá. Johan filtró los incentivos.

Las palabras reverberan por toda la sala de juntas como un estallido de cristales. Y, entonces, siento que el nudo de la tormenta comienza a disiparse. Lo sabía, en el fondo siempre lo he sabido. Johan Grau es un hombre sin escrúpulos. Un psicópata incapaz de empatizar con nadie. Un depredador que basa su fuerza en el miedo que infunde a los que están por debajo de él en este entorno inhóspito llamado corporación. Un déspota que toda su vida ha hecho lo que le ha dado la gana sin que le importaran las consecuencias. Un hombre incapacitado para dirigir una empresa. Un mal hijo. Y, por supuesto, un mal hermano.

Eric es su objetivo a abatir.

Y, para ello, se llevaría por delante lo que hiciese falta.

Angus sofoca una exclamación con las manos y se revuelve en la silla.

—*Jävla helvetes...* —farfulla.

La mirada inquisitiva de Salvador Grau vuela de Eric a Johan.

—¿Qué? No irás a creerte a este idiota, ¿verdad, papá? ¡Miente! ¡Está claro que esa zorra barata lo ha manipulado! —Le tiembla la barbilla y pestañea sin parar.

—Johan, te lo advierto... —lo amenaza Eric, apuntando hacia él con el dedo índice.

Muy oportunamente, Lidia hace un amago de levantarse.

—Bueno, ya que este parece un asunto de índole familiar, tal vez los demás deberíamos irnos.

—¡Siéntate! ¡De aquí no se mueve nadie hasta que yo lo diga! —le grita Eric, enfurecido.

Su voz atronadora retumba en toda la sala. Lidia alza las manos en señal de rendición y vuelve a sentarse. Está pálida, y eso a pesar de la generosa capa de maquillaje que le cubre el rostro.

—Eres un tirano.

—Sí, Johan, lo que tú digas. Al menos yo no he sobornado a nadie para joder a mi hermano y, de rebote, a mi padre. ¿Qué creías? ¿Que no iba a descubrirlo?

—No sé de qué cojones hablas.

Eric se acerca a él con pasos coléricos, los brazos tensos, separados ligeramente del cuerpo, y los puños apretados.

—¡La acusaste de haber filtrado los incentivos delante de todos, en esta misma sala, pero la realidad es que lo hiciste tú! ¡Tú y tus jodidos secuaces! —Lanza una mirada incendiaria hacia donde está sentada Lidia—. Y no solo eso. También te encargaste de que la prensa se enterase del retraso del lanzamiento de Gabarol, ¿verdad? Y todo ¿para qué? Para perjudicarme, aunque con ello estuvieras perjudicando a tu propia familia y a la empresa.

—No tienes ni una sola prueba concluyente de lo que estás diciendo. ¡Ni una!

—En realidad, sí —interviene Alberto, que ha permanecido callado hasta ahora—. Si me permite, señor Grau —dice, dirigiéndose al padre de Eric. Abre su ordenador portátil y lo conecta mediante un mando a distancia al moderno proyector Epson que cuelga del techo. Tras un breve lapso de tiempo que sirve para que se caliente la bombilla, una imagen en blanco y negro aparece en la gran pantalla situada al fondo de la sala—. Esta es una de las imágenes que registró la cámara de seguridad del vestíbulo de la planta menos

uno el pasado 16 de mayo. Por si no lo recuerda, ese día hubo un simulacro de incendio. Como puede ver, en ella se aprecia una figura femenina saliendo de los cubículos a las 16:21.

Johan enrojece de golpe. Se dirige hacia Alberto con atropello y le arranca el mando de las manos exudando histerismo por cada poro de la piel. Aprieta un botón y la proyección desaparece.

—¿De dónde mierda has sacado esto?

Eric sonríe con aire de autosuficiencia.

—De la empresa de videovigilancia. Conseguir imágenes es igual de fácil que ocultarlas cuando pagas la cantidad apropiada, *bror*. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

—Vuelve a conectar el proyector, Johan —le exhorta su padre sin perder la compostura ni un ápice.

—Pero, papá. Si está claro que se trata de su amante.

—Ya me has oído.

De mala gana, Johan hace lo que le ordenan. Cuando la imagen vuelve a aparecer proyectada en la pantalla, el señor Grau la observa con atención. Su expresión es impenetrable, no desvela nada. Angus se inclina a su lado y se ajusta las gafas para hacer lo mismo.

—¿Lo veis o no? —insiste Johan—. Es ella.

—Es imposible que sea ella porque a esa hora estaba conmigo en mi despacho y no salió de allí hasta pasadas las cinco de la tarde —replica Eric, taxativo.

Sí, es verdad. Estuvimos haciéndolo encima de la mesa mientras las paredes del edificio zozobraban con la sirena de incendios. Al pensarlo, siento que me arde la cara.

Angus arruga el entrecejo.

—Pero entonces, ¿quién es?

—Marga —anuncio, rompiendo mi silencio—. Establezco contacto visual con ella que, lívida y avergonzada, me retira la mirada *ipso facto*.

Y, entonces, todas las piezas del puzle empiezan a encajar.

—Así es —confirma Eric—. Cuando Alberto me comentó que no era lógico que la hubieras designado tu asistente personal de un día para otro —añade mientras mira a Lidia Fortuny—, supe que algo apestaba a podrido.

Ella hace un mohín.

—¿Y qué tiene eso de malo? Te recuerdo que tú ibas a hacer lo mismo con esta... —Se interrumpe apretando los labios como si quisiera retener alguna palabra fea en la garganta.

—Cuidado con lo que dices, Lidia. Mucho cuidado —le espeta él con un tono gélido—. Pero lo que me hizo sospechar de ambas en realidad fue que ninguna de las dos estuvierais en el punto de encuentro que establece el protocolo antiincendios después de un simulacro. Tenemos los registros del recuento de personal y vuestros nombres no figuran en ninguna lista.

—Yo sí que estaba —trata de defenderse Lidia.

—Y yo —añade Marga.

—No, no estabas—intercede Alberto mirando a esta última—. Estabas en la planta menos uno —Señala la pantalla—, tal y como muestra la imagen.

—Bueno, es que llegué algo más tarde al punto de encuentro porque salí la última. Me entretuve, nada más.

Aunque se esfuerza en conservar la calma, le tiembla la voz y tiene los ojos vidriosos.

—Dime una cosa, Marga. ¿A dónde fuiste cuando saliste del cubículo a las 16:21? —le pregunta Eric.

Ella traga saliva y le lanza una mirada de súplica a su nueva jefa, pero esta se desentiende.

—No me acuerdo.

—Vaya, qué conveniente. ¿Quieres que te refresque la memoria?

Silencio sepulcral.

—Fuiste a ver a Lidia, ¿no es así?

—¿A mí? A mí no, Eric.

Eric la ignora y prosigue.

—Entraste en el ordenador de tu compañera aprovechando que todo el mundo estaba fuera del edificio por el simulacro, buscaste el archivo con los incentivos, lo enviaste a Revealit.org y después te encontraste con Lidia fuera, en algún lugar apartado del punto de encuentro designado por el protocolo antiincendios.

Lidia aprovecha para montar una de sus escenitas.

—¿Me estás acusando, Eric? ¿De verdad me estás acusando? No me lo

puedo creer.

—Es inútil que sigáis negándolo. Lo sabemos todo —insiste Alberto.

Marga baja la mirada y la concentra en sus manos. Cuando parece que está a punto de hablar, Lidia le da un violento codazo y masculla:

—Ni se te ocurra decir una sola palabra.

Eric le pide a Kerrigan, del departamento de IT, que intervenga. El hombre carraspea y mientras ojea los papeles que tiene entre las manos, dice:

—Veamos, según el historial de registro, el *e-mail* que contenía ese archivo se envió el lunes 16 de mayo a las 16:11 desde la IP 172.18.50.57. Esa dirección pertenece a la red de ordenadores ubicados en los cubículos de la planta menos uno.

—Para mí está bastante claro —afirma Eric, observando a Marga y a Lidia sin un ápice de piedad.

Marga se cubre la cara y sofoca un sollozo. Ella no lo sabe, pero con ese gesto acaba de delatarse.

—No lo entiendo, Marga. Pero ¿qué te he hecho yo para que me odies tanto?

Eric me mira y niega con la cabeza, instándome a no decir nada.

—Lo siento, Ana. Lo siento mucho, de verdad. Lo único que quería era un puesto de interna. Si hubiera sabido que la cosa iba a acabar tan mal, nunca me habría prestado para participar en esto —confiesa, deshecha en lágrimas.

Lidia reacciona como una energúmena.

—¿Te quieres callar de una vez, imbécil?!

Siento mucha pena. Y también rabia. Una rabia oscura y pegajosa que se adhiere al aire de esta infame sala de juntas. No me entra en la cabeza que alguien sea capaz de arriesgar tanto, de romper tanto, de hacer tanto daño solo por un contrato. Pero ¿en qué clase de seres deshumanizados y avariciosos nos estamos convirtiendo?

—Bueno, pues misterio resuelto —trata de zanjar Johan, que ha vuelto a sentarse junto a su padre, frotándose las manos con gesto aliviado—. Las despedimos a las dos de inmediato y se acabó.

La cara de horror de Lidia Fortuny es memorable.

—No tan rápido, hijo —le ataja el señor Grau—. Todavía quedan un par de cabos sueltos. ¿Cómo accedió al ordenador de su compañera? Quiero

saberlo —pregunta dirigiéndose a Marga.

Ella se sorbe la nariz un par de veces antes de contestar.

—Alguien del departamento de IT me proporcionó su contraseña.

El hombre parece alterarse más de la cuenta.

—¡Pero ¿cómo es posible que en una empresa como esta cualquiera tenga acceso a las credenciales de acceso de los empleados?! Exijo una explicación, Kerrigan.

El jefe del departamento de IT se encoge de hombros.

—A ver, no voy a entrar en argumentaciones técnicas para no aburrirlo, pero, simplificándolo mucho, digamos que el protocolo de seguridad informática en Laboratorios Grau se ha quedado obsoleto. Eric y yo ya hemos hablado al respecto. Cuando todo esto termine, deberíamos reunirnos con urgencia para establecer nuevas directrices. De momento, yo apostaría por un sistema de generación dinámica de contraseñas como medida de protección.

Tengo que contener las ganas de soltar una escandalosa carcajada sarcástica. Me parece surrealista que una compañía que obliga a sus empleados a firmar miles de cláusulas de confidencialidad en los contratos sea tan vulnerable en el fondo. Sobre todo, teniendo en cuenta su envergadura y el considerable volumen de información sensible que maneja.

Surrealista e inadmisibile.

—Bien —intercede el señor Grau con gesto severo—. Quiero que se me mantenga informado. Ahora rebobinemos un momento. ¿Qué motivaciones tendría ese «alguien» para extraer la contraseña de una empleada y facilitársela a otra?

—Económicas, papá —apunta Eric, arrastrando la voz fatigado.

Angus se quita las gafas con un movimiento teatral y le devuelve una mirada expectante.

—¿Quieres decir que alguien le pagó?

—Sí, Angus, eso es exactamente lo que quiero decir —aclara como si se le estuviera a punto de agotar la paciencia—. ¿Por qué no se lo explicas tú, Johan?

Un par de surcos profundos se forman entre las espesas cejas rubias de Johan.

—¡Yo no tengo nada que ver con esto, *förbaskat dum!* ¡Que alguien traiga

aquí a esa persona ahora mismo y que lo diga delante de mí si se atreve!

—Me parece que eso no será posible, *bror*; lo he despedido. Eres tan soberbio y tan torpe que solo a ti se te ocurriría pagar un soborno con un cheque al portador. ¿Creías que iba a dejarlo pasar? *Rövhål...* —Resuella con sarcasmo—. No te imaginas lo fácil que ha sido rastrearlo; desde luego, no hay nada como tener buenos contactos en la banca. La próxima vez que quieras jugar a los gánsteres, asegúrate de pagar en efectivo. Inútil, que eres un inútil.

La mirada de Johan destila ira; es la ira de alguien que ha comprendido que se está quedando sin opciones.

—No puedo creer que hayas llegado tan lejos solo por esta pu...

Eric estalla y, con cada palabra, la violenta onda expansiva de todo lo que tiene enquistado por dentro se desparrama sobre todos nosotros.

—¡No! ¡Lo increíble es lo lejos que has llegado tú para hacerme daño! No puedes soportar que nuestro padre confíe más en mí que en ti y en Angus juntos ni que yo tenga más poder de decisión. Me odias porque sabes que el futuro de esta compañía pasa por mí. Por mí. —Se señala el pecho con el pulgar de la mano derecha—. Y como me odias, ansías destruirme para ocupar el lugar que crees que te pertenece por derecho. ¡Estás obsesionado conmigo, hostia! ¡Solo piensas en joderme y en quedarte con mi puesto!

—¡No me vengas con esas, gilipollas! —espeta mientras se levanta de la silla otra vez con brusquedad y se dirige hacia su hermano. Parece una bestia encerrada en una jaula demasiado pequeña, a la espera de hincarle el diente a cualquier cosa—. ¡Era mi puesto y tú me lo arrebataste! ¿Por qué no te quedaste en Suecia? O mejor aún: en África, jugando a los médicos. No sé por qué cojones tuviste que volver. Estábamos bien sin ti.

Eric compone una mueca de hastío absoluto y menea la cabeza.

—Tan bien no estaríais cuando casi llevas a la empresa a la quiebra. ¿Acaso tengo que recordarte lo incompetente que fue tu gestión? Beneficios dudosos, pésimas inversiones, decisiones equivocadas, compensaciones desleales, contratos blindados, gratificaciones no justificadas... ¿Continúo? No tienes ni puta idea de cómo se dirige una empresa como esta. Ni puta idea. Lo único que sabes hacer es despilfarrar el dinero de la familia. No eres más que un incompetente con aires de grandeza, un tramposo y un irresponsable, Johan.

—¿Tú vas a darme lecciones de responsabilidad? ¿En serio? No me hagas

reír, por favor. ¿Quién es el que está a punto de llevarnos a la quiebra ahora? ¿Quién? ¡A ver si dejas de pensar con la polla de una vez, *brorsan!*

—Mira, no me toques los huevos con la misma monserga de siempre. — Gesticula con desmayo—. Tú montaste toda esta farsa. Te aliaste con Lidia y ella buscó la mano ejecutora...

De pronto, ella se pone en pie y se agarra a los brazos de Eric sin el más mínimo resquicio de vergüenza.

—¡Yo solo quería alejarla de ti! —solloza.

La escena me resulta tan patética que me veo obligada a apartar la vista. No puedo con esto. Demasiadas confesiones, demasiados rencores, demasiado oscuro todo.

Eric expulsa el aire por la nariz y la aparta con educación, susurrándole de un modo discreto que no se ponga en evidencia.

—¡Todo esto es culpa tuya! —le recrimina ella a Johan.

—Lidia, no seas ridícula. Eres demasiado vieja para encapricharte de mi hermano —responde él en tono jocoso.

Esa es la diferencia entre la forma de proceder de uno y otro.

Lo que ocurre entonces me deja de una pieza. El señor Grau se levanta bruscamente de su silla y se dirige a él con la mandíbula tensa y un brillo en los ojos que no le reconozco. Sin previo aviso, abofetea a su hijo dos veces ante el estupor de todos los presentes. Dos golpes secos que cortan el aire como la hoja afilada de un cuchillo. Johan esboza una mueca de horror y se lleva la mano a la última mejilla golpeada. Abre la boca para protestar, pero se tropieza con su propio aturdimiento y termina por cerrarla, encogido sobre sí mismo y desprovisto de coartada.

La bestia ha sido vencida.

—Mi propio hijo —le reprocha con la voz áspera por el resentimiento—. Debería darte vergüenza. ¿Cómo puedes ser tan injusto conmigo después de todo lo que he hecho por ti?

—La justicia no existe, papá. Existe la ley del más fuerte. Lo he aprendido de ti.

Las palabras suenan casi como un susurro, sílabas perdidas que buscan una salida.

Salvador Grau cierra los párpados con fuerza y se masa las sienas con aire

cansado.

—Fuera —bufa—. Sal de aquí. Lárgate. No quiero verte. Tú no mereces llevar el apellido Grau.

Y, de nuevo, un silencio elocuente.

Su mirada líquida conecta con la de su hermano menor en un duelo de voluntades y en esa fracción de segundo en que observo cómo se miran, lo veo claro: Eric y Johan jamás se perdonarán.

—¡He dicho que te largues! ¡Largaos todos ahora mismo! ¡Ya he oído suficiente, maldita sea!

Los hombros le suben y le bajan con turbación y un mechón de su cabellera blanca y bien peinada se suelta. Es la primera vez que lo veo alterarse de esa forma tan visceral, tan desde dentro, tan como Eric, y no puedo evitar sentir una mezcla de inquietud y tristeza. Tristeza, sí. Porque a la postre, Salvador Grau también es una víctima.

Un hombre herido.

Igual que Eric.

Luego indica mediante gestos que la reunión ha terminado y se da la vuelta, de cara al gran ventanal. Se pasa las manos por el pelo y las mete en los bolsillos de su elegante pantalón de firma, esperando a que todo el mundo salga y lo dejen allí, bajo ese chaparrón de dolor. Solo con su miseria.

—Vosotros no —dice sin volverse.

Y, entonces, el frágil equilibrio que me ha mantenido a flote se viene abajo.

Capítulo 33

—Es increíble lo mucho que han avanzado con esas obras.

La silueta de Salvador Grau se recorta al trasluz dorado que provoca el sol ardiente en el gran ventanal de la sala de juntas. A lo lejos, un grupo de hombres equipados con cascos y arneses desmontan los andamios de la fachada de una antigua finca reconvertida ahora en una enorme tienda de ropa deportiva. Parece haberse quedado absorto en lo que ocurre al otro lado del cristal.

Eric carraspea.

—Papá —dice. Su tono se desvela impaciente.

El hombre se da la vuelta despacio y se sirve un vaso de agua, que bebe despacio. Sigo el movimiento de su nuez mientras el líquido le baja por la garganta. Después, se seca la comisura de la boca con un pañuelo que saca del bolsillo de su pantalón y deja el vaso sobre la mesa. El rictus de amargura de sus labios, arqueados hacia abajo en un gesto de descontento, le afea la expresión.

Su mirada se encuentra con la mía.

—No tengo palabras para describir lo que acaba de ocurrir aquí. Lamento profundamente que haya tenido que presenciar una escena tan bochornosa; pensará usted que somos unos bárbaros.

Trago saliva. Su expresión, que por un momento parecía haberse dulcificado, vuelve entonces a mostrar la severidad habitual.

—¿Qué vas a hacer con Johan? —le pregunta su hijo.

—Todavía no lo sé, pero no te quepa la menor duda de que no seré

compasivo. Lo que sí te pediría es máxima discreción. No necesitamos que la prensa se entere y empiece a airear los trapos sucios de la familia.

Eric asiente con gesto enérgico.

—Descuida. Haré todo lo que esté en mi mano para mantener este asunto a salvo de especulaciones.

El señor Grau cruza los brazos sobre el pecho y me mira con ojos escrutadores. Yo intento un amago de sonrisa que no termina de germinar porque estoy evaporándome por dentro. Creo que, si alguien me pinchara ahora mismo, no conseguiría sacarme ni una sola gota de sangre.

—Iré al grano, joven. Usted fue despedida de forma injusta y, por esa razón, no me queda otro remedio que pedirle mis más sinceras disculpas y reconocer mi error.

Pausa.

El corazón me late a un ritmo descontrolado, como si estuviera a punto de salirse de la caja torácica.

—Sin embargo, como comprenderá, no puedo aceptar que vuelva usted a trabajar en esta empresa.

A mi lado, Eric se tensa de inmediato.

—¿Qué? Pero ¿cómo que no? ¡Por el amor de Dios, papá! —Gesticula de forma grandilocuente—. Si no fuera por ella, la fuerza de ventas nos habría jodido bien. Y no sabes lo duro que ha trabajado estos últimos días para evitarlo.

—Lo sé, lo sé —replica él, alzando las manos—. Y le estaré siempre agradecido por eso, pero...

—Dilo ya, maldita sea. Dilo de una vez.

El señor Grau sisea antes de continuar.

—Lo siento, hijo, pero no puedo aprobar tu relación con esta muchacha.

¡Pum! Golpe al corazón. Y, entonces, aparece de nuevo esa costra de miedo que me recubre la piel. Tengo miedo de que la respuesta de Eric no sea la que espero. De que, una vez más, se doblegue y vuelva a desterrarme a las tinieblas.

De que el peso del apellido Grau se desplome sobre mí como una dolorosa lluvia de granizo.

—Yo la quiero, papá.

Su voz es suave, casi como un susurro.

Pero retumba como el eco en mi pecho.

El señor Grau lo mira con los ojos entornados y sigue hablando como si no hubiera escuchado a su hijo.

—Me encargaré personalmente de que encuentre un puesto adecuado en otra empresa lo antes posible y, por supuesto, de que reciba una compensación económica generosa por el perjuicio que le hemos ocasionado —anuncia, mirándome con frialdad.

Dinero, claro. Al final todo se reduce a una cuestión de dinero.

Eric pega un puñetazo sobre la mesa.

—¿Es que no has oído lo que acabo de decir? ¿Por qué cojones hablas de dinero? ¡Estoy enamorado de ella, hostia!

—¡Sí, te he oído, maldita sea! Pero qué quieres que haga, ¿eh? —Voltea las palmas de las manos hacia arriba en señal de rendición—. Sabes de sobra que las relaciones con empleadas están terminantemente prohibidas en esta compañía. Las reglas son las reglas, hijo.

—Venga, papá, déjate de rollos. Eres tú quien pone las reglas.

Su padre esboza una mueca de cansancio y se masajea las sienas.

—Vas a tener que tomar las riendas de la empresa antes de lo previsto, Eric. Tus hermanos han demostrado ser una nulidad y tú eres mi única opción para mantener el buen nombre que se ha forjado esta familia durante décadas. Así que no voy a consentir que lo tires todo por la borda con otra de tus distracciones, ¿está claro?

Las palabras de este hombre, empeñado en mantener el *statu quo*, me sientan como un jarro de agua fría. Y me vienen a la cabeza todas las veces que la amenaza de que su padre supiera lo nuestro empañó la mirada de Eric y entonces lo comprendo todo de golpe: Salvador Grau no me aceptará jamás porque para él la clase social es una frontera insalvable. En su código moral férreo como el titanio, una persona como yo, humilde, normal y corriente, no puede ser para su hijo más que una simple distracción pasajera.

—Mi felicidad no te importa lo más mínimo, ¿verdad?

—La felicidad está sobrevalorada. Deberías saberlo, eres adulto.

Lo dice sonriendo, pero su sonrisa es casi tan amarga como las palabras que acaba de pronunciar.

—No me extraña que Angus y Johan sean una nulidad. En el fondo, son un reflejo del hombre fracasado que eres tú.

La voz de Eric suena áspera, como si le raspara en la garganta. Frente a él, la fina línea curva de los labios de su padre se destensa de pronto.

—¡Eric Grau Hansson! ¡No te consiento que me hables así! ¡Soy tu padre!
—le advierte apuntándolo con el dedo índice.

Una vena le palpita en el cuello y amenaza con explotar.

—Entonces compórtate como tal y no como un verdugo.

Y, durante unos segundos, se quedan suspendidos en una especie de vacío en el que flotan todas las cuentas pendientes que Eric tiene adheridas a la piel. Todo su sufrimiento y su desengaño.

La gran mentira de su vida.

Ha debido de reunir muchísimo, pero muchísimo valor para abrirse en canal delante de su padre.

En el rostro del señor Grau veo el mismo dolor mezclado con sorpresa que si le hubieran asestado una puñalada por la espalda. No estaba preparado para el chaparrón de reproches que le ha caído encima. No por parte de su hijo predilecto.

—Mantente alejado de ella, Eric.

—¡Nunca más! ¿Me oyes? ¡Nunca más! Llevo toda la vida haciendo lo que me has pedido, pero si no cedes en esto, si no aceptas que quiero estar con ella, puedes ir olvidándote de mí.

Dicho esto, da media vuelta y abandona la sala de un portazo sin volver la vista atrás. Y sin darse cuenta —creo— de que me ha dejado allí, sola ante el peligro.

Al señor Grau y a mí nos cuesta reaccionar.

—¡Espera, Eric! —exclamo, apresurándome a la puerta.

—No se moleste, joven. Conozco bien a mi hijo y sé por experiencia que, ante situaciones como esta, tiende a escapar.

La estela de derrota que ha dejado la escena anterior sigue flotando en el aire, pero por su tono de voz imperturbable parece que ha recuperado el aplomo. Yo, sin embargo, implosiono en ese preciso instante y me lleno de cristales por dentro. Me doy la vuelta despacio, impulsada por un resorte invisible, pero que está ahí, empujándome a decir todas las cosas que necesito

decir, y lo miro directamente a sus ojos cansados. En el aire, una nube oscura y sucia se instala entre nosotros.

—¿Sabe una cosa, señor Grau? Usted no conoce a su hijo.

Una sombra le atraviesa la expresión. Arquea las cejas con incredulidad, como si no pudiera creer que la chica humilde, normal y corriente que está delante de él ahora mismo haya tenido los arrestos de desafiarlo.

Pero ya nada puede detenerme.

Ni siquiera el inquebrantable señor Grau.

—Este fin de semana he estado en su casa del archipiélago de Estocolmo. He visto esa foto, la que está en un marco de plata encima de la chimenea. Es una imagen preciosa. Sabe cuál le digo, ¿verdad?

Él asiente con gesto expectante, manteniéndose muy erguido.

—Lo que intento decir, señor Grau, es que he visto su verdad: usted es un padre devoto y quiere a su hijo por encima de todas las cosas. Pero no lo conoce. No sabe quién es Eric en realidad. No tiene ni idea de lo mucho que sufre.

—Se le pasará —dice con arrogancia.

—No hablo de mí, señor Grau. Hablo de todo lo que usted le ha arrebatado a lo largo de su vida. Su vocación, su trabajo, su libertad, su personalidad. ¿Es que va a quitarle también la posibilidad de amar y ser amado? ¿Ni siquiera le va a permitir que tenga sueños?

Mastico cada letra de cada palabra antes de escupírselas a la cara, pero su expresión no revela nada. Él permanece impassible a mi azote de verdades. Después, frunce los labios como si sopesara lo que está a punto de decir y sentencia:

—Nadie puede permitirse el lujo de ser uno mismo todo el tiempo. Ni en mi mundo ni en el suyo, joven.

Una lágrima silenciosa nace en mi ojo izquierdo y se despeña mejilla abajo.

—Pero en un mundo lleno de mentiras, decir la verdad constituye un acto heroico.

Creo apreciar una mueca de sonrisa en su rostro.

—La había subestimado; es usted inteligente y muy valiente —dice mientras se saca el pañuelo del bolsillo y me lo ofrece. Al cogerlo, su mano

roza la mía y siento un escalofrío. Me fijo en su piel un tanto arrugada y llena de manchas por la edad. Se lo agradezco en voz baja y me seco la lágrima.

—Yo no soy valiente, señor Grau. Pero quiero muchísimo a su hijo. En todas sus versiones.

—De eso no me cabe la menor duda. Si no, no estaría usted aquí ahora mismo, sola, defendiendo lo indefendible.

Le devuelvo el pañuelo y él lo dobla con sumo cuidado antes de volver a guardárselo.

—Diga una cifra. La que sea. Dígame cuánto quiere a cambio de salir para siempre de la vida de mi hijo y yo mismo extenderé un cheque a su nombre. Estoy dispuesto a pagar la cantidad que sea necesaria. Pero no me pida que acepte esta relación, porque no lo haré jamás. No puedo hacerlo.

Ahí está la confirmación de mi destino. Las lágrimas del orgullo me escuecen en los ojos, pero decido guardármelas para más adelante.

—No ha entendido usted nada, ¿verdad? Yo no quiero su dinero. Ni siquiera su aceptación. No los necesito.

Mi voz, aunque firme, se adivina arañada por una tristeza tan transparente que no podría engañar a nadie.

El señor Grau inspira y a continuación suelta el aire despacio.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Que mire a su hijo. Que mire más allá de los trajes de firma, del pelo engominado y de la pose altiva de director de Ventas y Finanzas y vea al hombre que habita bajo esa dura coraza de hielo. Mírelo como un padre miraría a su hijo y trate de comprenderlo. Entonces, solo entonces, conocerá al verdadero Eric y podrá reconciliarse con él. Hágalo antes de que sea demasiado tarde, señor Grau, o se arrepentirá durante el resto de su vida.

Capítulo 34

«¿Dónde estás?».

Frente al ascensor de la décima planta, llamo a Eric por teléfono dos veces seguidas sin obtener respuesta y no puedo evitar sentirme inquieta. Han debido de pasar unos diez o quince minutos desde que ha abandonado la sala de reuniones dando un portazo y no tengo ni idea de a dónde ha ido. A pesar de que necesito largarme de Laboratorios Grau cuanto antes, decido acercarme a su despacho por si estuviera allí. Pero la puerta está cerrada y no hay ningún signo de que dentro haya la más mínima actividad. Sin ganas, me arrastro por la planta en busca de su *assistant*.

—Por aquí no ha venido —dice al preguntarle, observándome con suspicacia—. O, al menos, yo no lo he visto.

Un revuelo enorme se forma a mi espalda. Cuando me doy la vuelta, veo a Lidia Fortuny sacando espumarajos por la boca frente a Marga mientras esta recoge sus cosas entre lágrimas y las mete en una caja de cartón, custodiada por un guarda de seguridad. Toda la planta murmura mientras contempla la escena con sumo desconcierto.

—¡Tú tienes la culpa, pedazo de estúpida! —le reprocha Lidia, fuera de sí—. ¡Si no te hubieras derrumbado delante de esa pequeña zorra, yo aún conservaría mi trabajo!

La *assistant* de Eric y yo intercambiamos una mirada y creo atisbar en sus ojos un cierto grado de complicidad femenina.

—Le está bien empleado, por arpía —susurra.

Decido que ya he tenido suficiente y me marchó. En el vestíbulo, vuelvo a

llamar a Eric, pero sigue sin coger el teléfono. «¿Dónde narices te has metido?». La bola de inquietud comienza a crecer dentro de mi estómago. Salgo al exterior del edificio y pregunto al vigilante que custodia la puerta si lo ha visto marcharse del *parking* con su coche.

—Sí, hace un rato, justo después de que haya salido el señor Johan.

Siento un escalofrío y, al momento, me embarga una sensación agria, como de mal presentimiento.

—¿Y no le ha dicho a dónde iba?

El hombre se encoge de hombros.

—La verdad es que iba bastante rápido, parecía que llevaba prisa.

Compruebo la hora en el móvil. Son más de las once. «¿Dónde puede estar?», me pregunto mientras un principio de angustia se me instala en la garganta. No entiendo que haya desaparecido así como así y me haya dejado sola en mitad de la tormenta. Y que haya salido del garaje justo después de que lo haya hecho Johan no me da muy buena espina. Sollozo y me froto los ojos con desespero.

—Ana.

La voz de Alberto irrumpe a mi espalda.

—¿Sabes dónde está Eric? —le suelto de forma precipitada—. Se ha ido y no me coge el teléfono.

—No, lo siento. Iba a tomarme un café aquí al lado, ¿te apuntas o tienes prisa?

Barajo todas mis posibilidades antes de contestar, como si estuviera en uno de esos concursos de la tele de preguntas y respuestas en los que te juegas un montón de pasta y no puedes responder a la ligera.

¿Qué se supone que debo hacer?

a) Esperar a Eric aquí plantada, como una mema, mientras me muerdo hasta las falanges de los dedos.

b) Salir en su busca (no sé a dónde, pero ya se me ocurriría algo).

c) Pasar de él como él ha pasado de mí e ir a tomarme ese café.

—Sí, vamos. Me vendrá bien despejarme un rato.

Respuesta correcta.

* * *

El local forma parte de una de esas franquicias que hay por toda la ciudad en las que presumen de la calidad y la frescura del café que sirven. «100 % arábica», reza un enorme cartel promocional junto a la barra. A mí nunca me ha parecido nada del otro mundo, la verdad. Pedimos un par de capuchinos y nos sentamos en la única mesa que queda vacía. A esta hora, docenas de ejecutivos enfundados en sus trajes de Zara disfrutan de una breve pausa en sus largas jornadas de oficina para sentarse a engullir un pincho de tortilla y una caña sin despegar la vista del móvil. Decir disfrutar es pasarse de la raya, claro está. Agradezco mentalmente el generoso chorro de aire acondicionado que refresca el ambiente; en la calle, el bochorno es insoportable. Tienen puesta una emisora de radio musical en la que suena «Running», de Beyoncé, y me entran unas ganas locas de salir corriendo a mí también. Me rasco el cuello de manera inconsciente y compruebo mi teléfono por enésima vez.

—Tranquila —me consuela Alberto mientras me da unas suaves palmaditas en la mano—. Seguro que hay una explicación razonable.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé.

—Claro, cómo no. Se me olvidaba que ahora Eric y tú sois confidentes —digo con sarcasmo mientras remuevo el café con la cucharilla de forma mecánica.

Él me mira apesadumbrado.

—Creía que estábamos bien.

—Lo siento —musito al arrepentirme enseguida de mi salida de tono—. Claro que estamos bien, pero es que hoy está siendo un día surrealista. No me lo tengas en cuenta, ¿vale?

Alberto esboza una esplendorosa sonrisa de oreja a oreja.

—No te preocupes, te entiendo perfectamente. ¿Sabes? Me alegro de que todo este asunto haya salido por fin a la luz. No sabes lo difícil que ha sido para mí mirar a Marga a la cara durante los últimos días sabiendo que estaba implicada y tener que morderme la lengua. Joder, es que es muy fuerte, ¿eh? Que haya sido capaz de llegar tan lejos solo por un puesto de interna... No me entra en la cabeza. Qué falta de escrúpulos, por favor.

—Marga no ha sido más que un mero peón en este tinglado. Los verdaderos culpables son Johan Grau y Lidia Fortuny.

Asiente dándome la razón y da un sorbo a su capuchino.

—En cualquier caso, todo ha terminado bien. Así que, dime, ¿cuándo te reincorporas? —pregunta, iluminado por un rayo de esperanza.

Yo sonrío con pesar expulsando el aire por la nariz.

—No creo que eso vaya a ser posible, Alberto. El padre de Eric no me quiere ver ni en pintura. Me odia.

—No te odia a ti. Odia la idea de que algo se interponga en el camino que ha diseñado para su hijo. Lo importante es que Eric se ha dado cuenta de lo mucho que te quiere y va a luchar por ti.

—Entonces ¿por qué no está aquí ahora? ¿Por qué se ha ido? ¿Por qué no me coge el teléfono ni me llama ni...? —sollozo.

La inquietud, aderezada con mortificación, hace que me entren unas ganas irreprimibles de llorar. Frente a mí, Alberto espera con paciencia a que saque toda mi angustia sin intervenir, que es justo lo que necesito en este momento. Por eso conectamos tan bien, porque es una de las personas que mejor me comprende. Después, cuando consigo vaciarme, me seco las lágrimas con el dorso de la mano y exhalo. Me siento agotada, como si acabara de librar la batalla más cruenta de la historia. Tal vez es cierto lo que ha dicho su padre de que tiene tendencia a escapar. Tal vez soy yo la que no lo conoce bien, después de todo. Y con este oscuro pensamiento carcomiéndome el cerebro, decido que ya es suficiente. Quizá él necesite poner su vida en *stand by*, pero yo no tengo por qué hacerlo con la mía.

Como dice Beyoncé, *If I lose myself, I lose it all*.

—Será mejor que nos vayamos —digo, recuperando la entereza—. Oliver y Sergio se estarán preguntando dónde estás y a mí me espera mi jefe en CTT.

Alberto apura el café y, acto seguido, abandonamos el local.

Capítulo 35

Hay momentos en los que el tiempo se ralentiza y entras en una especie de estado de esclavitud. Por ejemplo, cuando esperas una llamada que no llega. O un mensaje. O señales de humo. Yo qué sé, algo. No sé cuántas veces habré desbloqueado la pantalla del móvil para comprobar aún no sé muy bien qué. ¿Y si lo he puesto en silencio sin darme cuenta? ¿Y si se ha roto en el metro porque, en uno de esos momentos en los que la marea humana que baja del vagón se cruza con la que sube, alguien le ha dado un golpe? O igual es que la línea telefónica no funciona. O que WhatsApp se ha caído, lo que explicaría por qué Eric no ha contestado a ninguno de los mensajes que le he enviado a lo largo de la tarde, a pesar de que sí los ha visto. Apuesto a que la ansiedad por la falta de respuesta es algo con lo que los creadores de la aplicación no contaban cuando se les ocurrió la fantástica idea de los dos tics azules.

Han pasado siete horas y treinta nueve minutos desde que se marchó dando un portazo y todavía no ha dado señales de vida. Siete horas. No me he comido los dedos de ambas manos de milagro. La angustia persiste como un dolor sordo en mi interior y se hace más insoportable con cada minuto que pasa sin saber qué narices ocurre. Y tener un jefe que se ha pasado la tarde hablando de él no me ha ayudado en absoluto.

—¿Cómo está Eric? ¿Lo has notado receptivo? ¿Te ha dicho algo acerca de mi propuesta? Espero que no esté molesto conmigo ni nada parecido. ¿Todo en orden respecto al cálculo de incentivos o hay alguna fisura de la que debería preocuparme? No será por eso por lo que te ha hecho ir a su despacho hoy, ¿verdad? Llevo todo el día llamándolo, pero no me contesta al teléfono —ha disparado a matar Óscar con su diplomacia habitual en cuanto me ha

visto aparecer por la puerta de la oficina.

«Bienvenido al club», he estado tentada de responderle.

El timbre de la puerta de casa me devuelve a lo más inmediato y me pongo nerviosa de repente. El corazón me da un vuelco cuando, de forma inesperada, me encuentro con Eric al abrir. No puedo evitar torcer el gesto en una mueca de horror; está despeinado, tiene restos de sangre reseca en el cuello de la camisa, una herida en la mejilla y un corte bastante feo en el labio. Mi primer impulso es el de lanzarme a sus brazos y besarlo con ternura allí donde esté magullado, pero en vez de eso, me contengo y guardo las distancias. De repente, toda la angustia de las últimas horas ha cristalizado en forma de cabreo.

El cabreo más sonado de toda la historia de la humanidad, para ser exactos.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Me he peleado con Johan. ¿Puedo pasar?

Arrugo los labios y me dedico a mirarme las uñas de una y otra mano con dignidad felina.

—*Älskling*... —musita y se acerca a mí, pero yo le bloqueo el paso de forma instintiva.

—No me vengas con *älskling* —le reprendo atropelladamente—. Llevo horas llamándote. Horas. Te he enviado cientos de mensajes. Joder, ¿dónde estabas? Aparte de dándote de hostias con tu hermano.

—Por favor, Luna. Déjame entrar y te lo contaré todo —me pide en un tono que se revela exasperado.

Suspiro y me rindo.

Puede que igual no estuviera tan cabreada como creía, después de todo.

—Vale. Pero a cambio me dejas que te cure eso —le señalo la mejilla.

En el cuarto de baño, Eric se sienta sobre el retrete mientras yo trasteo en el armario, entre las docenas de potingues medio gastados de Dani, en busca de algodón y agua oxigenada. Impregno bien un disco desmaquillante y me coloco entre sus piernas. Él lleva la cabeza hacia atrás y se deja hacer. Froto las heridas con cuidado, dando toquecitos leves para eliminar los restos de sangre reseca. No se me escapa la sutil mueca de dolor que compone en cuanto el algodón le roza la piel, pero no se queja.

—¿Te das cuenta de lo paradójico que resulta esta situación? Ahora eres tú quien me cura las heridas a mí —dice sonriendo.

Pongo los brazos en jarras, con el disco desmaquillante todavía entre los dedos, y lo fulmino con la mirada.

—A mí todo esto no me hace ni puta gracia, ¿sabes? ¿Por qué te has peleado con tu hermano?

La sonrisa desaparece de su rostro enseguida.

—Era algo que tenía que hacer —responde de forma tajante.

—Pues te ha destrozado la cara.

—Él ha salido mucho peor parado que yo, te lo garantizo. —Suspira y me rodea por la cintura con los brazos. Yo trato de mantenerme rígida, con las defensas en alto—. Abrázame, por favor. He tenido un día horrible.

Enarco las cejas con incredulidad y le aparto los brazos con un gesto brusco.

—Ah, que *tú* has tenido un día horrible. ¡Y yo qué, ¿eh?! —Elevo el tono de voz una octava y empiezo a gesticular de manera exagerada—. ¿Tienes idea del día que he tenido yo? ¡No, claro que no! ¿Cómo ibas a saberlo si ni siquiera te has molestado en contestar a mis llamadas? Te largas dejándome tirada después del vendaval y yo... yo... —Me paso la mano por la cara y me llevo una lágrima rebelde—. ¡Estaba preocupada! ¡No sabía lo que pasaba! —confieso ya con los ojos anegados.

Eric se incorpora, con una mirada que destila congoja y, como el héroe de una novela romántica, me abraza con tanta fuerza que siento que podría romperme si quisiera. Yo me dejo ir, aparto la resistencia y el orgullo a un lado y destruyo cualquier muro de contención. Porque sí, porque ya no puedo más, porque es inútil. Entierro la cara en su pecho, muy cerca del corazón, y me refugio en él, en el paraíso de su olor, de su calor, de su voz de terciopelo retumbando en mi plexo. *Jag är här, älskling, Jag är här.*

Y por fin me siento a salvo.

—¿Sabes lo que me pasa contigo, Eric? —musito con la voz todavía algo temblorosa cuando consigo serenarme. No espero su respuesta—. Que tengo el síndrome de Estocolmo.

Entonces me envuelve las mejillas entre sus grandes manos y me mira con esos ojos azules que duelen de lo intensos que son.

—Siento haber desaparecido así, Luna. Y siento haberte hecho daño. Lo siento muchísimo, de verdad. Necesitaba pensar, eso es todo. Alejarme durante unas horas y estar a solas conmigo mismo para decidir qué voy a hacer con mi vida. Cuando me fui de la sala de juntas esta mañana, lo hice con la única intención de tomar un poco el aire. Enfrentarme a mi padre me había dejado más tocado de lo que creía. No pensaba abandonarte allí, te lo juro. ¿Cómo iba a hacer algo así, *älskling*? Iba a volver a por ti cuando vi a Johan salir a toda mecha del *parking* y sentí tanta rabia, pero tanta, que no pude evitar irme detrás de él. Se me nubló el juicio, Luna. Lo seguí hasta su casa y el resto es historia. No es que me sienta orgulloso de haberle dado un puñetazo a mi propio hermano, pero se lo merecía. Después, cogí el coche y estuve conduciendo sin rumbo un buen rato. Perdí la noción del tiempo. —Hace una pausa y me escruta con sus pupilas resplandecientes—. Sé que debería haberte llamado, pero necesitaba respuestas.

A veces, necesita escapar.

—¿Y las has encontrado?

La presión de sus manos sobre mis mejillas se acentúa. El brillo de su mirada aumenta.

—Vámonos, Luna. Vámonos de aquí. Dejemos esta ciudad y esta vida que no nos llena y vayámonos lejos. A Estocolmo, si tú quieres. Allí seríamos muy felices. Seríamos libres, nosotros mismos.

—No lo dices en serio.

—Lo digo muy en serio.

—Pero eso implicaría dejarlo todo. ¿Serías capaz de dejarlo todo, Eric?

—Solo si me acompañaras. Porque te garantizo que, en esta exasperante carrera de obstáculos, mi única meta eres tú.

Capítulo 36

Nos besamos de forma lenta y prolongada en el cuarto de baño hasta que me suelto y lo arrastro de la mano hacia el interior de mi habitación. Eric se deja guiar sin oponer resistencia, aunque parece algo confuso. Comienzo a desnudarme con premura, pero él intercepta mis manos y me obliga a detenerme. Un destello de nerviosismo le atraviesa el rostro. Veo una leve disculpa en su expresión, como si se sintiera culpable por lo que está a punto de suceder.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? Entendería que no quisieras, con todo lo que ha pasado hoy.

—Quítate la ropa —exijo con delicadeza.

Hace lo que le pido y yo suspiro, extasiada. Me encanta la determinación con la que se desabotona la camisa y deja que se deslice por sus hombros. La rapidez con la que se quita el cinturón y lo tira al suelo. El prometedor sonido de la cremallera de sus pantalones al bajar; el de la tela resbalando sobre su piel. Me encantan sus piernas, sus rodillas, su vello rubio, sus calzoncillos apretados.

Lo que hay dentro de ellos.

Dios, cómo me gusta eso.

Todo.

Luego se acerca a mí y termina de desvestirme sin prisa, pero sin pausa. Empieza a subirme la camiseta de la cintura a la cabeza y yo levanto los brazos para ayudarlo. Noto que sus palmas cálidas me recorren la piel en dirección ascendente y me estremezco. La prenda cae al suelo. Eric me

acaricia el pelo, la cara, el cuello y baja por la clavícula en dirección a los pechos, observando sus propios movimientos con suma atención. Se deshace del sujetador sin ninguna dificultad y yo me tengo que esforzar para sostenerle la mirada mientras lo hace porque sigo perdiendo terreno cada vez que me mira así. Después, mete las manos por dentro de mis braguitas, a la altura de las caderas, y tira de ellas hacia abajo. Cuando me quedo desnuda del todo, se acerca más a mí y me atrapa por la nuca dirigiendo el encuentro de nuestras bocas ávidas. Me besa con pasión; su lengua es un violento huracán que arrasa con todo a su paso. Me succiona los labios y me los muerde. La electricidad de la anticipación empieza a manifestarse sin tregua por todos los rincones de mi cuerpo. Suspiro y hundo las manos en su pelo. Él me empuja con suavidad hacia la cama, hasta que toco el borde con las pantorrillas y me dejo caer.

—Es la primera vez que lo hacemos aquí —digo.

—Pero no será la última.

Sonrío. Eric se arrodilla entre mis piernas, me lleva los brazos hacia atrás y los inmoviliza sujetándome ambas muñecas con una sola mano. Acerca la otra a mis labios y me mete el pulgar en la boca para que se lo chupe. Me observa encandilado, siguiendo el movimiento con la mirada trémula y brillante de excitación.

—Eres mejor que cualquier fantasía —dice con esa voz dura que se le pone durante el sexo.

Y no es lo único que se le ha puesto duro; lo noto en cuanto se echa sobre mí y su erección me presiona el estómago. Mientras yo sigo chupándole el pulgar, él me besa el cuello y desciende hacia mis pechos inundándolos de su cálida saliva. El calor asciende por mi espalda y me envuelve las caderas hasta alcanzarme la parte baja del vientre. Eric libera mis muñecas de la fuerte presión de su mano y me saca el dedo de la boca para introducirlo con suavidad en otro lugar más profundo, más oscuro, más húmedo. Un gemido inconsciente se me escapa al experimentar cómo la yema traspasa mi interior y me moja de dentro a fuera. El fuego de mi cuerpo se extiende imparable hacia las piernas y llega a los pies, que encojo casi sin darme cuenta. Enredo las manos en su pelo suave y rubio y tiro de él.

—Me vas a volver loco —dice, ahogando los labios contra mis pechos pesados sin dejar de acariciarme entre las piernas.

Entonces se desliza hacia abajo y me agarra de las caderas; sé muy bien lo

que pretende. Cuando siento su boca en la cara interna de los muslos, me arqueo de forma involuntaria. Enseguida noto una pequeña corriente de aire caliente; es su respiración. Después, una presión resbaladiza que se intensifica cada vez más; es su lengua.

Jadeo y elevo un poco la cabeza para mirarlo.

—Tú sí que me vas a volver loca a mí.

Como de costumbre, no aguanto nada. Tras una fuerte sacudida que pone del revés todas y cada una de las fibras de mi cuerpo, una explosión densa y viscosa termina empapándonos a los dos.

Me retuerzo.

Murmuro su nombre una y otra vez.

Y tiemblo con los últimos espasmos.

El sexo oral con él es devastador, pero ni siquiera tengo tiempo de recuperarme. Se pone de rodillas, se agarra el pene con una mano por la base y me penetra enseguida, exhalando de placer al mismo tiempo.

Dios.

Eric se aferra a mis rodillas y se desliza hacia mi interior, castigándome con sus intensas embestidas.

Entonces, algo se activa dentro de mí. Algo incomprensible pero muy poderoso que me lleva a tomar impulso para sentarme encima de él con decisión. Siempre me ha gustado que sea Eric el que tenga el control, pero ahora, aquí, necesito sentir que soy yo quien domina la situación.

Quiero mandar.

Apoyo las manos sobre su pecho y comienzo a destrozarlo poco a poco. Él me acaricia la espalda y cierra los ojos.

—Mírame —le ordeno—. Quiero que me mires.

Abre los ojos de nuevo. Tiene la boca entreabierta, el gesto contraído por el deseo.

—¿Así te gusta?

—Mucho, nena... me gusta mucho.

La voz apenas le sale de la garganta de lo deshecho que está.

—Pues grita. Grita muy fuerte para que todo el mundo sepa lo bien que te follo. Y esta vez no me pongas ninguna excusa.

Él se ríe expulsando el aire por la nariz.

El impacto de la penetración es cada vez más intenso, más salvaje. Me pego a su cuerpo, invitándolo a que llegue aún más lejos, a algún lugar todavía más profundo, más oscuro, más húmedo. Y él lo hace. Sigue contemplándome mientras se mueve dentro de mí con movimientos firmes que empujan y presionan en el punto exacto haciendo que fluya la sangre caliente. Me agarra de las nalgas, que se tensan al compás de cada una de sus furiosas acometidas y enreda las piernas entre las mías. Siento cómo me deshago un poco más con cada golpe. Cómo me desintegro.

—Sigue moviéndote... No pares, por favor... —me suplica, apretándose contra mí como si quisiera fundirse conmigo.

Lo muerdo con frenesí por todas partes; él se agita de dolor y placer cada vez que mis dientes le rozan. La violencia de las cabalgadas lo empuja hacia el cabezal de la cama, que impacta de forma acusatoria contra la pared; los muelles del colchón rechinan. Me muevo encima de él con frenesí y gimo desesperada como un animal. Y grito, grito muy fuerte, desde las vísceras, porque el final está muy cerca y nada me importa ya.

—¿Quieres correrte? —le pregunto.

—Sí, por favor... No aguanto más, nena —me pide con la voz secuestrada por la lujuria.

—Entonces córrete conmigo.

En cuanto las palabras mágicas salen de mi boca, él me penetra más rápido, con más furia, como si quisiera partirme en dos, y yo me abandono a una nueva ola de placer.

El más devastador que he experimentado y experimentaré en toda mi vida.

Después, no sé si unos segundos o varias vidas después, me empuja con rapidez hacia atrás y eyacula justo por encima de mi pubis, salpicándome la piel de la violencia de su orgasmo entre convulsiones y gritos. Agitados y sudorosos, nos derrumbamos juntos sobre el colchón. Entierro la cara en su cuello y, mientras me acaricia la espalda, me digo que así, impregnada de él, es como más me gusta estar.

Piel con piel fundida.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras, Luna. Soy tuyo. Completamente tuyo —me dice con la respiración todavía entrecortada.

* * *

—La cama huele a ti.

—A sexo, más bien.

—Es que tú hueles a sexo, Eric. Y a Armani Code.

Se ríe y siento la vibración de su estómago en mi espalda. Me retira de la cara un mechón de pelo húmedo y me besa con ternura en la mejilla. Luego me pasa el brazo por la cintura y busca mi mano al tiempo que se acurruca contra mi cuerpo desnudo y todavía devastado.

—El día ha acabado mucho mejor de lo que me esperaba —reconozco trazando pequeños círculos con el dedo en la cara interior de su muñeca.

Lo oigo suspirar detrás de mí y el aire expelido se arremolina alrededor de mis orejas.

Me aprieta la mano. Le aprieto la suya.

—Hoy has demostrado tener mucho coraje, ¿sabes? Me siento muy orgullosa de ti y de cómo me has defendido. Significa mucho para mí, Eric.

—No me ha resultado nada fácil enfrentarme a mi padre, créeme.

—Ya lo sé. Por eso cobra aún mayor importancia que te hayas decidido a hacerlo.

—Lo necesitaba, *älskling*. No podía seguir manteniendo nuestra relación oculta por más tiempo; estoy demasiado enamorado de ti para fingir. Y fingir cansa mucho.

La paz que transmite su voz es contagiosa.

Me doy la vuelta y nos miramos a los ojos de forma sostenida, envasados al vacío en la intimidad del momento, porque el presente es lo único que existe. La habitación está en penumbra; fuera, ya ha anochecido. La luz de la luna brilla a través de un hueco de la cortina y baña su piel perlada de sudor. Acaricio con suavidad la herida de su rostro.

—¿Te duele?

—No. Hay cosas peores que los golpes.

Y, tras un breve silencio, añade:

—Lo que te he dicho antes iba en serio. Lo de dejarlo todo e irnos juntos a Estocolmo.

Estocolmo. Él y yo juntos. Paladeo las palabras en la boca hasta que me atraganto de vértigo.

Porque una cosa son los sueños y otra bien distinta la realidad.

—Quiero empezar de cero contigo, Luna. Lejos de todo esto. De la empresa, de las imposiciones de mi padre, de las presiones, de mis hermanos, de *Iceman*... Lo he estado meditando. —Se incorpora sobre un codo y no puedo evitar poner la mano sobre su bíceps tenso y abultado. Su voz adquiere un tono más vivo, cargado de esperanza—. Volveré a ejercer la medicina; tengo buenos contactos en todos los hospitales de Estocolmo, no me costará encontrar una plaza de cirujano pediátrico. En cuanto a ti, señorita, buscaremos un trabajo que te satisfaga. Mientras tanto, puedes aprender sueco.

Parpadeo.

—Me fascina tu capacidad de planificación —replico con un marcado tono sarcástico.

Él se echa sobre mí y entrelaza sus manos con las mías.

—¿Tú no decías que querías vivir en Estocolmo? —me pregunta al tiempo que reparte un montón de besos sobre los huecos de mi cuello—. Pues eso es lo que vamos a hacer.

—Tu padre se va a disgustar mucho. Puede que incluso haya represalias contra ti.

Eric chasquea la lengua y, aunque estamos casi a oscuras, sé que sus ojos estudian los míos con seriedad. De repente, todo lo que ha sido relajación hasta ahora se enturbia.

—Mi padre no nos lo pondrá fácil, Luna; es mejor que lo asumamos cuanto antes. Pero no voy a permitir que tú sufras las consecuencias de su ridículo código moral. Me importan una mierda sus represalias, ¿sabes? Si me quiere desheredar, adelante, que lo haga. Yo no soy ningún hijo de papá. El dinero no es un problema para mí porque, a diferencia de mis hermanos, siempre he sido bastante concienzudo a la hora de administrar mi capital. No quiero sonar pretencioso, *älskling*, pero la verdad es que tengo mucha pasta, muchísima, además de varias propiedades y un montón de acciones y dividendos. —Hace una pausa—. Pero, sobre todo, tengo dos manos, un cerebro y una vocación.

Es verdad que su padre no nos lo pondrá nada fácil. Todavía siento que me rompo por dentro cuando el eco de sus duras palabras resuena en mis oídos.

«No me pida que acepte esta relación porque no lo haré jamás. No puedo hacerlo».

Y, como no quiero que Eric también se rompa, he decidido no hablarle de nuestra conversación para no angustiarse más. Creo que hoy ya ha tenido bastante con lo que lidiar.

—Vamos a ser muy felices, Luna, ya lo verás. *Du och jag i Stockholm*.

Estamos a punto de enredarnos en un beso cuando unos golpes suaves en la puerta de mi habitación nos interrumpen. Eric se separa un poco de mí y permanece quieto, alerta.

—¿Habéis acabado ya de follar, parejita? —dice mi compañero de piso desde el otro lado.

Pongo los ojos en blanco y resoplo. Dani y su habitual falta de filtro. Eric se ríe expulsando el aire por la nariz.

—¿Qué quieres, Dani? —pregunto entre suspiros sufridos.

—Nada, es que ha venido Alberto y vamos a pedir unas pizzas. Lo digo por si os apetece cenar. Con tanto mete-saca, digo yo que el picha brava de tu novio y tú tendréis hambre.

Me tengo que morder la lengua para no decirle de todo ahora mismo. A Eric, en cambio, la situación parece divertirle mucho.

—La verdad es que no me vendría mal comer algo —dice.

Quince minutos y una refrescante ducha más tarde, nos vestimos y salimos al comedor. Cuando se ven, Alberto y él se funden en un abrazo amistoso y no puedo evitar sonreír al pensar en cómo han cambiado las cosas entre ellos desde la última vez que coincidieron aquí.

—Eh. Que corra el aire —les advierte Dani, metiéndose en el medio. Y a mí me hace mucha gracia porque mi compañero de piso es de todo menos celoso. O eso creía yo.

Las pizzas llegan y Alberto, Eric y yo nos sentamos apretujados en el sofá, mientras que Dani se instala en el suelo. Alberto se encarga de servir las bebidas —cerveza para él y para Eric; Coca-Cola Zero para el resto— y Dani de repartir las porciones. A mí me ofrece la más grande con diferencia. Estoy a punto de abrir la boca para quejarme, pero él se me adelanta.

—Come y calla. Necesitas reponer fuerzas antes de que el vikingo este te deje seca.

A los demás, la observación les hace mucha gracia, pero yo siento que me pongo roja de la vergüenza.

Comemos, bebemos, charlamos de un montón de cosas y nos reímos mucho, sobre todo con las idioteces de Dani. Y a mí me hace muy feliz ver a Eric tan integrado con mis amigos. «Quién sabe cuándo volverá a repetirse un momento como este», me digo con nostalgia. Nadie menciona nada acerca de sus heridas y mejor así. Después de cenar, se ofrece para recoger y aunque le digo que es tarde y que ya lo haremos mañana, él insiste y acaba remangándose hasta los codos para fregar los platos. Los tres contemplamos la escena absolutamente maravillados desde el sofá.

—Joder con Mr. Proper —masculla mi compañero de piso—. En la vida hemos tenido la cocina tan limpia.

—Es un hombre muy completo —replico. Un delator suspiro de mujer enamorada sale de mi garganta a continuación.

—Y está buenísimo —añade Alberto, creo que de manera inconsciente.

—Sí, y seguro que es una máquina del sexo —continúa Dani—. No me importaría nada que me empotrara contra la pared y me pusiera los ojos vueltos del revés, y eso que soy activo. Con lo alto que es, tiene que tener la polla así de gorda.

Simulo no haber escuchado nada.

—Oye, no te pases —lo reprende Alberto.

—¿Qué? Has empezado tú, marica.

Algo más tarde, mientras tratamos de convencer a Eric de que se sumerja con nosotros en las profundidades del fantástico mundo de *Juego de Tronos* —creo que es la única persona sobre la faz de la Tierra que no ha visto un solo capítulo en su vida. A decir verdad, creo que ni siquiera sabe qué es, lo cual me resulta entrañable—, su móvil comienza a sonar desde mi habitación. Al principio, parece que tiene toda la intención de ignorar la llamada, pero, dada la insistencia del emisor, sea quien sea, yo misma acabo animándolo a que conteste.

—A ver si va a ser algo importante.

Él suspira con aire cansado, se incorpora y se desliza hacia mi cuarto. Entonces oigo que cierra la puerta y se me forma un nudo de pánico en el pecho.

* * *

No sé cuánto rato ha pasado, pero para cuando Eric regresa al comedor, Dani y Alberto ya se han ido a la cama y yo me aburro como una ostra hojeando un número viejo de *Vogue* de mi compañero de piso sin prestarle demasiada atención.

Se deja caer a mi lado con expresión taciturna. Apoyo la revista sobre la pequeña mesa de madera que hay frente al sofá y encojo las piernas.

—Has tardado mucho. ¿Todo bien?

Me mira con fijeza y no puedo evitar sentirme como si estuviéramos balanceándonos al borde de una pendiente.

—¿Por qué no me has contado que mi padre y tú habéis tenido una conversación?

Desvío la vista y me abrazo las rodillas contra el pecho. Ahí está otra vez esa vertiginosa sensación de desequilibrio.

—Luna, te he hecho una pregunta —insiste con un tono de voz apremiante.

—¿Qué más da, Eric? —Mi voz, en cambio, suena trémula y muy pequeña. Suspiro y apoyo el mentón sobre las rodillas—. De todos modos, no ha servido para nada. Tu padre me ha dejado bien claro que nunca aceptará que tú y yo estemos juntos. Se ve que no soy lo bastante buena para ti.

Y, al recordarlo, lo injusto de la situación me deja un amargo sabor a ceniza en la boca.

—Pues resulta que ha cambiado de opinión —dice tras un breve silencio solo interrumpido por el ruido de los coches y las motos que se cuele por la ventana.

Me retrepo en el sofá y le devuelvo una mirada que indica a las claras que quiero saber más. No parece muy convencido de sus propias palabras, incluso esboza una mueca sarcástica.

—Nos ha invitado a comer a su casa el domingo. Dice que quiere conocerte y darte una oportunidad. —Resuella—. ¿Te lo puedes creer?

La verdad es que no.

La saliva me baja por la garganta como el fuego. Esto ha sido inesperado. Nunca habría pensado que el señor Grau fuera un hombre capaz de rectificar ni de dar segundas oportunidades. Pero ¿y si lo que le he dicho antes lo hubiera hecho reflexionar? Quizá esté dispuesto a aceptar a la persona a la que

su hijo ha elegido, al margen de conceptos tan arcaicos como la clase social o el estatus económico. Y, lo más importante, quizá haya abierto los ojos y se haya dado cuenta por fin de que lo único que está consiguiendo con sus malditas imposiciones es que Eric se aleje cada vez más de él. De pronto, el señor Grau ha dejado de parecerme tan poderoso. Ahora lo veo más como un ser vulnerable, pero eso no es malo; al contrario, creo que el hecho de encarnar a la vez las dos caras de una misma moneda lo convierte en alguien un poco más humano. Tal vez me haya apresurado al juzgarlo con tanta dureza.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que no vamos a ir, por supuesto —dice como si fuera algo obvio—. Ya es un poco tarde para que juguemos a la familia feliz, sobre todo después de lo que ha ocurrido hoy. Que lo hubiera pensado mejor antes de despreciarte. Eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida y a él solo le preocupan las putas etiquetas. No, nena, no. Estoy harto de sus normas y de su manera cuadrículada de entender el mundo.

Se inclina hacia la mesa, coge la revista que he dejado yo minutos antes y comienza a pasar las páginas con languidez. Yo lo sigo con la mirada.

—Creo que deberíamos ir, Eric.

—Olvídalo, Luna. No saldrá bien. Conozco a mi padre, es un hombre muy orgulloso —dice sin despegar la vista del ejemplar.

«Sí, no sé a quién me recuerda», me digo poniendo los ojos en blanco.

—Si fuera tan orgulloso como tú crees, no te habría llamado buscando un acercamiento.

—Es muy probable que haya sido mi madre quien lo haya empujado a hacerlo.

—Vale, pero el que ha dado el paso ha sido él. Y si algo me ha quedado claro después de la conversación que hemos mantenido esta mañana, es que es un hombre de férreos principios. Así que muy fácil no debe de haberle resultado coger el teléfono y reconocer que está equivocado. ¿No crees que estás siendo demasiado duro con él? Es tu padre, Eric.

—Yo no lo he escogido.

Hay demasiada acritud en sus palabras. Y, no sé por qué, pero me hacen pensar en mi propio padre.

—No digas eso. Es muy triste.

—Pero es así.

Sus dedos se detienen en seco sobre una página de la revista que se ha quedado a medio camino y sus ojos me lanzan una mirada intranquila.

—Le he contado nuestros planes de irnos a Estocolmo, Luna. Como era de esperar, no le ha sentado nada bien que quiera dejar la compañía para empezar una nueva vida lejos. Estoy convencido de que esa es la única razón por la que está dispuesto a ceder. No se trata de mí, ni mucho menos de ti. ¿No te das cuenta de que solo le importa la empresa? Me ha pedido que recapacite —Niega con la cabeza y frunce los labios—, pero no pienso hacerlo. La decisión está tomada.

Enarco las cejas.

—¿Nuestros planes? Querrás decir los tuyos.

—¿Es que no quieres venir conmigo?

La angustia que transmite su voz me encoge el estómago. Me acerco a él, le quito la revista de encima y le agarro ambas manos con fuerza.

—No, Eric, no es eso. Yo iría contigo a cualquier parte del mundo. Iré contigo a cualquier parte del mundo —rectifico—. Pero no así, a lo loco y como si fuera una revancha. No si para ello es necesaria una ruptura. —Tomo aire. Él no habla, con lo que me aferro a la oportunidad y prosigo—. No creo que a tu padre le importe solo la empresa. Quizá no haya sabido demostrártelo de la mejor manera, pero te quiere muchísimo. Eres su hijo, Eric, por lo tanto es lógico que no quiera perderte. Necesitáis hablar largo y tendido, daros un abrazo, comprenderos el uno al otro, veros por dentro, sinceraros. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste en el archipiélago? Me dijiste «no te conviertas en una desconocida para tus padres». Pues ahora yo te digo lo mismo a ti. Deja que tu padre te conozca, que sepa de qué pasta está hecho el verdadero Eric, que vea más allá de *Iceman*; creo que, en el fondo, se muere de ganas de hacerlo, o si no, no te habría llamado. ¿Qué más te da cuáles hayan sido sus motivaciones? Lo que importa es que quiere llegar a ti, a través de mí o a través de la empresa, pero quiere hacerlo de verdad, ¿o es que no lo ves? —Hago otra pausa—. Mira, sé que llevas años sufriendo y por eso tienes tus reservas, pero ¿acaso no estás cansado ya de todo eso? ¿No quieres dejarlo atrás? Tal vez, que el destino nos haya unido es el punto de inflexión que ambos necesitabais. Tú, para atreverte a exponer por fin tu verdadero yo; y él, para atreverse a encontrarlo. Quizá tu padre no sea tan orgulloso, después de

todo. Creo que te está pidiendo a gritos que seas tú quien le dé otra oportunidad a él; piénsalo. Si aceptas su invitación para ir a comer el domingo, si voy contigo y dejo que me conozca, de algún modo u otro, estará conociéndote a ti.

Inspira con fuerza y expulsa el aire despacio.

—Me estás pidiendo que haga un sacrificio muy grande y a mí ya no me quedan fuerzas para seguir luchando.

—Escúchame, Eric. —Lo tomo de las mejillas con cuidado de no presionar sobre la herida y lo miro a los ojos—. Vas a darle a tu padre una oportunidad. Y vas a hacerlo por ti, no por mí ni por el bien de la empresa, sino porque necesitas estar en paz con él y contigo mismo de una vez por todas. Así que iremos a esa comida y te abrirás con él. Y, después, decidiremos qué rumbo toma nuestra vida.

Eric no dice nada. Tan solo me mira. Analiza cada centímetro de mi rostro con intensa concentración, como si viera todo lo que soy más allá de la piel y de los órganos.

—Di algo, por favor.

Tras unos segundos, la fina línea de sus labios se curva en una ligera sonrisa, los hermosos ojos azules se le envuelven en arrugas.

—¿Cuándo te has convertido en una mujer con las ideas tan claras?

Capítulo 37

El sonido metálico del timbre percute en mi oído y siento una ligera sacudida en la cabeza y en los hombros. Inspiro. Cuento por dentro. Espiro.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? Todavía estamos a tiempo de darnos la vuelta y salir corriendo.

Agarro con tanta fuerza el ramo de lilas frescas que me clavo las uñas en la palma de la mano.

—Segura o no, ya estamos aquí. Ahora no podemos echarnos atrás.

Hay cierta resignación en mi tono. Él exhala y se pasa las manos por el pelo.

—Vale —musita, dándose por vencido—. Solo espero que no acabemos arrepintiéndonos.

—Saldrá bien, ya lo verás.

Sonrío con nerviosismo.

El otro día fui muy valiente; hoy, no tanto. Aunque trate de mostrar entereza, por dentro tiemblo como las ramas de un árbol en mitad de un huracán. Ni siquiera termino de asimilar que esté aquí ahora mismo, a punto de traspasar una frontera que creía insalvable. Si el día que empecé a trabajar en Laboratorios Grau me hubieran dicho que acabaría compartiendo una comida familiar con el dueño de una de las multinacionales farmacéuticas más importantes del mundo, habría pensado que alguien quería gastarme una broma pesada. Yo, una milenial de veinticinco años en lucha permanente por llegar a fin de mes. En calidad de ¿nuera? Y en su propia casa.

Joder, es que es alucinante.

Aunque llamar «casa» a esta megaconstrucción cercada por un robusto muro de piedra y un seto vegetal de gran altura que la protege de las miradas de los curiosos es quedarse corto. Y las viviendas aledañas son igual de impresionantes. Me pregunto quiénes serán los vecinos de los Grau. ¿Un futbolista y su flamante esposa *top model*? ¿Un millonario excéntrico con gusto por el arte abstracto y los jovencitos de nalgas tersas? ¿Una familia de linaje noble? ¿O una estrella del *rock* con tantas amantes como meses tiene el año? «Los ricos viven en otro mundo», me digo entre suspiros.

Eric resopla con impaciencia y se remanga hasta los codos la informal camisa blanca.

—Espera —le digo antes de que llame al timbre por segunda vez—. ¿Qué tal estoy?

He escogido para la ocasión un bonito vestido azul de vuelo con un discreto estampado de orquídeas de nueva adquisición (a Dani le encanta y eso que, por una vez en mi vida, he sido capaz de comprar ropa sin su ayuda) y las sandalias plateadas que estrené en Estocolmo. Un *look* sencillo, pero elegante; quiero causar buena impresión a los Grau. Él me contempla de arriba abajo con un destello de admiración en sus preciosos ojos azules y dice:

—Preciosa, nena, estás preciosa. Aunque...

—¿Sí?

Se inclina hacia mí y me deshace el moño con cuidado, permitiendo que las ondas de mi media melena castaña se desparramen con desorden sobre los hombros. El aroma frutal del champú me acaricia el olfato. Él cierra los ojos e inspira con fuerza manteniendo los dedos enredados en mi pelo.

—Mucho mejor así —añade cuando vuelve a abrirlos.

Luego me toma de las mejillas y nos fundimos en un beso igual de cálido que esta mañana de domingo.

Una empleada doméstica de mediana edad y rasgos indígenas abre por fin la puerta. Nos saluda de forma muy educada y nos hace pasar.

—La señora Lotta está en el invernadero. ¿Quiere que la avise de que ya han llegado?

Eric le dice que no se preocupe, que ya vamos nosotros, y me guía hacia el interior de la casa con la mano apoyada en la caída de mi espalda. Por dentro, la vivienda parece aún más imponente que por fuera. Huele a algún aromatizador de ambiente suave y agradable. Atravesamos un gran salón

decorado al estilo escandinavo, luminoso y muy amplio, aunque no tan minimalista como el de casa de Eric y mucho más acogedor. Lo observo todo con suma curiosidad. El color blanco predominante refracta con intensidad la luz que se cuele por todas partes. Los muebles son de madera pulida, sencillos y funcionales, pero elegantes. Hay pocos elementos decorativos, pero están colocados con acierto: un jarrón con margaritas sobre la mesa de cristal macizo, un gran lienzo impresionista en la pared, una extraña escultura de hierro junto a la chimenea. No es tan ostentosa como me la había imaginado, aunque estoy segura de que la factura que les habrá pasado la empresa de decoración de interiores a los Grau habrá sido astronómica.

—Hola, Eric.

La voz, detrás de nosotros, nos sobresalta. Cuando nos damos la vuelta, nos encontramos cara a cara con Angus. Trae el semblante cariacontecido, como en actitud de capitulación, y yo contengo la respiración. No es que Angus haya sido especialmente cruel conmigo, pero se parece tanto a Johan que por un momento temo no ser capaz de resistirlo.

Johan.

Menos mal que ese sádico de cejas espesas y puntiagudas, mirada asesina y dentadura estropeada no va a venir. Eric le exigió a su padre como condición *sine qua non* para que aceptáramos la invitación que su hermano no estuviera presente. Y, por lo visto, el señor Grau accedió de inmediato. De todos modos, no creo que le hubiera apetecido mucho sentarse a la mesa con el impresentable de su hijo como si tuvieran algo que celebrar.

Pero no contaba con el otro hermano.

Eric mantiene las distancias y le lanza una mirada fría, impenetrable.

—Hola, Angus.

La tensión se palpa en el ambiente. Fluye una corriente un poco hostil entre ambos.

—Me alegro de que hayas... de que hayáis venido —dice su hermano al fin, componiendo un gesto conciliador.

Habla de forma blanda, tropezándose con las palabras, y se retuerce las manos con insistencia, como si no quisiera dejar traslucir su nerviosismo. Pero es evidente que está nervioso y mucho. La calva le brilla de sudor y las gafas comienzan a empañarse por el mismo efecto. Creo que, en el fondo, siente que la situación le viene tan grande que no sabe qué hacer y, por un

momento, me compadezco de él. Decido echarle un cable.

—Nosotros también nos alegramos —contesto.

Le sonrío y él me sonrío a mí. Los ojos azules se le llenan de surcos. A mi lado, Eric empieza a relajarse.

—¿Dónde están Frida y los niños? —pregunta con un tono más amable.

—Vendrán un poco más tarde. El mayor se ha empeñado en ir a montar a caballo esta mañana y... bueno, ya sabes cómo son los críos a esa edad, no se les puede negar nada. Yo tenía algunos asuntos urgentes que tratar con papá, así que...

—Claro.

Recuerdo que Eric me comentó que tenía dos sobrinos a los que adoraba. Ahora entiendo que se trataba de los hijos de Angus. Me cuesta imaginármelo ejerciendo de padre y marido, pero sabiendo que tiene una familia de la que cuidar, puede que, incluso, le dé una oportunidad. Después de una breve charla sobre cosas fútiles que sirve para rellenar los incómodos huecos de silencio, Angus se excusa para ir en busca de unas copas del Chardonnay familiar. Al parecer, los Grau poseen viñedos en la comarca del Penedés y elaboran su propio vino blanco, algo que yo desconocía hasta ahora.

—No es tan mal tío como pensaba —confieso en cuanto desaparece de mi campo visual.

—No lo es. Lo que pasa es que Johan ha ejercido siempre una pésima influencia sobre él. Ven —añade, cogiéndome de la mano y tirando de mí—, vamos fuera.

Lo que me encuentro en la parte trasera de la casa me corta la respiración. Frente a mis ojos se extiende un gran terreno recubierto de césped brillante, con pinta de estar recién cortado. A la derecha, un frondoso jardín repleto de geranios, petunias y begonias junto a un invernadero pone la nota colorida al paisaje. A la izquierda, una piscina turquesa con forma de ocho goza de una caída de agua natural que nace unos metros más arriba, entre unas rocas circundadas de coníferas que imitan a algún remoto lugar salvaje. Y, en medio de esta maravillosa sinfonía de luz y color, una gran carpa blanca bajo la que se resguarda del sol el moderno mobiliario de exterior.

Caray. Me acabo de quedar sin palabras.

Una mujer sale del invernadero con la mano en la frente a modo de visera y se dirige hacia nosotros con diligencia.

—Esa es mi madre —me aclara Eric, aunque yo ya lo había deducido—. Nunca te lo he dicho, pero es bastante peculiar.

—¿En qué sentido?

—Digamos que es una millonaria muy poco convencional.

Sonrío. Eso, no sé por qué, también lo deduzco.

Lotta Hansson es alta y fuerte, ancha de espaldas. Sin duda, algo más joven que su marido, el señor Grau, y concentra en su rostro vivaracho los rasgos más característicos de cada uno de sus tres hijos: las cejas espesas de Johan, los mofletes orondos de Angus, el pelo dorado de Eric. Veo en sus ojos azules a Johan y a Angus, pero no a Eric; está claro que la intensidad de su mirada es herencia paterna.

—*Min son, du borde ha varnat mig att du var här.*

—*Ingen svenska, tack.* En español, por favor.

Ella sonrío con naturalidad, nos mira a los dos y junta ambas palmas a la altura de los labios, como si pidiera disculpas.

—Lo siento. Es la costumbre —reconoce con un fuerte acento sueco.

Debo reconocer que, igual que la casa, me la había imaginado de otra manera. Sería, sofisticada, puede que algo inaccesible. Pero la mujer ataviada con un mono y guantes de jardinería manchados de tierra que está frente a mí ahora mismo me parece sencilla y cercana. Y, por eso, decido que me gusta al instante. Ahora entiendo qué ha querido decir Eric cuando se ha referido a ella como «una millonaria muy poco convencional».

—Encantada de conocerte. Yo soy Lotta, la madre de este grandullón —dice mientras se quita un guante y me extiende la mano—. Pero ¿qué hora es? No os esperaba hasta la una.

—Es que es la una —dice Eric.

Ella arquea las cejas con aire de asombro.

—*Jaså minsann?* Se me ha ido el santo al cielo en el invernadero. En fin... —Se dirige a mí otra vez—. Me alegro mucho de que hayas venido. Hacía años que este muchacho no traía una chica a casa.

Eric enrojece de golpe y yo tengo que cerrar los labios con fuerza para que no se me escape la risa.

—*Lotta, snälla!*

Me sorprende que la llame por su nombre y no mamá.

Ella lo ignora y me pone la mano en el hombro creando cierta intimidad entre nosotras, sutil y respetuosa, pero no por ello menos perceptible.

—Entre tú y yo, querida. Ya era hora de que se enamorase. Empezaba a pensar que mi hijo era un poco raro.

Me hace gracia lo fuerte que pronuncia las erres cuando dice «raro».

Eric resopla.

—¿No tienes nada que hacer? ¿Por qué no te vas a plantar flores o lo que sea que estuvieras haciendo ahí dentro?

Lotta esboza una mueca de madre sufrida, pero ve algo que la hace ponerse seria enseguida. Arruga el entrecejo, agarra a su hijo de las mejillas y lo observa de cerca. Aunque la herida ya no es más que una pequeña mancha amarillenta disimulada por la barba rubia de dos días, es lo suficiente visible como para no pasar desapercibida ante la mirada de una madre. Suspira con resignación y elige el silencio. No es necesario que diga nada, su expresión lo dice todo por ella: sabe que la relación entre sus hijos está rota. Y le duele, como es natural. Por muy independiente que sea.

Decido intervenir.

—Hablando de flores... —Le ofrezco el ramo de lilas frescas.

A ella se le ilumina la cara de repente.

—¿Para mí? —Lo coge ilusionada, como si hiciera demasiado tiempo que nadie le hace un regalo, y se lo lleva a la nariz aspirando la fragancia—. Oh, *tusen tack*, querida. Son preciosas. Me encantan las lilas. No sé si sabes que pertenecen a un género botánico de cerca de veinte especies. Esta, la *Syringa vulgaris*, es la variedad más común. Dime, ¿te gusta la comida sueca? Britta hace un *kåldolmar* para chuparse los dedos, pero puedo pedirle que te prepare otra cosa, en caso de que el repollo relleno no sea de tu agrado.

Ya es oficial: adoro a esta mujer.

—No hará falta, seguro que me encanta.

Eric me pasa el brazo por la cintura y me besa con ternura en la sien.

—A mi chica le fascina todo lo que tenga que ver con Suecia. Sobre todo, con Estocolmo. ¿Verdad que sí, *älskling*?

Sonríó tímidamente. Me arden las mejillas, me imagino que me habré sonrojado.

Lotta asiente con aceptación.

—De hecho, estuvimos allí el fin de semana pasado —añade Eric.

—Lo sé, ya me han puesto al corriente. ¿Te gustó el archipiélago, querida? —me pregunta con una sonrisa amable.

—Mucho. Es impresionante y singular.

—Me alegro. Puedes volver siempre que quieras. ¿Y tú, qué? —Se dirige a su hijo y lo reprende—. ¿Dónde están tus modales? ¿Cómo no le ofreces nada de beber a nuestra invitada?

—Angus ya se ha ocupado de eso.

Lotta vuelve a mirarme.

—*Bra*. Oh —dice y mira hacia la casa entornando los ojos por el sol—, por ahí viene Salva.

Salva.

O sea, el señor Grau.

El pulso se me dispara de golpe y me asaltan unas ganas terroríficas de salir corriendo. Angus y Lotta me han tratado muy bien; incluso me han hecho sentir que puedo llegar a formar parte de esta familia en apariencia compleja y de este mundo de mansiones y viñedos tan alejado del mío. Pero ahora, vuelvo a caminar sobre una cuerda frágil como el cristal y necesito recuperar el equilibrio. La figura de Salvador Grau moviéndose hacia mí como a cámara lenta consigue que me invada el pánico. ¿Y si las cosas no salen como yo esperaba? ¿Y si hago o digo algo que no le gusta y esta pequeña oportunidad de encajar se esfuma como ceniza barrida por el viento? ¿Y si al final no hay entendimiento entre su hijo y él? Ya empiezo a acostumbrarme a que la esperanza se encienda y se apague como un interruptor; me ha pasado unas cuantas veces en los últimos meses.

El hombre camina con semblante serio, desplegando a cada paso la arrolladora elegancia que lo caracteriza. Tuvo que ser un hombre muy atractivo de joven, siempre lo he pensado. Va vestido de manera informal, con unas bermudas de color beis y un polo de rayas azul marino que da cuenta de la ligera prominencia de su estómago. Es la primera vez que lo veo sin uno de esos trajes a medida que solo los hombres como él pueden permitirse y me sorprende la sencillez que desprende; me recuerda muchísimo a Eric en ese sentido. Lleva unas gafas de montura de pasta similares a las que usa su hijo cuando está en casa. «Hasta en eso se parecen», reconozco impresionada. Cuanto más se acerca, más nerviosa me pongo. Casi oigo mi cerebro

crepitando, la sangre hirviendo en mis venas. Trago saliva. Cambio el peso del cuerpo de una pierna a la otra. Respiro con dificultad. Intento mantener la moral alta, pero me doy cuenta de que cada vez me resulta más difícil.

Y cuatro palabras rugen en mi cabeza sin parar: ¿qué hago yo aquí?

Cuando por fin se para delante de nosotros, inspiro y reúno todo el coraje del que soy capaz para mirarlo a los ojos. Su expresión es inescrutable, como de costumbre. Nos evalúa a su hijo y a mí de forma sostenida y no puedo evitar sentir una gran desazón. De modo que así están las cosas. Eric está tenso; se nota por su forma posesiva de cogermme de la cintura.

Es Lotta quien se encarga de romper el hielo.

—¿Has visto qué lilas tan bonitas, Salva? —Le enseña el ramo a su marido. Este lo mira de reojo y esboza una mueca de sonrisa.

—Muy bonitas, sí —replica con aire ausente.

Un incómodo silencio cae sobre nosotros a continuación.

—En fin, será que mejor que vaya dentro a cambiarme de ropa —dice Lotta.

No se me escapa la mirada de advertencia que le lanza a su marido antes de girar sobre los talones y abandonar la escena.

El señor Grau se mesa la barbilla y desvía la vista; Eric me suelta, se lleva las manos a los bolsillos y desvía la vista. Yo suspiro, exasperada.

Carraspeo antes de hablar. Eric contiene la respiración a mi lado.

—Tiene usted una casa magnífica. Le agradezco mucho que me haya invitado, señor Grau.

Entonces él me mira y creo observar en sus ojos el brillo de algo nuevo, algo que no había estado ahí hasta ahora, distinto y poderoso.

—En realidad... —La voz no le sale y necesita aclarársela para poder continuar—, soy yo quien tiene que darte las gracias a ti, Ana. Te llamas Ana, ¿verdad? Y, por favor, tutéame.

Noto cómo Eric suelta poco a poco todo el aire que había retenido en los pulmones. Que su padre ya no me hable de usted ni me llame «joven» de manera impersonal y distante como solía hacer tal vez sea un buen comienzo.

—Sí, me llamo Ana. Pero puede... puedes llamarme Luna.

El hombre sonrío. Creo que es la primera vez que lo veo hacerlo.

—Bien. Luna, entonces. Como te decía, debo darte las gracias. De no ser

por ti, Eric no estaría aquí ahora. —Dirige la mirada hacia su hijo—. ¿O me equivoco?

Eric cruza los brazos por encima del pecho.

—No, papá, no te equivocas. Yo no quería venir, fue ella quien me convenció de que era lo correcto. A decir verdad, ni siquiera estoy seguro aún de lo que voy a hacer con mi vida. Si por mí fuera, me largaría lejos hoy mismo. Todo esto... —Descruza los brazos y gesticula con cansancio antes de dejarlos caer con lasitud a ambos lados de su cuerpo—... me exaspera.

Parece que Eric ha cogido carrerilla y no tiene intención de aflojar. Su padre asiente despacio. Se quita las gafas y se frota los ojos; se nota que está haciendo un gran esfuerzo y no puedo evitar compadecerme de él.

—Lamento que te sientas así, hijo. Y te prometo que respetaré cualquier decisión que tomes. Aunque me duela.

—¿Lo harás? —inquire Eric con incredulidad—. Lo siento, pero no me lo creo.

El señor Grau suspira.

—Puede que sea un hombre de fuertes convicciones —dice mientras vuelve a ponerse las gafas—, pero eso no significa que sean inamovibles. Me doy cuenta de que soy el responsable de toda esa frustración que arrastras desde hace tanto tiempo. Y de igual manera, es culpa mía que tus hermanos hayan salido tan... —Hace un gesto apenas perceptible con los ojos—... En fin, ya sabes a lo que me refiero.

Eric cierra la mandíbula con fuerza.

—Sí, lo sé perfectamente.

Creo que la conversación entre Eric y su padre está empezando a adquirir un cariz demasiado íntimo. No sé si yo debería estar presente ahora mismo. Es su momento, les pertenece a ellos; quedarme aquí supondría desfigurar esa intimidad, entorpecerla, y no puedo arriesgarme a dejar que eso suceda.

No quiero.

—Quizá sería mejor que os deje a solas para que habléis con tranquilidad —le digo a Eric en voz baja.

—De ninguna manera —dice su padre, gesticulando con vehemencia. Suena un poco brusco al principio, pero enseguida me obsequia con una sonrisa que destila una dulzura insólita—. Debes quedarte, Luna; tú juegas un

papel primordial en todo esto.

Eric asiente y me coge de la mano con firmeza. Y los restos de inquietud que todavía me atormentaban se desvanecen como por arte de magia.

—Mira, hijo, si pudiera detener el tiempo y volver atrás, te aseguro que haría las cosas de otro modo.

—No sirve de nada andar lamentándose ahora —ataja él con dureza. Todo parece indicar que no piensa ponérselo fácil.

—Cierto —concede su padre esbozando una sonrisa triste—. Por desgracia, el tiempo es el que es y el pasado no puede modificarse, pero nunca es tarde para aprender de los errores que uno ha cometido, ¿no? O al menos, eso espero. —Se vuelve hacia mí y me dedica una mirada muy tierna—. Tú me has abierto los ojos. Lo que me dijiste el otro día me hizo entender algo fundamental: debo aceptar que mi hijo tiene la misma libertad que yo para comportarse y vivir según sus ideas. Y como no quiero perderlo, aceptaré que, de ahora en adelante, viva su propia vida, no la que yo he diseñado para él.

—Vaya —contesta Eric con tono sarcástico—. Llevas treinta y tres años diciéndome lo que tengo que hacer sin molestarte en preguntarme qué es lo que yo quiero y ahora, de repente, estás dispuesto a escucharme. Como comprenderás, tengo mis reservas.

No puedo evitar interceder. Le tiro de la mano y se la aprieto.

—Eric, no seas tan duro, ¿vale? Tu padre se está esforzando mucho.

Él chasquea la lengua y resopla.

—Déjalo, Luna. En el fondo, tiene razón —admite el señor Grau—. He sido un padre pésimo, lo reconozco. Me he empeñado tanto en que los negocios vayan bien que he acabado olvidándome de que, por encima de todo, está la familia. Y mira cómo hemos terminado, con uno de mis hijos traicionándome y otro amenazando con irse lejos. —Crispa los labios y niega con la cabeza—. Todo esto es culpa mía, así que... En fin... Yo... Supongo que debo asumir las consecuencias —añade, mirándonos a ambos.

Eric suspira.

—Necesito saber una cosa, papá. ¿Vas a aceptar que Luna y yo estemos juntos o vas a seguir mostrándote intransigente como de costumbre?

Su padre sonrío.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé. Y necesito saberlo porque tu respuesta será determinante en la decisión que tome. Voy a serte franco. —Dirige su mirada hacia mí y me acaricia los nudillos con las yemas de los dedos—. La quiero. Quiero a esta mujer por encima de todo. Ella me equilibra y me mantiene a salvo de la mediocridad. Me ve de verdad, me acepta tal y como soy, con todas mis imperfecciones, y hace que tenga ganas de ser mejor persona. —Vuelve a mirar a su padre—. Puedo renunciar a cualquier cosa en esta vida, al dinero, al éxito, a ejercer la medicina... a lo que sea. Pero, por favor, no me pidas que renuncie a ella porque no puedo hacerlo. Y no quiero. ¿Lo entiendes?

Casi no puedo respirar de la emoción.

Sus palabras me entran por el pecho y se inoculan directamente a mi corazón, que late fuerte, muy fuerte, como creo que nunca antes había latido. Eric habla con valentía, imprimiendo a cada letra de cada palabra todo ese anhelo encapsulado que por fin hoy, por fin aquí, empieza a cristalizar.

Y, de pronto, no sé por qué, me parece estar viéndolo todo a cámara lenta.

Un parpadeo.

La pequeña curva de una sonrisa.

Los cúmulos de algodón que flotan en el cielo azul de este nuevo verano que comienza.

Las alas batientes de una mariposa revoloteando alrededor de mi brazo.

La cortina en la ventana abierta que baila al compás del aire ahí enfrente.

—Claro que lo entiendo. Lo entiendo y lo acepto. Aunque no haya sabido demostrártelo, estoy muy orgulloso de ti, Eric. Eres un hombre muy íntegro. Y quiero que sepas que hagas lo que hagas con tu vida, tomes la decisión que tomes, te garantizo que ella... que tú —dice, dirigiéndose a mí— siempre serás bien recibida en esta casa. Debo pedirte perdón en nombre de mi familia por todo el daño que te hemos ocasionado. Por favor, acepta mis disculpas.

Me gustaría decir muchas cosas.

Que todo esto es muy importante.

Que significa mucho.

Lo significa todo.

Porque, de repente, he dejado de sentirme pequeña.

Me gustaría, pero no puedo; esta es una de esas ocasiones en las que la emoción se me atora en la garganta como si fuera serrín.

Artículo una sonrisa tímida.

—No hay nada que perdonar.

Es todo lo que soy capaz de decir.

Él me devuelve una sonrisa limpia que destila un agradecimiento sincero y mira a su hijo con las pupilas brillantes.

—¿Y tú, hijo mío? ¿Me aceptarás tú a mí, a pesar de todos estos años de oscuridad? ¿Me darás la oportunidad de conocerte y de ser el padre que te mereces de verdad?

Eric permanece callado un instante. Me mira, lo miro. Asiento, sonrío.

—Sí —dice por fin—. Claro que sí, papá.

Entonces, ambos se funden en un abrazo tan emotivo que me arranca una lágrima que ni siquiera me molesto en enjugar, porque hay lágrimas y hay momentos en la vida que deben llorarse. Y mientras asisto al reencuentro de un padre y un hijo que llevaban demasiado tiempo transitando por caminos equivocados, no puedo evitar preguntarme si alguno de los dos recordaba cuándo fue la última vez que se abrazaron.

Epílogo

Un año después

Nada más cruzar el umbral, Eric me empuja contra la pared y, mientras cierra la puerta con el pie, me toma de las mejillas y me besa apasionadamente. Yo me deshago al instante, siento que me vuelvo líquido entre sus brazos.

—Estoy muy caliente, nena —susurra sobre mi boca.

Se quita la americana y la lanza por los aires con urgencia. Va al grano y a mí me encanta; tengo tantas ganas de esto como él. Con una mano, me sube el vestido hasta los muslos; con la otra, me retira las braguitas de encaje hacia un lado y me acaricia por dentro como él sabe: suave, pero con determinación. Enseguida noto cómo mi excitación le empapa los dedos y me descubro a mí misma impaciente, apretándome contra su palma.

Lo agarro de los hombros y jadeo.

—Y por lo visto, tú también.

No espera a que le responda. Me levanta a pulso como si fuera una pluma, sujetándome con firmeza. No deja de sorprenderme la facilidad que tiene para practicar sexo en posturas que requieren de una gran agilidad física, y hay que ver cómo me pone. Se desabrocha la bragueta y se baja los pantalones y los calzoncillos solo lo imprescindible. Yo enlazo las piernas por detrás de sus caderas para no perder el equilibrio y dejo que se meta dentro de mí con toda su furia.

El orgasmo es casi inmediato.

Simultáneo.

Y muy explosivo.

Creo que ambos necesitábamos esto como el oxígeno.

Eric entierra la cabeza en mi clavícula mientras se suceden las convulsiones. Después, todavía agitados, permanecemos quietos un momento, en la misma posición. Le acaricio la nuca bronceada y lo noto sudado.

—Nunca habría imaginado que nuestro primer polvo de casados sería así. Un «aquí te pillo, aquí te mato» rapidito y contra la pared.

Él se ríe y me mira. Me encanta el sonido franco de su risa, es música para mis oídos.

—¿No llevas ni veinticuatro horas siendo mi mujer y ya tienes quejas de mí? Si no me hubieras tenido a pan y agua todos estos días...

Suspiro.

—Dilo otra vez. Di que soy tu mujer.

—Eres mi mujer. *Min fru* —me susurra observándome encandilado—. Y yo soy tu marido. *Din man*.

Me muerdo el labio. Qué hermoso suena en su voz de terciopelo.

—Y más vale que vayas acostumbrándote porque tengo la intención de serlo por mucho tiempo. Para ser exactos, hasta que me muera. ¿Está claro, nena?

—Clarísimo, nene.

—Así me gusta. —Me besa en la frente—. Vamos a abrir ese champán.

De nuevo en el suelo, Eric me recoloca el vestido y la fina tela de gasa blanca se desliza como una cortina hasta mis pies.

—¿Sabes una cosa? Eres la novia más bonita que he visto en mi vida.

Sonrío.

—Tú tampoco estás nada mal, *Iceman*.

Él me devuelve la sonrisa.

No sé si seré la más bonita, pero puede que sí sea la más sencilla. Si he tenido algo claro desde el principio, es que debía sentirme yo misma el día de mi boda. Así que los vestidos pomposos y los peinados barrocos quedaban descartados.

Boda. Uf, qué palabra tan grande.

Mientras Eric descorcha la botella de Moët Chandon que hay en la cubitera y sirve un par de copas, me quito los elegantes zapatos de tacón y me dejo caer sobre la gran cama con dosel. Contemplo las rústicas vigas de

madera del techo abstraída, con una absurda sonrisa de felicidad instalada en los labios, y me digo a mí misma que esto que me está pasando es increíble. En la vida habría dicho que me casaría a los veintiséis años. De hecho, siempre había creído que los que lo hacían antes de los treinta eran unos carcas de ideas retrógradas y bla, bla, bla. Pero está visto que no se pueden tener tantos prejuicios.

Hace solo dos meses que me lo pidió. No hacía mucho que por fin me había mudado a su casa y ambos estábamos —y estamos— en un estado de flotación continua. Reconozco que me costó bastante dar ese paso; tenía miedo de precipitarme. De hecho, fue Dani quien, de algún modo, me empujó a hacerlo por fin cuando me confesó que Alberto y él también tenían la intención de vivir juntos. «Ay, Dani. Quién te ha visto y quién te ve», me digo ahora riéndome como una boba. Por increíble que parezca, Eric respetó mi decisión de esperar. Pero, eso sí, no fue capaz de contener las ganas de hacerme un regalo que, a las claras, era una indirecta: un impresionante BMW i3 eléctrico que le había costado una pasta y que, al principio, solo utilizaba en contadas ocasiones por culpa de los remordimientos. Ahora, en cambio, voy a casi todas partes con él; es la mar de práctico y encima, no contamina. Aquella noche de primavera, Eric y yo habíamos salido a cenar y después, como la temperatura era muy agradable, quisimos ir a dar un paseo. Pasear de noche por la ciudad con él de la mano es una de las cosas que más me gustan del mundo, aunque, por desgracia, no puedo hacerlo tanto como yo quisiera por falta de tiempo. Compramos una botella de agua para el camino y dejamos que nuestros pasos decidieran el rumbo por nosotros. Cuando nos dimos cuenta, habíamos llegado hasta la Fuente Mágica de Montjuïc, que a aquellas horas se encontraba atestada de turistas que asistían maravillados al famoso espectáculo de luz, color y juegos hidráulicos. La mítica «Barcelona» sonaba con estruendo a través de unos altavoces y la inigualable voz de Freddie Mercury consiguió que me estremeciera. Lo que sentí entonces fue una especie de revelación. En ese instante tuve la certeza de que habíamos hecho bien quedándonos. Eric y yo amábamos Estocolmo —de hecho, habíamos vuelto un par de veces más, cuando el tiempo y las obligaciones nos lo habían permitido—, pero allí, frente a uno de los lugares más emblemáticos de Barcelona, supe que nuestro sitio era ese.

Estábamos donde debíamos estar.

—¿Sabes de qué me estoy acordando ahora mismo? —me preguntó, elevando el tono de voz por encima de la música—. De la Fontana di Trevi.

Sonreí. Me puse de puntillas y le dije al oído:

—Deberíamos volver a Roma algún día.

Él permaneció pensativo un momento, jugueteando con la botella de agua entre las manos. Frunció los labios como si sopesara con detenimiento las palabras que estaba a punto de decirme y luego me miró a los ojos de un modo especial que por poco me traspasó entera. Las luces de colores de la Fuente Mágica se proyectaban en su rostro de forma caprichosa y le conferían un aspecto enigmático.

—Casémonos —me soltó de súbito, sin titubear.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Me estás pidiendo...?

No pude terminar la frase. De repente sentí la garganta seca, así que le cogí la botella de las manos con nerviosismo y me bebí del tirón toda el agua que quedaba. Una imagen aterrizó en mi mente en ese preciso momento y nos vi a los dos en Roma un año atrás, cuando nuestro amor acababa de florecer, abrazados frente a la Fontana di Trevi.

«Eres mi chica. Y quiero que algún día seas algo más».

Nos ha cambiado tanto la vida desde entonces que a veces no puedo evitar preguntarme si seguimos siendo las mismas personas.

Eric le quitó el tapón a la botella que yo aún sostenía con pulso tembloroso y sacó la fina rosca de plástico azul para, acto seguido, deslizarla en el dedo anular de mi mano izquierda.

—Cásate conmigo, *älskling*.

Tragué saliva. Miré aquel improvisado anillo azul de plástico que me bailaba en el dedo y después lo miré a él. Ese gesto tan romántico daba cuenta del hombre en el que había empezado a convertirse: uno más espontáneo, que ya no necesitaba controlarlo todo, que de vez en cuando improvisaba.

—Por Dios, Luna. Dame una respuesta o me veré obligado a pedirte de rodillas como en las películas —dijo, esbozando una sonrisa nerviosa.

Me lancé a su cuello y lo abracé.

—Sí, Eric. Sí a todo y sí contigo.

Nunca olvidaré la expresión de su cara.

Decidimos de mutuo acuerdo que nuestra boda sería algo íntimo, solo para los más allegados. Ni a él ni a mí nos apetecía lo más mínimo una de esas celebraciones fastuosas en las que los novios no conocen ni a un tercio de los invitados. Era nuestro día. Así que nuestras respectivas familias, Dani, Alberto y los Wällstrom serían los únicos que vendrían. Solo necesitábamos que fuera especial e inolvidable.

Y, por eso, quisimos casarnos en Roma.

Después de quitarse los zapatos y la pajarita, Eric se desabrocha la camisa y viene a la cama con las copas. Me incorporo a su lado y brindamos.

—Por la novia más bonita del mundo.

—Y por el novio más rápido.

Después, estirados y enredados entre los pliegues de mi vestido, hacemos balance del día que acabamos de dejar atrás. La ceremonia ha sido preciosa y muy emotiva. Supongo que el enclave —una antigua villa con un jardín espléndido a las afueras de Roma que Eric ha alquilado para varios días— ha tenido mucho que ver. El menú, que consistía en una cuidada selección de platos suecos e italianos y vinos españoles, ha sido un delicioso acierto. La música, de la que se ha encargado una banda, inolvidable. Además, ha hecho un tiempo magnífico. El sol ha brillado desde el amanecer hasta hace un rato, cuando por fin se ha puesto, y la temperatura ha sido cálida y agradable. Aunque, sin duda, lo mejor de todo ha sido oír cómo se le quebraba la voz al padre de Eric mientras nos obsequiaba con un poema de Walt Whitman que ha leído en voz alta en mitad del festejo.

—Te quiere muchísimo, ¿sabes? —dice mientras acaricia mi melena enmarañada y revuelta sobre la almohada—. A veces creo que incluso más que a mí.

Sonrío.

—Lógico. Yo soy, de lejos, más simpática que tú.

La relación entre su padre y él ha cambiado de forma radical durante este año. Parece que ambos se esfuerzan en entenderse el uno al otro y eso se nota en cómo Eric se toma ahora las cosas. A pesar de que tiene el doble de trabajo, está más relajado y de buen humor, ya no salta a la primera de cambio ni se enfada por cualquier tontería. Incluso, duerme mejor. Creo que por fin comienza a sentirse en paz. Después de meditarlo mucho, tomó la decisión de renunciar a la medicina para quedarse en la compañía. Sentía que ese era su

deber y yo lo comprendí, como habría comprendido cualquier otra decisión que hubiese tomado. Desde hace poco es el nuevo CEO de Laboratorios Grau y su hermano Angus, al que está algo más unido que antes, se ocupa del Departamento de Ventas y Finanzas. Cuando su padre les comunicó la inminencia del intercambio de roles, temí que eso provocase un enfrentamiento en el seno familiar que volviera a desestabilizar a Eric. Por fortuna, no fue así. Angus era consciente de que estar al mando de la empresa siempre le había venido grande, por lo que, no solo aceptó su nueva posición, sino que la agradeció.

—A mi hermano también le gustas.

Angus es ahora mi jefe superior y me llevo bastante bien con él. Al final, yo también acabé volviendo a Laboratorios Grau —la cara que se le quedó a Óscar Buendía cuando supo que iba a perder a su puñetero cliente más importante fue épica—, aunque antes de decidirme a aceptar la oferta que Eric y su padre me pusieron sobre la mesa, les exigí una serie de condiciones. Para empezar, no estaba dispuesta a tolerar favoritismos. Quería un puesto y una retribución acordes a mi experiencia y mis capacidades, ni más ni menos, y les dejé muy claro a los dos que, si lograba ascender, sería única y exclusivamente por méritos propios. Necesitaba tener la certeza de que nadie me estaba regalando nada y de que cualquier cosa que consiguiera sería por mí misma y no por ser la chica del jefe. Y así fue. He seguido ocupándome de calcular los incentivos hasta hace poco. Ahora soy *project leader* y me encargo de gestionar a los diferentes equipos de *Business Intelligence* que trabajan para el Departamento de Ventas y Finanzas. Me gusta mi trabajo. Tiene sus más y sus menos, pero me siento realizada. Lo mejor, sin duda, es la gente que me rodea. Sergio sigue formando parte de uno de esos equipos. Oliver, en cambio, se marchó cuando yo volví a la empresa y no hemos vuelto a vernos, aunque hemos intercambiado algún que otro WhatsApp amistoso y sé que las cosas le van bien. Está saliendo con una redactora de *La verdad incómoda* y me alegro por él. Eric sigue sin tragarlo, pero al menos no se lo tiene que encontrar a diario en la oficina, como yo a Carina Brandt. Las miradas que nos lanzamos a veces son fuego cruzado. Jota fue el primer fichaje que propuse en cuanto estrené el cargo. Será rarito, pero es un tipo muy metódico y me gusta. No como Amanda, que seguro que sigue en CTT chupándole el culo a Buendía. Alberto, además de uno de mis mejores amigos

y el amor de Dani, es el nuevo subdirector del departamento y, por lo tanto, mi jefe directo. Es bastante exigente, pero me encanta trabajar con él. No se parece en nada a la déspota de su antecesora, Lidia Fortuny, que, por cierto, consiguió un puesto ejecutivo en Felleman Galenics, la competencia directa de Laboratorios Grau. Dicen las malas lenguas que tiene un lío con un modelo ucraniano de veintidós años. De Marga no he vuelto a saber nada. Otra de las condiciones que planteé fue la revisión de la política de pago de los incentivos. Aunque tuve que pelear mucho para que me escuchara, Eric acabó teniendo en cuenta mi punto de vista y exponiéndoselo a la junta de accionistas. Gracias a mi cabezonería, la empresa ha puesto en marcha un nuevo plan de transparencia y a partir del año que viene, Laboratorios Grau se convertirá en la primera farmacéutica del país que elimina el sistema de retribución a sus visitantes médicos. Una medida que los sectores más críticos consideran insuficiente, pero al menos es un comienzo. Pero lo que yo quería, sobre todo, era que al personal externo se lo dejara de tratar como si fuera ganado. Por eso, convencí a Eric y a su padre de que debían mejorar las condiciones de contratación, controlar las tarifas abusivas de subcontratas y consultoras intermediarias y asegurar un ambiente de trabajo adecuado. De momento, se han acabado las zonas restringidas, los correos electrónicos sin firma y lo de trabajar en un sótano sin luz natural ni ventilación.

—¿Te habría gustado ver a Johan? —le pregunto.

Él suspira.

—No lo sé, Luna. No sé si podré perdonarlo alguna vez.

Obviamente, no estaba invitado a la boda. Hace tiempo que Johan rompió el contacto con su familia y se largó del país. Lo último que sabemos de él es que está en Ko Phangan, una isla paradisíaca al sudeste de Tailandia, gastando el poco dinero que le queda después de que su padre decidiera cortar el grifo de forma indefinida. En el fondo, me gustaría que las cosas se arreglaran entre ellos. Quién sabe, quizá algún día.

Apoyo la cabeza en su pecho al descubierto y le acaricio el finísimo vello rubio con suavidad. Eric me envuelve con el brazo y yo me siento a salvo; su cuerpo es mi refugio.

Bostezo.

—¿Estás cansada, *älskling*?

—Un poco.

—No te culpo. Han sido unos días muy intensos —dice antes de besarme en la sien con ternura.

Organizar una boda con tan poco tiempo de margen no es fácil. Eric no podía ocuparse de todo y yo tampoco habría querido eso. Está más implicado que nunca en la compañía y ha estado trabajando muy duro. Aunque vivamos juntos, apenas nos hemos visto últimamente. De ahí que hayamos sentido la necesidad imperiosa de abandonar la celebración para encerrarnos en esta bonita habitación mientras los demás siguen bebiendo, bailando y divirtiéndose en el jardín de la villa. Hubo un momento en el que llegué a estresarme. Él estaba de viaje y yo sentí que, sola, no podría. Me vine abajo, supongo que es lo normal en estos casos. Por suerte, Dani me ayudó y acabé tranquilizándome. La experiencia fue muy divertida. No me extraña que ahora quiera dejar la pelu para montarse su propio negocio de *wedding planner*. Lotta y mi madre también se han implicado mucho. No sé qué habría hecho sin ellas, la verdad. Me encanta lo bien que se llevan y cómo intercambian pasiones; Lotta está aprendiendo a coser y mi madre se ha vuelto una auténtica friki de la jardinería. Tanto ella como mi padre adoran a Eric y lo tratan como si fuera su propio hijo. Les gusta su sencillez y que sea un hombre tan serio y responsable. Suelen invitarnos a comer casi todos los domingos, algo que Eric acepta de buen grado porque disfruta mucho con mi padre conversando de esto y de aquello.

—Sí, pero ha merecido la pena —afirmo entrelazando mi mano con la suya.

Siento las alianzas chocando en nuestros dedos y no puedo evitar cerrar los ojos y sonreír pensando en las palabras que hay grabadas por dentro:

«Bendito síndrome de Estocolmo».

—¿A qué hora sale el avión mañana?

—A las nueve. Pero no llegaremos a Tokio hasta el día siguiente, así que deberías tratar de dormir un poco, *älskling*. Será un vuelo muy largo.

Cuando Eric me preguntó a dónde quería ir de luna de miel, lo tuve claro enseguida: Japón. *Geishas*, kimonos y sushi. Él ya había visitado el país con anterioridad, pero le pareció bien. Aunque creo que le habría parecido bien cualquier destino que le hubiera propuesto; lo único que le interesaba era que pasáramos los próximos veinte días juntos, sin móviles, ni agendas, ni compromisos de ningún tipo. Solos él y yo.

Como marido y mujer.

—Después. Ahora lo que quiero es bailar contigo otra vez.

Me incorporo de un salto y le tiro del brazo para que él haga lo mismo. Desbloqueo su iPhone, que está encima de la mesita de noche, y busco «At last», de Etta James, en su reproductor musical. Es la canción que hemos bailado hace un rato para nuestros invitados y el momento ha sido tan mágico que casi todos hemos terminado llorando a moco tendido. Pulso el *play*. Eric me sujeta por la cintura y yo me abrazo a su cuello. Los primeros acordes suenan y nos dejamos mecer por la suave melodía.

—*Jag älskar dig, min lilla Luna* —dice.

—*Jag älskar dig också, Eric. Väldigt mycket.*

Él me dedica una sonrisa adorable.

—Cada vez hablas mejor el sueco.

—Será que tengo un buen profesor.

Y, después, nos fundimos en un beso apasionado que sabe al primer día del resto de nuestras vidas.

Glosario

Términos y expresiones en sueco

Akvavit: Bebida destilada escandinava con un 40 por ciento de alcohol habitualmente. En Suecia, es esencial en las cenas tradicionales de Navidad y, especialmente, en la celebración de Midsommar

Älskar dig också, min lilla Luna: Yo también te quiero, mi pequeña Luna

Älskling: Cariño

Ärtsoppa: Sopa de guisantes típica de la gastronomía sueca

Blåbär: Arándanos

Bra: Bien

Bror: Hermano

Brorsan: Hermano

Det är bra, min lilla Luna: No pasa nada, mi pequeña Luna

Det räcker nu!: ¡Ya basta!

Din man: Tu marido

Du och jag i Stockholm: Tú y yo en Estocolmo

Fan!: ¡Joder!

Fika: Pausa para tomar un café con pastas

Filmjolk: Producto fermentado de la leche de vaca similar al yogur o al kéfir. En Suecia suele tomarse para desayunar o merendar

Förbaskat dum: Maldito estúpido

Förlåt!: ¡Perdón!

Glad midsommar!: ¡Feliz solsticio de verano!

God dag: Buenos días

God natt: Buenas noches

Helvete!: ¡Maldita sea!

Ingen svenska, tack: En sueco no, por favor.

Ja! Kom hit, din jävla idiot!: ¡Sí! ¡Ven aquí, idiota!

Ja, absolut: Sí, por supuesto

Jag älskar dig också, Eric. Våldigt mycket: Yo también te quiero, Eric.
Muchísimo

Jag älskar dig, min lilla Luna. Jätte, jättemycket: Te quiero, mi pequeña
Luna. Mucho. Muchísimo

Jag är här: Estoy aquí

Jag har varit en idiot!: ¡He sido un idiota!

Jantelagen: Ley de Jante

Jaså minsann?: Ah, ¿sí?

Javisst: Claro, por supuesto

Jävla helvetes!: ¡Maldición!

Kåldolmar: Repollo relleno de carne y verduras y servido con mermelada de
arándanos rojos

Kanelbullar: Bollos de canela

Kyss mig: Bésame

Lev och låt leva: Vive y deja vivir

Men det är Midsommar! Ingen borde gå och sova idag: ¡Pero es Midsommar!
Nadie debería irse a dormir hoy

Midsommar: Solsticio de verano o San Juan

Midsommarstång: Gran estaca decorada con flores, arbustos y banderas
alrededor de la cual se baila en la celebración del solsticio de verano

Min fru: Mi mujer

Min son, du borde ha varnat mig att du var här: Hijo, deberías haberme
avisado de que estabas aquí

Morfar: Abuelo materno

Mormor: Abuela materna

Mycket bra: Muy bien

Nej: No

Nubbe: Vodka especiada que se bebe frío

Och det här är Ana, min flickvän: Y esta es Ana, mi novia

Pappa: Papá

Rövhål: Gilipollas

Samma smak som alltid: El mismo sabor de siempre

Skål!: ¡Salud!

Små grodorna, små grodorna är lustiga att se. Ej öron, ej öron, ej svansar hava de: Estribillo de una canción popular. *Las ranitas, las ranitas son divertidas de ver. Sin orejas, sin orejas, ni tampoco tienen cola*

Snälla: Por favor

Snaps: Chupito de una bebida alcohólica fuerte tomada durante una comida

Söder: Abreviación coloquial de Södermalm

Systembolaget: Monopolio estatal de tiendas de licores en Suecia. Los establecimientos de Systembolaget son las únicas tiendas al por menor que pueden vender bebidas alcohólicas que contengan un porcentaje de alcohol superior al 3,5 por ciento

Tablut: Antiguo juego de mesa de estrategia de origen nórdico

Tusen tack: Muchas gracias

Vad fan... Jag kan inte tro det!: Pero qué cojones... ¡No me lo puedo creer!

Vet du?: ¿Sabes?

Términos y expresiones en inglés

But you can call me Luna: Pero me puedes llamar Luna

If I lose myself, I lose it all: Si me pierdo, lo pierdo todo

It's a match! You and Ana have liked each other!: ¡Hay una coincidencia!
¡Ana y tú os gustáis!

Man... She's got balls: Tío... La chica tiene pelotas

Teambuilding: Construcción de equipos

Wedding planner: Planificador de bodas

Well, it's seems immoral to me: Pues a mí me parece inmoral

Yes, she does. Now you know why I like her so much: Pues sí, tiene pelotas.
Ahora ya sabes por qué me gusta tanto

You haven't lost your touch, mother fucker!: ¡No has perdido tu toque,
cabronazo!

Agradecimientos

Mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados desde que Principal de los Libros me comunicó que había ganado el I Premio Chic de Novela Romántica con *Maldito síndrome de Estocolmo*. Sois muchos los que me habéis ayudado, de un modo u otro, en la continuación de esta historia que ya es más vuestra que mía y por ello os estaré siempre agradecida.

En primer lugar, como no podía ser de otra manera, quiero dar las gracias a Salva, mi marido, por el apoyo incondicional, la comprensión, la empatía y la protección que me brinda día a día de forma desinteresada. *Azul Estocolmo* no habría sido posible sin ti, ya lo sabes. Te quiero muchísimo, aunque no seas sueco.

En segundo lugar, a mi familia (en toda la extensión de la palabra), especialmente a mis padres por los grandes sacrificios que han llevado a cabo para que yo pudiera escribir esta novela. Gracias por tus paseos de los miércoles, papa.

También a Fernando Pelayo, que se ha empeñado en que esta humilde escritora llegue muy lejos. Ya lo dice el refrán: «Quien tiene un amigo librero tiene un tesoro».

A Cati y a Johan Larsson, por ayudarme a ampliar fronteras y responder a todas mis preguntas. *Vi ses i Göteborg, mina vänner!*

A Amanda M. Mansten, del Institut Nòrdic de Barcelona, por sus traducciones. Ojalá un día veamos la historia de Eric y Luna en las librerías de Estocolmo y podamos brindar con *akvavit*.

A mi lector cero T., por la dedicación y el mimo con los que se ha leído el

manuscrito una y otra vez y por darle la máxima importancia a cada detalle. A ti sí que tendrían que darte un premio por aguantarme.

A Marina y a Javier, por haber crecido conmigo y estar a mi lado desde que *Azul Estocolmo* no era más que una idea. Os voy a echar muchísimo de menos, amigos.

Por supuesto, a la editorial Principal de los Libros por renovar su confianza en mí y por ponérmelo siempre todo tan fácil, pero sobre todo a mi editora, Elena, por su paciencia infinita y sus sesiones de *coaching* exprés, y a Cristina, por las preciosas cubiertas que ha diseñado para esta historia.

A los magníficos autores que he conocido, tanto en persona como de forma virtual, desde que empecé mi andadura en el mundo literario. He aprendido mucho de cada uno de vosotros y de vuestra experiencia. Gracias por las charlas y los consejos, es fantástico saberme acompañada.

A todos esos blogueros incondicionales con la literatura. No importa que vuestras reseñas tengan más o menos estrellas; importa vuestro amor por los libros. Gracias por la difusión que hacéis de los autores y de su trabajo porque es impagable.

A los fieles seguidores de *Lo claro rompe*. Vosotros me habéis dado forma como escritora, así que sentid mi trabajo como si fuera vuestro.

Y, cómo no, a todos mis lectores. No existen suficientes palabras en el diccionario para agradeceros todo el calor que me habéis dado desde que se publicó *Maldito síndrome de Estocolmo*. Muchísimas gracias por creer en mí, por compartir vuestras impresiones sobre esta historia conmigo, por emocionaros, por soñar. Sobre todo, por soñar.

Sobre la autora



Carmen Sereno (Barcelona, 1982) es periodista y ha trabajado en diversos medios de comunicación y grandes corporaciones. Un día se dio cuenta de que había demasiadas historias por ahí que debían ser contadas y lo dejó todo para cumplir su gran sueño de ser escritora. Viajar es lo segundo que más le gusta después de escribir. Fotografiarlo todo, lo tercero. Habla varios idiomas y le

apasionan los países nórdicos, sobre todo Suecia. De hecho, lleva la palabra «Estocolmo» tatuada en el brazo, aunque, cuando le preguntan, suele decir que es simbólico para hacerse la interesante. Está casada y tiene un hijo que, curiosamente, fue concebido en esa ciudad. Con *Maldito síndrome de Estocolmo*, ganó la primera edición del Premio Chic.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY



EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

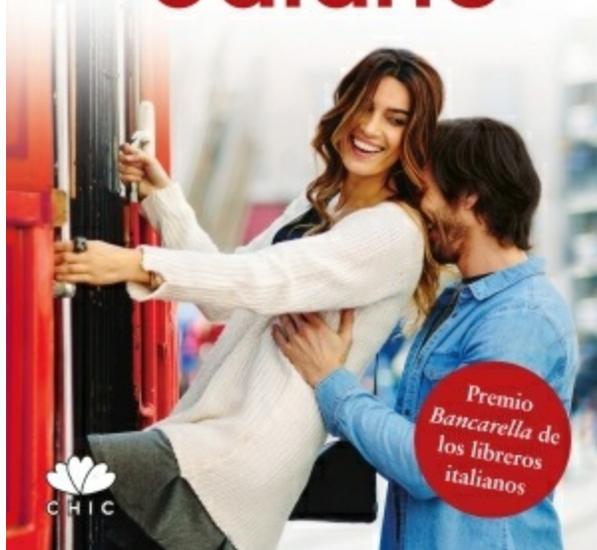
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librerios italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

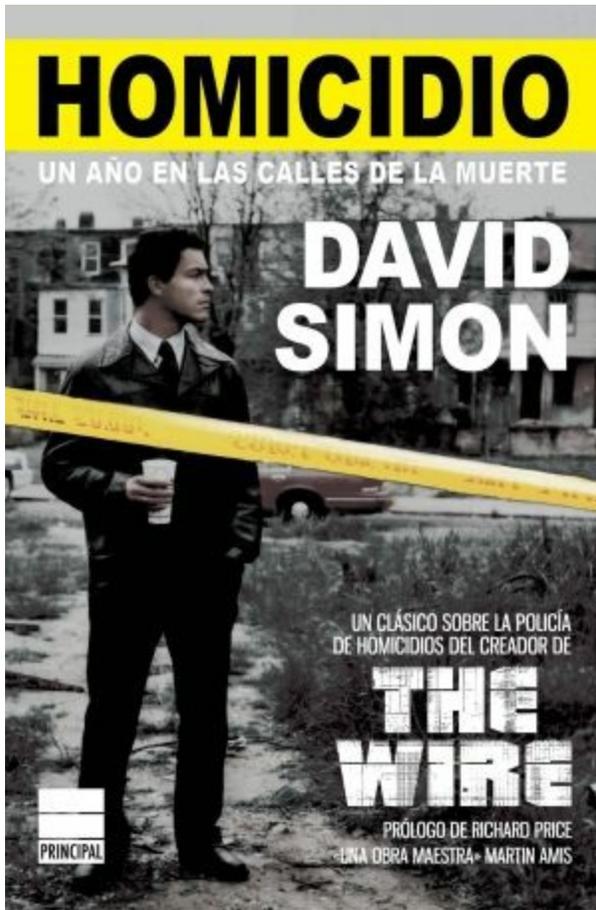
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
-UNA OBRA MAESTRA- MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

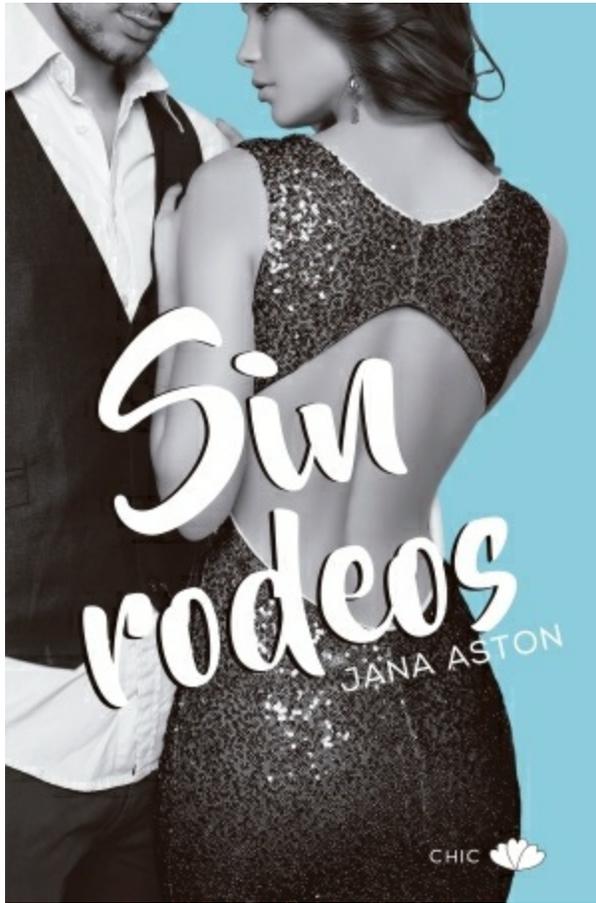
9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Sin rodeos

Aston, Jana

9788417333348

240 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Hacerte pasar por tu hermana gemela puede ser divertido... y peligroso. En tan solo una semana, Violet ha perdido a su novio, su trabajo y su casa. Así que su hermana gemela, Daisy, le ofrece alojamiento, pero, a cambio, le pide que se haga pasar por ella en su trabajo. La noche antes de su primer día, Violet conoce a Jennings, un británico muy atractivo con el que tendrá una aventura. Pero ambos se llevarán una gran sorpresa al descubrir que ninguno de los dos era quien afirmaba ser... "Sin rodeos demuestra que todo lo británico es muy sexy... ¡Y me refiero a absolutamente todo!" Audrey Carlan, autora de Calendar Girl

[Cómpralo y empieza a leer](#)